

Carson McCullers

El corazón es un cazador solitario



Escrita con tan sólo veintitrés años, *El corazón es un cazador solitario* (*The Heart Is a Lonely Hunter*, 1940) fue la primera novela de Carson McCullers y dio a conocer la magnitud de su talento. Centrada en el ambiente de una pequeña ciudad sureña y en un grupo de personas que —en torno a la figura emblemática del sordomudo John Singer, el personaje más conseguido de esta genial autora— tienen en común la esencial soledad, su marginalidad y el rechazo de una sociedad que les ignora, *El corazón es un cazador solitario* es ya un clásico de la narrativa contemporánea.

Leyendo *El corazón es un cazador solitario* el lector no puede evitar implicarse con cada uno de sus personajes y vibra ante la experiencia de seguir a Carson McCullers en su viaje por las profundidades del alma humana. Esta pieza maestra justifica sobradamente las palabras que Graham Greene escribió acerca de su autora: «Carson McCullers y quizá William Faulkner son, tras la muerte de D. H. Lawrence, los únicos escritores con una sensibilidad poética original. Prefiero Carson McCullers a William Faulkner porque escribe de modo más claro; la prefiero a D. H. Lawrence porque no tiene mensaje».



Carson McCullers

El corazón es un cazador solitario

ePub r1.6

Titivillus 27.03.2019

Título original: *The Heart Is a Lonely Hunter*

Carson McCullers, 1940

Traducción: R. M. Bassols

Imagen de portada: *Breaking Home Ties*, de Norman Rockwell

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: berbés, eltiogenares

ePub base r2.0



Índice de contenido

Primera parte

1

2

3

4

5

6

Segunda parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Tercera parte

1

2

3

4

Sobre el autor

Notas

A Reeves McCullers y a Marguerite y Lamar Smith

PRIMERA PARTE

1

En la ciudad había dos mudos. Estaban siempre juntos. Cada mañana a primera hora salían de la casa en la que vivían y bajaban por la calle en dirección al trabajo, cogidos del brazo. Los dos amigos eran muy diferentes. El que siempre encabezaba la marcha era un griego obeso y soñador. En verano llevaba un polo amarillo o verde chapucemente embutido en los pantalones por delante y suelto por detrás. Cuando hacía frío, se echaba encima un informe jersey gris. Tenía la cara redonda y grasienta, de párpados semicerrados y labios que se curvaban en una blanda y estúpida sonrisa. El otro mudo era alto, y en sus ojos brillaba una expresión vivaz, inteligente. Vestía siempre de forma inmaculada y sobria.

Cada mañana los dos amigos caminaban silenciosamente juntos hasta alcanzar la calle principal de la ciudad. Cuando llegaban ante una determinada tienda de frutas y bombones se detenían un momento en la acera. El griego, Spiros Antonapoulos, trabajaba para su primo, el propietario de la frutería. Su trabajo consistía en hacer bombones y dulces, desembalar las frutas y mantener limpia la tienda. El mudo delgado, John Singer, casi siempre ponía su mano en el brazo de su amigo y le miraba durante un segundo antes de separarse de él. Después de esta despedida, Singer cruzaba la calle y se dirigía, solo, a la joyería donde trabajaba como grabador de vajilla de plata.

A última hora de la tarde los amigos se volvían a encontrar. Singer regresaba a la frutería y esperaba hasta que Antonapoulos estaba listo para volver a casa. El griego estaba quizá desembalando perezosamente una caja de melocotones o melones, o leyendo la tira cómica del periódico en la cocina situada en la trastienda, donde preparaba sus golosinas. Antes de marchar, Antonapoulos abría siempre una bolsa de papel que durante el día tenía escondida en uno de los estantes de la cocina. La bolsa contenía diversos bocados que el griego había recogido: una fruta, muestras de chocolate, o la parte final de un embutido de hígado. Generalmente, antes de salir, Antonapoulos se acercaba contoneándose suavemente al escaparate de la tienda donde se guardaban las carnes y los quesos. Abría el cristal de la parte trasera del escaparate y su regordeta mano palpaba amorosamente en busca de algún bocado exquisito que había llamado su atención. A veces, su primo, el propietario del negocio, no lo veía. Pero si se daba cuenta,

miraba a su primo con expresión de advertencia en su tenso y pálido rostro. Entonces, con tristeza, Antonapoulos, se limitaba a cambiar de lugar el bocado en cuestión. En tales ocasiones, Singer adoptaba una postura muy envarada, con las manos en los bolsillos, y miraba en otra dirección. No le gustaba ser testigo de estas escenas entre los dos griegos. Porque, exceptuando la bebida y cierto placer secreto y solitario, a Antonapoulos lo que más le gustaba en el mundo era comer.

Al atardecer, los dos mudos regresaban juntos lentamente al hogar. En casa, Singer no dejaba de hablarle a Antonapoulos. Sus manos formaban rápidas secuencias de palabras. En su cara había ansiedad, y sus ojos, de un tono gris verdoso, centelleaban. Con aquellas delgadas pero fuertes manos le contaba a Antonapoulos todo lo ocurrido durante el día.

Antonapoulos se recostaba perezosamente en su silla y miraba a Singer. Era muy raro que se decidiera a mover las manos para hablar... y, cuando lo hacía, era para decir que deseaba comer o beber o dormir. Estas tres cosas las decía siempre con los mismos gestos vagos, torpes. Por la noche, si no se encontraba demasiado bebido, se arrodillaba antes de acostarse y rezaba durante un rato. Sus regordetas manos formaban las palabras “Bendito Jesús”, o “Dios”, o “Amada María”. Estas eran las únicas palabras que Antonapoulos decía. Singer nunca sabía hasta qué punto su amigo comprendía todas las cosas que él le contaba. Pero esto carecía de importancia.

Los dos hombres compartían la primera planta de una casita situada cerca del barrio comercial de la ciudad. Había en ella dos habitaciones. En el hornillo de petróleo de la cocina, Antonapoulos preparaba todas sus comidas. Había sillas rectas, sencillas, de cocina, para Singer y un sofá demasiado relleno para Antonapoulos. El dormitorio estaba amueblado principalmente con una gran cama doble, cubierta con un edredón confortable para el voluminoso griego, y un estrecho catre de hierro, para Singer.

Tardaban mucho en cenar, porque a Antonapoulos le encantaba comer, y era muy lento. Después de la cena, el voluminoso griego se recostaba en su sofá y lentamente se relamía cada uno de los dientes con la lengua, bien fuera por cierta delicadeza o porque no deseaba perder el sabor de la comida..., mientras, Singer lavaba los platos.

En ocasiones, los mudos jugaban al ajedrez por la noche. Singer siempre había disfrutado mucho con este juego, y años atrás había intentado enseñárselo a Antonapoulos. Al principio su amigo no logró interesarse en las razones por las

que se mueven las piezas en el tablero. Más tarde Singer empezó a guardar una botella de algo bueno debajo de la mesa para tomar después de cada lección. El griego nunca consiguió comprender los movimientos extravagantes de los alfiles y la movilidad arrolladora de las damas, pero aprendió a efectuar algunas jugadas de apertura corrientes. Prefería las piezas blancas y no jugaba si le tocaban las negras. Después de los primeros movimientos, Singer proseguía el juego solo mientras su amigo observaba soñolientamente. Si Singer realizaba brillantes ataques contra sus propias piezas de modo que al final el rey negro recibía jaque mate, Antonapoulos se sentía siempre orgulloso y encantado.

Los dos mudos no tenían más amigos y, excepto cuando se hallaban en su trabajo, siempre estaban juntos, y solos. Todos los días eran iguales para ellos, porque estaban tan solos que nada les estorbaba. Una vez por semana acudían a la biblioteca para que Singer retirara una novela de misterio, y el viernes por la noche iban al cine. El día de paga iban siempre a un fotógrafo de diez centavos situado encima del Almacén del Ejército y la Marina para que Antonapoulos pudiera fotografiarse. Estos eran los únicos lugares a los que acudían con regularidad. Había muchos sectores de la ciudad que jamás habían visto.

La ciudad estaba enclavada en pleno Sur. Los veranos eran largos y los meses de frío invernal, escasos. Casi siempre el cielo ofrecía un aspecto azul, cristalino, y el sol ardía con un resplandor desenfrenado. Más tarde venían las lluvias suaves, frías de noviembre, y quizá después las heladas, y unos cortos meses de frío. Los inviernos eran variables, pero los veranos eran siempre abrasadores. La ciudad era bastante grande. En la calle principal había varias manzanas de tiendas de dos o tres pisos y oficinas comerciales. Pero los mayores edificios de la ciudad eran las fábricas, que daban empleo a un alto porcentaje de la población. Eran hilanderías muy grandes y florecientes, aunque la mayor parte de los obreros de la ciudad eran muy pobres. Con frecuencia podía observarse en las caras de la gente que caminaba por la calle una desesperada expresión de hambre y de soledad.

Pero los dos mudos no sufrían la soledad. En casa se sentían contentos de comer y beber, y Singer no dejaba de hablar ansiosamente con las manos a su amigo sobre todo lo que le pasaba por la mente. De modo que los años pasaron de esta tranquila manera hasta que Singer llegó a la edad de treinta y dos años, después de diez de vivir con Antonapoulos en la ciudad.

Entonces, un día el griego cayó enfermo. Se incorporó en la cama con las manos sobre su voluminosa barriga, y gruesas y aceitosas lágrimas rodaron por

sus mejillas. Singer fue a ver al primo de su amigo, el dueño de la frutería, y arregló también las cosas para poder faltar a su propio trabajo. El médico prescribió una dieta para Antonapoulos, y le dijo que no podría beber vino nunca más. Singer hizo cumplir rígidamente las órdenes del doctor. Durante todo el día se mantenía sentado junto a la cama de su amigo y hacía todo lo que podía para que el tiempo pasara rápidamente, pero Antonapoulos no hacía más que mirarle con irritación por el rabillo del ojo, y no parecía nada satisfecho.

El griego se mostraba muy quejumbroso y no dejaba de encontrar defectos a los zumos de frutas y comida que le preparaba Singer. Constantemente le pedía a su amigo que le ayudara a bajar de la cama para poder rezar. Sus enormes nalgas se desplomaban sobre sus regordetes piececillos al arrodillarse. Describía con las manos las palabras “Amada María”, y luego cogía la crucecita de latón que llevaba al cuello pendiente de un sucio trozo de cordel. Sus grandes ojos subían hacia el techo con una expresión de temor en ellos, y después se mostraba muy malhumorado y no dejaba a su amigo que hablara con él.

Singer era paciente y hacía todo lo que estaba en su mano. Hacía dibujitos y en una ocasión dibujó el retrato de su amigo para divertirlo. El retrato hirió los sentimientos del griego, que se mostró ofendido hasta que su amigo retocó el dibujo haciéndole parecer más joven y guapo, coloreándole el pecho de amarillo brillante y los ojos de azul porcelana. Entonces trató de no delatar su agrado.

Singer cuidó a su amigo tan cariñosamente que al cabo de una semana Antonapoulos pudo volver a su trabajo. Pero a partir de aquel momento algo cambió en su manera de vivir. Y empezaron los problemas para los dos amigos.

Antonapoulos ya no volvió a ponerse enfermo, pero en él se había producido un cambio. Se mostraba irritable y no se contentaba con pasar las noches tranquilamente en casa. Cuando quería salir, Singer lo seguía muy de cerca. Antonapoulos se dirigía a un restaurante, y mientras se sentaban a la mesa cogía furtivamente terrones de azúcar, o un pimentero o algún cubierto. Singer siempre pagaba sus robos, y no había problemas. En casa reñía a Antonapoulos, pero el corpulento griego se limitaba a mirarle con una blanda sonrisa.

Pasaron los meses. Los hábitos de Antonapoulos no hicieron más que empeorar. Un día salió tranquilamente de la frutería de su primo a las doce del mediodía y orinó en público en la pared del First National Bank, al otro lado de la calle. A veces, al encontrarse en la acera con personas cuya cara no le gustaba tropezaba con ellas deliberadamente y las empujaba con los codos y el vientre.

Un día penetró en una tienda y cargó con una lámpara de pie sin pagarla, y en otra ocasión trató de robar un tren eléctrico que había visto en una vitrina.

Para Singer, aquella fue una época de gran aflicción. Continuamente tenía que llevar a Antonapoulos al tribunal durante la hora del almuerzo para resolver estas infracciones de la ley. Singer se familiarizó con los procedimientos del tribunal de justicia, y se hallaba en un estado constante de agitación. El dinero que tenía ahorrado en el banco se disipó en fianzas y multas. Todos sus esfuerzos y dinero apenas bastaban para evitar que su amigo fuera a la cárcel, tantas eran las acusaciones de robo, indecencia pública y lesiones.

El primo griego para el que trabajaba Antonapoulos no se había mezclado en todos estos problemas. Charles Parker (éste era el nombre que su primo había adoptado) permitía que Antonapoulos siguiera trabajando en la tienda, pero no dejaba de observarlo con su cara pálida, tensa, sin hacer el menor esfuerzo por ayudarlo. Singer experimentaba un extraño sentimiento hacia Charles Parker. Empezó a sentir antipatía por él.

Singer vivía en continua agitación e inquietud. Pero Antonapoulos se mostraba siempre afable, y, pasara lo que pasara, su flácida sonrisa no se le borraba de la cara. En todos aquellos años, Singer siempre había tenido la impresión de que había algo muy sutil y sabio en la sonrisa de su amigo, aunque jamás había llegado a saber hasta dónde llegaba la comprensión de Antonapoulos, ni lo que el griego estaba pensando. Ahora, en la expresión de su amigo, a Singer le pareció detectar un deje de astucia y de burla. Sacudía a su amigo por los hombros hasta cansarse, y una y otra vez le explicaba cosas con las manos. Pero de nada servía.

Singer había perdido todo el dinero, y tuvo que pedir un préstamo al joyero para quien trabajaba. En una ocasión no logró pagar la fianza de su amigo, y Antonapoulos tuvo que pasar la noche en la cárcel. Cuando Singer llegó para sacarlo al día siguiente, el griego estaba muy malhumorado. No quería irse. Le había gustado la cena a base de carne de cerdo y pan de maíz rociado con jarabe. Y también sus compañeros de celda y el nuevo sistema de dormir.

Habían vivido tanto tiempo solos que Singer no tenía a nadie que le ayudara en su aflicción. Antonapoulos no permitía que nada le preocupara o le cambiara sus hábitos. En casa, a veces preparaba el nuevo plato que había comido en la cárcel, y en la calle nunca había forma de saber cómo se comportaría.

Y entonces a Singer se le presentó el problema final.

Una tarde en que había ido a la frutería a encontrarse con Antonapoulos, Charles Parker le tendió una carta. Ésta explicaba que Parker había hecho

preparativos para que su primo fuera internado en un manicomio estatal situado a trescientos veinte kilómetros de allí. Charles Parker había empleado su influencia en la ciudad, y los detalles estaban ya fijados. Antonapoulos iba a marcharse, y sería admitido en el manicomio a la semana siguiente.

Singer tuvo que leer la carta varias veces. Durante un rato fue incapaz de pensar. Charles Parker le decía cosas desde el otro lado del mostrador, pero Singer ni siquiera trataba de leerle los labios y comprender. Al final, Singer escribió en el pequeño bloc que siempre llevaba en el bolsillo:

No puede usted hacer esto. Antonapoulos tiene que quedarse conmigo.

Charles Parker sacudió la cabeza con excitación. No sabía mucho americano. “No es asunto suyo”, repetía sin cesar.

Singer sabía que todo había terminado. El griego tenía miedo de que algún día pudieran responsabilizarle de su primo. Charles Parker no sabía mucho sobre la lengua americana... pero comprendía muy bien el dólar americano, y había utilizado su dinero e influencia para que admitieran a su primo en el manicomio sin demora.

Singer no podía hacer nada.

La semana siguiente estuvo llena de febril actividad. Hablaba y hablaba. Y aunque sus manos jamás se tomaban un descanso, no era capaz de decir todo lo que tenía que decir. Quería contarle a Antonapoulos todos los pensamientos que había albergado su mente y su corazón, pero no había tiempo. Sus grises ojos brillaban y su vivaz e inteligente cara expresaba gran tensión. Antonapoulos le miraba con actitud soñolienta, y su amigo no conseguía saber lo que el griego había comprendido en realidad.

Llegó el día en que Antonapoulos tenía que irse. Singer tomó su propia maleta y con sumo cuidado empaquetó lo mejor de sus posesiones conjuntas. Antonapoulos, por su parte, se preparó un almuerzo para comer durante el viaje. A última hora de la tarde anduvieron juntos del brazo calle abajo por última vez. Era una fría tarde de finales de noviembre, y el aliento se condensaba ante su boca.

Charles Parker iba a viajar con su primo, pero ahora se mantuvo alejado de ellos en la estación. Antonapoulos subió atropelladamente al autobús y se instaló con cuidadosos preparativos en uno de los asientos delanteros. Singer lo observaba por la ventanilla, y sus manos empezaron a hablar desesperadamente

por última vez a su amigo. Pero Antonapoulos estaba tan ocupado comprobando el contenido de su almuerzo que durante un rato no le prestó mucha atención. Justo en el momento en que el autobús se apartaba del bordillo, se volvió hacia Singer y mostró su sonrisa blanda y distante..., como si se encontrara a muchos kilómetros de distancia.

Las siguientes semanas no parecieron reales. Durante todo el día, Singer trabajaba en su banco de la trastienda de la joyería, y por la noche regresaba a casa solo. No deseaba otra cosa que dormir. En cuanto llegaba a casa se echaba en su catre y trataba de dormir un rato. Le asaltaban entonces los sueños. Y en todos ellos aparecía Antonapoulos. Sus manos se agitaban nerviosamente, porque en sus sueños le hablaba a su amigo, y Antonapoulos le estaba observando.

Singer trató de pensar en la época en que no conocía aún a Antonapoulos. Intentó relatarse a sí mismo algunas cosas que le habían sucedido cuando era joven. Pero nada de lo que trató de recordar le pareció real.

Había en particular un hecho que recordaba muy bien, aunque en realidad carecía de importancia para él. Singer recordaba que, aunque era sordo de nacimiento, no siempre había sido mudo. Siendo aún muy niño, quedó huérfano y fue internado en una institución para sordos. Aprendió a hablar con las manos y a leer. Antes de cumplir nueve años era capaz de hablar con una sola mano, al modo americano..., y también emplear las dos, según el método europeo. Había aprendido a seguir el movimiento de los labios de la gente y a comprender lo que decían. Finalmente, le enseñaron a hablar.

En la escuela se le consideraba muy inteligente. Aprendió las lecciones antes que el resto de los alumnos. Pero nunca consiguió acostumbrarse a hablar con los labios. No era algo natural en él, y tenía la impresión de que su lengua era de un tamaño descomunal. Por la expresión de la cara de sus interlocutores cuando les hablaba así comprendía que su voz debía de sonar como la de un animal, o que había algo desagradable en su habla. Le resultaba doloroso tratar de hablar con la boca. En cambio sus manos estaban siempre dispuestas para formar las palabras que deseaba decir. A los veintidós años se trasladó desde Chicago a esta ciudad del Sur e inmediatamente conoció a Antonapoulos. No había vuelto a hablar con la boca, porque con su amigo no necesitaba hacerlo.

Nada parecía real excepto los diez años transcurridos con Antonapoulos. En sus entresueños veía al amigo muy vívidamente, y al despertar experimentaba una dolorosa soledad. De vez en cuando le enviaba un paquete a Antonapoulos, pero

jamás recibía ninguna respuesta. Y así pasaban los meses de esta manera vacía, soñadora.

En primavera se operó un cambio en Singer. No podía dormir, y su cuerpo sufría continua inquietud. Por la noche daba monótonos paseos por la habitación, incapaz de desprenderse de una nueva sensación de energía. Si conseguía dormirse, era sólo unas pocas horas antes del alba..., cuando caía francamente en un sueño que duraba hasta que la luz de la mañana le hería de repente bajo sus entreabiertos párpados como una cimitarra.

Empezó a pasar las noches caminando por la ciudad. No podía ya permanecer en las habitaciones en que Antonapoulos había vivido, y se hospedó en una vieja pensión no lejos del centro de la población.

Hacía sus comidas en un restaurante situado a sólo dos manzanas de distancia, al extremo de la larga calle principal, que se llamaba el café Nueva York. El primer día echó una rápida mirada al menú y escribió una breve nota, tendiéndosela al propietario.

Cada mañana, como desayuno, deseo un huevo, tostadas, y café... 0,15 \$

Para comer, sopa (de la que sea), un bocadillo de carne y leche... 0,25 \$

Por favor, sírvame para cenar tres verduras (excepto col), pescado o carne, y una jarra de cerveza... 0,35 \$

Gracias

El propietario leyó la nota y lanzó a Singer una mirada vigilante, discreta. Era un hombre duro, de mediana estatura, con una barba tan oscura y espesa que la parte inferior de su cara parecía vaciada en hierro. Por lo general permanecía en el rincón junto a la caja registradora, los brazos cruzados sobre el pecho, observando silenciosamente todo lo que pasaba a su alrededor. Singer llegó a conocer muy bien el rostro de aquel hombre, porque desde entonces hizo sus tres comidas diarias en una de sus mesas.

Todas las noches, el mudo caminaba solo durante horas por la calle. A veces las noches eran frías, soplaban los fuertes y húmedos vientos de marzo, y llovía copiosamente. Pero esto no le importaba. Su paso era agitado, y mantenía siempre las manos bien metidas en los bolsillos del pantalón. Luego, a medida que transcurrieron las semanas, los días se fueron haciendo más cálidos y lánguidos. Su agitación dio paso gradualmente al agotamiento, y mostraba una expresión de profunda calma. Parecía estar tranquilo pero meditativo, algo que a menudo se

descubre en las caras de las personas muy tristes o muy juiciosas. Pero seguía vagando por las calles de la ciudad, siempre silencioso y solo.

2

Una oscura y sofocante noche de comienzos de verano, Biff Brannon se encontraba de pie tras la caja registradora del café Nueva York. Eran las doce. Afuera habían apagado ya las farolas, de modo que la luz procedente del café formaba un bien delimitado rectángulo amarillo en la acera. La calle estaba desierta, pero en el local había media docena de clientes tomando cerveza, vino de Santa Lucía o whisky. Biff permanecía imperturbable, con el codo descansando sobre el mostrador y el pulgar aplastando la punta de su larga nariz, los ojos atentos. Observaba especialmente a un hombre bajo y rechoncho, vestido con mono, que se había emborrachado y empezaba a mostrarse violento. De vez en cuando su mirada se desviaba hacia el mudo sentado cerca de él en una de las mesas del centro, o a los demás clientes de la barra. Pero sus ojos siempre volvían al borracho vestido con mono. Se hacía tarde, y Biff continuaba esperando silenciosamente detrás del mostrador. Finalmente, echó una última ojeada al restaurante y se dirigió a la puerta del fondo que daba a la escalera.

Entró sin hacer ruido en la habitación de arriba. Estaba a oscuras, y Biff caminó con precaución. Después de unos pocos pasos su pie tropezó con algo duro; alargó la mano y tocó el asa de una maleta depositada en el suelo. Llevaba sólo unos segundos en la habitación y se disponía a irse cuando se encendió la luz.

Alice se incorporó en la desordenada cama y le miró.

—¿Qué estás haciendo con esa maleta? —preguntó—. ¿No eres capaz de librarte de ese lunático sin devolverle el importe de lo que se ha bebido?

—Levántate y baja tú misma. Llama a la poli y haz que lo encierren a régimen de pan de maíz y guisantes. Anda, ocúpate tú, señora Brannon.

—Lo haré sin duda si sigue ahí mañana. Pero deja estar la maleta. Ya no pertenece a ese gorrón.

—Conozco a los gorriones, y Blount no es uno de ellos —replicó Biff—. De mí..., ya no estoy seguro. Pero lo que sí sé es que no soy un ladrón de esa clase.

Con toda calma, Biff depositó la maleta en la escalera. El aire no era tan viciado y sofocante en la habitación como abajo en el local. Decidió quedarse un ratito y mojarse la cara con agua fría antes de volver.

—Ya te he dicho lo que haré si no te libras de ese tipo esta misma noche. Durante el día duerme la siesta en la trastienda, y por la noche le das de cenar y cerveza. Hace una semana que no paga un centavo. Y sus maneras extravagantes de hablar y comportarse arruinarían cualquier negocio decente.

—No sabes nada de la gente ni de los verdaderos negocios —dijo Biff—. Ese tipo llegó hace doce días y era forastero en la ciudad. La primera semana se gastó veinte dólares. Veinte, como mínimo.

—Y desde entonces, a crédito —replicó Alice—. Cinco días a crédito, y tan borracho que es una vergüenza para el local. Y además, es un tipo inútil y estrafalario.

—Me gustan los tipos estrafalarios —señaló Biff.

—¡Imagino que sí! Me imagino que deberían gustarte, ya que tú eres uno de ellos, Mister Brannon.

Éste se frotó su azulada barbilla y no le prestó atención. Durante los primeros quince años de su vida matrimonial se habían llamado sólo Biff y Alice. Luego, en una de sus peleas, empezaron a llamarse mutuamente señor y señora, y desde entonces no se habían vuelto a reconciliar lo bastante para dejar de hacerlo.

—Te advierto que será mejor que no esté ahí cuando yo baje mañana.

Biff entró en el cuarto de baño y después de lavarse la cara decidió que tendría tiempo de afeitarse. Tenía la barba negra y espesa como si fuera de tres días. Se quedó de pie ante el espejo frotándose la mejilla con aire meditabundo. Lamentaba haber hablado con Alice. Con ella, lo mejor era el silencio. El estar cerca de aquella mujer siempre lo había apartado de su auténtico yo, volviéndose duro, insignificante, vulgar, como ella. Los ojos de Biff eran fríos y miraban fijamente, medio ocultos por la cínica caída de sus párpados. En el dedo meñique de su callosa mano lucía una sortija matrimonial de mujer. Tras él, la puerta estaba abierta, y en el espejo podía ver a Alice acostada.

—Escucha —dijo—. Lo malo en ti es que no hay bondad alguna. No he conocido más que una mujer con la bondad auténtica a que me refiero.

—Bueno, sé que has hecho cosas de las que ningún hombre se enorgullecería. Me he enterado de que tú...

—O quizá me refiero a la curiosidad. Nunca te das cuenta de las cosas importantes que suceden. No eres observadora, ni tratas de imaginarte nada. Quizás ésta sea la mayor diferencia entre ambos, a fin de cuentas.

Alice casi se había dormido otra vez, y por el espejo él la observó con indiferencia. No había en ella ningún detalle característico que pudiera llamar su

atención, y su mirada se deslizó desde su claro cabello castaño hasta el regordete perfil de sus pies que se destacaba bajo la colcha. Las suaves curvas de su cara preparaban el camino para la redondez de sus caderas y muslos. Cuando se encontraba lejos de ella no había un solo rasgo que se le quedara grabado en la mente, y la recordaba como una figura incompleta, interrumpida.

—Lo que nunca has sabido hacer es disfrutar de un espectáculo —sentenció.

La voz de la mujer sonaba cansada:

—Ese tipo de abajo es un espectáculo, sin duda, y también un circo. Pero no pienso soportarlo más.

—¡Demonios!, este hombre no significa nada para mí. No es ni un pariente, ni un compadre. Pero tú no sabes qué es acumular un montón de detalles y luego tropezar con algo real.

Abrió el grifo del agua caliente, y rápidamente empezó a afeitarse.

Fue la mañana del quince de mayo, sí, cuando Jake Blount apareció. Inmediatamente observó su presencia y se dedicó a vigilarlo. El hombre en cuestión era bajo, y con unos hombros fuertes como vigas. Tenía un bigotito recortado, y bajo éste su labio inferior daba la impresión de haber sido picado por una avispa. Había muchas cosas en aquel tipo que parecían contradictorias. La cabeza era grande y bien formada, pero el cuello era suave y delgado como el de un muchacho. El bigote parecía postizo, como destinado a un baile de disfraces, y daba la impresión de que iba a caerse si su propietario hablaba demasiado de prisa. Le hacía parecer casi de mediana edad, aunque aquel rostro, con su frente alta y suave y ojos abiertos de par en par, era joven. Tenía unas manos enormes, sucias y callosas, e iba vestido con un traje barato de hilo blanco. Había algo muy divertido en aquel personaje, aunque al mismo tiempo despertaba otra sensación que le impedía a uno reírse.

Pidió una jarra de cerveza y se la bebió en media hora. Luego se sentó en uno de los reservados y tomó una abundante comida a base de pollo. Más tarde se dedicó a leer un libro y a beber cerveza. Aquello fue el comienzo. Y aunque Biff había observado a Blount con mucho detenimiento, no llegó a imaginarse las absurdas cosas que sucederían después. Nunca había visto experimentar tantos cambios a un hombre en doce días. Jamás había visto a un tipo beber tanto, ni permanecer borracho tanto tiempo.

Biff se empujó hacia arriba la punta de la nariz con el pulgar y se afeitó el labio superior. Al concluir, tenía la cara más fresca. Alice se había dormido cuando él cruzó la habitación para bajar al local.

La maleta era pesada. La llevó a la parte delantera del restaurante, detrás de la caja registradora, donde solía permanecer todas las noches observando a los clientes. Metódicamente, paseó su mirada por el local. Algunos clientes se habían marchado, y el bar no estaba tan atestado, pero el ambiente era el mismo. El sordomudo seguía bebiendo café en una de las mesas del centro. El borracho no había cesado de hablar. No se dirigía a nadie en particular, ni tampoco nadie le escuchaba. Aquel día llevaba el mono azul en vez del traje de hilo blanco que luciera los otros doce días. No llevaba calcetines, y mostraba unos tobillos arañados y cubiertos de barro endurecido.

Biff consiguió captar algunos fragmentos de su monólogo. El individuo parecía estar hablando otra vez de alguna misteriosa clase de política. La noche anterior se la había pasado contando cosas sobre los lugares en que había estado: Texas, Oklahoma y ambas Carolinas. En una ocasión inició el tema de las casas de mala nota, y luego sus bromas se hicieron tan crudas que hubo que silenciarlo con cerveza. Pero la mayor parte del tiempo nadie sabía de qué estaba hablando. Hablar, y hablar, y hablar. Las palabras salían de su garganta como una catarata. Y lo extraño era que su acento iba cambiando, así como las palabras que empleaba. A veces hablaba como un botarate, y en otras ocasiones disertaba como un profesor. Usaba palabras kilométricas, y luego cometía garrafales errores gramaticales. Resultaba difícil adivinar qué clase de amigos tenía o de qué parte del país procedía. Cambiaba continuamente. Biff se acarició pensativamente la punta de la nariz. No había coherencia, aunque ésta va generalmente acompañada de inteligencia. Aquel hombre tenía una buena disposición, sin duda, pero iba de una cosa a otra sin razón alguna. Era como un hombre al que algo le hubiera despistado.

Biff se apoyó en el mostrador y empezó a leer atentamente el periódico de la noche. Los titulares hablaban de una decisión tomada por el Consejo de Aldermen, después de cuatro meses de deliberaciones, sobre la imposibilidad de financiar la instalación de semáforos en ciertos cruces peligrosos de la ciudad. La columna de la izquierda informaba sobre la guerra en Oriente. Biff leyó los dos temas con la misma atención. Y mientras sus ojos seguían las letras impresas, el resto de sus sentidos se mostraban atentos a las diversas conmociones que tenían lugar a su alrededor. Aun después de haber terminado la lectura de los artículos, siguió mirando fijamente el periódico con los ojos semicerrados. Se sentía nervioso. El hombre aquel era un problema y antes de que amaneciera tendría que llegar a alguna especie de arreglo con él. Igualmente, sin saber el motivo, tenía la

sensación de que aquella noche iba a suceder algo importante. El individuo no podía quedarse allí eternamente.

Biff tuvo la impresión de que había alguien en la entrada, y levantó los ojos con rapidez. Una larguirucha y desgredada jovencuela, una niña de unos doce años, estaba de pie en la puerta, mirando. Iba vestida con unos *shorts* caqui, camisa azul y zapatillas de tenis, de modo que a primera vista parecía un muchachito. Biff apartó el periódico al verla, y sonrió cuando la niña se le acercó.

—Hola, Mick. ¿Has estado con las *scouts*?

—No —repuso ella—. No pertenezco a las *scouts*.

Por el rabillo del ojo, Biff notó que el borracho descargaba el puño sobre la mesa y daba la espalda a los hombres con quienes había estado hablando. La voz de Biff se endureció al hablar con la muchacha que tenía ante sí.

—¿Sabes tus padres que estás fuera de casa pasada la medianoche?

—Pues claro. Hay una pandilla de chicos jugando en la calle en nuestra misma manzana, esta noche.

Nunca la había visto entrar en el local, con alguien de su misma edad. Años antes, siempre andaba pisándole los talones a su hermano mayor. Los Kelly eran una familia muy numerosa. Más tarde, solía venir con un par de críos en un cochecito. Pero si no estaba cuidando a niños o intentando mezclarse con los mayores, siempre estaba sola. Ahora, la niña permaneció inmóvil allí, al parecer incapaz de decidir qué quería. No dejaba de alisarse su húmedo y blanquecino cabello con la palma de la mano.

—Quisiera un paquete de cigarrillos, por favor. De los más baratos.

Biff abrió la boca con intención de hablar, vaciló y luego metió la mano debajo del mostrador. Mick sacó un pañuelo y empezó a desanudarlo por uno de sus extremos, donde guardaba el dinero. Al dar un tirón del nudo, las monedas cayeron al suelo con estrépito y algunas rodaron hacia Blount, el cual seguía murmurando para sí. Por un momento, el hombre miró aturdido el dinero, pero antes de que la niña lo hiciera, el hombre se agachó con aspecto concentrado y las recogió. Se dirigió pesadamente al mostrador y se quedó allí sacudiendo en su palma los dos centavos, la moneda de diez y la de cinco centavos.

—¿Diecisiete centavos para cigarrillos?

Biff esperó, y Mick pasó su mirada de un hombre al otro. El borracho formó una pila con las monedas en el mostrador, sin dejar de protegerlas con su enorme y sucia mano. Lentamente, cogió un centavo y lo echó al suelo.

—Cinco milésimos para los chiflados que cultivaron el tabaco y cinco para los primeros que lo enrollaron —dijo—. Y un centavo para ti, Biff.

Luego intentó fijar la mirada para poder leer el lema inscrito en las monedas de diez y de cinco centavos. Siguió manoseando las dos monedas, haciéndolas girar en forma de círculo. Finalmente, las apartó.

—He aquí un humilde homenaje a la libertad. A la democracia y a la tiranía. A la libertad y la piratería.

Calmosamente, Biff recogió el dinero y lo depositó en la caja. Mick parecía como si quisiera quedarse un rato más. Echó una larga mirada al borracho, y luego volvió sus ojos hacia el centro de la sala, donde el mudo estaba sentado a una mesa, solo. Al cabo de un momento Blount desvió su mirada en la misma dirección. El mudo estaba sentado silenciosamente ante su jarra de cerveza, haciendo dibujos sobre la mesa con el extremo de un fósforo quemado.

Jake Blount fue el primero en hablar.

—Es extraño, pero llevo viendo a ese tipo en sueños las últimas tres o cuatro noches. No me deja en paz. Se habrá dado usted cuenta de que jamás dice nada.

Raras veces Biff hablaba de un cliente con otro.

—No, es verdad; nunca —respondió sin comprometerse.

—Es extraño.

Mick desplazó el peso de su cuerpo de un pie al otro, y se metió el paquete de cigarrillos en el bolsillo de sus *shorts*.

—No es extraño si uno sabe algo de él —dijo la niña—. Mister Singer vive con nosotros. Se aloja en nuestra casa.

—¿De verdad? —preguntó Biff—. Confieso que no lo sabía.

Mick se dirigió a la puerta y le respondió sin volverse:

—Claro. Lleva con nosotros tres meses.

Biff se bajó las mangas de la camisa y luego se las volvió a doblar cuidadosamente. No apartó sus ojos de Mick mientras la niña salía del restaurante. E incluso varios minutos después de que ella se hubo ido, siguió manoseando las mangas de su camisa sin dejar de mirar fijamente la vacía puerta de entrada. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y se volvió nuevamente hacia el borracho.

Blount se apoyaba pesadamente sobre el mostrador. Sus castaños ojos tenían un brillo acuoso y estaban abiertos de par en par con una expresión aturdida. Necesitaba desesperadamente un baño: emitía un apestoso olor de macho cabrío. Tenía el cuello perlado de sucias gotas de sudor, y una mancha de aceite en la

cara. Los labios eran gruesos y rojos, y el cabello le caía enmarañado sobre la frente. El mono le resultaba demasiado pequeño, y no dejaba de tironeárselo por la parte de la entepierna.

—Hombre, debería usted darse cuenta —exclamó Biff finalmente—. No puede andar por ahí con esta pinta. Vaya, si hasta me sorprende que no le hayan arrestado por vagabundeo. Tiene que desembriagarse. Necesita lavarse y un corte de pelo. ¡Madre de Dios! No está en condiciones de andar entre la gente —Blount frunció el ceño y se mordió el labio inferior—. Vamos, no se ofenda ni se salga de sus casillas. Haga lo que le digo. Vaya a la cocina y dígale al chico de color que le prepare una cacerola grande con agua caliente. Dígale a Willie que le dé una toalla y mucho jabón, y lávese bien. Luego tome un poco de leche con tostadas, y abra su maleta y póngase una camisa limpia y unos pantalones que le vayan bien. Mañana podrá empezar a hacer lo que le apetezca y a trabajar en lo que tenga intención de trabajar, y a andar derecho.

—¿Sabe lo que puede hacer? —dijo Blount con voz pastosa—. Váyase a...

—Conforme —replicó Biff con suma calma—. No, no puedo hacerlo. Y ahora, compórtese.

Biff se dirigió al extremo del mostrador y regresó con dos jarras de cerveza de barril. El borracho tomó la suya con tanta torpeza que la cerveza se le derramó sobre las manos y ensució el mostrador. Biff se bebió su parte con cuidadosa fruición. Miró a Blount fijamente con los ojos semicerrados. Blount no era un anormal, aunque cuando uno lo veía por primera vez, daba esa impresión. Era como si en él hubiera algo deformado..., aunque cuando uno le miraba detenidamente, cada parte de él aparecía como normal y tal como debía ser. Por lo tanto, si esta diferencia no estaba en el cuerpo, estaba probablemente en la mente. Era como un hombre que hubiera cumplido una condena en prisión o hubiera estudiado en la Universidad de Harvard, o vivido largo tiempo con extranjeros en Sudamérica. Parecía un individuo que hubiera estado en un lugar al que las personas normales no es probable que se acerquen, o que hubiera hecho algo que los otros no están dispuestos a hacer.

Biff ladeó la cabeza y dijo:

—¿De dónde viene usted?

—De ninguna parte.

—Vamos, tiene que haber nacido en algún sitio. Carolina del Norte... Tennessee... Alabama... De algún sitio ha de ser.

Los ojos de Blount tenían una expresión soñadora y perdida en el vacío.

—De Carolina —dijo.

—Me parece que ha corrido mundo —insinuó Biff delicadamente.

Pero el borracho no le escuchaba. Dando la espalda al mostrador, estaba contemplando fijamente la oscura y vacía calle. Al cabo de un momento se dirigió a la puerta con pasos poco firmes, inseguros.

—Adiós^[1] —gritó como despedida.

Biff se encontró solo nuevamente y echó al restaurante una de sus escrutadoras miradas, rápidas y minuciosas. Era más de la una de la madrugada, y sólo quedaban cuatro o cinco clientes en el local. El mudo seguía sentado solo a la mesa del centro. Biff le lanzó una mirada fija e indolente y sacudió la jarra para reunir las últimas gotas de cerveza en el fondo del vaso. Terminó su bebida lentamente y dedicó de nuevo su atención al periódico desplegado sobre la barra.

Pero esta vez no pudo concentrarse en las palabras que tenía ante sus ojos. Se acordaba de Mick. Se preguntó si había hecho bien al venderle el paquete de cigarrillos y si realmente era perjudicial para los niños el fumar. Recordó la forma como Mick entrecerraba los ojos y se echaba hacia atrás el flequillo con la palma de la mano. Recordó su voz ronca y varonil y su costumbre de subirse los *shorts* de color caqui, así como su contoneante manera de caminar al estilo de las películas de vaqueros. Brotó en él un sentimiento de ternura. Estaba preocupado.

Inquieto, Biff dedicó otra vez su atención a Singer. El mudo estaba sentado con las manos en los bolsillos, y la jarra de cerveza a medio terminar ante él estaría ahora tibia y sin espuma. Antes de marchar invitaría a Singer a un trago de whisky. Lo que le había dicho Alice era cierto: le gustaban los anormales. Experimentaba un sentimiento amistoso especial hacia las personas enfermas y los tullidos. Siempre que entraba en el local alguien con labio leporino o aspecto tuberculoso, lo invitaba a una cerveza. O si el cliente era un jorobado o un lisiado grave, entonces lo que le ofrecía era whisky. Había un individuo al que la explosión de una caldera le había volado el pene y la pierna izquierda; pues bien, siempre que venía a la ciudad, el buen hombre tenía una pinta de licor gratis esperándole. Y, de haber sido bebedor, Singer hubiera podido conseguir allí licor a mitad de precio en cualquier momento. Biff hizo un gesto de asentimiento para sí mismo, y después dobló cuidadosamente el periódico y lo dejó bajo el mostrador con otros ejemplares. Al final de la semana los llevaría todos a la despensa que había detrás de la cocina, donde guardaba una colección completa del periódico de la noche, sin un solo fallo, de los últimos veintiún años.

A las dos en punto, Blount entró de nuevo en el restaurante. Le acompañaba un negro alto portador de una bolsa oscura. El borracho trató de llevarlo al mostrador a tomar una copa, pero el negro se marchó al darse cuenta del motivo por el que le había hecho entrar. Biff le reconoció como el médico de color que llevaba ejerciendo en la ciudad desde siempre. Estaba de algún modo emparentado con el joven Willie de la cocina. Antes de irse, Biff le vio lanzar a Blount una mirada de tembloroso odio.

El borracho se quedó allí inmóvil.

—¿No sabe usted que no puede traer ningún negro a un bar donde hay hombres blancos bebiendo? —le preguntó alguien.

Biff observaba la escena a distancia. Blount estaba muy irritado, y ahora podía verse fácilmente lo borracho que estaba.

—Yo también soy negro en parte —gritó en son de desafío.

Biff lo miró atentamente; el lugar permaneció tranquilo. Con sus ventanillas de la nariz ensanchadas y sus ojos en blanco, el borracho daba la impresión de estar diciendo la verdad.

—Tengo algo de negro y de italiano, y de eslavo y de chino. De todos ellos —hubo algunas risas—. Y soy holandés, y turco, y japonés, y americano —añadió caminando en zigzag alrededor de la mesa donde el mudo se tomaba su café. Su voz era estentórea y cascada—. Soy el que sabe. Soy un extranjero en tierra extraña.

—Cálmese —le dijo Biff.

Blount no prestaba atención a nadie excepto al mudo. Ambos se miraron. Los ojos del mudo eran fríos y dulces como los de un gato y parecía estar escuchando con todo su cuerpo. El borracho estaba frenético.

—Tú eres el único de la ciudad que capta lo que quiero decir —dijo Blount—. Hace dos días que te estoy hablando mentalmente, porque sé que comprendes lo que quiero decir.

Algunas personas en un reservado se estaban riendo porque, sin saberlo, el borracho había escogido a un sordomudo para conversar. Biff lanzó a los dos hombres punzantes miradas y escuchó atentamente.

Blount se había sentado a la mesa y se inclinó hacia Singer.

—Están los que saben y los que no saben. Y por cada diez mil que no saben, hay sólo uno que sabe. Y éste es el milagro eterno..., el hecho de que estos millones de personas sepan tanto pero ignoren esto. Es como en el siglo quince, cuando todos creían que el mundo era plano y sólo Colón y algunos otros sabían

la verdad. Pero eso es distinto en el sentido de que hace falta talento para imaginarse que la Tierra es redonda. Mientras que esta verdad es tan evidente que es un milagro histórico que la gente no lo sepa. ¿Entiendes?

Biff apoyó los codos en el mostrador y contempló a Blount con curiosidad.

—¿Saber qué? —preguntó.

—No le escuches —dijo Blount—. No hagas caso de este bastardo pies planos, narizotas. Porque, sabes, cuando las personas como nosotros, que saben, se encuentran, es un acontecimiento. Casi nunca sucede. A veces nos encontramos, y ninguno de los dos imagina que el otro es alguien que sabe. Eso es malo. Me ha sucedido muchas veces. Como verás, somos tan pocos...

—¿Masones? —preguntó Biff.

—¡Cállese! De lo contrario le arrancaré el brazo y le atizaré con él —chilló Blount. Se inclinó aún más hacia el mudo, y su voz fue bajando hasta convertirse en un murmullo de ebrio—. ¿Y cómo es esto? ¿Por qué ha perdurado este milagro de la ignorancia? Por una sola razón. Una conspiración. Una vasta e insidiosa conspiración. Oscurantismo.

Los hombres del reservado seguían riéndose del borracho que trataba de mantener una conversación con el mudo. Sólo Biff estaba serio. Quería asegurarse de si el mudo comprendía realmente lo que le decía el otro. El tipo asentía con frecuencia, y su rostro tenía una expresión contemplativa. Era un tipo lento..., nada más. Blount empezó a introducir algunos chistes en su charla sobre el saber. El mudo nunca sonreía hasta algunos segundos después de que se había hecho la observación divertida; luego, cuando la charla se volvía sombría, la sonrisa permanecía en su cara un poquito más. Aquel tipo era decididamente extraño. La gente se encontraba mirándolo atentamente aun antes de saber que había algo diferente en él. Sus ojos le hacían pensar a uno que era capaz de oír y saber cosas que nadie había podido oír o imaginar con anterioridad. No parecía del todo humano.

Jake Blount se apoyó en la mesa y las palabras brotaron de él como si en su interior se hubiera roto una presa. Biff ya no podía entenderle. La lengua de Blount estaba tan espesa a causa de la bebida y hablaba con tanta violencia que los sonidos que emitía se confundían. Biff se preguntó adónde iría aquel hombre cuando Alice lo echara de allí. Y por lo mañana lo haría..., tal como había dicho.

Biff bostezó débilmente, dándose golpecitos en su abierta boca con las puntas de los dedos hasta que la mandíbula se le relajó. Eran casi las tres, la hora de menos movimiento, tanto de día como de noche.

El mudo era paciente. Llevaba escuchando a Blount casi una hora. Empezó a mirar ahora el reloj de vez en cuando. Blount no se daba cuenta de esto y proseguía su arenga sin descanso. Finalmente, se detuvo para liar un cigarrillo, cosa que el mudo aprovechó para hacer un gesto con la cabeza hacia el reloj, y sonriendo con su enigmático estilo se levantó de la mesa. Sus manos permanecieron en los bolsillos, como siempre. Y se marchó rápidamente.

Blount estaba tan borracho que no comprendió lo sucedido. Ni siquiera se había dado cuenta del hecho de que el mudo no respondía nunca. Empezó a mirar a su alrededor con la boca abierta y los ojos dando vueltas en sus órbitas. Mientras una roja venilla le sobresalía de la frente, empezó a golpear la mesa furiosamente con los puños. Su ataque ya no podía durar mucho.

—Vamos, venga aquí —le dijo Biff amablemente—. Su amigo se ha ido. —El tipo seguía buscando a Singer. Nunca había tenido tanta pinta de borracho como entonces. Tenía un aspecto deplorable—. Tengo algo para usted y quiero hablarle un momento —dijo Biff tratando de engatusarlo.

Blount se levantó de la mesa y se encaminó de nuevo con grandes e inseguros pasos a la calle.

Biff se recostó en la pared. Entrar y salir..., entrar y salir. A fin de cuentas, no era asunto de su incumbencia. El local estaba muy vacío y silencioso. Transcurrieron lentamente los minutos. Cansadamente, dejó caer la cabeza hacia delante. Daba la impresión de que todo movimiento estuviera abandonando lentamente la habitación. El mostrador, las caras, los reservados y las mesas, la radio del rincón, los ventiladores del techo con su incesante zumbido..., todo parecía ir perdiendo relieve, aquietarse.

Debía de haberse dormido. Una mano le estaba sacudiendo el codo. Fue recuperando lentamente la conciencia, y levantó los ojos para ver qué pasaba. Willie, el chico de color encargado de la cocina, estaba de pie ante él vestido con su gorro y su largo delantal blanco. Willie tartamudeaba porque estaba excitado a causa de lo que trataba de decir.

—Y allí estaba go-go-golpeando con el puño contra la pared de ladrillos.

—¿Qué dices?

—Allá, en uno de los callejones un p-par de puertas más abajo.

Biff enderezó los hombros y se arregló la corbata.

—¿Qué?

—Y tienen intención de traerlo aquí, y son capaces de venir en cualquier momento...

—Willie —cortó Biff pacientemente—. Empieza desde el principio, y deja que lo capte correctamente.

—Es ese hombre blanco, bajito, del bi-bigote.

—Mister Blount, sí.

—Bueno..., no vi cómo comenzó. Estaba yo en la puerta de atrás cuando oí la conmoción, Parecía una gran pelea en el callejón. Así que co-co-rrí a ver. Y allí estaba ese blanco que se había vuelto loco. Pegaba con la cabeza y los puños contra la pared de ladrillo. Maldecía y pe-peleaba como jamás he visto hacerlo a un blanco. Simplemente con la pared. Tal como pegaba, seguro que se rompió la cabeza. Luego, dos blancos que oyeron el ruido vinieron y se pararon a mirar...

—¿Y qué pasó?

—Bueno..., ya sabe usted, el caballero mudo..., el de las manos en los bolsillos..., aquel...

—Mister Singer.

—Vino y se quedó mirando lo que pasaba. Y Mister B-B-Blount le vio y comenzó a hablar y a gritar. Y de pronto se cayó al suelo. Quizá se había roto la cabeza de verdad. Vino un p-p-policía y alguien le dijo que Mister Blount había estado aquí.

Biff inclinó la cabeza y organizó la historia que acababa de oír en un esquema claro. Se restregó la nariz y permaneció pensativo durante un momento.

—Pueden venir en cualquier momento —advirtió Willie, dirigiéndose a la puerta y echando una mirada a la calle—. Ah, ya llegan. Y tienen que traerlo a rastras.

Una docena de curiosos y un policía trataron de irrumpir en el restaurante. Afuera, un par de prostitutas contemplaba el espectáculo por el escaparate. Siempre es divertido observar cuánta gente puede reunirse procedente de ninguna parte cuando sucede algo fuera de lo corriente.

—De nada sirve crear más alboroto del necesario —sentenció Biff. Miró al policía que sostenía al borracho—. Los demás bien podrían marcharse.

El policía dejó al borracho en una silla y empujó a la pequeña multitud nuevamente a la calle. Luego se volvió hacia Biff.

—Alguien dijo que este hombre se alojaba aquí con usted.

—No. Pero bien podría ser así —repuso Biff.

—¿Quiere que me lo lleve?

Biff consideró la cuestión.

—Esta noche no se meterá en más problemas. Naturalmente, no puedo

hacerme responsable..., pero creo que esto le calmará.

—Conforme. Me dejaré caer por aquí otra vez antes de terminar el servicio.

Biff, Singer y Jake Blount se quedaron solos. Por primera vez desde que lo habían traído, Biff dedicó su atención al borracho. Al parecer, Blount se había herido seriamente en la mandíbula. Estaba derrumbado sobre la mesa con su manaza sobre la boca, balanceándose hacia atrás y hacia adelante. Tenía un corte en la frente y la sangre le corría por la sien. Tenía los nudillos despellejados y estaba tan sucio que parecía como si lo hubieran sacado de una alcantarilla tirándole del cogote. Estaba deshidratado y a punto de sufrir un colapso. El mudo se sentó a la mesa ante él, observándolo todo con sus grises ojos.

Entonces Biff descubrió que Blount no se había herido en la mandíbula, sino que se tapaba la boca con la mano porque le temblaban los labios. Por su mugrienta cara empezaron a correr las lágrimas. De vez en cuando echaba miradas de soslayo a Biff y a Singer, furioso de que le vieran llorar. Era una situación embarazosa. Biff se encogió de hombros en dirección al mudo y enarcó las cejas, en una expresión como de ¿qué hacer? Singer irguió la cabeza de un lado.

Biff estaba en un dilema. No sabía cómo iba a resolver aquella situación. Y tenía aún sus dudas cuando el mudo cogió el menú, le dio la vuelta y empezó a escribir.

Si no se le ocurre ningún lugar para él, puedo llevármelo a mi casa. Aunque, primero, le sentaría bien un poco de sopa y un café.

Aliviado, Biff asintió enérgicamente.

Puso sobre la mesa tres platos especiales de la última comida de la noche, dos tazones de sopa, café y postre. Pero Blount no mostraba deseos de comer. No se quitaba la mano de la boca, como si sus labios fueran una parte muy secreta de sí mismo que corriera el peligro de ser desvelada. Respiraba con entrecortados sollozos y sacudía nerviosamente sus robustos hombros. Singer iba señalando un plato tras otro, pero Blount no hacía más que permanecer sentado con la mano sobre la boca y sacudiendo la cabeza.

Biff habló lentamente para que el mudo pudiera seguirle.

—Los nervios... —dijo en tono familiar.

El vapor de la sopa seguía flotando en dirección a la cara de Blount, y al cabo de un rato éste alargó una temblorosa mano hacia la cuchara. Se tomó la sopa y

parte del postre. Sus gruesos labios seguían temblando, y el hombre inclinó exageradamente la cabeza sobre el plato.

Biff se dio cuenta. Estaba pensando que casi en cada persona hay alguna parte física especial que siempre tratamos de mantener oculta. Con el mudo, eran sus manos. La muchacha, Mick, se sujetaba la parte delantera de la blusa para impedir que la ropa le rozara los recién salidos y tiernos pezones que empezaban a insinuarse en sus pechos. En Alice era el cabello; no le dejaba dormir con ella cuando se frotaba el cuero cabelludo con petróleo. ¿Y en su caso?

Biff dio vueltas lentamente al anillo que llevaba en el meñique. En todo caso, sabía *qué* no era. No. Ya no. En su frente se dibujó una línea profunda. Movi6 la mano que tenía en el bolsillo nerviosamente hacia los genitales. Empezó a silbar una canción y se levantó de la mesa. Era divertido descubrirlo en los demás, sin embargo.

Ayudaron a Blount a ponerse de pie. El hombre se balanceaba débilmente. Ya no lloraba, pero parecía estar meditando sobre algo vergonzoso y lúgubre. Seguía caminando en la dirección que le marcaban. Biff sacó la maleta de detrás del mostrador y le explicó los detalles. Singer miraba como si ya nada pudiera sorprenderle.

Biff les acompañó a la entrada.

—Anímese y no se meta en líos —le dijo a Blount.

El negro cielo nocturno estaba empezando a iluminarse y tomaba un tono azul oscuro al iniciarse el nuevo amanecer. Quedaban sólo algunas débiles estrellas plateadas. La calle estaba vacía, silenciosa, casi fría. Singer llevaba la maleta con la mano izquierda, y con la otra sostenía a Blount. Hizo un ademán de despedida a Biff y los dos empezaron a caminar juntos por la acera. Biff se quedó observándolos con atención. Tras andar media manzana, sólo se distinguían sus negras formas en la azulada oscuridad: el mudo erguido y firme, y el tambaleante Blount con sus anchos hombros apoyándose en él. Cuando ya no pudo verlos, Biff aguardó durante un momento y estudió el cielo. La vasta profundidad de éste le fascinaba y al mismo tiempo oprimía. Se frotó la frente y regresó al iluminado restaurante.

Se quedó de pie tras la caja registradora, y su cara se contrajo y endureció a medida que trataba de recordar las cosas que habían sucedido durante la noche. Tenía la impresión de que quería explicarse algo a sí mismo. Recordaba los incidentes en todos sus aburridos detalles, y seguía aturdido.

La puerta se abrió y cerró varias veces cuando empezó a entrar un repentino

chorro de clientes. La noche se terminaba. Willie colocó algunas sillas sobre las mesas y se dedicó luego a fregar el suelo. Era la hora del cierre para él, y cantaba de contento. Willie era un chico perezoso. En la cocina estaba siempre parando de trabajar para tocar un rato la armónica que llevaba a todas partes consigo. Ahora se dedicó a fregar el piso a golpes, en actitud soñolienta, mientras canturreaba sin cesar su música de negro solitario.

El lugar no estaba todavía atestado...; era la hora en que los hombres que han estado levantados toda la noche se encuentran con los que se acaban de levantar y están listos para iniciar un nuevo día. La soñolienta camarera servía al mismo tiempo cerveza y café. No había ruido ni conversaciones, porque cada persona parecía estar sola. La mutua desconfianza entre los que acababan de despertarse y los que estaban dando fin a una larga noche daba a todo el mundo una sensación de separación.

El edificio del banco situado al otro lado de la calle se dibujaba pálidamente a la luz del alba. Luego, poco a poco, sus blancas paredes de ladrillos se fueron aclarando. Cuando finalmente los primeros rayos del sol naciente empezaron a iluminar la calle, Biff echó una última mirada escrutadora al local y subió al piso.

Hizo sonar ruidosamente el picaporte al entrar para molestar a Alice.

—¡Madre de Dios! —exclamó—. ¡Qué noche!

Alice se despertó con precaución. Yacía en la arrugada cama como un gato malhumorado, desperezándose. La habitación tenía una tonalidad parda bajo el nuevo y cálido sol matutino, y un par de medias de seda colgaba flácido y marchito del cordel de la persiana.

—¿Aún sigue ese estúpido borracho merodeando por ahí? —preguntó.

Biff se quitó la camisa y examinó el cuello con el fin de comprobar si estaba lo bastante limpio como para ser usada otra vez.

—Baja y compruébalo por ti misma. Ya te dije que nadie te impediría que lo echaras a patadas.

Soñolienta, Alice alargó la mano y cogió del suelo, junto a la cama, una Biblia, el dorso en blanco de un menú, y un libro de la escuela dominical. Pasó las crujientes y delicadas páginas de la Biblia hasta llegar a cierto pasaje, que empezó a leer, pronunciando las palabras en voz alta con penosa concentración. Era domingo, y ella estaba preparando la lección semanal para la catequesis de los muchachos en la iglesia.

—“...Y mientras caminaba junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, su hermano, que arrojaban las redes al mar; porque eran pescadores. Y Jesús les

dijo: ‘Venid conmigo y os haré pescadores de hombres.’ E inmediatamente ellos abandonaron sus redes y le siguieron.”

Biff entró en el cuarto de baño para lavarse. El suave murmullo continuó mientras Alice estudiaba en voz alta. Biff escuchó.

—“...Y por la mañana, levantándose mucho antes de que amaneciera, Él se marchó a un lugar solitario, y allí se puso a orar. Y Simón y los que estaban con Él se pusieron a seguirle. Y cuando lo hubieron hallado, le dijeron: Todos los hombres Te buscamos.”

Alice había terminado. Biff dejó que las palabras dieran vueltas lentamente en su interior. Intentaba separar los vocablos del sonido de la voz de Alice al pronunciarlos. Quería recordar el pasaje tal como su madre solía leerlo cuando él era un niño. Echó una nostálgica mirada al anillo de boda que llevaba en el meñique y que otrora había sido de la buena mujer. Una vez más se preguntó cómo le sentaría a su madre saber que él había abandonado la iglesia y la religión.

“La lección de hoy trata del modo como reunió a los discípulos”, dijo Alice para sí, preparándose. “Y el texto es ‘Todos los hombres Te buscamos’.”

Bruscamente, Biff cesó en su meditación y abrió completamente el grifo del agua. Se quitó la camiseta y empezó a lavarse. Siempre iba escrupulosamente limpio de la cintura para arriba. Cada mañana se enjabonaba el pecho y los brazos, así como el cuello y los pies, y un par de veces en cada estación se metía en el baño y se limpiaba todas las partes.

Biff permaneció de pie al lado de la cama, esperando impacientemente a que Alice se levantara. Desde la ventana vio que el día sería calurosísimo y sin viento. Alice había terminado de recitar la lección. Yacía aún perezosamente cruzada en la cama, aunque era bien consciente de que él aguardaba. Biff sintió crecer una fría cólera en su interior. Soltó una irónica risita y luego dijo con amargura:

—Si quieres, puedo sentarme y leer un rato el periódico. Pero desearía que me dejaras dormir ahora.

Alice empezó a vestirse, y Biff rehízo la cama. Con habilidad, invirtió las sábanas de todas las maneras posibles, poniendo la parte superior abajo y dándoles la vuelta de modo que donde estaba la cabeza estuvieran los pies. Cuando el lecho estuvo tersamente preparado esperó a que Alice hubiera salido de la habitación antes de quitarse los pantalones y deslizarse bajo las sábanas. Sus pies asomaban por debajo de la colcha, y su velludo pecho formaba un oscuro contraste con la almohada. Estaba contento de no haber contado a Alice nada de

lo ocurrido con el borracho. Hubiera querido hablar de ello con alguien, porque quizá si contaba todos los hechos en voz alta podía llegar a descubrir lo que le desconcertaba. El pobre hijo de perra que hablaba y hablaba sin conseguir que nadie entendiera lo que decía. Y lo más probable es que ni él mismo lo supiera. Y el modo como daba vueltas alrededor del sordomudo y lo había elegido tratando de hacerle un regalo de todo lo que llevaba en su interior.

¿Por qué?

Porque forma parte de la naturaleza de ciertos hombres entregar en un momento dado todo lo que es personal, antes de que fermente y envenene..., arrojárselo a un ser humano o a alguna idea humana. Tienen que hacerlo. Está en su naturaleza... El texto rezaba: "Todos los hombres Te buscamos". Quizá era éste el motivo..., quizá. Era chino, había dicho el individuo. Y negro, italiano y judío. Y si lo creía con bastante intensidad, tal vez fuera así. Todas las personas y todas las cosas que dijo ser...

Biff extendió ambos brazos y cruzó los desnudos pies. Su rostro tenía aspecto más avejentado a la luz matutina, con los párpados cerrados y encogidos y la espesa, férrea barba en las mejillas y la mandíbula. Poco a poco, su boca se aflojó y relajó. Los potentes y amarillos rayos del sol penetraron a través de la ventana calentando e iluminando la habitación. Biff se dio la vuelta con cansancio y se cubrió los ojos con las manos. Y no fue más que Bartholomew, el viejo Biff de dos puños y una lengua rápida, Mister Brannon, solo.

3

El sol despertó temprano a Mick, aunque la muchacha no había vuelto a casa hasta muy tarde, la noche anterior. Hacía demasiado calor para tomar café para desayunar, de modo que tomó un poco de jarabe con agua helada y galletas. Se entretuvo un ratito en la cocina y luego salió al porche delantero a leer las historias cómicas. Había pensado que quizá encontraría a Mister Singer leyendo el periódico en el porche como todos los domingos por la mañana. Pero Mister Singer no estaba allí, y más tarde el papá de Mick le dijo a ésta que el mudo había llegado muy tarde la noche anterior, y que tenía compañía en su habitación. La niña esperó a Mister Singer mucho tiempo. Todos los demás huéspedes fueron bajando. Finalmente, ella volvió a la cocina y sacó a Ralph de su sillita alta y le puso un vestido limpio y le secó la cara. Después, cuando Bubber volvió de la Escuela Dominical, la niña estaba lista para llevar a pasear a los pequeñines. Permitió que Bubber montara en el cochecito con Ralph porque iba descalzo y la ardiente acera le quemaba los pies. Empujó el cochecito durante ocho manzanas hasta llegar a la nueva casa grande que estaban construyendo. La escalera estaba aún apoyada contra el borde del tejado, y, armándose de valor, empezó a subir por ella.

—Cuida de Ralph —le gritó a Bubber—. Procura que no se le metan mosquitos en los párpados.

Cinco minutos más tarde, Mick se levantó y se mantuvo muy erguida. Extendió los brazos como si fueran alas. Aquel era el sitio en el que todo el mundo quería estar. La cima. Pero no había muchos niños que pudieran hacerlo. La mayoría se asustaban, porque si uno perdía pie y caía por el borde, se mataría. A su alrededor estaban los tejados de las demás casas y las verdes copas de los árboles. Al otro lado de la ciudad se distinguían las agujas de la iglesia y las chimeneas de las fábricas. El cielo era de un azul brillante y ardiente como el mismo fuego. El sol convertía todas las cosas del suelo en objetos de un blanco mareante o negro.

Mick deseaba cantar. Todas las canciones que conocía pugnaban por subir a su garganta, pero de ésta no brotaba el menor sonido. Uno de los chicos mayorcitos que había conseguido llegar a la parte más alta del tejado la semana

anterior dejó escapar un grito y luego empezó a vociferar un discurso que había aprendido en la escuela secundaria: “¡Amigos, romanos, compatriotas, prestadme oídos!” En el hecho de subir a la cima había algo que le hacía sentir a uno una emoción salvaje, así como el deseo de gritar o cantar o levantar los brazos y echar a volar.

Sintió cómo las suelas de sus zapatillas de tenis resbalaban, y fue aflojando las piernas hasta quedar montada a horcajadas sobre la arista del tejado. La casa estaba casi terminada. Sería uno de los mayores edificios de la vecindad: dos pisos, con techos muy altos y el tejado más inclinado que jamás había visto. Pero pronto la obra estaría terminada. Los carpinteros se marcharían, y los niños tendrían que buscar otro lugar para jugar.

Estaba sola. No había nadie por las inmediaciones, y todo estaba tranquilo, de modo que la niña podía dedicarse a pensar durante un rato. Sacó del bolsillo de los *shorts* el paquete de cigarrillos que había comprado la noche anterior. Aspiró el humo lentamente. El cigarrillo le daba una sensación de ebriedad de tal modo que le parecía pesar la cabeza al tiempo que no la sentía muy segura sobre sus hombros. Pero tenía que acabarlo.

“M. K.” Estas iniciales figurarían en todas sus cosas cuando tuviera diecisiete años y fuera muy famosa. Volvería a casa montada en un automóvil Packard rojo y blanco, con sus iniciales grabadas en las puertas. También sus pañuelos y ropa interior llevarían las iniciales. Quizá sería una gran inventora. Inventaría diminutas radios del tamaño de un guisante que la gente podría llevar a todas partes metidas en la oreja. Y también máquinas voladoras que la gente podría atarse a la espalda como si fueran mochilas y les llevarían en un abrir y cerrar de ojos a los confines de la Tierra. Después, ella sería la primera en construir un enorme túnel a través del mundo hasta China, y la gente podría dejarse caer por él en grandes globos. Éstas serían las primeras cosas que inventaría. Todo estaba ya planificado.

Cuando hubo llegado a la mitad del cigarrillo, Mick lo apagó aplastándolo y arrojó la colilla por la pendiente del tejado. Luego se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en los brazos, iniciando un leve canturreo.

Era algo extraño, pero casi continuamente estaba oyendo en el fondo de su mente algo así como una pieza de piano u otra música. Hiciera lo que hiciera, o pensara lo que pensara, casi siempre estaba allí. Miss Brown, que se hospedaba con ellos, tenía una radio en su habitación, y durante todo el invierno último estuvo sentada en la escalera los domingos por la tarde, escuchando los

programas. Probablemente se trataba de obras de música clásica, pero eran éstas las que ella recordaba mejor. Había un tipo especial de música que le encogía el corazón cada vez que la oía. A veces, esta música era como trocitos coloreados de caramelo, y otras era la cosa más suave y triste que jamás imaginara.

De repente se oyó un llanto. Mick se incorporó y aguzó el oído. El viento le agitaba el flequillo sobre la frente y el brillante sol le blanqueaba y humedecía la cara. Los lloriqueos continuaron, y Mick se movió lentamente por el afilado tejado apoyándose en manos y rodillas. Al llegar al extremo se inclinó hacia delante echándose sobre el estómago para que su cabeza asomara por el borde y pudiera ver el suelo.

Los niños estaban donde ella los había dejado. Bubber estaba en cuclillas sobre algo que había en el suelo, y a su lado había una negra sombra, de reducido tamaño. Ralph seguía atado en su cochecito. Apenas era lo bastante mayor para incorporarse, y se sujetaba a los bordes del cochecito, con la gorra torcida en su cabeza, llorando.

—¡Bubber! —gritó Mick—. Entérate de lo que quiere Ralph y dáselo.

Bubber se puso de pie y miró severamente el rostro del bebé.

—No quiere nada.

—Bueno, pues dale una buena sacudida, entonces.

Mick se encaramó de nuevo al lugar que había ocupado antes. Quería estar largo rato pensando en dos o tres determinadas personas, cantar para sí, y hacer planes, pero aquel maldito Ralph seguía chillando, y no conseguía tener paz.

Audazmente volvió a descolgarse hacia la escalera que estaba apoyada contra el borde del tejado. La pendiente era muy pronunciada, y tan sólo había unos tacos de madera clavados en el tejado, muy separados entre sí, que los obreros usaban para apoyar los pies. Sintió vértigo y su corazón empezó a latir tan fuertemente que la hizo temblar. En tono imperativo se dijo a sí misma en voz alta: “Sujétate fuerte con las manos y luego déjate ir hasta que tu dedo gordo del pie consiga un punto de apoyo; luego aguanta ahí y deslízate a la izquierda. Calma, Mick, tienes que conservar la calma.”

Bajar es siempre la parte más difícil de cualquier escalada. Le llevó mucho rato alcanzar la escalera y volver a sentirse a salvo. Cuando finalmente se encontró de pie en el suelo se sintió mucho más pequeña y como si sus piernas fueran a doblársele. Se subió los *shorts* y se ajustó otro ojal del cinturón. Ralph seguía llorando, pero ella no prestó ninguna atención al sonido y penetró en la nueva y desierta casa.

El mes anterior habían colgado un letrero en la parte delantera prohibiendo la entrada de niños en el lugar. Una pandilla de niños había estado correteando y peleándose por las habitaciones una noche, y una pequeña que no pudo ver en la oscuridad penetró en un cuarto que aún no tenía suelo y se cayó rompiéndose una pierna. Seguía en el hospital, escayolada. También, en otra ocasión algunos chicos bastante brutos se orinaron en una de las paredes y escribieron palabrotas en otra. Pero, por más que pusieran letreros de *prohibida la entrada*, no podrían apartar a los chicos de allí hasta que la casa estuviera pintada y terminada y hubiera ido a vivir gente a ella.

Las habitaciones olían a madera fresca, y al caminar, las suelas de sus zapatillas deportivas hacían un ruido sordo que resonaba por toda la casa. El aire era cálido y encalmado. La niña permaneció en medio de la habitación delantera durante un rato, y de repente se acordó de algo. Se metió la mano en el bolsillo y sacó dos trozos de tiza..., uno verde y el otro rojo.

Con mucha lentitud trazó las grandes letras de imprenta. En la parte superior escribió EDISON, y bajo esto los nombres de DICK TRACY y MUSSOLINI. Luego, en cada esquina, con las letras mayores de todas, de rojo y perfiladas de verde, escribió sus iniciales: M. K. Terminado esto, cruzó el cuarto hasta la pared opuesta y escribió una feísima palabra —COÑO— y bajo ella puso también sus iniciales.

Se quedó quieta en medio de la vacía habitación, contemplando su obra. La tiza seguía en su mano, y no se sentía realmente satisfecha de lo que había hecho. Estaba tratando de recordar el nombre del tipo que había escrito la música que ella oyera por la radio el invierno anterior. Se lo había preguntado a una niña de la escuela que tenía un piano y tomaba lecciones de música, y la niña por su parte se lo preguntó a la maestra. Al parecer, el tipo aquel era un chico que había vivido en algún país europeo mucho tiempo atrás. Pero aunque era sólo un niño, había escrito todas aquellas hermosas obras para piano y para violín, así como para banda y orquesta. En su cabeza Mick podía recordar unas seis melodías diferentes pertenecientes a obras suyas que había oído. Algunas eran rápidas y tintineantes, y había otras que eran como el perfume de la primavera después de la lluvia. Pero todas de algún modo la entristecían y excitaban al mismo tiempo.

Canturreó para sí una de las melodías, y al cabo de un rato, en la caliente y vacía casa, sola, sintió que las lágrimas afluían a sus ojos. Se le hizo un nudo en la garganta y ya no pudo seguir cantando. Rápidamente escribió el nombre de aquel individuo en el primer lugar de la lista: MOTSART.

Ralph seguía atado al cochecito tal como le había dejado. Estaba incorporado

y quieto y con sus gordas manitas se sujetaba a los costados. Ralph parecía un chinito con su negro flequillo cuadrado y sus negros ojos. El sol le daba en la cara, y eso era lo que le había hecho llorar. Bubber no aparecía por ninguna parte. Cuando Ralph la vio venir empezó a afinar su vocecita para iniciar nuevamente el llanto. Mick tiró del carrito para ponerlo a la sombra, al lado de la casa nueva, y se sacó del bolsillo de la blusa un caramelo de azúcar y gelatina de color azul. Metió el caramelo en la tibia y suave boca del niño.

—Chúpate ésta —le dijo. En cierto modo era un desperdicio, porque Ralph aún era demasiado pequeño para captar el buen sabor de un caramelo. Una piedrecita limpia hubiera servido para lo mismo, sólo que aquel pedazo de tonto hubiera podido tragársela. No entendía de sabor más de lo que entendía de hablar. Cuando le decías que estabas cansado de arrastrarlo por todas partes y que sentías la tentación de arrojarlo al río, era lo mismo que si le dijeras que le querías. No había nada que estableciera ninguna diferencia para él. Por eso era tan espantosamente aburrido llevarlo por ahí.

Mick ahuecó las manos, las unió, y sopló por la rendija que se formaba entre sus pulgares. Se le hincharon las mejillas, y al comienzo no oyó más que el aire escapándose por entre los dedos. Luego brotó un agudo y penetrante silbido, y al cabo de unos segundos apareció Bubber por la esquina de la casa.

Despeinó a Bubber para quitarle el serrín del cabello y enderezó la gorra de Ralph. Esta gorra era lo mejor que tenía Ralph. Estaba hecha de encaje y toda bordada. La cinta que se la sujetaba a la barbilla era azul de un lado y blanco del otro, y en cada oreja había grandes escarapelas. Su cabeza era demasiado grande para la gorra y el bordado se había rasgado, pero ella siempre se la ponía cuando lo sacaba a pasear. Ralph no tenía un auténtico cochecito de niños como los bebés de la mayor parte de la gente, ni calzado de punto de verano. Tenía que sacarlo en un viejo carrito destartado que le habían regalado por Navidad tres años antes. Pero el gorrito le daba cierta apariencia.

No había nadie en la calle, porque era domingo, la mañana estaba avanzada y hacía mucho calor. El carrito chirriaba y crujía. Bubber iba descalzo y la acera estaba tan caliente que le quemaba los pies. Los verdes robles proyectaban negras y aparentemente frescas sombras sobre el suelo, pero esa sombra no era suficiente.

—Súbete al cochecito —le dijo a Bubber—. Y deja que Ralph se siente en tu regazo.

—Puedo andar.

A Bubber el largo verano siempre le producía cólicos. No llevaba camisa, y sus costillas aparecían blancas y aguzadas. El sol le daba un tono pálido a la piel, en vez de moreno, y las tetillas eran como pasas azules en su pecho.

—No me importa llevarte —dijo Mick—. Sube.

—Conforme...

Mick tiraba lentamente del cochecito porque no tenía prisa en llegar a casa. Empezó a hablar con los niños. Pero era como si se dijera cosas a sí misma.

—Es divertido..., los sueños que he tenido últimamente. Es como si estuviera nadando. Pero en vez de agua, estiro los brazos y nado a través de grandes multitudes de gente. Hay cientos de veces más gente que en los almacenes Kresses los sábados por la tarde. La mayor muchedumbre del mundo. Y a veces grito y nado a través de la gente derribándolos...; en otras ocasiones estoy en el suelo y todos me pisotean y se derraman mis tripas por la acera. Imagino que es más una pesadilla que un simple sueño...

Los domingos, la casa estaba llena de gente porque los huéspedes tenían visitas. Se oía crujir de periódicos y todo estaba lleno de humo, en tanto que continuamente sonaban pisadas en la escalera.

—Hay cosas que uno quiere mantener en privado. No porque sean malas, sino sólo porque quiere guardarlas en secreto. Hay dos o tres cosas que no querría que supierais ni siquiera vosotros.

Bubber bajó cuando llegaron a la esquina y ayudó a bajar el cochecito por el bordillo de la acera y a subirlo en la otra.

—Pero hay algo por lo que lo daría todo. Y es un piano. Si tuviera un piano, practicaría todas las noches y me aprendería todas las canciones del mundo. Eso es lo que más deseo.

Habían llegado ya a su manzana. Su casa estaba sólo a unas pocas puertas de distancia. Era una de las mayores de toda la parte norte de la ciudad..., de tres pisos. Pero en la familia había catorce personas. No todos formaban parte realmente de la familia Kelly..., pero comían y dormían allí a cinco dólares por cabeza, y bien podía contárselos como si lo fueran. Mister Singer no entraba en la cuenta porque sólo tenía alquilada una habitación, y él mismo se encargaba de arreglarla.

La casa era estrecha y llevaba muchos años sin pintar. No parecía sólidamente construida como para sostener los tres pisos. Se inclinaba hacia un costado.

Mick desató a Ralph y lo levantó del cochecito. Cruzó rápidamente el vestíbulo y por el rabillo del ojo vio que el cuarto de estar estaba lleno de gente.

Su papá estaba allí, también. Mamá estaría en la cocina. Todos andaban haraganeando, a la espera de la hora de comer.

Entró en la primera de las tres habitaciones que la familia conservaba para sí. Dejó a Ralph en la cama donde dormían papá y mamá y le dio un collar para que jugara con él. Pudo oír voces a través de la puerta de comunicación con la habitación de al lado, y decidió entrar.

Hazel y Etta dejaron de hablar al verla. Etta estaba sentada en la silla junto a la ventana, pintándose las uñas de los pies con laca roja. Llevaba el cabello recogido y sujeto con rulos de acero, y, en la cara, una manchita blanca de crema facial indicaba el lugar donde le había salido una espinilla, debajo de la barbilla. Hazel estaba echada perezosamente en la cama como de costumbre.

—¿De qué estabais hablando?

—No te importa —dijo Etta—. Cállate y déjanos en paz.

—Es mi habitación tanto como la vuestra. Tengo el mismo derecho que vosotras a estar aquí —Mick anduvo pavoneándose de un extremo al otro del cuarto—. Pero no tengo ganas de pelea. Todo lo que quiero es hacer constar mis derechos.

Mick se echó hacia atrás su desgredado flequillo con la palma de la mano. Hacía esto tan a menudo que se le habían formado pequeños mechones sobre la frente. Arrugó la nariz e hizo muecas ante el espejo. Luego empezó a pasear otra vez por la habitación.

Hazel y Etta no estaban mal como hermanas. Pero Etta parecía tener el cuerpo lleno de gusanos. No pensaba más que en las estrellas de la pantalla y en entrar ella misma en el cine. En una ocasión había escrito una carta a Jeannette MacDonald, y recibió como respuesta una carta escrita a máquina en la que le decían que si alguna vez iba a Hollywood podía ir a bañarse en su piscina. Y desde entonces aquella piscina no se había apartado de la mente de Etta. Sólo pensaba en ir a Hollywood cuando hubiera ahorrado lo bastante para el billete del autobús, y conseguir un empleo de secretaria y hacerse amiga de Jeannette MacDonald y convertirse en estrella de cine.

Estaba todo el día acicalándose. Y ésa era la parte mala. Etta no era naturalmente bonita como Hazel. Lo principal era que carecía de barbilla. Sacaba la mandíbula todo lo que podía y hacía un montón de ejercicios que había leído en una revista de cine. Siempre se estaba contemplando el perfil en el espejo y tratando de mantener la boca en una cierta postura. Pero no servía de nada. A veces Etta se llevaba las manos a la cara y se pasaba toda la noche llorando.

Hazel era una perezosa completa. Era bonita pero estúpida. Tenía dieciocho años, y junto con Bill era la mayor de todos los chicos de la familia. Tal vez ahí residía el problema. Siempre conseguía la parte mejor de todas las cosas. Los vestidos más nuevos y los mejores regalos. Hazel nunca tenía que pelear por las cosas, y era blanda.

—¿Te vas a pasar todo el día paseando por la habitación? Me pone enferma verte con esas ropas de chico estúpido. Alguien tendría que apretarte los tornillos, Mick Kelly, y hacer que te comportaras —dijo Etta.

—Cierra la boca —repuso Mick—. Llevo *shorts* porque no quiero ponerme tu ropa usada. No quiero ser como ninguna de vosotras dos; no quiero parecerme a ninguna. Y no lo haré. Por eso llevo *shorts*. Me gustaría convertirme en un chico e irme a vivir con Bill.

Mick hurgó bajo la cama y sacó una gran caja de sombreros. Mientras se la llevaba a la puerta, las dos le gritaron:

—¡Anda con viento fresco!

Bill tenía la habitación más bonita de toda la familia. Era como una madriguera, y no la compartía con nadie, excepto con Bubber. Tenía fotografías sacadas de revistas fijadas en las paredes con chinchetas, en su mayor parte rostros de hermosas mujeres, y en otro rincón algunos cuadros que Mick había pintado el año anterior en la clase de arte. En la habitación había sólo una cama y una mesa.

Bill estaba sentado, encorvado sobre la mesa, leyendo *Mecánica Popular*. Ella se le acercó por detrás y le rodeó los hombros con los brazos.

—Hola, viejo pillastre.

Bill no empezó a pelear con ella como solía hacer. En lugar de ello dijo “Hola”, y sacudió un poco los hombros.

—¿Te importa si me quedo un ratito?

—Qué va... No me importa. Quédate.

Mick se arrodilló en el suelo y deshizo los nudos de la cuerda que sujetaba la gran caja de sombreros. Sus manos se pasearon por el borde de la tapa, pero por alguna razón no se decidía a abrirla.

—He estado pensando lo que he hecho ya con esto —dijo—. Y puede que funcione, o que no.

Bill seguía leyendo. Ella continuaba arrodillada junto a la caja, pero sin abrirla. Sus ojos observaron a Bill, que estaba sentado de espaldas a ella. Con uno de sus grandes pies se pisaba el otro mientras leía. Sus zapatos estaban

estropeados. En una ocasión su papá había dicho que todas las comidas de Bill iban a parar a sus pies, y el desayuno a una oreja y la cena a la otra. Ciertamente había sido una observación ruin, y Bill estuvo amargado durante un mes, pero era divertida. Tenía las orejas muy anchas y muy rojas, y aunque acababa tan sólo de terminar la escuela secundaria, calzaba zapatos del cuarenta y cinco. Cuando estaba de pie, trataba de esconder sus pies restregando el uno contra el otro, pero esto no hacía más que empeorar las cosas.

Mick abrió la caja unos centímetros y luego la cerró nuevamente. Estaba demasiado excitada para mirar en su interior ahora. Se levantó y paseó por la habitación hasta calmarse un poco. Al cabo de unos minutos se detuvo ante el cuadro que había pintado el invierno anterior en la clase de arte gratuita del gobierno para niños de la escuela. Era un cuadro de una tormenta en el océano en la que aparecía una gaviota volando con dificultades en medio del fuerte viento. Se titulaba *Gaviota marina con el lomo roto en la tormenta*. El maestro les había descrito el océano durante las dos o tres primeras lecciones, y casi todos habían tomado ese tema. La mayoría de chicos estaban como ella, sin embargo, jamás habían visto el océano con sus propios ojos.

Era el primer cuadro que ella había pintado, y Bill lo clavó con chinchetas en la pared de su cuarto. El resto de sus pinturas estaba lleno de gente. Había pintado algunas tormentas oceánicas más al comienzo: una con un avión estrellándose y gente saltando de él para salvarse, y otra con un trasatlántico que se hundía y toda la gente que se empujaba y apelotonaba para llegar a la única barca salvavidas.

Mick se dirigió al armario de Bill y sacó otras pinturas que había hecho en clase: algunos dibujos a lápiz, unas pocas acuarelas y una tela con óleos. Todos estaban llenos de gente. Había imaginado un gran incendio en Broad Street y pintado lo que ella creía que pasaría. Las llamas eran de un verde y anaranjado brillantes, y los únicos edificios que quedaban en pie eran el restaurante de Mister Brannon y el First National Bank. La gente yacía muerta en la calle; otros corrían para salvarse. Había un hombre en camión, y una señora que trataba de llevarse consigo un racimo de plátanos. Otro de los cuadros se titulaba *Explosión de una caldera en una fábrica*, y se veía a hombres saltando por las ventanas y corriendo mientras un grupo de niños con guardapolvos estaban apretujados, sosteniendo las fiambreras con la comida que habían traído a sus padres. El óleo representaba a toda la ciudad peleándose en Broad Street. No sabía por qué lo había pintado, y no era capaz de encontrarle un nombre apropiado. No había

ningún incendio o tormenta o razón alguna por la que se explicara la batalla que tenía lugar allí. Pero había en él más gente y más movimiento que en todos los demás cuadros. Era el mejor; lástima que no se le ocurriera un título. En el fondo de su mente, en algún lugar, ella sabía lo que la pintura representaba.

Mick devolvió las pinturas a la estantería del armario. Ninguna de ellas era muy buena. Las personas carecían de dedos, y algunas veces los brazos eran más largos que las piernas. En cualquier caso, la clase de arte había sido entretenida. Pero había pintado lo que se le ocurría sin razón alguna..., y en su corazón eso no le proporcionaba la misma sensación que la música. No había nada que fuera tan bueno como la música.

Mick se arrodilló en el suelo y rápidamente levantó la tapa de la caja de sombreros. En su interior había un ukelele agrietado, encordado con dos cuerdas de violín, una de guitarra y una de banjo. La grieta que había en la parte de atrás del ukelele había sido limpiamente reparada con esparadrapo y el agujero redondo del centro cubierto con un pedazo de madera. Un puente de violín mantenía tirantes las cuerdas a cada extremo y a cada lado se habían cincelado unas eses. Mick se estaba haciendo un violín. Sostenía el violín en el regazo. Tenía la impresión de no haberlo visto nunca. Tiempo atrás le había hecho a Bubber una pequeña mandolina de juguete con una caja de cigarrillos y unas gomas, y eso le dio la idea. Desde entonces se había dedicado a buscar afanosamente las diversas partes del instrumento, y cada día se dedicaba un poco a la tarea. Ahora le parecía que lo había hecho todo menos emplear la cabeza.

—Bill, esto no se parece a los violines de verdad que he visto.

El muchacho continuaba leyendo.

—¿Sí?...

—No tiene buen aspecto. No tiene...

Tenía previsto aquel día afinar el instrumento, apretando las clavijas. Pero al darse cuenta de repente de lo mal que estaba hecho todo el trabajo, no quería mirarlo. Lentamente, fue pulsando una cuerda tras otra. Todas hacían el mismo sonido metálico corto y hueco.

—¿Y cómo me las arreglaré para conseguir un arco? ¿Estás seguro de que tiene que ser de crin de caballo?

—Sí —replicó Bill con impaciencia.

—¿No serviría algo así como alambre o cabello humano encordado en un palo flexible?

Bill se frotó un pie contra el otro y no respondió.

La furia hizo brotar gotas de sudor de la frente de Mick. Su voz era áspera.

—Ni siquiera es un mal violín. Es sólo un cruce entre una mandolina y un ukelele. Los aborrezco. Los aborrezco... —Bill se dio la vuelta—. Todo ha resultado mal. No servirá. No sirve de nada.

—Cállate —le dijo Bill—. ¿Sigues con ese viejo ukelele roto con el que has estado perdiendo el tiempo? Yo podía haberte dicho desde el comienzo que es absurdo pensar que puedes construir un violín. No es algo que uno simplemente se sienta y construye... Tienes que comprarlo. Creía que todo el mundo sabía una cosa como ésa. Pero supuse que no te haría daño averiguarlo por ti misma.

A veces odiaba a Bill más que a nadie en el mundo. Se mostraba enteramente distinto de su forma de ser habitual. Mick se sintió tentada de golpear el violín contra el suelo y patearlo, pero lo que hizo fue meterlo otra vez en la caja con violencia. Las lágrimas le quemaban en los ojos como fuego. Le dio un puntapié a la caja de sombreros y salió corriendo de la habitación sin mirar a Bill.

Cuando se escabullía por el vestíbulo para volver al patio trasero se tropezó con su mamá.

—¿Qué te pasa? ¿Qué has estado haciendo ahora?

Mick trató de soltarse, pero su madre la tenía sujeta por el brazo. Ceñudamente, se secó las lágrimas de la cara con el dorso de la mano. Su mamá venía de la cocina y llevaba puesto el delantal y las zapatillas. Como de costumbre, su aspecto era el de alguien que tiene muchas cosas en la cabeza y no tiene tiempo de hacer más preguntas.

—Mister Jackson ha traído a almorzar a sus dos hermanas, y no habrá sillas suficientes. Así que tú y Bubber tendréis que comer en la cocina.

—Me parece muy bien —dijo Mick.

Su mamá la soltó y fue a quitarse el delantal. Del comedor llegó el sonido de la campanilla llamando a comer, al tiempo que estallaba repentinamente una alegre charla. Oyó cómo su papá le contaba a alguien cuánto había perdido al no conservar su seguro de accidente hasta el momento en que se rompió la cadera. Eso era algo que su papá no se quitaba nunca de la cabeza: las oportunidades que había tenido de hacer dinero y no había sabido aprovechar. Los platos empezaron a entrechocar, y al cabo de un rato la charla se detuvo.

Mick se apoyó en la barandilla de la escalera. El repentino llanto le había provocado hipo. Al pensar en el mes que acababa de transcurrir, tuvo la impresión de que jamás había creído de veras que su violín funcionaría. Pero en su interior se había obligado a creerlo. Y aún ahora le resultaba difícil no creer en

ello un poquito. Estaba cansada. Bill ya no le servía de mucha ayuda. Solía pensar que Bill era la persona más fenomenal del mundo. Le seguía a todas partes adonde iba: a pescar en el bosque, a los clubes que fundaba con los otros chicos, a las máquinas tragaperras de la parte trasera del restaurante de Mister Brannon..., a todas partes. Quizá él no había tenido intención de defraudarla así. Pero en todo caso nunca volverían a ser buenos camaradas.

En el vestíbulo flotaba el olor de los cigarrillos mezclado con el del almuerzo del domingo. Mick aspiró con deleite y se encaminó nuevamente a la cocina. La comida empezaba a oler bien, y ella estaba hambrienta. Pudo oír la voz de Portia hablando con Bubber. No se sabía si le estaba cantando algo o contándole una historia.

—Y por esa razón soy mucho más afortunada que la mayoría de las muchachas de color —decía Portia cuando Mick abrió la puerta.

—¿Por qué? —preguntó Mick.

Portia y Bubber estaban sentados a la mesa de la cocina tomando su comida. El vestido verde estampado de Portia formaba un fresco contraste con su piel castaño oscuro. Llevaba pendientes verdes y el cabello muy bien peinado y pulcro.

—Llegas siempre al final de la frase y quieres saberlo todo —dijo Portia. Se levantó y se inclinó sobre la caliente cocina, sirviéndole la comida a Mick—. Bubber y yo estábamos hablando de la casa de mi abuelo en Old Sardis Road. Le contaba a Bubber que él y mis tíos son los dueños. Seis hectáreas y media. Siempre plantan una hectárea y media con algodón, algunos años ponen guisantes para mantener rica la tierra. Y hay media hectárea con una colina en la que sólo plantan melocotones. Tienen una mula y una cerda de cría, y siempre de veinte a veinticinco gallinas ponedoras y pollitos tomateros. Tienen una parcela para hortalizas y dos pacanas y muchos ciruelos, higueras y moras. Y ésa es la verdad. No hay muchos blancos que hayan hecho con su tierra lo que mi abuelo.

Mick apoyó los codos en la mesa y se inclinó sobre su plato. A Portia siempre le gustaba hablar de su granja, y lo hacía con preferencia a cualquier otra cosa, excepto cuando se trataba de su marido y su hermano. Al oírla, uno pensaría que aquella granja de negros era la mismísima Casa Blanca.

—La casa empezó sólo con una pequeña habitación. Y con los años fueron construyendo hasta que cupieron en ella mi abuelo, sus cuatro hijos y sus esposas y niños, y mi hermano Hamilton. En el salón tienen un órgano de verdad y un gramófono. Y en las paredes una gran fotografía de mi abuelo con su uniforme de

la logia. Hacen conservas con todas las frutas y las verduras, y por más frío y lluvioso que sea el invierno ellos casi siempre tienen qué comer.

—¿Y por qué no te vas a vivir con ellos, entonces? —preguntó Mick.

Portia dejó de pelar patatas y sus largos y morenos dedos golpearon la mesa al compás de sus palabras.

—Las cosas son así. Mira...; cada persona se construye su casa para los suyos. Todos han trabajado duro todos estos años. Y desde luego los tiempos son difíciles para todo el mundo ahora. Pero mira..., yo viví con el abuelo cuando era una niña. Pero no he vuelto a trabajar allí desde entonces. Sin embargo, en cualquier momento en que yo y Willie y Highboy tengamos problemas siempre podemos volver.

—¿Y no construyó tu padre una casa?

Portia dejó de masticar.

—¿El padre de quién? ¿Quieres decir *mi* padre?

—Claro —repuso Mick.

—Sabes perfectamente que mi padre es un médico de color que reside aquí en la ciudad.

Mick ya le había oído decir eso a Portia anteriormente, pero pensaba que se trataba de un cuento. ¿Cómo podía ser médico un hombre de color?

—Las cosas son así. Antes de casarse con papá, mamá no había conocido más que la verdadera bondad. Mi abuelo es la bondad en persona. Pero mi padre es diferente de él como la noche del día.

—¿Es malo? —preguntó Mick.

—No, no es un hombre malo —respondió Portia lentamente—. Lo que pasa es otra cosa. A mi padre no le gustan los otros hombres de color. Es difícil de explicar. Mi padre se pasó la vida estudiando solo. Y hace mucho tiempo aprendió estas nociones de cómo tiene que ser una familia. Le gustaba mandar en todo y por la noche trataba de enseñarnos a los niños unas lecciones.

—Pues eso no me parece tan mal —dijo Mick.

—Escucha. La mayor parte del tiempo era muy tranquilo. Pero algunas noches le daba una especie de ataque. Nunca he visto a un hombre tan furioso. Todo el mundo que conoce a mi padre dice que estaba medio loco. Hacía cosas absurdas, y nuestra mamá lo abandonó. Yo tenía diez años en aquella época. Nuestra mamá nos llevó a los niños con ella a la granja del abuelo, y allí nos criamos. Nuestro padre quería que volviéramos. Pero ni siquiera cuando murió nuestra mamá los hijos quisimos volver a casa con él. Y ahora mi padre vive solo —Mick se

acercó al fogón y se llenó el plato otra vez. La voz de Portia subía y bajaba como una canción, y nada podía detenerla ahora—. No veo mucho a mi padre, quizá una vez por semana, pero pienso mucho en él. Siento más pena por él que nadie. Supongo que ha leído más libros que cualquier hombre blanco de esta ciudad. Ha leído más libros y se ha preocupado acerca de más cosas. Está lleno de libros y de preocupaciones. Ha perdido a Dios y ha vuelto la espalda a la religión. Todos sus problemas le vienen de eso —Portia estaba excitada. Siempre que se ponía a hablar de Dios (o de Willie, su hermano, o de Highboy, su marido), se excitaba—. Bueno, no me gusta gritar. Pertenezco a la Iglesia presbiteriana y a nosotros no nos va todo eso de rodar por el suelo y hablar lenguas. No nos santificamos cada semana ni nos revolcamos juntos. En nuestra iglesia cantamos y dejamos que el predicador predique. Y si quieres que te diga la verdad, no creo que un poquito de canto y un poquito de prédica te perjudicase, Mick. Deberías llevarte a tu hermanito a la Escuela Dominical, y tú también eres bastante mayor para sentarte en la iglesia. Por la forma como te estás comportando últimamente, diría que ya tienes un pie en el infierno.

—¡Estupideces! —exclamó Mick.

—Bueno, Highboy era un joven santón antes de casarnos. Le gustaba recibir el espíritu todos los domingos, y gritar y santificarse. Pero después de que nos casáramos conseguí que viniera conmigo, y aunque es difícil tenerlo quieto bastante rato, creo que se porta bastante bien.

—No creo en Dios más de lo que creo en Santa Claus —declaró Mick.

—¡Espera un momento! Por eso pienso a veces que te pareces a mi padre más que cualquier otro que haya conocido.

—¿Yo? ¿Qué me parezco a él?

—No me refiero a la cara o a nada del aspecto. Hablaba de la forma y el color de vuestra alma.

Bubber estaba sentado mirando a una y a otra. Tenía la servilleta atada alrededor del cuello y en su mano sostenía su vacía cuchara.

—¿Qué es lo que come Dios? —preguntó.

Mick se levantó de la mesa y se quedó de pie en la puerta, dispuesta a irse. A veces era divertido fastidiar a Portia. Ésta empezaba la misma melodía y decía lo mismo una y otra vez..., como si fuera todo lo que sabía.

—Las personas como tú y mi padre que no asisten a la iglesia nunca pueden tener paz. Mírame a mí: yo creo y tengo paz. Y Bubber, él tiene su paz también. Y

mi Highboy y mi Willie, también. Y me parece a mí, con sólo mirarle, que este Mister Singer tiene también paz. Lo sentí la primera vez que lo vi.

—Piensa lo que quieras —dijo Mick—. Estás más loca que lo haya estado tu padre nunca.

—Pero tú nunca has amado a Dios ni a ninguna persona. Eres dura y correosa como el cuero. Pero te conozco. Esta tarde vas a andar por todas partes sin estar nunca satisfecha. Vas a caminar por ahí como si anduvieras buscando algo perdido. Te vas a excitar cada vez más. Tu corazón va a latir tan fuerte que casi te matará, porque no amas y no tienes paz. Y luego algún día vas a hacer algún disparate y te vas a perder. Nada te ayudará entonces.

—¿Qué, Portia? —preguntó Bubber—. ¿Qué cosas come?

Mick se rió y se fue de la habitación dando zapatazos.

Anduvo vagando por la casa durante la tarde porque no era capaz de estarse quieta. Algunos días eran así. En primer lugar, el recuerdo del violín seguía preocupándola. Nunca podría construir uno parecido a los de verdad..., y después de todas aquellas semanas de proyectar, eso la ponía enferma. ¿Pero cómo podía haber estado tan segura de que la idea funcionaría? ¿Cómo podía haber sido tan torpe? Quizá cuando la gente desea tan desesperadamente una cosa, esa misma ansia les hace creer en cualquier cosa que pueda proporcionársela.

Mick no quería volver a las habitaciones donde estaba la familia. Y no quería tener que charlar con ninguno de los huéspedes. No le quedaba más recurso que la calle..., y ahí el sol calentaba demasiado. Anduvo vagando sin rumbo por el vestíbulo sin dejar de aplastarse el desordenado cabello con la palma de la mano. “Demonios —se dijo a sí misma en voz alta—. Además de un piano, tendría que procurarme un lugar para mí misma”.

Aquella Portia era víctima de una locura propia de negros, pero no era mala. Nunca le haría nada malo a Bubber o a Ralph a hurtadillas, como algunas chicas de color. Pero Portia acababa de decir que jamás había amado a nadie. Mick dejó de pasear y se quedó muy quieta, frotándose la cabeza con el pañuelo. ¿Qué pensaría Portia si lo supiera? ¿Qué pensaría?

Ella siempre había mantenido sus cosas en secreto. Eso era seguro.

Mick subió lentamente por las escaleras. Pasó el primer rellano y subió al segundo. Había algunas puertas abiertas para formar corriente, y se percibían muchos ruidos en la casa. Mick se detuvo en el último tramo de la escalera y se sentó. Si Miss Brown ponía la radio, podría oír la música. Quizá dieran un buen programa.

Descansó la cabeza entre sus rodillas y se ató los cordones de las zapatillas de tenis. ¿Qué diría Portia si supiera que siempre había habido una persona tras otra? Y en cada ocasión era como si una parte de ella estallara en mil pedazos.

Pero siempre lo había mantenido en secreto, y nadie se había enterado.

Mick permaneció sentada largo rato en la escalera. Miss Brown no encendía la radio y no podía oír más que los ruidos que la gente hacía. Estuvo mucho rato meditando mientras se golpeaba los muslos con los puños. Sentía como si tuviera el rostro dividido en pedazos y no pudiera mantenerlo impávido. La sensación era mucho peor que sentir hambre frente a la comida, pero en cierto modo se parecía. Quiero..., quiero..., quiero... —era todo lo que podía pensar—, pero no conseguía averiguar cuál era su deseo.

Al cabo de una hora más o menos se oyó el sonido de un picaporte que giraba en el rellano de arriba. Mick levantó la mirada rápidamente: era Mister Singer. Éste se quedó parado en el corredor durante unos minutos, su cara era triste y tranquila. Luego se dirigió al cuarto de baño. Su acompañante no salió con él. Desde donde estaba sentada, Mick podía ver una parte de la habitación; el acompañante estaba durmiendo en la cama, cubierto con una sábana. La muchacha esperó a que Mister Singer saliera del cuarto de baño. Tenía las mejillas encendidas y se las tocó con las manos. Quizá la verdad era que había subido alguna vez por esta escalera para ver a Mister Singer mientras escuchaba la radio de Miss Brown del piso de abajo. Se preguntó qué clase de música oía él en su mente que sus oídos no podían captar. Nadie lo sabía. Y qué cosas diría si pudiera hablar. Tampoco eso lo sabía nadie.

Mick esperó, y al cabo de un rato el hombre volvió a salir al pasillo. Mick esperaba que él bajaría los ojos y le sonreiría. Entonces, al llegar a su puerta, él bajó la mirada e hizo un gesto con la cabeza. La sonrisa de Mick era amplia y temblorosa. Él entró en su habitación y cerró la puerta. Quizá había tenido intención de invitarla a pasar. Mick deseó de repente entrar en aquella habitación. En algún momento, pronto, cuando él no estuviera acompañado, ella entraría y le vería. Sin duda que lo haría.

La cálida tarde transcurrió lentamente, y Mick seguía sentada en la escalera, sola. La música de aquel tipo, Motsart, aparecía otra vez en su mente. Era extraño, pero Mister Singer le recordaba esta música. Deseó ardientemente encontrarse en algún lugar donde pudiera cantarla a voz en grito. Había músicas que eran demasiado íntimas para cantarlas en una casa atestada de gente. Era extraño, también, lo sola que podía sentirse una persona en una casa llena de gente. Mick

trató de imaginarse un buen lugar íntimo al que poder ir y estar sola y estudiar aquella música. Pero aunque estuvo pensando en ello largo rato, sabía desde el inicio que no existía semejante sitio.

4

A última hora de la tarde, Jake Blount se despertó con la sensación de haber dormido bastante. La habitación en que yacía era pequeña y limpia, amueblada con una cómoda, una mesa, la cama y unas pocas sillas. Encima de la cómoda un ventilador giraba a uno y otro lado, y cuando la brisa le acariciaba la cara, Jake se acordaba del agua fría. Junto a la ventana había un hombre sentado delante de la mesa, mirando fijamente el tablero de ajedrez que tenía ante sí. A la luz del día la habitación no le resultaba familiar a Jake, pero reconoció instantáneamente la cara de aquel hombre, y fue como si le hubiera conocido desde hacía mucho tiempo.

Los recuerdos se confundían en la mente de Jake. Yacía inmóvil con los ojos abiertos y con las palmas de las manos vueltas hacia arriba. Sus manos eran enormes y su morenez destacaba contra la blanca sábana. Cuando las levantó hacia su cara vio que estaban arañadas y magulladas..., y las venas hinchadas como si hubiera estado agarrando algo con fuerza durante mucho rato. Tenía una expresión cansada en la cara e iba despeinado. Su castaño cabello le caía por la frente y tenía el bigote torcido. Hasta sus cejas, que tenían forma de alas, estaban desgredadas. Mientras yacía allí, sus labios se movieron un par de veces y el bigote se le estremeció con una nerviosa sacudida.

Al cabo de un rato se incorporó y se dio un porrazo en la sien con uno de sus grandes puños para despejarse. Al moverse, el hombre que jugaba al ajedrez levantó la mirada rápidamente y le sonrió.

—Dios, estoy muerto de sed —dijo Jake—. Siento como si todo el ejército ruso estuviera marchando por mi boca en calcetines.

El hombre le miraba, sin dejar de sonreír, y entonces de repente alargó la mano hacia el otro lado de la mesa y cogió una jarra de agua helada y un vaso. Jake bebió a grandes tragos, jadeando..., de pie, semidesnudo en medio de la habitación, la cabeza echada hacia atrás y una de sus manos cerrada con crispación. Se bebió cuatro vasos de agua antes de tomarse un respiro y relajarse un poco.

Instantáneamente afloraron algunos recuerdos. No podía acordarse de cómo había llegado hasta allí con aquel hombre, pero las cosas que habían ocurrido

después estaban más claras. Se había despertado al meterle el otro en una bañera con agua fría, y posteriormente bebieron café y charlaron. Había soltado muchas cosas, y aquel hombre le había escuchado. Había enronquecido a fuerza de hablar, pero podía recordar las expresiones de la cara del hombre mejor que todo lo que le había dicho. Se habían ido a la cama ya de mañana, tras bajar las cortinas para que no pudiera entrar ninguna luz. Al principio se había despertado víctima de pesadillas, viéndose obligado a encender la luz para despejarse. La luz también despertó al otro, pero el hombre no se quejó en absoluto.

—¿Cómo es que no me echó a patadas anoche?

El hombre se limitó a sonreír. Jake se preguntó por qué estaba tan callado. Buscó con la mirada sus ropas, y vio que su maleta estaba en el suelo junto a la cama. No era capaz de recordar cómo había conseguido sacarla del restaurante, en el que debía las bebidas. Sus libros, un traje blanco y algunas camisas estaban todos allí tal como él los había empaquetado. Rápidamente empezó a vestirse.

Para cuando terminaba de ponerse la ropa, una cafetera eléctrica aguardaba alegremente en la mesa. El hombre se metió la mano en el bolsillo del chaleco que colgaba del respaldo de una silla. Sacó una tarjeta y Jake la tomó interrogadoramente. En su centro estaba grabado el nombre del individuo —John Singer—, y bajo él, con tinta y escrito con la misma delicada precisión que las letras impresas, había un breve mensaje:

*Soy sordomudo pero puedo leer en los labios y entiendo lo que me dicen.
Por favor, no grite.*

La sorpresa hizo sentir a Jake vacío y alhelado. Él y John Singer se limitaron a mirarse mutuamente.

—No sé cuánto tiempo me hubiera llevado averiguarlo —dijo.

Se sentaron a la mesa y bebieron café en tazas azules. La habitación estaba fresca y las persianas medio bajadas suavizaban el intenso resplandor que penetraba por la ventana. Singer sacó de su armario una caja de hojalata que contenía una hogaza de pan, algunas naranjas y un poco de queso. No comió mucho, pero se sentó recostándose en la silla con una mano en el bolsillo. Jake comió vorazmente. Tendría que irse de allí en seguida y examinar detenidamente su situación. Mientras estuviera encallado debía buscar alguna clase de trabajo apresuradamente. La silenciosa habitación era demasiado tranquila y confortable para pensar en nada... Saldría a la calle y caminaría un rato.

—¿Hay más sordomudos por aquí? —preguntó—. ¿Tiene usted muchos amigos?

Singer seguía sonriendo. No captó las palabras al principio, y Jake tuvo que repetir las. Singer levantó sus puntiagudas y negras cejas y movió negativamente la cabeza.

—¿Y no se encuentra solo?

El hombre movió la cabeza con un gesto que lo mismo podía significar afirmación que negación. Siguieron sentados silenciosamente durante un rato y luego Jake se levantó para marcharse. Dio las gracias varias veces a Singer por haberle alojado durante la noche, moviendo cuidadosamente los labios para asegurarse de que le entendía. El mudo se limitó a sonreír nuevamente y se encogió de hombros. Cuando Jake le preguntó si podía dejarle la maleta bajo la cama unos días, el mudo le respondió afirmativamente con la cabeza.

Después Singer sacó las manos del bolsillo y escribió con cuidado en un trozo de papel con un lápiz plateado. Y empujó el trozo de papel hacia Jake.

Puedo poner un colchón en el suelo y quedarse usted aquí hasta que encuentre un sitio. Yo estoy fuera la mayor parte del día. No habría ningún problema.

Jake sintió que le temblaban los labios con un repentino sentimiento de gratitud. Pero no podía aceptar.

—Gracias —dijo—. Ya tengo un sitio.

Al salir el mudo le entregó un mono azul, enrollado en un apretado bulto, y setenta y cinco centavos. El mono estaba sucio y al reconocerlo Jake sintió que se despertaban en su interior un torbellino de recuerdos de la última semana. El dinero, le hizo entender Singer, estaba en los bolsillos.

—Adiós^[2] —dijo Jake—. Volveré uno de estos días.

Dejó al mudo de pie en el marco de la puerta con las manos todavía en los bolsillos y aquella semisonrisa en la cara. Tras bajar algunos escalones se paró y dio la vuelta, agitando la mano. El mundo le devolvió el saludo y cerró la puerta.

Afuera, el resplandor le hirió repentina y dolorosamente en los ojos. Permaneció en la acera delante de la casa, demasiado deslumbrado por el sol para poder ver bien. Una muchachita estaba sentada en el balaustre de la casa. La había visto en algún lugar anteriormente. Recordaba los pantalones cortos de muchacho que llevaba y la manera como entrecerraba los ojos.

Levantó el sucio atado del mono.

—Quiero tirar esto. ¿Sabes de algún sitio donde haya un cubo de basura?

La muchacha saltó de la balaustrada.

—Está en el patio trasero. Se lo mostraré.

La siguió por el largo y húmedo callejón que corría por el costado de la casa. Cuando llegaron al patio posterior, Jake vio que había dos negros sentados en las escaleras traseras. Ambos vestían trajes blancos y zapatos del mismo color. Uno de los negros era muy alto, y su corbata y calcetines eran de un color verde brillante. El otro era un mulato de tez clara y estatura mediana. Se frotaba una armónica de hojalata en la rodilla. En contraste con su alto compañero, los calcetines y la corbata eran de un rojo vivo.

La muchacha señaló el cubo de basura situado junto a la valla trasera, y luego se volvió hacia la ventana de la cocina.

—¡Portia! —gritó—. Highboy y Willie están aquí esperándote.

Una voz suave le respondió desde la cocina.

—No hace falta que grites tanto. Sé perfectamente que están aquí. Me estoy poniendo el sombrero.

Jake desenrolló el mono antes de tirarlo. Estaba rígido a causa del barro. Tenía una pernera rasgada y algunas manchas de sangre en la pechera. Lo arrojó al cubo. Una muchacha negra salió de la casa y se unió a los dos jóvenes vestidos de blanco en la escalera. Jake notó que la muchachita de los *shorts* le estaba mirando con gran atención. Se apoyaba, ora en una pierna, ora en la otra, y parecía excitada.

—¿Es usted pariente de Mister Singer? —preguntó.

—No. Qué va.

—¿Un buen amigo, quizá?

—Tanto como para pasar la noche con él.

—No sabía si...

—¿Hacia dónde queda Main Street?

La niña señaló a la derecha.

—Dos manzanas en esa dirección.

Jake se peinó el bigote con los dedos y se puso en marcha. Hizo tintinear los setenta y cinco centavos en su mano y se mordió el labio inferior hasta que estuvo veteado y escarlata. Los tres negros caminaban lentamente delante de él, hablando entre sí. Como se sentía solo en aquella ciudad tan poco familiar, se mantuvo

cerca de ellos, escuchando. La chica iba colgada del brazo de ambos. Llevaba un vestido verde y sombrero y zapatos rojos. Los chicos caminaban pegados a ella.

—¿Qué plan tenemos para esta noche? —preguntó ella.

—Depende enteramente de ti, corazón —replicó el chico alto—. Willie y yo no tenemos ningún plan en especial.

Ella paseó su mirada del uno al otro.

—Vosotros tenéis que decidir.

—Bien... —dijo el chico más bajo de calcetines rojos—. Highboy y yo pensamos que quizá podríamos ir los tres a la iglesia.

La muchacha canturreó su respuesta en tres tonos diferentes:

—Con... for... me. Y después de la iglesia, tengo la impresión de que debería ir y estar con mi padre un ratito. Sólo un ratito.

Doblaron en la primera esquina y Jake se quedó observándolos un momento antes de seguir.

La calle principal estaba tranquila y calurosa, casi desierta. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que era domingo... y la idea le deprimió. Los toldos de las tiendas cerradas estaban recogidos, y los edificios tenían aspecto desnudo bajo el brillante sol. Pasó por delante del café Nueva York. La puerta estaba abierta, pero el lugar parecía vacío y oscuro. No había encontrado calcetines que ponerse aquella mañana, y el caliente pavimento le quemaba a través de las delgadas suelas de sus zapatos. El sol quemaba como un hierro al rojo que le apretara la cabeza. La ciudad le parecía el lugar más solitario que jamás conociera. La quietud de la calle le daba una extraña sensación. Cuando estaba borracho, el lugar le había parecido violento y ruidoso. Y ahora era como si todo se hubiera detenido repentinamente.

Entró en una tienda de frutas y dulces a comprar un periódico. La columna de Demandas era muy corta. Había varios anuncios pidiendo jóvenes de veinticinco a cuarenta años con coche para vender productos a comisión. Se los saltó rápidamente. Un anuncio de chófer de camión retuvo su atención algunos minutos. Pero el último de la lista fue el que más le interesó. Rezaba así:

Se busca mecánico experimentado. Atracciones Sunny Dixie. Dirigirse a la esquina de Weavers Lane con Calle 15.

Sin saberlo, había vuelto ante el restaurante donde pasara sus últimas dos semanas. Era el único lugar de la manzana, además de la frutería, que no estaba

cerrado. Jack decidió de pronto entrar y ver a Biff Brannon.

En contraste con el resplandor de la calle, el café estaba muy oscuro. Todo le pareció más sórdido y silencioso de lo que recordaba. Brannon estaba de pie junto a la caja registradora como de costumbre, los brazos cruzados sobre el pecho. Su bonita y regordeta mujer estaba sentada limándose las uñas al otro extremo del mostrador. Jack observó que se miraban mutuamente cuando él entró.

—... tardes —dijo Brannon.

Jake captó algo en la atmósfera. Quizá el tipo aquel se estaba riendo porque recordaba cosas sucedidas mientras estaba borracho. Jake se quedó tieso, con expresión resentida. “Un paquete de Target, por favor.” Mientras Brannon alargaba la mano bajo el mostrador en busca del tabaco, Jake decidió que no se estaba riendo. A la luz del día, la cara del tipo no tenía aspecto tan duro como de noche. Estaba pálido como si hubiera dormido mal, y sus ojos tenían la expresión de un buitre cansado.

—Diga —espetó Jake—. ¿Cuánto le debo?

Brannon abrió un cajón y sacó un bloc escolar que puso sobre el mostrador. Lentamente volvió las páginas, y Jake lo observó. El bloc parecía más una libreta de notas privadas que un lugar donde se llevaran unas cuentas regularmente. Había largas filas de cifras, sumadas, divididas, y restadas, y algunos dibujitos. Se detuvo en una página, y Jake vio su apellido escrito en el ángulo. En aquella página no había cifras..., sólo marcas y cruces. En toda la página, al azar, había dibujados unos gatos pequeños y redondos, con largas líneas curvadas a manera de cola. Jake miró aquello fijamente. Las caras de los gatitos eran humanas y de mujer. Las caras de los gatitos eran la señora Brannon.

—Aquí tengo marcas para las cervezas —dijo Brannon—. Y cruces para las comidas y líneas rectas para los whiskies. Deje que vea... —Brannon se frotó la nariz y cerró los párpados. Luego se guardó el bloc—. Aproximadamente veinte dólares.

—Me llevará mucho tiempo —dijo Jake—. Pero quizá le pague.

—No tengo prisa.

Jake se apoyó en el mostrador.

—Dígame, ¿qué clase de sitio es esta ciudad?

—Corriente —replicó Brannon—. Más o menos como cualquier otro lugar del mismo tamaño.

—¿Qué población tiene?

—Unos treinta mil.

Jake abrió el paquete de tabaco y se lió un cigarrillo. Le temblaban las manos.

—¿Muchas fábricas?

—Así es. Cuatro hilanderías de algodón..., las principales. Una fábrica de calcetines. Algunas desmotadoras y aserraderos.

—¿Qué sueldos pagan?

—Diría que un promedio de diez a once a la semana... pero, claro, los despiden de vez en cuando. ¿Por qué pregunta eso? ¿Quiere trabajar en una hilandería?

Jake se frotó el ojo soñolientamente con el puño.

—Quién sabe. Quizá sí, quizá no —dejó el periódico en el mostrador y señaló el anuncio que acababa de leer—. Creo que iré a echar una mirada a éste.

Brannon leyó y consideró la cuestión.

—Ya —dijo finalmente—. He visto esa feria. No es gran cosa... Un par de aparatos, solamente, como un tiiovivo y balancines. Atrae a la gente de color y obreros de las hilanderías, y a los chicos. Se van trasladando a las parcelas vacantes de la ciudad.

—Muéstreme cómo llegar allí.

Brannon fue con él hasta la puerta y le señaló la dirección.

—¿Volvió a casa con Singer esta madrugada?

Jake asintió.

—¿Qué piensa de él?

Jake se mordió los labios. Tenía bien fija en su mente la cara del mudo. Era como la cara de alguien a quien hiciera mucho tiempo que conociera. No había dejado de pensar en él desde que saliera de su habitación.

—Ni siquiera sabía que fuera mudo —dijo finalmente.

Empezó a caminar por la calurosa y desierta calle. No lo hacía como un forastero en una ciudad extraña. Parecía estar buscando algo. Pronto penetró en uno de los distritos fabriles que bordean el río. Las calles eran ahora estrechas y sin pavimentar y ya no estaban vacías. Grupos de niños sucios y con aspecto hambriento se llamaban mutuamente y jugaban. Las chozas de dos piezas, todas iguales, estaban carcomidas y despintadas. El olor de la comida se mezclaba con el hedor de las cloacas y el polvo que flotaba en el aire. Hasta allí llegaba el ruido producido por el río al salvar sus desniveles. La gente permanecía de pie silenciosamente en las puertas o repantigados en las escaleras. Miraron a Jake con rostros inexpresivos, amarillentos. Y él les devolvió la mirada con sus

anchos ojos castaños. Caminaba a sacudidas y de vez en cuando se secaba la boca con el velludo dorso de la mano.

Al final de Weavers Lane había una parcela vacía. Tiempo atrás había sido usada como depósito de chatarra de coches viejos. El terreno estaba atestado de piezas de maquinaria oxidada y cámaras de neumáticos rasgadas. En un rincón de la parcela había aparcado un remolque, y cerca de él un tiovivo parcialmente cubierto por una lona.

Jake se acercó con lentitud. Dos muchachitos vestidos con mono se encontraban de pie ante el tiovivo. Cerca de ellos, sentado en una caja, un negro dormitaba al sol de última hora de la tarde, las rodillas juntas como desplomadas. Una mano sostenía una bolsa de chocolate derretido. Jake vio cómo metía los dedos en la pastosa gelatina y luego se los lamía lentamente.

—¿Quién es el jefe aquí?

El negro se metió sus dos dedos empapados de dulce entre los labios y los rodeó con la lengua.

—Es un pelirrojo —dijo cuando hubo acabado de lamerse—. Es todo lo que sé, capitán.

—¿Y dónde está ahora?

—Allí, detrás del furgón más grande.

Jake se quitó la corbata mientras caminaba por la hierba y se la metió en el bolsillo. El sol estaba empezando a ponerse por el Oeste. Por encima de la negra línea de los tejados, el cielo tenía un cálido tono escarlata. El dueño del espectáculo estaba de pie, solo, fumándose un cigarrillo. Su rojo cabello se esparcía como una esponja por la cabeza. El hombre miró a Jake con flácidos ojos grises.

—¿Es usted el gerente?

—Ajá. Me llamo Patterson.

—Vine por el empleo que anuncian en el periódico.

—Ya. No quiero ningún novato. Necesito un mecánico con experiencia.

—Tengo mucha experiencia —repuso Jake.

—¿Qué es lo que ha hecho usted?

—He trabajado como tejedor y ajustador de telares. He trabajado en garajes y en un taller de montaje de coches. Toda clase de cosas.

Patterson lo acompañó hasta el parcialmente cubierto tiovivo. Los inmóviles caballos de madera tenían un aspecto fantástico con el sol de la tarde. Se encabritaban estáticamente, atravesados por los barrotes de apagados tonos

dorados. El que estaba más cerca de Jake mostraba una grieta astillada en su sucia grupa, y sus ojos no eran más que cuencas vacías de las que colgaban jirones de pintura desconchada. El inmóvil tiovivo le parecía a Jake algo escapado de un delirio de borracho.

—Quiero un mecánico experimentado que dirija esto y se ocupe del mantenimiento de la maquinaria —dijo Patterson.

—Puedo hacerlo perfectamente.

—Es un doble trabajo —explicó Patterson—. Está usted al frente de la atracción. Además de cuidar de la maquinaria, tiene que mantener el orden entre la gente. Debe estar seguro de que todo el mundo tiene billete. Ha de asegurarse de que los billetes son buenos, y no se trata de un ticket usado de sala de baile. Todo el mundo quiere montar en los caballitos, y se sorprenderá de lo que los negros intentan para subir a uno de ellos cuando no tienen dinero. Tiene que estar con cuatro ojos continuamente.

Patterson lo acompañó esta vez hasta la maquinaria que había en el interior del círculo de caballos, y señaló las distintas partes. Movi6 una palanca y se inició débilmente el cascabeleo de la música mecánica. La cabalgata de madera que los rodeaba parecía aislarlos del resto del mundo. Cuando los caballos se detuvieron, Jake hizo algunas preguntas y accion6 por sí mismo el mecanismo.

—El tipo que tenía me dejó —dijo Patterson cuando se encontraron nuevamente en la parcela—. Siempre aborrezco empezar con gente nueva.

—¿Cuándo comienzo?

—Mañana por la tarde. El espectáculo está abierto durante seis días y seis noches por semana...; empieza a las cuatro y cierra a las doce. Usted tiene que estar aquí a las tres para ayudar a poner en marcha todo. Y hace falta quedarse una hora después del cierre para guardarlo todo.

—¿Qué hay del sueldo?

—Son doce dólares.

Jake asintió con la cabeza y Patterson alargó una mano mortalmente blanca, flácida y de sucias uñas.

Ya era tarde cuando salió de la parcela. El intenso cielo azul se había blanqueado, y al Este aparecía una blanca luna. El crepúsculo difuminaba los perfiles de las casas a lo largo de la calle. Jake no regresó inmediatamente por Weavers Lane, sino que anduvo vagando por la vecindad. Algunos olores, algunas voces que llegaban de la lejanía, le hacían detenerse de vez en cuando un momento a un lado de la polvorienta calle. Vagó sin rumbo, cambiando de

dirección al azar, sin ningún objetivo. Sentía la cabeza muy ligera, como si estuviera hecha de tenue cristal. En su interior estaba teniendo lugar un cambio químico. Las cervezas y el whisky que tan continuamente había almacenado en su organismo desencadenaron una reacción. Era como si le afectara todavía la embriaguez. Las calles que le habían parecido tan muertas antes rebosaban ahora de vida. Había una franja recortada de hierba que bordeaba la calle, y mientras Jake paseaba, el suelo parecía levantarse hasta su rostro. Se sentó en el borde de hierba apoyándose en un poste telefónico. Se instaló confortablemente, cruzando las piernas al estilo turco y se alisó las puntas de su bigote. A sus labios acudieron las palabras, y soñolientamente las pronunció en voz alta:

—El resentimiento es la flor más preciosa de la pobreza. Eso es.

Era agradable hablar. El sonido de su voz le proporcionaba placer. Parecía resonar y quedar colgada en el aire. De modo que cada palabra sonaba dos veces. Tragó saliva y se humedeció la boca para volver a hablar. De repente deseó estar de vuelta en la silenciosa habitación del sordomudo y contarle los pensamientos que albergaba su mente. Resultaba extraño querer hablar con un sordomudo. Pero se sentía solo.

La calle ante él fue oscureciéndose con la llegada de la noche. De vez en cuando pasaban hombres por la calle, muy cerca de él, charlando en tono monótono, al tiempo que una nube de polvo se levantaba con cada paso. O pasaban varias muchachas juntas, o una madre con un niño en brazos. Jake permaneció sentado durante un rato, como paralizado, y finalmente se puso de pie y empezó a caminar.

Weavers Lane estaba oscuro. Los quinqués proyectaban amarillentas, temblorosas manchas de luz en puertas y ventanas. Algunas casas estaban enteramente a oscuras, y sus familias sentadas en los escalones delanteros, contando para verse sólo con el reflejo de la luz de los vecinos. Una mujer se asomó a una ventana y arrojó un cubo de agua sucia a la calle. Algunas gotas le salpicaron a Jake en la cara. Podían oírse voces agudas, irritadas, procedentes de la parte trasera de algunas casas. De otras partía el tranquilo sonido de una mecedora que se balanceaba suavemente.

Jake se detuvo ante una casa en la que había tres hombres sentados en la escalera. Sobre sus cabezas brillaba una pálida luz amarillenta procedente del interior. Dos de ellos llevaban mono, pero no camisa, e iban descalzos. Uno era alto y desgarbado. El otro era bajo y tenía una llaga supurante en la comisura de

la boca. El tercero llevaba camisa y pantalones. Sobre su rodilla descansaba un sombrero de paja.

—Hola —dijo Jake.

Los tres le miraron fijamente con cetrinos rostros inexpresivos. Murmuraron algo pero no cambiaron de posición. Jake sacó el paquete de Target del bolsillo y lo hizo correr. Se sentó en el escalón inferior y se quitó los zapatos. El frío y húmedo suelo le sentó bien a sus pies.

—¿Están trabajando actualmente?

—Sí —repuso el hombre del sombrero de paja—. La mayor parte del tiempo. Jake se tocó los dedos de los pies.

—Llevo el Evangelio conmigo —dijo—. Y quiero contárselo a alguien.

Los hombres sonrieron. Del otro lado de la estrecha calle llegaba el sonido de una mujer que cantaba. El humo de sus cigarrillos permanecía flotando a su alrededor en la quieta atmósfera. Un muchachito que pasaba por la calle se detuvo y se abrió la bragueta para orinar.

—Hay una carpa al volver la esquina, y hoy es domingo —dijo finalmente el hombre bajo—. Puede ir allí y contar todo el Evangelio que desee.

—No es de esa especie. Es mejor. Es la verdad.

—¿De qué clase?

Jake se chupó el bigote y no respondió. Al cabo de un rato dijo:

—¿Han tenido ustedes huelgas aquí?

—En una ocasión —respondió el alto—. Tuvieron una de esas huelgas hará unos seis años.

—¿Qué sucedió?

El hombre de la llaga en la boca arrastró los pies y dejó caer la colilla de su cigarrillo al suelo.

—Bueno..., abandonaron el trabajo porque querían veinte centavos a la hora. Tomaron parte en ellas unos trescientos obreros. Daban vueltas por la calles durante todo el día. Así que la hilandería envió camiones, y al cabo de una semana la ciudad entera hervía de gente que había llegado en busca de trabajo.

Jake se dio la vuelta para mirarles de frente. Los hombres estaban sentados un par de escalones por encima de él, de manera que tenía que levantar la cabeza para mirarlos a los ojos.

—¿No les enfureció eso a ustedes? —preguntó.

—¿Qué quiere decir con... enfurecer?

La vena de la frente de Jake estaba hinchada y escarlata.

—¡Santo Dios, hombre! Quiero decir enfurecer..., enfurecer..., *enfurecer*.

Miró ceñudamente sus aturridos, cetrinos, rostros. Tras ellos, a través de la abierta puerta, podía ver el interior de la casa. En la habitación delantera había tres camas y un lavabo. En el cuarto trasero una mujer descalza estaba sentada durmiendo en una silla. De uno de los oscuros porches de las cercanías venía el sonido de una guitarra.

—Yo fui uno de los que vinieron en los camiones —dijo el hombre alto.

—Eso no importa. Lo que trato de decirles es claro y sencillo. Los bastardos propietarios de estas hilanderías son millonarios. En tanto que los desmotadores y cardadores y toda la gente que está detrás de las máquinas que hilan y tejen el paño apenas ganan lo suficiente para mantener quietas sus tripas. ¿No lo ven? Así que cuando caminas por las calles y piensas en ello y ves a gente rendida y hambrienta y a niños de piernas raquílicas, ¿no te pones furioso? ¿No? —Jake tenía el rostro congestionado y sombrío, y le temblaban los labios. Los tres hombres le miraron con cautela. Luego el tipo del sombrero de paja empezó a reírse—. Ande y ríase, hombre. Quede ahí sentado y ríase hasta que reviente.

Los hombres se reían, de aquella manera suave y desenvuelta como tres hombres se ríen de uno. Jake se quitó la suciedad de las plantas de los pies y se puso los zapatos. Tenía los puños apretados y la boca retorcida en una furiosa sonrisa.

—Ríanse..., es para lo único que sirven. ¡Espero que se queden ahí sentados riendo hasta morirse!

Mientras caminaba rígidamente calle abajo, el sonido de sus risas y silbidos le siguió.

La calle principal estaba brillantemente iluminada. Jake se entretuvo en una esquina acariciando las monedas que llevaba en el bolsillo. Sintió una punzada de dolor en la cabeza, y aunque la noche era calurosa, un escalofrío recorrió su cuerpo. Pensó en el mudo, y deseó ardientemente regresar a sentarse con él un rato. En la tienda de frutas y dulces donde había comprado el periódico aquella tarde, eligió una cesta de fruta envuelta en celofán. El griego que estaba detrás del mostrador le dijo que su precio era de sesenta centavos, de manera que después de pagar le quedaba sólo una moneda de cinco centavos. En cuanto se vio fuera de la tienda el regalo le pareció un obsequio extraño para un hombre sano. Unas pocas uvas se escapaban por debajo del celofán, y se las comió ávidamente.

Singer estaba en casa cuando llegó él. Se encontraba sentado junto a la ventana con el tablero de ajedrez dispuesto ante él en la mesa. La habitación

estaba tal como Jake la había dejado, con el ventilador en marcha y la jarra de agua fría junto a la mesa. Sobre la cama había un sombrero panamá y un pedazo de papel; parecía, pues, que el mudo acababa de llegar. Singer señaló con la cabeza la silla que estaba frente a él junto a la mesa, y apartó a un lado el tablero. Se echó hacia atrás con las manos en los bolsillos, y su cara pareció preguntar a Jake qué había sucedido desde que se fuera.

Jake dejó la fruta en la mesa.

—Para esta tarde —dijo— el lema ha sido: Ve y encuentra un pulpo, y ponle calcetines.

El mudo sonrió, pero Jake no podía saber si había entendido lo que acababa de decir. El mudo miró la fruta con sorpresa y luego deshizo la envoltura de celofán. Mientras tocaba las frutas había algo muy peculiar en la cara de aquel hombre. Jake trató de descifrar la expresión y se quedó perplejo. Luego Singer esbozó una sonrisa resplandeciente.

—Conseguí un trabajo esta tarde en una especie de atracciones. Tengo que hacerme cargo del tiovivo.

El mudo no dio en absoluto la impresión de quedarse sorprendido. Se dirigió al armario y sacó una botella de vino y un par de vasos. Bebieron en silencio. Jake tenía la sensación de no haber estado jamás en su vida en una habitación tan tranquila. La luz situada encima de su cabeza producía una extraña reflexión de su cara en el brillante vaso de vino que sostenía ante sí...; la misma caricatura de sí mismo que había observado muchas veces en el pasado sobre la curvada superficie de las jarras o vasos de metal: su cara ovoide y regordeta y su desordenado bigote que le llegaba casi hasta las orejas. Ante él, el mudo sostenía el vaso con ambas manos. El vino empezó a hervir en las venas de Jake, y éste sintió que entraba de nuevo en el caleidoscopio de la embriaguez. La excitación le hacía temblar el bigote violentamente. Se inclinó hacia delante con los codos sobre las rodillas y clavó en Singer una amplia y escrutadora mirada.

—Apuesto a que soy el único hombre de esta ciudad que lleva furioso..., me refiero a furioso de verdad, diez largos años. Casi me meto en una pelea hace un momento. A veces tengo la impresión de que podría estar loco. La verdad es que no lo sé.

Singer empujó el vino hacia su huésped. Jake bebió de la botella y se frotó la cabeza.

—Mire, es como si yo fuera dos personas al mismo tiempo. Una de ellas es un hombre instruido. He estado en algunas de las bibliotecas más importantes del

país. Leo. Leo continuamente. Leo libros que hablan de la más pura verdad. Ahí en mi maleta, tengo libros de Karl Marx y Thorstein Veblen y escritores así. Los leo una y otra vez, y cuanto más los estudio, más furioso me pongo. Conozco todas y cada una de las palabras impresas en sus páginas. La verdad es que me gustan las palabras: Materialismo dialéctico... Tergiversación jesuítica... —Jake desgranaba las sílabas en su boca con amorosa solemnidad—. Propensión teleológica —el mudo se secó la frente con un pañuelo cuidadosamente doblado—. Pero lo que quiero decir es esto: cuando una persona *sabe*, y no puede conseguir que los demás comprendan, ¿qué puede hacer? —Singer se esforzó en coger un vaso de vino, lo llenó hasta el borde y lo puso firmemente en la magullada mano de Jake— emborracharme, ¿eh? —dijo Jake con una sacudida de su brazo que derramó gotas de vino sobre sus blancos pantalones—. ¡Pero escuche! Dondequiera que uno mire, hay mezquindad y corrupción. Esta habitación, esta botella de vino de uvas, estas frutas de la cesta, son todos productos de ganancias y pérdidas. Nadie puede vivir sin prestar su aceptación pasiva a la mezquindad. Alguien tiene que agotarse por completo por cada bocado que comemos y cada pedazo de tela que llevamos puesto... y nadie parece darse cuenta. Todo el mundo está ciego, mudo, obtuso..., estúpido y mezquino.

Jake se apretó las sienes con los puños. Sus ideas se habían desviado en varias direcciones, y no podía controlarlas. Quería volverse loco. Quería salir y pelearse violentamente con alguien en una calle atestada de gente.

Sin dejar de mirarle con paciente interés, el mudo sacó su lápiz de plata, y escribió con sumo cuidado en un trozo de papel: *¿Es usted demócrata o republicano?*, y empujó el papel por encima de la mesa. Jake lo arrugó en su mano. La habitación había empezado a dar vueltas otra vez, y no podía siquiera leer.

Mantuvo sus ojos fijos en la cara del mudo para calmarse. Los ojos de Singer eran las únicas cosas de la habitación que parecían no moverse. Eran de varios colores: moteados de ámbar, grises y de un castaño suave. Los estuvo mirando tanto rato que casi se hipnotizó. Perdió su urgente necesidad de armar alboroto y se sintió nuevamente tranquilo. Aquellos ojos parecían comprender todo lo que él había querido decir, y tener algún mensaje para él. Al cabo de un rato, la habitación volvió a quedarse quieta.

—Lo entiende —dijo con voz confusa—. Usted sabe lo que quiero decir.

De la lejanía llegó el suave y argentino tañido de las campanas de una iglesia.

La luz de la luna bañaba de blanco el tejado de la casa de al lado y el cielo tenía un suave tono azul veraniego. Se convino sin palabras que Jake se quedaría con Singer unos días hasta que encontrara una habitación. Cuando el vino se terminó, el mudo puso un colchón sobre el suelo al lado de la cama. Sin quitarse ninguna prenda de ropa, Jake se echó y se quedó instantáneamente dormido.

5

Lejos de la calle principal, en uno de los barrios negros de la ciudad, el doctor Benedict Mady Copeland estaba sentado en su oscura cocina, solo. Eran más de las nueve, y las campanas dominicales guardaban silencio en este momento. Aunque la noche era muy calurosa, ardía un pequeño fuego en la estufa de leña de redondeada barriga. El doctor Copeland se sentaba cerca de ella, inclinado hacia delante, en una silla de cocina de recto respaldo, con la cabeza entre sus largas y esbeltas manos. El rojo resplandor que se filtraba por las rendijas de la estufa brillaba en su rostro... Con aquella luz sus gruesos labios tenían un tono casi púrpura contra la negra piel y su gris cabello, aplastado contra el cráneo como un gorro de lana de oveja, tenía también un tinte azulado. Llevaba sentado en aquella posición, inmóvil, largo rato. Hasta sus ojos, que miraban fijamente desde detrás de las plateadas monturas de sus gafas, no variaron su sombría mirada. Entonces se aclaró la garganta ásperamente y recogió un libro que había en el suelo junto a la silla. A su alrededor, la habitación estaba muy oscura, y tuvo que mantener el libro muy cerca de la estufa para distinguir las letras. Esta noche estaba leyendo a Spinoza. No comprendía del todo el intrincado juego de ideas ni las complejas frases, pero a medida que leía sentía una poderosa, auténtica, determinación detrás de las palabras y le parecía que casi había entendido.

Con frecuencia, por la noche, el brusco cascabeleo de la campanilla le despertaba de su silencio, y en la puerta encontraba a un paciente con un hueso roto o una herida de navaja. Pero esta noche nadie le estorbaba. Y después de las horas solitarias pasadas allí sentado en la oscuridad de la cocina, empezó a balancearse lentamente a uno y otro lado, al tiempo que de su garganta brotaba un sonido como una especie de gemido acompasado. Estaba emitiendo este sonido cuando llegó Portia.

El doctor Copeland sabía de su llegada por anticipado. Captó, procedente de la calle, el sonido de una armónica tocando un blues, y supo que quien la tocaba era su hijo William. Sin encender la luz, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta. No salió al porche, sino que se quedó en la oscuridad, detrás de la puerta de tela metálica. La luz de la luna era intensa, y las sombras de Portia, William y Highboy se destacaban negras y densas en la polvorienta calle. Las casas de la

vecindad tenían aspecto miserable. La del doctor Copeland era distinta de cualquiera de los edificios cercanos. Estaba sólidamente construida de ladrillo y estuco, y el pequeño jardín de delante estaba rodeado de una valla de estacas. Portia se despidió de su marido y hermano en la puerta, y llamó a la rejilla.

—¿Por qué estás sentado ahí en la oscuridad? —cruzaron juntos el oscuro vestíbulo hasta la cocina—. Tienes una magnífica luz eléctrica. No parece natural que estés siempre ahí a oscuras.

El doctor Copeland hizo girar la bombilla suspendida sobre la mesa, y la habitación se inundó repentinamente de resplandor.

—La oscuridad me va —dijo.

La habitación estaba limpia y desnuda. A un lado de la mesa de la cocina había libros y un tintero; al otro, un tenedor, una cuchara y un plato. El doctor Copeland se sentó muy erguido, con sus largas piernas cruzadas, y al principio Portia se sentó también muy rígidamente. Padre e hija se parecían mucho..., ambos tenían la misma ancha y aplastada nariz, la misma boca, la misma frente. Pero la piel de Portia era muy clara, comparada con la de su padre.

—Aquí uno se asa —dijo la muchacha—. Me parece que deberías apagar el fuego excepto cuando cocinas.

—Si lo prefieres, podemos ir a mi despacho —dijo el doctor Copeland.

—Estaré bien aquí. Prefiero quedarme.

El doctor Copeland se ajustó sus gafas de montura de plata y luego cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Cómo te ha ido desde la última vez que estuviste aquí? ¿Y a tu marido..., y a tu hermano?

Portia se relajó y se quitó sus zapatos de charol.

—A Highboy, a Willie y a mí nos va muy bien.

—¿Vive todavía William contigo?

—Claro que sí —dijo Portia—. Mira, tenemos nuestra propia manera de vivir y nuestro propio plan. Highboy paga el alquiler. Yo compro la comida con mi dinero. Y Willie cuida de todos los demás gastos: cuota de la iglesia, seguro, cuota de la logia y el gasto del sábado por la noche. Los tres tenemos nuestro plan, y cada uno hace su parte.

El doctor Copeland estaba sentado con la cabeza inclinada, tirando de sus largos dedos hasta hacer crujir todas las articulaciones. Los limpios puños de las mangas le colgaban más allá de las muñecas. Debajo de ellos, sus delgadas manos parecían de color más claro que el resto del cuerpo, y las palmas tenían un tono

amarillento suave. Sus manos tenían siempre un aspecto immaculado..., y arrugado, como si se las hubiera frotado enérgicamente con un cepillo y sumergido durante largo rato en una tina de agua.

—Mira, casi me olvido de lo que traía —exclamó Portia—. ¿Has cenado ya?

El doctor Copeland hablaba siempre tan cuidadosamente que cada sílaba parecía como filtrada por sus gruesos y hoscas labios.

—No, aún no he comido nada.

Portia abrió una bolsa de papel que había dejado sobre la mesa de la cocina.

—He traído un buen revoltijo de verduras, y pensé que quizá podríamos cenar juntos. También traje un trozo de carne. Estas coles tienen que ser condimentadas con carne. ¿No te importa si las cocino juntas?

—No. Es igual.

—¿Tú sigues sin comer carne, verdad?

—Exacto. Por razones puramente privadas, soy vegetariano, pero no me importa si cocinas las coles con un trozo de carne.

Sin ponerse los zapatos, Portia se acercó a la mesa y cuidadosamente empezó a escoger las verduras.

—Este piso de aquí sin duda me hace bien a los pies. ¿No te importa que ande sin ponerme otra vez estos zapatos de charol tan apretados, que me hacen daño?

—No —respondió el doctor Copeland—. No hay inconveniente.

—Entonces..., comeremos estas estupendas verduras y un poco de torta, y café. Y me cortaré algunas lonchas de esta carne blanca y me las freiré.

El doctor Copeland seguía a Portia con los ojos. Ésta se movía lentamente por la habitación con sus medias, cogiendo las pulidas sartenes de la pared, alimentando el fuego, lavando la suciedad de las hortalizas. En una ocasión abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrar los labios.

—Así que tú y tu marido y tu hermano tenéis vuestro propio plan cooperativo —fijo finalmente.

—Así es.

El doctor Copeland tiró de sus dedos y trató de hacer saltar nuevamente las articulaciones.

—¿Y tenéis algún plan relativo a niños?

Portia no miró a su padre. Con irritación escurrió el agua de la cacerola de hortalizas.

—Hay algunas cosas —dijo— que me parece a mí que dependen enteramente de Dios.

No dijeron nada más. Portia dejó que la cena se cociera en la estufa y se sentó silenciosamente con sus largas manos caídas flácidas entre las rodillas. El doctor Copeland tenía su cabeza descansando sobre el pecho como si durmiera. Pero no estaba dormido; de vez en cuando su rostro sufría un temblor nervioso. Entonces respiraba profundamente y recomponía la expresión. Los olores de la cena empezaban a llenar la sofocante habitación. En aquel silencio, el reloj situado sobre el aparador sonaba con estrépito, y debido a lo que acababan de decirse, el monótono tictac era como la palabra “ni-ños, ni-ños” repetida una y otra vez.

Siempre se estaba encontrando con algunos de ellos... arrastrándose desnudo por el suelo o jugando a las canicas o incluso en una calle oscura rodeando a una chica con sus brazos. Benedict Copeland, se llamaban todos los chicos. Y en cuanto a las chicas, se había escogido nombres como Benny Mae o Madyben o Benedine Madine. Un día los contó, descubriendo que había más de una docena llamados así en su honor.

Pero toda su vida se la había pasado explicando y exhortando. No podéis hacer esto, decía. Hay razones suficientes para que este sexto, o quinto, o noveno niño no deba venir al mundo, les decía. No son más hijos lo que necesitamos sino más oportunidades para los que ya están en la tierra. Paternidad eugenésica entre la raza negra, les exhortaba. Siempre se lo decía con palabras sencillas, siempre de la misma manera, y con los años llegó a ser una especie de poema irritado que siempre se había sabido de memoria.

Estudiaba y conocía la evolución de cualquier nueva teoría. Y, pagando de su propio bolsillo, distribuía los dispositivos a sus pacientes. Era con mucho el primer médico de la ciudad en pensar siquiera en ello. Y no dejaba de dar y de explicar. Y luego asistía al parto de cuarenta niños por semana. Madyben y Benny Mae.

Aquel era únicamente un punto. Sólo uno.

Toda su vida supo que había una razón para su trabajo. Siempre supo que había nacido para enseñar a su gente. Todo el día se lo pasaba con el maletín, de casa en casa, diciéndoles las mismas cosas.

Tras la larga jornada, un tremendo cansancio le invadía. Pero por la noche, cuando abría la puerta de su casa, el cansancio desaparecía. Allí estaba Hamilton, y Karl Marx y Portia y el pequeño William. Y también estaba Daisy.

Portia quitó la tapa de la cacerola que estaba en el fuego y removió las coles con un tenedor.

—Padre... —dijo al cabo de un rato.

El doctor Copeland se aclaró la garganta y escupió en su pañuelo. Su voz era glacial y áspera.

—¿Sí?

—Dejemos de pelearnos.

—No estábamos peleando —dijo el doctor Copeland.

—No hacen falta palabras para pelear —repuso Portia—. Me parece como si siempre estuviéramos discutiendo aunque estemos tranquilamente sentados como ahora. Esto es lo que siento. Te digo la verdad... Cada vez que vengo a verte me siento cansada. Así que intentemos no discutir más, de ninguna forma.

—La verdad es que no es mi deseo discutir. Lamento que tengas esta sensación, hija.

Portia sirvió el café y le tendió una taza sin azúcar a su padre. En la suya, se había echado varias cucharaditas.

—Estoy hambrienta, y esto nos sentará bien a los dos. Tómate el café mientras te cuento algo que nos ocurrió tiempo atrás. Ahora que pasó todo, parece un poco divertido, pero la verdad es que teníamos pocos motivos para reírnos.

—Adelante —dijo el doctor Copeland.

—Bueno... Hace algún tiempo vino a la ciudad un hombre de color de aspecto muy fino, bien vestido. Se llamaba Mister B. F. Mason, y decía que venía de Washington, D. C. Diariamente paseaba arriba y abajo de la calle con un bastón y una bonita camisa de colores. Luego, por la noche, iba al café Society. Tenía los modales más finos para comer que jamás se hayan visto en esta ciudad. Todas las noches pedía una botella de ginebra y dos chuletas de cerdo para cenar. Siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, y siempre estaba haciendo reverencias a las señoritas y les abría la puerta para que entraran o salieran. Durante una semana se hizo muy agradable a todas partes a donde fue. La gente empezaba a hacerse preguntas sobre aquel rico Mister B. F. Mason. Entonces, pronto, después de familiarizarse con la gente, empezó a hacer negocios —Portia separó los labios y sopló en su taza de café—. Supongo que habrás leído en el periódico este asunto de las pensiones del gobierno para los viejos, ¿no? —El doctor Copeland asintió—. Bueno..., pues él estaba relacionado con eso. Era del gobierno. Había venido de parte del presidente de Washington D. C., para apuntar a todo el mundo a las pensiones del gobierno. Iba de puerta en puerta explicando que uno pagaba un dólar para adherirse, y después veinticinco centavos por semana..., y cuando tenía cuarenta y cinco años el gobierno te pagaba cincuenta

dólares al mes durante toda tu vida. Todos los que conozco estaban muy entusiasmados con ese asunto. A todo el que se apuntaba le regalaba una foto del presidente con su firma debajo. Explicaba que al cabo de seis meses llegarían uniformes gratis para cada miembro. El club se llamaba la Gran Liga de Pensionistas para la Gente de Color... y al cabo de dos meses todo el mundo iba a conseguir una cinta naranja con las letras GLPGC, para representar el nombre. Ya sabe, como todas esas otras cosas de letras del gobierno. Iba de casa en casa con su libretita, y todo el mundo comenzó a apuntarse. Escribía su nombre y tomaba su dinero. Incluso el sábado se dedicaba a ello. En tres semanas, aquel Mister B. F. Mason inscribió tanta gente que le llegaba el sábado sin que hubiera podido acabar con todo. Tenía que pagar a alguien para que le hiciera las anotaciones en tres de cada cuatro manzanas. Yo hacía la colecta los sábados temprano en el barrio en que vivimos. Naturalmente, Willie, Highboy y yo nos apuntamos desde el comienzo.

—Me he encontrado con muchas fotos del presidente en varias casas cerca de donde vives, y recuerdo haber oído mencionar el nombre de Mason —dijo el doctor Copeland—. ¿Era un ladrón?

—Sí, lo era —respondió Portia—. Alguien se dedicó a hacer averiguaciones sobre aquel Mister B. F. Mason, y lo arrestaron. Descubrieron que era de Atlanta, y que jamás había oído siquiera Washington D. C. o al presidente. Todo el dinero se lo guardaba o lo gastaba. Willie había invertido siete dólares con cincuenta centavos.

El doctor Copeland estaba excitado.

—A eso me refiero al decir...

—De ahora en adelante —continuó Portia— aquel hombre seguramente va a despertar con una horca caliente clavada en las tripas. Pero ahora que todo ha pasado, parece un poco divertido; claro que, naturalmente, teníamos buenas razones para no reírnos.

—La raza negra sube a la cruz todos los viernes *de motu proprio* —declaró el doctor Copeland.

Las manos de Portia temblaron y se derramó un poco el café que sostenían. La muchacha se lamió el brazo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que siempre estoy observando. Quiero decir que si pudiera encontrar a diez negros, diez personas de mi propio pueblo, con temple y cerebro y coraje, que estuvieran dispuestos a dar todo lo que tienen...

Portia dejó el café.

—Nosotros no hablábamos de nada parecido.

—Sólo cuatro negros —dijo el doctor Copeland—. Sólo la suma de Hamilton, y Karl Marx y William y tú. Sólo cuatro negros con estas cualidades, de verdad, y este carácter...

—Willie y Highboy y yo tenemos carácter —repuso Portia con irritación—. Éste es un mundo duro, y me parece que los tres nos esforzamos bastante bien.

Durante un minuto reinó el silencio. El doctor Copeland dejó sus gafas sobre la mesa y se apretó los ojos con sus arrugados dedos.

—Tú estás utilizando siempre esa palabra: “negro” —dijo Portia—. Y es una palabra que hiere los sentimientos de la gente. Hasta la vieja palabra, “moreno”, es mejor. Pero la gente educada, no importa la tendencia que tenga, siempre dice “gente de color” —el doctor Copeland no respondió—. Fíjate en Willie y en mí. Nosotros no somos gente enteramente de color. Nuestra madre era de tez clara y los dos tenemos mucha sangre blanca. Y Highboy es un poco indio. Tiene una parte de indio en él. Ninguno de nosotros es puramente de color, y la palabra que tú siempre usas hiere los sentimientos de la gente.

—Mira, no me interesan los subterfugios —advirtió el doctor Copeland—. Sólo me interesa la auténtica verdad.

—Bueno, aquí tienes una verdad. Todo el mundo te tiene miedo. Sin duda les haría falta una buena ración de ginebra a Hamilton o a Buddy o a Willie o a mi Highboy para venir a esta casa y sentarse contigo como hago yo. Willie dice que te recuerda de cuando él era un niño y que ya entonces tenía miedo de su padre —el doctor Copeland tosió violentamente y se aclaró la garganta. Portia prosiguió—: Todo el mundo tiene sentimientos, sea quien sea, y nadie está dispuesto a entrar en una casa donde está seguro de que le van a herir. Y tú igual. He visto cómo te herían los sentimientos muchas veces personas blancas que no sabían eso.

—No —repuso el doctor Copeland—. Tú no has visto cómo herían mis sentimientos.

—Naturalmente, me doy cuenta de que Willie o Highboy o yo... que ninguno de nosotros somos cultos. Pero Highboy y Willie son buenos como el oro. Hay una diferencia entre ellos y tú.

—Sí —dijo el doctor Copeland.

—Hamilton o Buddy o Willie o yo..., ninguno de nosotros se preocupa por hablar como tú. Hablamos como nuestra madre y su gente, y los que estuvieron

antes que ellos. Tú lo piensas todo en tu cerebro. Mientras que nosotros hablamos de cosas que tenemos en el corazón, y que llevan allí mucho tiempo. Es una de las diferencias.

—Sí —dijo el doctor Copeland.

—Una persona no puede elegir a sus hijos, y sólo puede moldearlos como quiere que sean. Tanto si duele, como si no. Tanto si es acertado, como equivocado. Tú lo has intentado con toda la dureza que se puede intentar. Y ahora yo soy la única que viene a esta casa y se sienta aquí contigo.

Los ojos del doctor Copeland brillaban intensamente, y la voz de Portia era fuerte y áspera. Él tosió y le tembló la cara. Trató de coger su taza de café frío, pero su mano no la sostenía con firmeza. Las lágrimas acudieron a sus ojos, y él alargó la mano en busca de sus gafas para ocultarlas.

Portia se dio cuenta y acudió a su lado rápidamente. Le rodeó la cabeza con los brazos y apretó la mejilla contra su frente.

—He herido los sentimientos de mi padre —dijo suavemente.

La voz del doctor era áspera.

—No. Es absurdo y primitivo seguir repitiendo eso de herir los sentimientos.

Las lágrimas bajaban lentamente por sus mejillas y el fuego las coloreaba de azul, verde y rojo.

—Estoy muy entristecida —dijo Portia.

El doctor Copeland se secó la cara con su pañuelo de algodón.

—Está bien.

—No volvamos a discutir más. No puedo soportar estas peleas entre nosotros. Me da la sensación de que algo malo brota en nosotros cada vez que estamos juntos. No volvamos a pelearnos así más.

—No —dijo el doctor Copeland—. No nos peleemos.

Portia sorbió las lágrimas y se secó la nariz con el dorso de la mano. Durante unos minutos siguió con sus brazos en torno a la cabeza de su padre. Al cabo de un rato, se secó la cara por última vez y se acercó a la cacerola de verduras al fuego.

—Esto ya debe de estar cocido —dijo alegremente—. Pienso que voy a empezar a hacer algunas de estas tortitas para acompañarlo.

Portia se movía lentamente por la cocina con sus pies calzados sólo con medias, y su padre la seguía con la mirada. Nuevamente guardaron silencio durante un rato.

Mirándola con sus húmedos ojos, de modo que los bordes de las cosas

aparecían borrosos, el doctor pensó que Portia se parecía mucho a su madre. Años atrás, Daisy había andado así por la cocina, silenciosa y ocupada. Daisy no era tan negra como él...; su piel tenía el hermoso color de la miel oscura. Siempre se mostraba tranquila y bondadosa. Pero bajo aquella suave amabilidad había algo obstinado en ella, y por más que lo examinaba concienzudamente, no podía comprender aquella amable obstinación de que ella hacía gala.

La exhortaba y le decía todo lo que había en su corazón, pero ella seguía mostrando su amabilidad. Y no le escuchaba, sino que seguía haciendo las cosas a su manera.

Más tarde aparecieron Hamilton y Karl Marx y William y Portia. Y aquel sentimiento de auténtica determinación con ellos fue tan fuerte que supo exactamente el futuro de cada uno. Hamilton sería un gran científico y Karl Marx un maestro de la raza negra, y William un abogado que lucharía contra la injusticia, y Portia un médico de mujeres y niños.

Y siendo ellos muy niños les habló del yugo que debían sacudirse de los hombros: el yugo de la sumisión y la indolencia. Y cuando fueron algo mayores grabó en ellos que no había Dios, pero que su vida era sagrada y que existía para cada uno de ellos aquel claro y firme objetivo. Se lo decía una y otra vez, y ellos se sentaban juntos lejos de él y miraban con sus grandes ojos de negro a su madre. Y Daisy permanecía sentada sin escuchar, amable y obstinada.

Confiaba tanto en su objetivo para Hamilton, Karl Marx, William y Portia que sabía incluso cómo sería cada detalle. Cada año, al llegar el otoño, los llevaba a la ciudad y les compraba negros zapatos y negras medias y calcetines. A Portia le regalaba también género de punto negro y lino blanco para cuellos y puños. Para los chicos había género de lana negro para hacerse pantalones y fina tela blanca para camisas. No quería que sus hijos llevaran telas malas, de colores brillantes. Pero cuando iban a la escuela, eso era justamente lo que ellos deseaban llevar, y Daisy decía entonces que los muchachos se sentían cohibidos y que él era un padre duro. Pero él sabía cómo tenía que ser el hogar. Nada de fantasías —nada de calendarios chillones, ni de almohadones de encaje, ni chucherías—, sino que todo en la casa debía ser sencillo y austero, e indicativo de trabajo y de un objetivo firme.

Una noche descubrió que Daisy le había hecho perforar los lóbulos de las orejas a Portia para que pudiera llevar pendientes. En otra ocasión, encontró una muñeca regordeta con moño y faldas de plumas en la repisa de la chimenea al volver a casa, y Daisy se mostró amable y dura y no quiso quitarla de allí. Sabía,

también, que Daisy les estaba enseñando a los niños el culto de la mansedumbre. Les hablaba del cielo y del infierno. Asimismo les hablaba de la existencia de fantasmas y de lugares encantados. Daisy acudía a la iglesia cada domingo, y llena de tristeza le hablaba sobre su marido al predicador. Con la obstinación que la caracterizaba, llevaba siempre a los niños a la iglesia, y ellos escuchaban lo que allí se decía.

La raza negra en su totalidad estaba enferma, y él estaba ocupado durante todo el día y a veces durante media noche. Después de la larga jornada le invadía una gran debilidad, pero al abrir la puerta de su casa la debilidad desaparecía. Al entrar en casa, William estaba tocando música con un peine envuelto en papel higiénico, Hamilton Y Karl Marx se estaban jugando a los dados el dinero del almuerzo, y Portia se estaba riendo con su madre.

Y comenzaba todo con ellos, pero de una manera diferente. Les tomaba las lecciones y charlaba con ellos. Los pequeños se sentaban juntos y miraban a su madre. Él hablaba y hablaba, pero ninguno de ellos quería comprender.

El sentimiento que le invadía entonces era un negro y terrible presagio. Trataba de sentarse en su despacho y leer y meditar hasta estar nuevamente tranquilo y poder volver a empezar. Bajaba las persianas de la habitación para poder estar solamente con la brillante luz eléctrica y los libros y el sentimiento de meditación. Pero a veces la calma no llegaba. Era joven, y la terrible sensación no desaparecía con el estudio.

Hamilton, Karl Marx, William y Portia le tenían miedo y miraban a su madre..., y a veces, cuando se daba cuenta de esto, el negro presagio le invadía por completo y no sabía lo que hacía.

No lograba impedir estas cosas terribles, y después nunca las comprendía.

—La verdad es que esta cena me huele muy bien —dijo Portia—. Me parece que es mejor que nos la comamos ahora porque Highboy y Willie pueden venir por aquí en cualquier momento.

El doctor Copeland dejó caer las gafas sobre la mesa y acercó su silla.

—¿Dónde han pasado la tarde tu marido y William?

—Habrán estado jugando a las herraduras. Raymond Jones tiene un campo de juego en el patio trasero. Ese Raymond y su hermana, Love Jones, juegan todas las noches. Love es una chica muy fea, y no me importa que Highboy o Willie rondan por su casa cuando lo deseen. Pero dijeron que vendrían hacia las diez menos cuarto, y supongo que pueden aparecer en cualquier momento.

—Antes de que se me olvide —dijo el doctor Copeland—. Me imagino que

tienes noticias frecuentes de Hamilton y de Karl Marx.

—De Hamilton, sí. Prácticamente se ha hecho cargo de todo el trabajo en la granja del abuelo. Pero Buddy está en Mobile... y ya sabes que nunca tuvo buena mano para escribir cartas. Sin embargo, Buddy tiene esas maneras tan dulces con la gente que no me preocupo por él. Es de esa clase de hombres a los que siempre les va bien.

Se sentaron silenciosamente a la mesa ante la cena. Portia miraba continuamente el reloj de la alacena porque ya era hora de que Willie y Highboy llegaran. El doctor Copeland inclinó la cabeza sobre el plato. Sostenía su tenedor como si le pesara, y le temblaban los dedos. Sólo probaba la comida y le costaba mucho tragar cada bocado. Reinaba una sensación de tirantez, y parecía como si ambos quisieran entablar alguna conversación.

El doctor Copeland no sabía cómo empezar. A veces se le ocurría que durante todos aquellos años había hablado tanto a sus hijos, y éstos le habían comprendido tan poco, que ya no quedaba nada por decir. Al cabo de un rato se secó la boca con el pañuelo y habló con voz insegura.

—Apenas has hablado de ti. Cuéntame cómo te va con el trabajo y qué has estado haciendo últimamente.

—Naturalmente, sigo con los Kelly —informó Portia—. Pero, te lo digo, padre, no sé cuánto tiempo voy a ser capaz de aguantar con ellos. El trabajo es duro, y siempre me lleva mucho tiempo hacerlo. Sin embargo, eso no me preocupa en absoluto. Lo que me preocupa es la paga. Yo debo ganar tres dólares por semana..., pero a veces la señora Kelly sólo tiene un dólar o cincuenta centavos para pagarme. Claro que pronto consigo el resto. Pero me hace pasar apuros.

—Eso no está bien —dijo el doctor Copeland—. ¿Por qué lo aguantas?

—No es culpa suya. No puede evitarlo —dijo Portia—. La mitad de la gente que vive en esa casa no paga la pensión a tiempo y cuesta mucho mantenerlo todo. Te digo la verdad: los Kelly están a punto de ser embargados. Lo están pasando muy mal.

—Debería haber otro empleo para ti.

—Lo sé. Pero los Kelly son unos blancos muy buenos para trabajar con ellos. Realmente les tengo afecto. Sus tres hijos se parecen mucho a algunos de mis propios parientes. Siento como si realmente yo misma hubiera criado a Bubber y al pequeño. Y aunque Mick y yo siempre estamos discutiendo por alguna cosa, la verdad es que también le tengo cariño.

—Pero tú debes pensar primero en tu propia vida.

—Mick ahora... —dijo Portia—. Es todo un caso. Nadie sabe cómo tratarla. Es orgullosa y terca como ella sola. Siempre se trae algo entre manos. Tengo un extraño presentimiento. Me parece que un día de éstos nos sorprenderá a todos. Pero si esa sorpresa será buena o mala, no lo sé. Mick me desconcierta algunas veces. Aun así, siento cariño por ella.

—Pero tú debes ocuparte primero de tu propio sustento.

—Como he dicho, no es culpa de la señora Kelly. Cuesta mucho dinero mantener aquella gran casa, sin cobrar la pensión. No hay más que una persona que pague una cantidad decente por habitación y la paga puntualmente sin fallar. Y ese hombre sólo vive ahí desde hace poco tiempo. Es uno de esos sordomudos. El primero de ellos que he visto de cerca..., pero es un blanco estupendo.

—¿Alto, delgado, con ojos grises y verdes? —preguntó el doctor Copeland repentinamente—. ¿Y siempre educado con todo el mundo y muy bien vestido? ¿Qué no parece de esta ciudad..., sino más bien un norteño, o un judío?

—Ése es —dijo Portia.

Una expresión de anhelo se dibujó en la cara del doctor Copeland. Desmenuzó su torta en el jugo de verdura de su plato y empezó a comer con renovado apetito.

—Tengo un paciente sordomudo —dijo.

—¿Y cómo conoció usted a Mister Singer? —preguntó Portia.

El doctor Copeland tosió y se cubrió la boca con el pañuelo.

—Le he visto varias veces —aclaró.

—Mejor será que lo limpie todo ya —señaló Portia—. Sin duda ya es hora de que vengan Willie y mi Highboy. Pero con este fregadero y esta estupenda agua corriente, lavar los platos no me llevará más que un par de minutos.

La tranquila insolencia de la raza blanca era una cosa que él había tratado de mantener apartada de su mente durante años. Cuando le invadía el resentimiento, se ponía a meditar y estudiar. En las calles y con la gente blanca, mantenía la dignidad en su rostro y siempre se mostraba silencioso. De joven, era “muchacho”..., pero ahora “tío”. “Tío, corre a aquella estación de servicio de la esquina y mándame un mecánico.” No hacía mucho que un blanco le había gritado esas palabras desde un coche. “Muchacho, échame una mano con esto”. “Tío, haz eso.” Pero él no escuchaba, sino que proseguía su camino envuelto en su dignidad y en su silencio.

Unas noches atrás, un blanco ebrio se le había acercado y comenzado a tirar

de él calle abajo. Llevaba su maletín consigo, de modo que debía de tratarse de alguien herido que necesitaba cuidado. Pero el borracho le llevó a un restaurante de blancos, y los hombres del mostrador empezaron a gritar con su típica insolencia. El doctor sabía que el borracho se estaba burlando de él. Aun entonces, conservó su dignidad.

Pero con aquel blanco alto y delgado de ojos verde-grisáceo había sucedido algo que jamás le ocurriera con ningún blanco anteriormente.

Sucedió una oscura y lluviosa noche, varias semanas atrás. Acababa de atender a un alumbramiento, y se hallaba bajo la lluvia en una esquina. Estaba tratando de encender un cigarrillo, y una a una las cerillas de la caja le iban fallando. Estaba allí de pie con el cigarrillo sin encender en la boca cuando el blanco se adelantó y le ofreció un fósforo encendido. En la oscuridad, con la llama entre ellos, pudieron verse la cara mutuamente. El hombre blanco sonrió y le encendió el cigarrillo. El doctor no sabía qué decir, porque nada igual le había sucedido nunca.

Permanecieron allí juntos, de pie uno al lado del otro, en la esquina de la calle, y entonces el hombre blanco le tendió su tarjeta. Él deseaba hablar con aquel hombre y hacerle algunas preguntas, pero no estaba seguro de que realmente comprendiera. Debido a la insolencia de toda la raza blanca, tenía miedo de perder su dignidad en la amistad.

Pero el hombre blanco le encendió el cigarrillo y le sonrió y parecía querer estar con él. Desde entonces, el doctor había recordado la escena muchas veces.

—Tengo un paciente sordomudo —dijo el doctor Copeland a Portia—. El paciente es un niño de cinco años. Y no sé por qué, pero no puedo evitar la sensación de que yo tengo algo de culpa por su defecto. Le ayudé a venir al mundo, y después de las visitas postparto, naturalmente me olvidé de él. El pequeño tuvo trastornos del oído, pero la madre no prestó atención a las supuraciones y no me lo trajo. Cuando finalmente vinieron a visitarme, ya era demasiado tarde. Por supuesto, no oye nada, y naturalmente, tampoco puede hablar. Pero le he observado atentamente y me parece que si fuera normal sería un niño muy inteligente.

—Siempre tuviste mucho interés por los niños pequeños —dijo Portia—. Te preocupas mucho más por ellos que por los adultos ¿no?

—Hay más esperanza en los niños —repuso el doctor Copeland—. Pero este pequeño sordo... He tratado de hacer averiguaciones para ver si alguna institución se haría cargo de él.

—Mister Singer te lo diría. Es un blanco muy amable y nada orgulloso.

—No lo sé —dijo el doctor Copeland—. Un par de veces he pensado en escribirle una nota y ver si puede darme información.

—Yo de ti lo haría. Escribes muy bien las cartas, y yo se la entregaría a Mister Singer de tu parte —dijo Portia—. Hace unas dos o tres semanas bajó a la cocina con algunas camisas que quería que le lavara. Aquellas camisas no estaban más sucias que si las hubiera llevado el propio san Juan Bautista. Todo lo que tuve que hacer fue humedecerlas en agua tibia y fregar un poco los cuellos y plancharlas. Pero por la noche cuando le llevé las cinco camisas limpias a su habitación, ¿sabes lo que me dio?

—No.

—Sonrió como sonrío siempre, y me alargó un dólar. Un dólar entero sólo por aquellas camisitas. Es un blanco realmente amable y agradable, y no me daría miedo hacerle alguna pregunta. Ni siquiera me importaría escribirle yo misma una carta a ese blanco tan simpático. Ve y hazlo, padre, si quieres.

—Quizás lo haga —replicó el doctor Copeland.

Portia se sentó de repente y empezó a arreglarse su apretado y oleoso cabello. Se oyó entonces el sonido de una armónica, y poco a poco la música fue haciéndose más audible.

—Aquí llegan Willie y Highboy —dijo Portia—. Voy a salir a recibirlos. Cuídate mucho, y envíame un aviso si me necesitas para algo. Disfruté mucho con la cena y con la charla.

La música de la armónica era muy clara ahora, y era evidente que Willie estaba tocando mientras esperaba delante de la puerta de la casa.

—Espera un momento —exclamó el doctor Copeland—. Sólo he visto a tu marido contigo un par de veces, y me parece que jamás nos hemos llegado a conocer de verdad. Y hace ya tres años desde la última vez que Willie visitó a su padre. ¿Por qué no les dices que entren un rato?

Portia estaba de pie en la puerta, arreglándose el cabello y los pendientes.

—La última vez que Willie estuvo aquí, heriste sus sentimientos. Mira, no parece comprender cuánto...

—Muy bien —replicó el doctor Copeland—. Sólo era una sugerencia.

—Aguarda —exclamó Portia—. Voy a llamarlos. Voy a invitarlos a que pasen ahora.

El doctor Copeland encendió un cigarrillo y anduvo arriba y abajo por la habitación. No conseguía encajarse las gafas en la posición correcta, y los dedos

no dejaban de temblarle. Del patio delantero le llegó sonido de voces bajas. Luego, de pesados pasos en el vestíbulo, y Portia, William y Highboy entraron en la cocina.

—Aquí están —dijo Portia—. Highboy, no creo que tú y mi padre hayáis sido presentados de verdad el uno al otro. Aunque ya sabéis cada uno quién es el otro.

El doctor Copeland estrechó las manos de ambos. Willie se echó hacia atrás apoyándose tímidamente contra la pared, pero Highboy se adelantó y se inclinó formalmente.

—He oído hablar mucho de usted —dijo—. Estoy encantado de conocerle.

Portia y el doctor Copeland trajeron sillas del vestíbulo, y los cuatro se sentaron alrededor de la estufa. Permanecieron en silencio, embargados por una sensación de incomodidad. Willie paseaba su mirada nerviosamente por la habitación, de los libros de la mesa de cocina al fregadero, y del catre colocado junto a la pared a su padre. Highboy sonreía y se tocaba la corbata. El doctor Copeland daba la impresión de ir a hablar, y luego se mordía los labios y guardaba silencio.

—Willie, estabas tocando muy bien la armónica —dijo Portia finalmente—. Me parece a mí que tú y Highboy debéis de haber hecho un traguito con la ginebra de alguien.

—No, señora —dijo Highboy muy cortésmente—. No hemos bebido nada desde el sábado. No hemos hecho más que disfrutar con nuestra partida de herraduras.

El doctor Copeland seguía sin hablar y todos le miraron, esperando. El ambiente estaba enrarecido, y aquella calma ponía nervioso a todo el mundo.

—La ropa de estos chicos me da mucho trabajo —manifestó Portia—. Les lavo sus trajes blancos todos los sábados, y los plancho dos veces por semana. Y mírales ahora. Naturalmente, no los llevan más que cuando vuelven a casa después del trabajo. Pero al cabo de dos días están más negros que el carbón. Anoche les planché los pantalones y ahora ya casi no les queda raya.

El doctor Copeland seguía guardando silencio. Mantenía sus ojos fijos en la cara de su hijo, pero cuando Willie se dio cuenta, empezó a morderse sus callosos dedos y a mirarse los pies. El doctor Copeland sentía que el pulso le martilleaba sus muñecas y sienes. Tosió y se apretó el pecho con el puño. Quería hablar con su hijo pero no se le ocurría nada. La vieja amargura le invadía, y no disponía de tiempo para meditar y alejarla. Le latía violentamente el corazón, y estaba confuso. Pero todos le miraban, y el silencio era tan tenso que tuvo que hablar.

Su voz sonó aguda, y parecía como si no brotara de él:

—William, no sé cuántas de las cosas que te dije cuando eras niño seguirán en tu mente.

—No sé qué quieres d-d-decir —respondió Willie.

Las palabras brotaron de la boca del doctor Copeland antes incluso de que éste se diera cuenta de lo que iba a decir.

—Me refiero a que os di a ti y a Hamilton y a Karl Marx todo lo que había en mí. Y que puse toda mi confianza y esperanza en ti. Y que todo lo que recibí a cambio fue incompreensión, holgazanería e indiferencia. Nada queda de lo que puse en ti. Todo me ha sido arrebatado. Todo lo que he tratado de hacer...

—Cállate —exclamó Portia—. Padre, me prometiste que no nos pelearíamos. Esto es absurdo. No podemos permitirnos reñir.

Portia se puso de pie y se dirigió a la puerta. Willie y Highboy la siguieron rápidamente. El doctor Copeland fue el último en acudir.

El doctor Copeland trató de hablar, pero su voz parecía perdida en algún lugar en lo más profundo de sí mismo. Willie y Highboy y Portia formaban un grupo.

Con un brazo, Portia retuvo a su marido y hermano, y con el otro trató de atraer al doctor Copeland.

—Hagamos las paces antes de separarnos. No puedo soportar que haya peleas entre nosotros. No debemos volver a discutir.

En silencio, el doctor Copeland estrechó la mano a cada uno de ellos.

—Lo siento —dijo.

—Por mí, no ha pasado nada —digo Highboy cortésmente.

—Y, por mí, tampoco —murmuró Willie.

Portia unió todas las manos.

No podemos permitirnos reñir.

Dijeron adiós, y el doctor Copeland les observó desde el oscuro porche delantero mientras ellos se alejaban por la calle. Sus pasos mientras se alejaban tenían un sonido solitario, y el doctor se sintió débil y cansado. Cuando estuvieron a una manzana de distancia, Willie empezó a tocar su armónica suavemente. La música era triste y vacía. El doctor se quedó en el porche delantero hasta que ya no pudo verlos ni oírlos.

El doctor Copeland apagó las luces de la casa y se sentó en la oscuridad delante de la estufa. Pero la paz había huido de él. Quería apartar a Hamilton y Karl Marx y William de su mente. Cada palabra que Portia había pronunciado volvía a su memoria con fuerza. Se levantó de repente y encendió la luz. Se

instaló en la mesa con sus libros de Spinoza y William Shakespeare y Karl Marx. Al leer a Spinoza para sí mismo en voz alta las palabras tenían un rico y enigmático sonido.

Pensó en el hombre blanco de que habían hablado. Sería estupendo que el blanco le ayudara con Augustus Benedict Mady Lewis, el paciente sordo. Sería estupendo escribirse con blancos, aunque no tuviera este motivo ni preguntas que hacer. El doctor Copeland sostuvo la cabeza entre sus manos y de su garganta brotó aquel extraño sonido parecido a un gemido acompasado. Recordó la cara del blanco cuando le sonrió por encima de la amarillenta llama del fósforo aquella lluviosa noche... y la paz estuvo con él.

6

En pleno verano Singer tenía más visitas que cualquier otra persona de la casa. Casi todas las tardes podía oírse en su habitación el sonido de alguna voz. Después de comer en el café Nueva York se bañaba y se vestía con uno de sus frescos trajes recién lavados, y por lo general no volvía a salir. La habitación era aireada y agradable. Tenía una nevera en el armario donde guardaba en frío botellas de cerveza y zumo de frutas. Nunca estaba ocupado o tenía prisa, y siempre recibía a sus huéspedes en la puerta con una sonrisa de bienvenida.

A Mick le encantaba ir a la habitación de Mister Singer. Aunque era sordomudo, comprendía cada palabra que ella pronunciaba. Hablar con él era algo como un juego. Sólo que aquello era mucho más que un juego. Era como descubrir aspectos nuevos de la música. Le contaba algunos de aquellos planes suyos que no contaba a nadie más. Y él le dejaba tocar sus preciosas piezas de ajedrez. En una ocasión en que ella se entusiasmó mucho y el ventilador le pilló la falda, él se comportó tan amablemente que ella no se sintió nada avergonzada. Sin contar a su padre, Mister Singer era el hombre más estupendo que jamás conociera.

Cuando el doctor Copeland escribió la nota a John Singer sobre Augustus Benedict Mady Lewis, recibió una cortés respuesta y una invitación a que le hiciera una visita cuando tuviera una oportunidad. El doctor Copeland se dirigió a la parte trasera de la casa y se sentó un rato con Portia en la cocina. Luego subió por las escaleras a la habitación del hombre blanco. No había realmente nada de tranquila insolencia en aquel hombre. Tomaron limonada juntos y el mudo escribió las repuestas a las preguntas que él quiso hacer. Aquel hombre era diferente de todas las personas de raza blanca con quien se había encontrado el doctor Copeland. Más tarde estuvo reflexionando mucho tiempo sobre aquel hombre blanco. Luego, algún tiempo después, en vista de que había sido cordialmente invitado a volver, le hizo otra visita.

Jake Blount venía cada semana. Cuando subía a la habitación de Singer, la escalera entera se estremecía. Por lo general llevaba una bolsa de papel con cervezas. A menudo resonaba en la habitación su voz fuerte e irritada. Pero antes de marcharse, aquella voz poco a poco se iba tranquilizando. Al bajar por la

escalera ya no llevaba la bolsa de cervezas, y su actitud ahora era pensativa, sin darse cuenta al parecer de su destino.

Incluso el propio Biff Brannon fue a la habitación del mudo una noche. Pero como no podía permanecer fuera del restaurante mucho tiempo se marchó al cabo de media hora.

Singer era siempre el mismo con todos. Se sentaba en su silla recta junto a la ventana, las manos metidas en los bolsillos, y asentía o sonreía a sus huéspedes para demostrarles que comprendía.

Si no tenía ninguna visita por la noche, Singer se iba a ver la última película. Le gustaba arrellanarse en su butaca y observar cómo los actores charlaban y caminaban por la pantalla. Nunca se enteraba del título antes de ir a ver una película, y fuera cual fuera la que proyectaban, él contemplaba cada escena con el mismo interés.

Entonces, un día de julio, Singer se fue de repente sin previo aviso. Dejó abierta la puerta de su habitación, y encima de la mesa un sobre dirigido a la señora Kelly en el que había cuatro dólares por la pensión de la semana pasada. Sus escasas posesiones no estaban, y la habitación estaba muy limpia y desnuda. Cuando sus visitantes llegaban y encontraban aquella vacía habitación se marchaban con dolorosa sorpresa. Nadie era capaz de imaginar los motivos por los que se había ido de aquella manera.

Singer se pasó todas las vacaciones de verano en la ciudad donde Antonapoulos estaba internado en un asilo. Durante meses había estado planeando este viaje, y se había imaginado cada momento que pasarían juntos él y su amigo. Había hecho su reserva de hotel con dos semanas de antelación y durante mucho tiempo había llevado su billete de tren en un sobre en el bolsillo.

Antonapoulos no había cambiado nada. Cuando Singer entró en su habitación, avanzó sin ninguna prisa a saludar a su amigo. Estaba aún más gordo que antes, pero la sonrisa soñadora de su cara era la misma. Singer llevaba los brazos cargados de paquetes, que despertaron la atención del griego grandote. Los regalos de Singer consistían en una bata escarlata, unas suaves zapatillas de casa y dos camisones monogramados. Antonapoulos miró atentamente debajo de todos los papeles de regalos de las cajas. Al ver que no había escondido nada bueno de comer, arrojó los regalos desdeñosamente sobre la cama y ya no volvió a preocuparse de ellos.

La habitación era grande y soleada. Había varias camas dispuestas en fila. Tres viejos jugaban a las cartas en un rincón. No prestaron atención a Singer ni a

Antonapoulos, y los dos amigos permanecieron sentados solos en el otro rincón de la habitación.

Singer tenía la impresión de que habían pasado años desde la última vez que estuvieron juntos. Había tantas cosas que decir que sus manos no podían formar los signos con la suficiente rapidez. Sus verdes ojos ardían y el sudor le perlaba la frente. La vieja sensación de alegría y felicidad se apoderó otra vez de él tan rápidamente que apenas podía controlarse.

Antonapoulos mantenía sus oscuros y aceitosos ojos fijos en su amigo, y no se movía. Sus manos hurgaban lánguidamente en la entrepierna de sus pantalones. Singer le habló, entre otras cosas, de los visitantes que habían venido a verle. Le dijo a su amigo que ellos le ayudaban a mantener alejada su mente de la soledad. Le dijo a Antonapoulos que eran personas extrañas y que no dejaban de hablar, pero que le gustaba que vinieran. Le trazó sobre el papel unas rápidas imágenes de Jake Blount y Mick y el doctor Copeland. Luego, cuando vio que Antonapoulos no mostraba interés, Singer arrugó los dibujos y se olvidó de ellos. Cuando llegó el enfermero para decir que había pasado la hora de visita, Singer no había tenido tiempo de decir la mitad de las cosas que deseaba decir. Pero salió de la habitación muy cansado y feliz.

Los pacientes podían recibir a sus amigos sólo los jueves y los domingos. Los días en que no podía estar con Antonapoulos, Singer se quedaba en su habitación del hotel, paseando arriba y abajo.

La segunda visita a su amigo fue igual que la primera, excepto que los viejos que compartían la habitación con el griego se dedicaron a observarles con indiferencia y no jugaron a cartas.

No sin muchas dificultades, Singer obtuvo permiso para llevarse consigo a Antonapoulos por unas horas. Había planeado cada detalle de la excursión por anticipado. Fueron al campo en un taxi, y luego a las cuatro y media penetraban en el comedor del hotel. Antonapoulos disfrutó mucho con aquella comida extra. Pidió la mitad de los platos del menú y comió ávidamente. Pero al terminar, no se levantó de la mesa. Se aferró a ella sin quererse marchar. Singer le engatusaba, mientras el chófer del taxi quería usar la fuerza. Antonapoulos permanecía sentado firmemente y hacía gestos obscenos cuando se acercaban a él. Al final Singer trajo una botella de whisky del director del hotel y consiguió llevarle nuevamente al taxi. Cuando Singer arrojó la botella sin abrir por la ventanilla, Antonapoulos se echó a llorar de decepción y se sintió muy ofendido. El final de aquella pequeña excursión entristeció mucho a Singer.

La siguiente visita fue la última, ya que sus dos semanas de vacaciones tocaban a su fin. Antonapoulos había olvidado lo sucedido la otra vez. Estuvieron sentados en el mismo rincón de la habitación. Los minutos transcurrieron rápidamente. Las manos de Singer hablaban con desesperación y su delgado rostro estaba muy pálido. Finalmente llegó el momento de despedirse. Agarró a su amigo por el brazo y le miró a la cara tal como solía hacer cuando se separaban cada día antes del trabajo. Antonapoulos le miró soñoliento, y no hizo ningún movimiento. Singer salió de la habitación con las manos embutidas en sus bolsillos.

Poco después de que Singer regresara a su habitación de la casa de huéspedes, Mick y Jake Blount y el doctor Copeland empezaron a venir nuevamente. Todos querían saber dónde había estado y por qué no les había advertido de sus planes. Pero Singer fingió que no entendía las preguntas, y su sonrisa era inescrutable.

Uno a uno iban llegando a la habitación de Singer para pasar las tardes con él. El mudo se mostraba siempre pensativo y tranquilo. Sus ojos, tan llenos de matices, aparecían graves como los de un hechicero. Mick Kelly y Jake Blount y el doctor Copeland llegaban y se ponían a hablar en la silenciosa habitación porque sentían que el mudo siempre comprendía, fuera lo que fuera lo que quisieran decirle. Y tal vez incluso más.

SEGUNDA PARTE

1

Aquel verano era muy diferente de todo lo que podía recordar Mick. No sucedía nada especial que ella pudiera describirse a sí misma con palabras o pensamientos..., pero percibía una sensación de cambio. Estaba continuamente excitada. Por la mañana apenas podía esperar a bajar de la cama y empezar el día. Por la noche aborrecía el momento de volver a la cama.

Inmediatamente después del desayuno, sacaba a los pequeños a pasear, y excepto a la hora de las comidas, los tres estaban fuera la mayor parte del día. Gran parte del tiempo vagaban por las calles, ella empujando el carricoche de Ralph, y Bubber siguiéndoles detrás. Siempre bullían en su cabeza ideas y planes. A veces levantaba la mirada de repente y se encontraba en una parte de la ciudad absolutamente desconocida para ella. Y en un par de ocasiones se tropezó con Bill por la calle, y la muchacha estaba tan distraída con sus pensamientos que él tuvo que cogerla del brazo para que le viera.

Por las mañanas temprano hacía un poco de fresco, y sus sombras se extendían en la acera delante de ellos. Pero a mediodía el cielo ofrecía un aspecto abrasador. El resplandor era tan intenso que hería los ojos y obligaba a cerrarlos. Un montón de veces los proyectos sobre las cosas que iban a ocurrirle tenían mucho que ver con el hielo y la nieve. En ocasiones era como si estuviera en Suiza, con todas las montañas cubiertas de nieve, y ella se encontraba patinando sobre un frío hielo coloreado de verde. Mister Singer patinaba con ella. Y quizá también Carole Lombard o Arturo Toscanini, el que tocaba por la radio. Patinaban juntos, y el hielo se rompía y Mister Singer se caía por el agujero del hielo, y ella se zambullía sin preocuparse del peligro y nadaba bajo el hielo y le salvaba la vida. Ése era uno de los planes que siempre discurría por su mente.

Por lo general, después de pasear un rato situaba a Bubber y a Ralph en algún lugar sombreado. Bubber era un chico fenomenal, y ella lo tenía bien entrenado. Si le decía que no se alejara más allá del alcance de la voz de Ralph, jamás lo encontraba jugando a las canicas con los chicos a dos o tres manzanas de distancia. Jugaba solo cerca del cochecito, y cuando ella los dejaba no tenía que preocuparse mucho por ellos. Mick o bien se iba a la biblioteca a mirar el *National Geographic*, o se dedicaba a pasear sola y a pensar un poco más. Si

tenía algo de dinero, se compraba una golosina o un Mikel Way en la tienda de Mister Brannon. Éste hacía descuento a los pequeños. Les vendía cosas que costaban un níquel por tres centavos.

Pero en todo momento —hiciera lo que hiciera—, había música. En ocasiones canturreaba para sí misma mientras paseaba, y otras veces escuchaba en silencio las canciones que sonaban dentro de ella. Había toda clase de música en sus pensamientos. Parte de ella la había oído en las radios, pero otra estaba ya en su mente sin que jamás la hubiera oído en ninguna parte.

Al llegar la noche, en cuanto los pequeños estaban en cama, quedaba en libertad. Era el momento más importante de todos. Muchas cosas sucedían cuando ella estaba sola y era de noche. Inmediatamente después de cenar se escapaba nuevamente de casa. No podía contar a nadie las cosas que hacía por la noche, y cuando su mamá le hacía preguntas, le respondía con algún cuentecito que sonaba razonablemente. Pero la mayor parte del tiempo, si alguien la llamaba, ella se escapaba como si no lo hubiera oído. Eso valía para todos excepto para su padre. Había algo en la voz de su padre que le impedía huir. Era uno de los hombres más grandes y más altos de toda la ciudad. Pero su voz era tan tranquila y agradable que la gente se sorprendía cuando él hablaba. Por más prisa que tuviera, Mick siempre se detenía cuando su padre la llamaba.

Aquel verano se dio cuenta de algo sobre su padre que no había observado antes. Hasta entonces nunca había pensado en él como una persona real, distinta de las demás. Muchas veces él la llamaba. Mick acudía a la habitación delantera donde él trabajaba, y se quedaba con él unos minutos..., pero mientras le escuchaba su mente no pensaba en las cosas que él le decía. Entonces, una noche, de repente descubrió a su padre. No ocurrió nada extraordinario aquella vez, y ella no sabía qué era lo que la había hecho comprender. Después de eso se sintió mayor, y le pareció que conocía a su padre mejor que a cualquier otra persona en el mundo.

Fue una noche de finales de agosto y ella tenía mucha prisa. Tenía que estar de vuelta a las nueve, y no faltaba mucho para esa hora. Su padre la llamó y ella acudió a la habitación delantera. Estaba sentado, desplomado casi, sobre su banco de trabajo. Por alguna razón, nunca parecía natural verle allí. Hasta el día en que sufrió su accidente, el año anterior, había trabajado de pintor y carpintero. Cada mañana, antes de romper el día, salía de casa con su mono y estaba fuera todo el día. Luego, por las noches, arreglaba relojes como trabajo extra. Muchas veces había intentado conseguir un empleo en una joyería donde pudiera sentarse

tranquilamente a una mesa todo el día con una limpia camisa blanca y corbata. Ahora, cuando ya no podía ejercer más el oficio de carpintero, había puesto un rótulo en la fachada que rezaba “Reparaciones baratas de relojes”. Pero no se parecía a la mayor parte de los relojeros: los del centro de la ciudad eran unos menudos judíos morenos y de gestos rápidos. Su padre era demasiado alto para el banco de trabajo, y sus grandes huesos parecían ensamblados desarticuladamente.

Su padre no hacía más que mirarla. De inmediato, la muchacha supo que no la había llamado por ninguna razón en especial. Solamente sentía una gran necesidad de charlar con ella. El hombre buscó alguna manera de empezar. Sus ojos castaños eran demasiado grandes para su alargada y delgada cara, y como había perdido hasta el último de sus cabellos, su pálida calva le daba cierto aspecto de desnudez. Seguía mirándola sin hablar, y ella tenía prisa. Tenía que estar de vuelta a las nueve en punto, y no quedaba tiempo que perder. Su padre vio que la muchacha tenía prisa, y se aclaró la garganta.

—Tengo algo para ti —dijo—. No es mucho, pero quizá puedas arreglarte con ello —no tenía porqué darle ninguna moneda sólo porque estaba solo y quería charlar. De lo que ganaba se guardaba sólo lo suficiente para tomar cerveza un par de veces por semana. En este momento había dos botellas en el suelo junto a la silla, una de ellas vacía y la otra acabada de abrir. Y siempre que bebía cerveza, le gustaba charlar con alguien. Su padre hurgó en su cinturón, y ella desvió la mirada. Aquel verano se comportaba como un niño con eso de guardarse las monedas de cinco y diez centavos. A veces los escondía en los zapatos, y a veces en una pequeña hendidura que había practicado en su cinturón. Mick sólo deseaba la moneda a medias, pero cuando él se la alargó, su mano estaba ya abierta y lista con naturalidad—. Tengo tanto trabajo que hacer que no sé por dónde empezar —dijo él.

Esto era justamente lo opuesto a la verdad, y él lo sabía tan bien como ella. Nunca tenía muchos relojes que componer, y al terminar, vagaba por la casa para hacer cualquier pequeña tarea que fuera necesaria. Luego, por las noches, se sentaba en su banco, limpiando viejos muelles y volantes y tratando de conseguir que el trabajo le durara hasta la hora de acostarse. Desde el día en que se rompió la cadera y tuvo que abandonar el trabajo, sentía una imperiosa necesidad de hacer algo en todo momento.

—Estuve pensando mucho anoche —dijo su padre. Se sirvió un poco de cerveza y esparció unos granitos de sal por el dorso de su mano. Luego lamió la sal y tomó un trago de la bebida.

Mick tenía tanta prisa que le resultaba difícil estarse quieta. Su padre se dio cuenta de ello. Trató de decir algo..., pero la verdad es que no la había llamado para decirle nada en concreto. Sólo quería charlar con ella un momento. Empezó a hablar y tragó saliva. Ambos se miraron en silencio. Éste se prolongó un buen rato: ninguno de ellos era capaz de decir una palabra.

Entonces fue cuando ella se dio cuenta real de la existencia de su Padre. No era como si se enterara de un hecho nuevo...; lo cierto es que lo había sabido todo el tiempo y de todas las maneras posibles, excepto con el cerebro. Ahora, de una manera sencilla y repentina, *supo* que tenía conciencia de su padre. Era un hombre solitario y viejo. Como ninguno de sus hijos acudía a él para nada, y como no ganaba mucho dinero, se sentía como si lo hubiesen separado de la familia. Y en su soledad quería estar cerca de uno de sus hijos..., y todos estaban tan ocupados que no se daban cuenta de ello. Tenía la impresión de no ser de mucha utilidad para nadie.

Mick comprendió esto mientras se miraban mutuamente a los ojos. Le produjo una extraña sensación. Su padre cogió un muelle de reloj y lo limpió con un cepillo empapado en gasolina.

—Sé que tienes prisa. Te llamé sólo para decirte hola.

—No, no tengo prisa ninguna —dijo ella—. De verdad.

Aquella noche Mick se sentó en una silla junto a su banco y charlaron un rato. Él habló de cuentas y de gastos y de cómo habrían sido las cosas de haber actuado él de manera diferente. Bebió cerveza, y en una ocasión las lágrimas asomaron a sus ojos y tuvo que sorberlas limpiándose la nariz con la manga de la camisa. Aquella noche Mick se quedó con él un buen rato. Aunque tenía una prisa espantosa. Pero por alguna razón no fue capaz de hablarle de las cosas que tenía en su cabeza..., de las cálidas y oscuras noches.

Tales noches constituían un secreto, y de todo el verano eran el momento más importante. Caminaba sola en la oscuridad, y era como si ella fuera la única persona de la ciudad. Casi cada calle llegó a ser tan familiar para ella como su propia manzana. Algunos niños tenían miedo de caminar por lugares extraños en la oscuridad, pero ella no. Las niñas tenían miedo de que saliera un hombre de algún lugar y les hiciera las cosas que hacen los que están casados. La mayoría de las niñas eran tontas. Si una persona grande como Joe Louis o el Hombre Montaña saltaba sobre ella y quería luchar, entonces ella se escaparía. Pero si se trataba de alguien que pesara sólo nueve kilos más que ella, le daría un buen puñetazo y seguiría su camino.

Las noches eran maravillosas, y no tenía tiempo de pensar en cosas tales como tener miedo. Siempre que se encontraba en la oscuridad pensaba en la música. Mientras caminaba por las calles cantaba para sí. Y sentía como si la ciudad entera la escuchara sin saber que se trataba de Mick Kelly.

Aprendió mucho sobre la música durante aquellas noches veraniegas que andaba en libertad. Cuando paseaba por los barrios opulentos de la ciudad, todas las casas tenían radio. Las ventanas estaban abiertas, y ella podía oír toda clase de música maravillosa. Al cabo de un tiempo supo qué casas sintonizaban los programas que ella quería oír. Había en especial una casa que siempre ponía las buenas orquestas. Y por las noches iba hasta esa casa y se deslizaba en la oscuridad del patio para escuchar. La casa estaba rodeada por hermosos macizos de arbustos, y ella se sentaba en la espesura bajo la ventana. Y cuando todo había terminado permanecía en la oscuridad con las manos en los bolsillos, pensando, durante largo rato. Aquélla era la parte más real de todo el verano: escuchar aquella música por la radio y estudiarla.

—*Cierra la puerta, señor*^[3] —dijo Mick.

Bubber era afilado como una zarza.

—*Hágame usted el favor, señorita*^[4] —dijo a guisa de réplica.

Era fenomenal aprender español en la Escuela Profesional. Había algo en el hecho de hablar una lengua extranjera que le hacía sentirse como si hubiera viajado mucho. Todas las tardes, desde que la escuela empezara, se había divertido pronunciando las nuevas frases y palabras españolas. Al principio Bubber se quedó atónito, y era divertido observar la expresión de su cara mientras ella hablaba la lengua extranjera. Luego, empezó a captarlo rápidamente, y no transcurrió mucho tiempo hasta poder copiar todo lo que ella decía. Y recordaba las palabras aprendidas, también. Naturalmente, no sabía todo lo que significaban las frases, pero de todos modos ella tampoco las decía por su significado. Al cabo de un tiempo el pequeño aprendió tan de prisa que ella abandonó el español y empezó a farfullar sonidos inventados. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el pequeño la imitara también en esto. Nadie podía con el pequeño Bubber Kelly.

—Voy a hacer como si entrara por primera vez en esta casa —declaró Mick—. Entonces seré capaz de decir si la decoración está bien o no.

Salió al porche delantero y luego volvió a entrar y se quedó en el vestíbulo. Durante todo el día ella y Bubber y Portia y su padre habían estado arreglando el vestíbulo y el comedor para la fiesta. La decoración consistía en hojas y enredaderas otoñales y papel de seda rojo. En la repisa de la chimenea del comedor, y sobresaliendo por detrás de la percha de sombreros, había brillantes hojas amarillas. Se habían colocado enredaderas por todas las paredes y en la mesa donde estaría el tazón del ponche. El papel de seda rojo colgaba en largas tiras de la repisa y también se enrollaba en los respaldos de las sillas. Había suficiente decoración. Todo estaba conforme.

Mick se frotó la frente con la mano y entrecerró los ojos. Bubber estaba de pie a su lado y copiaba todos los gestos que ella hacía.

—Quiero que esta fiesta salga bien. Y tanto que lo quiero.

Sería la primera fiesta que jamás había dado. Y tampoco había asistido a más de cuatro o cinco. El verano anterior había ido a una fiesta de paseo. Pero ninguno de los chicos le había pedido que bailara o paseara, de modo que se quedó junto al tazón de ponche hasta que se terminó el refrigerio y luego se marchó a casa. Esta fiesta no iba a parecerse en nada a aquella otra: dentro de pocas horas empezarían a llegar los invitados y comenzaría el follón.

Era difícil recordar cómo se le había ocurrido esta fiesta. La idea le vino poco después de empezar las clases en la Escuela Profesional. La Escuela Secundaria era fenomenal. Todo era muy diferente de la Primaria. No le hubiera gustado tanto, de haber tenido que seguir un curso de taquigrafía como habían hecho Hazel y Etta, pero consiguió un permiso especial y tomó clases de mecánica como un muchacho. La mecánica, el álgebra y el español eran estupendos. Pero el inglés le resultaba tremendamente duro. Su profesora de inglés era Miss Miner. Todo el mundo decía que Miss Miner le había vendido el cerebro a un médico famoso por la suma de diez mil dólares, para que cuando se muriera se lo extrajeran y comprobaran por qué era tan inteligente. En las pruebas escritas, se descolgaba con preguntas tales como “Nombrar ocho contemporáneos famosos del doctor Johnson”, y “Citar diez líneas de *El Vicario de Wakefield*”. Llamaba a los alumnos por orden alfabético y tenía abierta la libreta de calificaciones durante las lecciones. Y si bien era muy inteligente, la verdad es que era una vieja bastante desabrida.

La maestra de español había viajado en una ocasión a Europa. Decía que en Francia la gente llevaba las hogazas de pan en la mano, sin envolver, y que se

ponían a conversar en la calle mientras daban golpecitos con el pan a las farolas. Y que no había agua en Francia; sólo vino.

La Escuela Profesional era maravillosa en casi todos los aspectos. Entre las clases, los alumnos corrían arriba y abajo del vestíbulo, y a la hora del almuerzo vagaban por el gimnasio. Y eso fue lo que pronto empezó a preocuparla. En los pasillos la gente caminaba arriba y abajo juntos, y todo el mundo parecía pertenecer a algún grupo en especial. Al cabo de un par de semanas conocía a la gente de los pasillos y las clases lo suficiente para hablar con ellos..., pero eso era todo. No era miembro de ningún grupo. En la Escuela Primaria, ella simplemente se hubiera unido a cualquier grupo al que hubiera querido pertenecer, y ahí habría acabado el asunto. Aquí era diferente.

Durante la primera semana anduvo arriba y abajo por los pasillos sola, y tuvo ocasión de meditar sobre esto. La idea de pertenecer a alguno de los grupos la obsesionaba tanto como la música. Tenía ambas cosas siempre presentes en su cabeza. Finalmente, concibió la idea de la fiesta.

Pero se mostró estricta con las invitaciones. Nada de niños de la Escuela Primera, y nadie por debajo de los doce años. Sólo invitaba a gente entre los trece y los quince. Invitaba a los que conocía lo suficiente para hablar con ellos en el pasillo..., y cuando no conocía su nombre trataba de averiguarlo. A los que tenían teléfono, lo hizo por teléfono, y a los que no, los invitó en la escuela.

Por teléfono, siempre decía lo mismo. Dejó que Bubber estuviera pegado a ella escuchando. “Soy Mick Kelly —decía. Si no comprendían el nombre, seguía repitiéndolo hasta que lo captaban—. Voy a dar una fiesta-paseo a las ocho de la noche del sábado, y te invito. Vivo en el 103 de Fourth Street, apartamento A.” Eso del apartamento A sonaba fenomenal por teléfono. Casi todo el mundo respondía que iría encantado. Un par de muchachos toscos intentaron mostrarse sabelotodos, y le hicieron repetir el nombre varias veces. Uno de ellos quiso hacerse el listo, y dijo: “No te conozco.” Mick le repuso con violencia: “¡Vete al diablo!” Aparte de aquel tipo listo, había otros diez chicos y diez chicas, y ella sabía que todos iban a venir. Aquella era una fiesta de verdad, y sería mejor que, y diferente de, cualquier fiesta a la que ella había asistido o de la que le habían hablado.

Mick echó una mirada al vestíbulo y al comedor por última vez. Junto al perchero de los sombreros se detuvo delante de la fotografía del Viejo Cara Sucia. Era una foto del abuelo de mamá. Había sido comandante en la Guerra Civil, y lo mataron en una batalla. Algún niño había dibujado unas gafas y barba

en esta foto, y cuando las marcas de lápiz fueron borradas, le quedó la cara sucia. Por eso le llamaba Mick el Viejo Cara Sucia. La foto estaba en el medio de un marco de tres partes. A ambos lados había fotos de sus hijos. Éstos parecían tener la edad de Bubber. Iban vestidos de uniforme y en su cara se dibujaba la sorpresa. También ellos habían muerto en una batalla. Hacía mucho tiempo.

—Voy a quitar esto para la fiesta. Creo que es vulgar. ¿No te parece?

—No lo sé —dijo Bubber—. ¿Somos vulgares nosotros, Mick?

—Yo no.

Colocó la foto bajo el perchero. La decoración estaba bien. Mister Singer quedaría encantado cuando volviera a casa. Las habitaciones estaban silenciosas y vacías. La mesa estaba puesta para la cena. Y luego, después de la cena, sería la hora de la fiesta. Entró en la cocina para echar una ojeada al refrigerio.

—¿Crees que todo irá bien? —preguntó a Portia.

Portia estaba haciendo galletas. Las cosas de comer estaban encima del horno. Había emparedados de mantequilla de cacahuete y de gelatina, y galletas de chocolate y ponche. Los sándwiches estaban tapados con un trapo húmedo. Mick les echó una furtiva mirada, pero no cogió ninguno.

—Te lo he dicho cuarenta veces: todo va a ir bien —repuso Portia—. En cuanto termine de servir la cena de los huéspedes, me voy a poner el delantal blanco y a servir todas estas cosas tan frías. Luego me voy a largar de aquí a las nueve y media. Hoy es sábado por la noche, y Highboy y Willie y yo tenemos nuestros planes, también.

—Claro —dijo Mick—. Sólo quiero que ayudes hasta que las cosas empiecen a marchar..., ya sabes.

Se rindió, y tomó uno de los emparedados. Luego hizo quedar a Bubber con Portia y se marchó a la habitación central. El vestido que se iba a poner descansaba encima de la cama. Tanto Hazel como Etta se habían mostrado bien dispuestas a prestarle sus mejores ropas..., considerando el hecho de que ellas no iban a venir a la fiesta. Lo que tenía allí preparado era un largo vestido de fiesta de gasa azul, zapatos blancos de charol y una diadema de diamantes falsos para el cabello. Un equipo realmente espléndido. Resultaba difícil imaginar qué aspecto tendría con aquello puesto.

El sol estaba ya muy bajo, y sus alargados y amarillentos rayos penetraban por la ventana. Si eran dos las horas que necesitaba para vestirse para la fiesta, ya era hora de empezar. Dado que tenía intención de ponerse aquellas finas ropas, no era cosa de quedarse sentada y esperar. Muy lentamente, se dirigió al baño

donde se quitó los cortos pantalones y la camisa y abrió el grifo del agua. Se frotó las partes ásperas de los tobillos y rodillas, y especialmente los codos. Hizo durar el baño todo lo que pudo.

Corrió luego desnuda a la habitación y empezó a vestirse. Se puso la ropa interior y las medias de seda, e incluso uno de los sostenes de Etta, por puro gusto. Luego, muy cuidadosamente, se puso el vestido y se calzó los zapatos. Era la primera vez que se ponía un vestido de noche. Se quedó largo rato contemplándose en el espejo. Era tan alta que el vestido le quedaba dos o tres centímetros por encima de los tobillos, y los zapatos le venían tan justos que le hacían daño. Siguió contemplándose largo rato en el espejo, hasta que finalmente decidió que, una de dos, o parecía una mema, o estaba muy hermosa. Una cosa o la otra.

Se peinó el cabello de seis maneras diferentes. Los remolinos constituían un pequeño problema, así que se humedeció el flequillo y se hizo tres bucles. Por último se encasquetó la diadema y se maquilló y pintó los labios generosamente. Al terminar, levantó la barbilla y entrecerró los ojos como una estrella de cine. Lentamente volvió la cabeza hacia un lado y hacia el otro. Estaba hermosa, francamente hermosa.

Pero no se sentía ella misma. Era alguien diferente de Mick Kelly. Faltaban dos horas para que empezara la fiesta, y sintió vergüenza de que alguien de su familia la viera vestida con tanta anticipación. Entró nuevamente en el baño y cerró la puerta. No podía arriesgarse a que se le arrugara el vestido sentándose, de modo que permaneció de pie en medio de la habitación, sintiendo como si fuera creciendo su excitación presionada por las paredes de aquel estrecho cubículo. Se sentía tan diferente de la vieja Mick Kelly que supo que aquello iba a ser lo mejor que le sucediera en toda su vida, aquella fiesta.

—¡Yupiii! ¡El ponche!

—El vestido más bonito que...

—¡Oye! Resolviste el problema aquel del triángulo cuarenta y seis por vein...

—¡Pista! ¡Dejen paso!

La puerta principal se abría y cerraba a cada momento a medida que la gente iba invadiendo la casa. Voces chillonas se fueron mezclando con otras quedas hasta que se formó un único y espantoso vocerío. Las chicas formaron grupos aparte, con largos y hermosos vestidos de noche, y los muchachos, con sus

limpios pantalones de dril o uniformes del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva o sus nuevos y oscuros trajes, iban de un lado para otro sin rumbo fijo. Había tanto conmoción que Mick no era capaz de distinguir por separado ninguna cara o persona. Estaba de pie junto a la percha de los sombreros y contemplaba la fiesta en conjunto.

—Que todo el mundo coja su tarjeta para el paseo y empiece a firmar.

Al principio había demasiado ruido en la habitación para que nadie oyera y prestara atención. Los chicos se apiñaban de tal forma junto a la ponchera que no se podía ver la mesa ni las enredaderas. Sólo la cara de su padre emergía por encima de las cabezas de los muchachos sonriendo y sirviendo el ponche en los pequeños vasos de papel. En una silla de la percha, a su lado, había un tarro de caramelos y dos pañuelos. Un par de chicas se habían pensado que era su cumpleaños, y ella les había dado las gracias y desenvuelto los regalos sin aclararles que no cumplía los catorce hasta dentro de ocho meses. Todo el mundo iba tan limpio y bien vestido como ella. Y olían bien. Los muchachos llevaban el pelo húmedo y liso, atiborrado de fijador. Las chicas, con sus largos y coloreados vestidos, permanecían juntas, y formaban un brillante ramillete de flores. El comienzo estaba siendo maravilloso. A juzgar por él, la fiesta iba a ser un éxito.

—Soy en parte irlandesa, escocesa y francesa...

—Yo tengo sangre alemana...

Mick gritó lo de las tarjetas de paseo una vez más antes de dirigirse al comedor. Pronto empezó a acudir la gente procedente del vestíbulo. Todo el mundo tomó una tarjeta de paseo y se dispusieron en grupos junto a las paredes de la habitación. Ahora era cuando comenzaba todo de verdad.

De repente, y de una forma muy extraña, se produjo el silencio. Los muchachos formaban juntos a un lado de la habitación, y las chicas estaban al otro lado, frente a ellos. Por alguna razón, todo el mundo había dejado de hacer ruido a la vez. Los chicos sostenían sus tarjetas y miraban a las chicas, y la habitación estaba silenciosa. Ninguno de los muchachos inició la petición de paseo como era lógico que hiciera. El espantoso silencio fue empeorando, y Mick no había asistido a suficientes fiestas para saber qué debía hacer ahora. Entonces los muchachos empezaron a darse golpecitos mutuamente y a charlar. Las chicas soltaban risitas tontas..., pero, aunque no miraban a los muchachos, fácilmente podía decirse que su única preocupación era si iban a tener éxito o no aquella noche. El terrible silencio se había esfumado, pero había dejado paso a un asustado nerviosismo.

Al cabo de un rato un muchacho se dirigió a una chica llamada Delores Brown. En cuanto hubo estampado su firma, los demás muchachos empezaron todos al mismo tiempo a acosar a Delores. Cuando su carnet estuvo lleno empezaron con otra chica, llamada Mary. Después todo volvió a paralizarse de repente. Un par de chicas más obtuvieron dos o tres bailes... y como era ella la que daba la fiesta, tres chicos se acercaron a Mick a pedirle turno. Eso fue todo.

La gente no hacía más que deambular por el comedor y el vestíbulo. Los muchachos en su mayoría se agrupaban en torno de la ponchera y presumían de sus hazañas. Las chicas, siempre juntas, se reían mucho fingiendo que lo pasaban estupendamente. Los muchachos pensaban en las chicas, y éstas en los muchachos. Pero de todo eso sólo se derivaba una extraña sensación en el ambiente.

Fue entonces cuando Mick empezó a reparar en Harry Minowitz. Éste vivía en la casa de al lado, y ella le conocía de toda la vida. Aunque era dos años mayor, Mick había crecido más deprisa, y durante el verano solían pelear en la parcela de césped que había en la calle. Harry era un muchacho judío, pero no lo parecía. Tenía el cabello color castaño claro y lacio. Aquella noche se había vestido muy pulcramente, y a su llegada había colgado del perchero un sombrero panamá de hombre, con una pluma.

No fueron sus ropas lo que llamó la atención de Mick. Era algo que había cambiado en su rostro, porque hoy no llevaba las gafas de concha que siempre usaba. Tenía un orzuelo en un ojo, lo que le obligaba a levantar la cabeza de lado como un pájaro para poder ver. Con sus largas y delgadas manos no dejaba de tocarse el orzuelo, como si le doliera. Al pedir el ponche, casi le metió el vaso de papel a su papá en la cara. Mick se dio cuenta de que el muchacho necesitaba sus gafas desesperadamente. Estaba nervioso y continuamente tropezaba con la gente. No le pidió pasear a ninguna chica, excepto a ella..., y eso porque se trataba de su fiesta.

Ya se habían bebido todo el ponche. Su papá tenía miedo de que eso la avergonzara, de modo que él y mamá se habían ido a la cocina a preparar un poco de limonada. Algunos chicos habían salido al porche y a la acera. Mick se alegró de salir al fresco aire de la noche. En contraste con aquella cálida y brillante casa, podía oler el nuevo otoño en la oscuridad.

Entonces descubrió algo imprevisto. A lo largo de la acera y en la oscura calle había un grupo de niños de la vecindad. Pete y Sucker Wells y Baby y Spareribs, la pandilla entera, que empezaba por un niño más joven que Bubber y terminaba en otro de más de doce años. Había incluso niños que ella no conocía

en absoluto y que habiéndose oído una fiesta venían a merodear por allí. Y también muchachos de su edad y mayores a los que ella no había invitado, bien porque le habían hecho alguna jugarreta o porque ella les había hecho una jugarreta a ellos. Iban todos sucios, vestidos con sencillos pantalones cortos, mugrientos bombachos o con la ropa vieja de diario. No hacían más que vagar por allí para observar la fiesta. Al ver aquellos niños Mick experimentó dos sentimientos: uno de tristeza, y el otro, de cierta prevención.

—Me toca este paseo contigo.

Harry Minowitz fingió que estaba leyendo su carnet, pero Mick no pudo ver que tuviera escrito nada en él. Su papá había salido al porche y tocaba el silbato, lo que significaba el comienzo del primer paseo.

—Sí —dijo ella—. Empecemos.

Comenzaron a caminar alrededor de la manzana. Con su vestido largo, Mick se sentía aún muy lujosa.

—¡Mirad a Mick Kelly! —gritó uno de los niños en la oscuridad—. ¡Miradla!

Ella siguió su paseo como si no hubiera oído nada, pero se trataba de Spareribs, y no tardaría mucho antes de que le pescara y le propinara un buen coscorrón. Ella y Harry caminaron de prisa a lo largo de la oscura acera, y al llegar al final de la calle doblaron para seguir por otra manzana.

—¿Cuántos años tienes, Mick..., trece?

—Voy a cumplir catorce.

Ella sabía lo que Harry estaba pensando. Era algo que la atormentaba continuamente. Casi un metro sesenta y ocho de altura, y cuarenta y seis kilos y medio de peso. Y sólo tenía trece años. Casi todos los chicos de la fiesta eran unos enanos a su lado, excepto Harry, el cual sólo medía cinco centímetros menos. Ningún muchacho quería pasear con una chica que le aventajara tanto en altura. Pero quizá los cigarrillos la ayudaran a impedir el crecimiento.

—En el último año, he crecido ocho centímetros —dijo Mick.

—Una vez vi en un circo a una mujer que medía dos metros setenta. Pero tú probablemente no crecerás tanto.

Harry se detuvo junto a un oscuro arbusto de mirto. No había nadie a la vista. Sacó algo de su bolsillo y empezó a jugar con ello. Mick se inclinó para ver: se trataba de las gafas de Harry, y éste las estaba limpiando con un pañuelo.

—Perdóname —dijo él. Luego se puso las gafas, y ella le pudo oír como lanzaba un profundo suspiro.

—Deberías llevar siempre tus gafas.

—Ya.

—¿Y cómo andas sin ellas?

—Pues no lo sé...

La noche era muy tranquila y oscura. Harry la tomó del codo cuando cruzaron la calle.

—Hay cierta damita en la fiesta que piensa que es afeminado que un muchacho lleve gafas. Esta persona... oh, bueno, quizá yo soy un...

Harry no terminó la frase. De repente, se puso tenso, corrió unos pasos y dio un salto para coger una hoja que colgaba a algo más de un metro de su cabeza. Mick apenas podía ver la alta hoja en la oscuridad. Harry tenía un buen salto y cogió la hoja a la primera. Luego se la metió en la boca y soltó algunos puñetazos en el aire, como un boxeador que pelea con su sombra. Mick se le acercó.

Como de costumbre, tenía una canción en su cabeza. Y la estaba tarareando para sí.

—¿Qué es lo que cantas?

—Una canción de un tipo llamado Mozart.

Harry se sentía muy satisfecho. Daba saltos de costado, como un boxeador ligero.

—Pues parece un nombre alemán.

—Me imagino que lo es.

—¿Fascista? —preguntó él.

—¿Qué?

—Te pregunto si ese Mozart es fascista o nazi.

Mick pensó durante un momento.

—No. Éstos son nuevos, y este tipo murió hace algún tiempo.

—Buena cosa —empezó a dar puñetazos a la oscuridad otra vez. Quería que ella le preguntara por qué.

—Digo que es buena cosa —volvió a decir.

—¿Por qué?

—Porque aborrezco a los fascistas. Si me encontrara con alguno de ellos por la calle, lo mataría.

Ella miró a Harry. Las hojas, recortadas contra la luz de las farolas, ponían sombras rápidas, moteadas en su cara. Harry estaba excitado.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Mick.

—¡Cielos! ¿No lees nunca el periódico? Mira, lo que pasa es...

Habían dado la vuelta a la manzana. Una conmoción estaba teniendo lugar en

la casa. La gente gritaba y corría por la acera. Mick sintió una desagradable sensación de mareo en el estómago.

—No tenemos tiempo de que lo explique a menos que volvamos a pasear alrededor de la manzana. No tengo ningún inconveniente en decirte porque aborrezco a los fascistas. Me gustaría contártelo.

Aquella era probablemente la primera oportunidad que Harry tenía de soltarle aquellas ideas a alguien. Pero Mick no tenía tiempo de escuchar. Estaba ocupada contemplando lo que sucedía delante de su casa.

—Conforme, nos veremos más tarde.

El paseo había terminado, de modo que ella podía dedicar toda su atención al alboroto que veía.

¿Qué había ocurrido mientras ella estaba fuera? Al partir, la gente estaba por allí correctamente vestida, y todo marchaba como en una fiesta de verdad. Ahora —al cabo de sólo cinco minutos—, el lugar parecía más bien una casa de locos. Mientras estaba fuera, aquellos niños habían salido de la oscuridad y se habían introducido en la fiesta. ¡Qué caradura tenían! Allí seguía Pete Wells saliendo por la puerta principal con un vaso de ponche en la mano. Bramaban, corrían y se mezclaban con los invitados..., con sus viejos y holgados pantalones y su ropa de diario.

Baby Wilson estaba armando alboroto en el porche..., y Baby no tenía más que cuatro años. Cualquiera podía ver que aquella niña debía estar en la cama a estas horas, al igual que Bubber. Pero lo que hacía era bajar por los escalones, uno cada vez, sosteniendo el ponche encima de la cabeza. No había ninguna razón para que estuviera en la fiesta. Mister Brannon era su tío, y ella podía conseguir caramelos y refrescos gratis en su tienda siempre que quisiera. En cuanto llegó a la acera, Mick la cogió del brazo.

—Tú te vas directamente a casa, Baby Wilson. Ahora mismo.

Mick miró a su alrededor para ver qué más podía hacer para enderezar las cosas. Se acercó a Sucker Wells. Éste se encontraba algo más lejos, en una zona oscura de la acera, sosteniendo su taza de ponche y mirando a todo el mundo con aspecto soñoliento. Sucker tenía siete años y llevaba pantalones cortos. No llevaba zapatos, e iba desnudo de cintura para arriba. No estaba armando revuelo, pero Mick estaba furiosa por lo que había sucedido.

Agarró a Sucker por los hombros y empezó a sacudirlo. Al principio el pequeño apretó las mandíbulas, pero al cabo de un momento sus dientes empezaron a castañetear.

—Lárgate a casa Sucker Wells. Deja de merodear por donde no te han invitado.

Cuando le soltó, Sucker se arregló las asentaderas del pantalón y caminó lentamente calle abajo. Pero no regresó a casa. Mick vio cómo, al llegar a la esquina, se sentaba en el bordillo y contemplaba la fiesta desde donde creía que ella no podía verle.

Durante un momento, Mick se alegró de haberse librado de Sucker. Pero luego, inmediatamente, tuvo un sentimiento de pena y pensó en hacerle volver. Los mayores eran los que lo estaban echando todo a perder. Verdaderos granujas eran, y con la peor caradura que jamás había visto. Se bebían los refrescos y echaban a perder la fiesta con toda aquella conmoción. Se atropellaban junto a la puerta y gritaban y se daban puñetazos entre sí. Se dirigió hacia Pete Wells porque era el peor de todos. El muchacho llevaba su casco de fútbol y con él daba cabezazos a la gente. Tenía algo más de catorce años, pero seguía atascado en el séptimo grado. Se acercó a él, pero era demasiado mayor para sacudirlo como a Sucker. Cuando le dijo que se fuera a su casa, él se limitó a bailotear un poco y hacer como si fuera a embestirla.

—He estado en seis estados diferentes. Florida, Alabama...

—Hecho de malla de plata con una banda...

La fiesta estaba arruinada. Todo el mundo hablaba a la vez. Los invitados de la Escuela Profesional se mezclaban con la banda formada por los vecinos. Chicos y chicas seguían en grupos separados, sin embargo..., y nadie paseaba. En la casa la limonada se había terminado. Quedaba sólo un poco de agua en el fondo del tazón, con algunas pieles de limón que flotaban en ella. Su papá se había mostrado demasiado amable con los chicos. Había servido ponche a todo el mundo que le acercaba una copa. Portia estaba sirviendo los emparedados cuando ella entraba en el comedor. En cinco minutos se terminaron todos. Ella sólo consiguió tomar uno... de gelatina con una especie de jugo rosado que se escurría a través del pan.

Portia se quedó en el comedor para vigilar la fiesta.

—Me lo estoy pasando demasiado bien para irme —dijo—. Ya les he mandado decir a Highboy y a Willie que se vayan a pasar el sábado sin mí. Todo el mundo está tan excitado aquí que voy a esperar a ver el final de esta fiesta.

Excitación..., ésa era la palabra. Mick la podía sentir en el comedor, en el porche y en la acera. También ella se sentía excitada. No era sólo su vestido y lo hermosa que estaba su cara cuando pasó frente al espejo del perchero y vio la

roja pintura de sus mejillas y la diadema de diamantes falsos en su cabello. Quizá era toda la decoración y aquellos chicos de la Profesional mezclados con los niños de la vecindad.

—¡Mira cómo corre!

—¡Ay! ¡Basta ya!

—¡No seas chiquilla!

Un grupo de chicas corrían calle abajo, levantándose la falda y con el cabello ondeando al viento tras ellas. Algunos chicos habían cortado largos y afilados gajos de arbusto y perseguían a las chicas con ellos. Estudiantes de primer año de la Profesional, vestidos todos para una verdadera fiesta y comportándose como niños. Aquello ya tenía de juego sólo la mitad. Un muchacho se acercó a Mick con una espina, y también ella echó a correr.

La idea de la fiesta ya estaba completamente olvidada. Aquello era sólo un vulgar juego callejero. Pero del tipo más salvaje que ella viera jamás. Los niños de la vecindad habían tenido la culpa. Eran como una enfermedad contagiosa, y su llegada a la fiesta había hecho que todos los demás se olvidaran de la Escuela Secundaria y de que eran casi personas mayores. Era como en el momento de ir a tomar el baño de la noche cuando uno se revuelca en el patio de atrás y se pone perdido sólo por simple placer, antes de meterse en la bañera. Todos eran como niños salvajes jugando en un sábado por la noche... y ella se sentía la más salvaje de todos.

Gritaba y empujaba y era la primera en intentar cualquier nueva proeza. Hacía tanto ruido y se movía tan de prisa que no podía observar lo que estaban haciendo los demás. Su agitada respiración no le permitía hacer todas las cosas que deseaba hacer.

—¡La zanja de la calle! ¡La zanja! ¡La zanja!

Fue la primera en echar a correr. Una manzana más abajo habían colocado cañerías nuevas bajo la calle, y para ello habían cavado una zanja muy profunda. Los llameantes farolillos que rodeaban el borde despedían un resplandor rojo brillante en la oscuridad. Mick no pudo esperar a descolgarse. Corrió hasta llegar a las lucecitas ondulantes y entonces saltó.

Con sus zapatillas de tenis hubiera aterrizado como un gato, pero los altos zapatos de charol la hicieron resbalar y se golpeó el estómago con el tubo. Se quedó sin respiración. Permaneció allí quieta con los ojos cerrados.

La fiesta... Durante un largo rato estuvo recordando cómo había pensando que sería, cómo se imaginaba a los nuevos amigos de la Profesional. Pensaba también

en el grupo del que deseaba formar parte cada día. Sería diferente ahora en los pasillos, sabiendo que todos aquellos chicos no eran nada especial, sino igual que los demás niños. No había problema con la fiesta arruinada. Pero todo había terminado. Era el final.

Mick se encaramó fuera de la zanja. Algunos niños jugaban alrededor de los pequeños faroles de llamas. El fuego producía un resplandor rojizo y largas y rápidas sombras. Uno de los muchachos había ido a su casa a buscar una careta de pasta comprada para el Halloween, la víspera del día de Todos los Santos. No había cambiado nada en la fiesta, excepto ella.

Volvió a casa lentamente. Al pasar frente a los niños, no les dirigió la palabra ni les miró. La decoración del vestíbulo estaba arrancada, y la casa parecía vacía porque todo el mundo había salido al exterior. Se metió en el baño y se quitó el vestido azul de noche. Tenía el dobladillo roto, y lo dobló de manera que no se viera el lugar rasgado. La diadema de diamantes falsos se había perdido en algún lugar. Sus viejos *shorts* y la camisa yacían en el suelo en el mismo lugar que los dejara. Se los puso. Era demasiado mayor para llevar *shorts* después de aquello. Nunca más, después de esta noche. Nunca más.

Mick salió al porche. Su cara estaba muy blanca sin la pintura. Hizo bocina con las manos y aspiró profundamente.

—¡Todo el mundo a casa! ¡La puerta se cierra! ¡La fiesta ha terminado!

En la tranquila, secreta noche, se encontró sola nuevamente. No era tarde... Amarillos rectángulos de luz brillaban en las ventanas de las casas a lo largo de la calle. Caminó lentamente, con las manos en los bolsillos y la cabeza ladeada. Durante mucho rato estuvo andando sin darse cuenta de la dirección que llevaba.

Entonces las casas se fueron distanciando y empezaron a aparecer patios con grandes árboles y negros arbustos. Echó una mirada a su alrededor y se dio cuenta de que estaba cerca de aquella casa adonde había ido tantas veces en el verano. Sus pies la habían llevado hasta allí sin saberlo siquiera. Al llegar a la casa aguardó un momento hasta asegurarse de que ninguna persona podía verla. Entonces se introdujo en el patio lateral.

La radio estaba encendida, como de costumbre. Durante un segundo, se quedó junto a la ventana y contempló a la gente del interior. El hombre calvo y la mujer de cabello gris estaban jugando a las cartas en una mesa. Mick se sentó en el suelo. Aquel era un lugar estupendo y secreto. La rodeaban espesos cedros, de

modo que estaba completamente oculta y sola. El programa de radio no era bueno esa noche...; alguien cantaba canciones populares que terminaban todas de la misma manera. Era como si estuviera vacía. Se metió las manos en los bolsillos y palpó con sus dedos. Había pasas, una castaña y un collar..., además de un cigarrillo y cerillas. Encendió el cigarrillo y se rodeó las rodillas con los brazos. Era como si estuviera tan vacía que ni siquiera experimentara una sensación o un pensamiento.

Un programa sucedía al otro, y todos eran malos. Pero no le importaba de manera especial. Fumó y cogió un puñado de hierba. Al cabo de un rato empezó a hablar un nuevo presentador. Mencionó a Beethoven. Había leído algo en la biblioteca sobre este músico: su nombre se escribía con doble e, y era alemán como Mozart. Durante su vida habló una lengua extranjera y vivió en un país extranjero..., como a ella le gustaría hacer. El presentador dijo que iban a tocar su *Tercera sinfonía*. Mick escuchaba sólo a medias porque quería pasear un poco más y no le importaba mucho lo que tocaban. Entonces la música empezó. Mick levantó la cabeza y se llevó el puño a la garganta.

¿Qué había ocurrido? Durante un minuto la obertura se balanceó de un extremo al otro. Como un paseo o una marcha. Como Dios pavoneándose en la noche. Su exterior se heló de repente y sólo aquella primera parte de la música mantuvo su calor en corazón. Ni siquiera pudo oír lo que sonaba después, sino que se quedó allí esperando y helada, con los puños apretados. Al cabo de un rato la música volvió, con más fuerza y volumen. No tenía nada que ver con Dios. Era ella. Mick Kelly, caminando durante el día y sola por la noche. Bajo el ardiente sol y en la oscuridad con todos sus proyectos y sentimientos. La música era ella..., ella de verdad.

No era capaz de escuchar tan atentamente para oírla toda. La música hervía en su interior. ¿Qué hacer? ¿Aferrarse a ciertas partes maravillosas y pensar en ellas para no olvidarlas más tarde..., o soltarlo todo y escuchar cada parte que viniera sin pensar ni tratar de recordar? ¡Dios mío! El mundo entero era esta música y ella no era capaz de escucharla con suficiente firmeza. Entonces, finalmente volvió a sonar la música de la obertura, con todos los diferentes instrumentos agrupados, haciendo sonar cada nota como un puño apretado, duro, que le golpeaba el corazón. Y la primera parte terminó.

Aquella música no duraba mucho tiempo, ni poco. No tenía nada que ver con el tiempo que transcurría. Mick permanecía sentada con los brazos rodeando fuertemente sus rodillas, mordiendo con dureza sus saladas rodillas. Quizás

llevaba escuchando sólo cinco minutos, o media noche. La segunda parte tenía matices oscuros...; era una marcha lenta. No triste, sino como si el mundo entero estuviera muerto y negro y no sirviera de nada pensar cómo era antes. Uno de aquellos instrumentos parecidos al cuerno tocaba una melodía triste y argentina. Entonces la música se tornó colérica y con un fondo de excitación. Y finalmente retornó la marcha sombría.

Pero quizá fue la última parte de la sinfonía la música que más la cautivó. Era alegre y como si las personas más grandes del mundo corrieran y saltaran en la más absoluta libertad. Una música maravillosa como aquella podía representar la peor herida que se pudiera padecer. Aquella sinfonía era el mundo entero, y ella era demasiado pequeña para escucharla.

Finalmente, la sinfonía terminó, y Mick se sentó muy rígida con los brazos rodeándole las rodillas. Otro programa siguió en la radio y Mick se tapó los oídos con los dedos. La música sólo le dejaba aquel sufrimiento, además de un vacío. No podía recordar nada de la sinfonía, ni siquiera las últimas notas. Trató de recordar, pero ningún sonido acudió a su mente. Ahora que todo había terminado sólo quedaba su corazón como un conejillo y aquel terrible dolor.

Se apagaron la radio y las luces de la casa. La noche era muy oscura. De pronto Mick empezó a golpearse el muslo con los puños. Golpeaba el mismo músculo con toda su fuerza hasta que le corrieron las lágrimas por su cara. Pero no podía experimentar el dolor con toda su fuerza. Las piedras de debajo del arbusto eran afiladas. Agarró un puñado de ellas y empezó a frotarse con ellas arriba y abajo en el mismo sitio hasta que tuvo su mano ensangrentada. Entonces se dejó caer de espaldas sobre el suelo y permaneció allí contemplando la noche. Con aquel terrible dolor en su pierna se sintió mejor. Allí estaba echada fláccidamente sobre la húmeda hierba, y al cabo de un rato su respiración adoptó un ritmo más lento y desahogado.

¿Cómo era que los exploradores no se habían dado cuenta, contemplando el cielo, de que el mundo era redondo? El cielo era curvo, como el interior de un enorme globo de cristal de un azul muy oscuro y salpicado de brillantes estrellas. La noche era tranquila. Se percibía el cálido aroma de los cedros. No estaba tratando de recordar la música cuando de repente le vino a la cabeza. La primera parte se desgranó en su mente exactamente tal como había sido tocada. Mick escuchó de una manera tranquila y lenta, y pensó en las notas como un problema de geometría, de modo que podía recordarlas. Podía ver la forma de las notas muy claramente, y sabía que no las olvidaría.

Ahora se sentía bien. Murmuró algunas palabras en voz alta: “Señor, perdóname, porque no sé lo que hago.” ¿Por qué había pensado en eso? Todo el mundo en los últimos años sabía que no había ningún Dios. Cuando pensaba en él solía imaginarse que Dios era Mister Singer con una larga y blanca sábana envolviéndole. Dios era el silencio...; quizá por eso, se lo había recordado. Dijo nuevamente las palabras, tal como se las diría a Mister Singer: “Dios, perdóname, porque no sé lo que hago.”

Esta parte de la música era hermosa y clara. Podría cantarla ahora siempre que quisiera. Quizá más tarde, cuando acabara de despertarse una mañana, podría recordar algo más que la música. Si alguna vez oía nuevamente la sinfonía, habría otras partes que añadir a lo que ya tenía en su mente. Y tal vez si pudiera oírla cuatro veces, sólo cuatro veces, la recordaría entera. Tal vez.

Una vez más escuchó esta parte de la obertura de la sinfonía. Entonces las notas se hicieron más lentas y suaves y era como si estuviera cantando lentamente en el oscuro suelo.

Mick se despertó con un sobresalto. El aire se había vuelto frío y mientras se despertaba de su sueño soñaba que su hermana Etta le estaba quitando toda la ropa de la cama. “Déjame una manta...”, trató de decir. Entonces abrió los ojos. El cielo era muy negro y todas las estrellas habían desaparecido. La hierba estaba húmeda. Se levantó con prisa porque su papá estaría preocupado. Entonces recordó la música. No podía decir si era medianoche o las tres de la mañana, de manera que empezó a correr hacia su casa. El aire olía a otoño. La música sonaba con fuerza y con rapidez en su mente, mientras ella corría cada vez más velozmente por las aceras que conducían a la manzana donde ella vivía.

2

En octubre los días eran azules y fríos. Biff Brannon se cambió sus pantalones de lino ligero por otros de sarga azul oscuro. Detrás del mostrador del café instaló una máquina que dispensaba chocolate caliente. Mick era muy aficionada al chocolate caliente, e iba tres o cuatro veces por semana a tomar una taza. Brannon le cobraba sólo cinco centavos en lugar de diez, y hubiera deseado dejárselo gratis. La observaba mientras ella se encontraba de pie al otro lado del mostrador, y se sentía confundido y triste. Hubiera querido alargar la mano y tocar aquel desgreñado cabello quemado por el sol..., aunque no del modo como había tocado alguna vez a una mujer. Había en él un desasosiego, y cuando hablaba con ella su voz tenía un sonido ronco y extraño.

Tenía muchas preocupaciones en la cabeza. Por un lado, Alice no se encontraba bien. Trabajaba como de costumbre en el bar desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, pero caminaba muy lentamente, y bajo los ojos se le marcaban unos círculos oscuros. Y era en el bar donde más se ponía de manifiesto esta enfermedad. Un domingo, al escribir a máquina el menú del día, marcó la cena especial con pollo a la reina a veinte centavos en lugar de cincuenta, y no descubrió el error hasta que varios clientes habían pedido ya y se disponían a pagar. En otra ocasión devolvió dos monedas de cinco y tres de uno como cambio de diez dólares. Biff se quedaba mirándola durante largo rato, frotándose la nariz pensativamente y con los ojos semicerrados.

Pero nunca hablaban de esto. Por la noche él trabajaba abajo mientras ella dormía, y durante la mañana ella sola dirigía el restaurante. Cuando lo hacían juntos, él se quedaba detrás de la caja registradora y vigilaba la cocina y las mesas, como era su costumbre. No hablaban más que de cuestiones relativas al negocio, pero Biff no dejaba de observarla con una expresión de perplejidad en la cara.

Luego, la tarde del ocho de octubre se oyó de pronto un grito de dolor procedente de la habitación donde ellos dormían. Biff corrió escaleras arriba. Al cabo de una hora se habían llevado a Alice al hospital, y el médico le había extraído un tumor casi del tamaño de un recién nacido. Y luego, una hora después, Alice se moría.

Biff estaba sentado junto a su cama en el hospital con una expresión de aturrida reflexión en la cara. Había presenciado su muerte. Los ojos de la enferma, enturbiados por el efecto del éter, se endurecieron luego como el cristal. La enfermera y el médico se retiraron de la habitación. Él siguió mirando su cara. Excepto por la azulada palidez no había gran diferencia. Biff observó cada detalle en ella como si no la hubiera visto a diario durante veintiún años. Luego, poco a poco, mientras estaba sentado allí sus pensamientos se desviaron a una escena que había guardado largo tiempo en su interior.

El océano frío y verdoso y una dorada y caliente franja de arena. Los niños pequeños jugando al borde de la sedosa línea de espuma. La pequeñita robusta y morena, los delgados muchachitos desnudos, los niños mayorcitos corriendo y llamándose unos a otros con dulces y penetrantes voces. Niños a los que conocía, Mick y su propia sobrina, Baby, y también otras caras jóvenes a las que no había visto nunca. Biff inclinó la cabeza.

Al cabo de largo rato se levantó de la silla y se quedó de pie en medio de la habitación. Podía oír a su cuñada Lucile paseando arriba y abajo por el pasillo. Una gorda abeja se paseaba por encima del tocador, y, diestramente Biff la cogió en su mano y la sacó por la abierta ventana. Miró una vez más aquel rostro muerto y luego con formalidad de viudo abrió la puerta que daba al corredor del hospital.

Más tarde, aquella misma mañana, se sentó a coser en la habitación de arriba. ¿Por qué? ¿Por qué en los casos de auténtico amor el que se queda no sigue más a menudo al ser amado suicidándose? ¿Sólo porque el vivo debe enterrar al muerto? ¿A causa de los complicados ritos que deben ser realizados después de una muerte? ¿Debido a que el que permanece es como si subiera a un escenario y cada segundo transcurrido se eternizara, y fuera observado por múltiples ojos? ¿Por qué hay una función que debe ejecutar? ¿O quizá, cuando hay amor, el viudo debe aguardar la resurrección del amado..., de modo que el que se ha ido no está realmente muerto, sino que crece y es creado por segunda vez en el alma del vivo? ¿Por qué?

Biff se inclinó sobre su labor y meditó sobre muchas cosas. Cosía con gran destreza, y los callos de las puntas de sus dedos eran tan duros que podía empujar la aguja a través del tejido sin necesidad de dedal. Ya los brazaletes negros habían sido cosidos alrededor de los brazos de dos trajes grises, y ahora estaba con el último.

El día era brillante y caluroso, y ya las primeras hojas muertas del nuevo otoño eran arrastradas por el viento en las aceras. Biff había salido temprano.

Cada minuto se alargaba terriblemente. Ante él se ofrecía la imagen de un ocio infinito. Había cerrado la puerta del restaurante y colgado por la parte exterior una blanca corona de lirios. Se dirigió primero a la casa de pompas fúnebres y estudió cuidadosamente el surtido de ataúdes. Tocó la tela de los revestimientos y probó la solidez de la madera.

—¿Cómo se llama esta tela...: georgette?

El empresario respondía a sus preguntas con voz untuosa, zalamera.

—¿Y qué porcentaje de cremaciones tiene en su empresa?

De nuevo en la calle, Biff caminó con calculada formalidad. Procedente del Oeste, soplaban un viento cálido, y el sol era muy brillante. Su reloj se había parado, así que volvió sus pasos hacia la calle donde Wilbur Kelly había colocado recientemente su rótulo de relojero. Kelly estaba sentado en su banco de trabajo con un albornoz remendado. Su taller era también dormitorio, y el pequeño que Mick llevaba a todas partes consigo en un cochecito estaba tranquilamente sentado encima de un jergón en el suelo. Los minutos eran tan largos que cabía en ellos tiempo para la contemplación y la indagación. Le pidió a Kelly que le explicara la exacta función de las joyas en un reloj. Observó el aspecto distorsionado del ojo derecho de Kelly a través de su lupa de relojero. Charlaron durante un rato sobre Chamberlain y Munich. Luego, como todavía era temprano, decidió subir a la habitación del mudo.

Singer se estaba vistiendo para el trabajo. La noche anterior, Biff había recibido una carta suya de condolencia. En el entierro, él sería uno de los portadores del féretro. Biff se sentó en la cama y fumaron juntos un cigarrillo. Singer le miraba de vez en cuando con sus verdes y observadores ojos. Le ofreció una taza de café. Biff no hablaba, y en una ocasión el mudo se detuvo para darle una palmadita en el hombro y mirarle durante un segundo a la cara. Cuando Singer se hubo vestido, salieron juntos a la calle.

Biff fue a comprar la cinta negra en la tienda y a visitar al predicador de la iglesia de Alice. Cuando todo estuvo arreglado, volvió a casa. Poner en orden las cosas..., no pensaba en otra cosa. Empaquetó las ropas y pertenencias personales de Alice para dárselas a Lucile. Limpió cuidadosamente y arregló los cajones del escritorio. Incluso volvió a arreglar los estantes de la cocina de abajo y quitó las serpentinas de alegres colores de los ventiladores. Cuando había acabado con todo se metió en la bañera y se dio un baño completo. Y terminó la mañana.

Biff cortó el hilo con los dientes y alisó el negro brazalete de la manga de su chaqueta. Lucile estaría ya esperándole. Él, ella y Baby irían en el mismo coche

al entierro. Dejó a un lado el costurero y se puso la chaqueta con el brazalete cuidadosamente sobre los hombros. Echó una rápida mirada a la habitación para comprobar que todo estaba en orden antes de volver a salir.

Una hora más tarde se encontraba en la pequeña cocina de Lucile. Se hallaba sentado con las piernas cruzadas, una servilleta sobre el muslo, bebiendo una taza de té. Lucile y Alice habían sido tan diferentes en todos los aspectos que resultaba fácil adivinar que eran hermanas. Lucile era delgada y morena, y se había vestido para el funeral enteramente de negro. La mujer se dedicaba a peinarle el cabello a Baby. La pequeña esperaba pacientemente en la mesa de la cocina con las manos cruzadas sobre la falda mientras su madre trabajaba en ella. La luz del sol penetraba tranquila y suavemente en la habitación.

—Bartholomew... —dijo Lucile.

—¿Qué?

—¿Piensas alguna vez en el pasado?

—No, nunca —repuso Biff.

—Sabes, yo siento como si llevara siempre anteojeras, de modo que no puedo mirar a los lados o hacia atrás. Únicamente puedo permitirme pensar en ir al trabajo cada día y en preparar comidas, y en el futuro de Baby.

—Es lo correcto.

—He ido a la tienda a ondularle el cabello a Baby. Pero se va tan de prisa que he pensado que le hagan la permanente. No quiero hacérsela yo misma..., así que quizá me la lleve a Atlanta cuando vaya a la convención de cosmetólogos, y que se la hagan allí.

—¡Madre de Dios! No tiene más que cuatro años. Es probable que se asuste, la permanente vuelve basto el cabello.

Lucile humedeció el peine en un vaso de agua y aplastó los bucles sobre las orejas de la niña.

—No, no es verdad. Y ella lo quiere. Joven como es, tiene ya tanta ambición como yo. Lo cual es decir mucho.

Biff se lustró las uñas en la palma de la mano, y movió la cabeza negativamente.

—Cada vez que Baby y yo vamos al cine y vemos a todos esos niños trabajando en esos buenos papeles ella siente lo mismo que yo. Te lo juro, Bartholomew. Luego, no puedo conseguir que se tome la cena.

—Por el amor de Dios —dijo Biff.

—Le va muy bien con sus clases de baile y de expresión. El año que viene

quiero que empiece con el piano, porque me parece que le será de mucha ayuda tocar un instrumento. Su profesora de baile la va hacer ejecutar un solo en la velada. Siento que tengo que empujar a Baby todo lo que pueda. Porque, cuanto antes empiece en su carrera, mejor será para ambas.

—¡Madre de Dios!

—No comprendes. Una niña con talento no debe ser tratada igual que las niñas corrientes. Esta es una de las razones por las que quiero sacar a Baby de este barrio tan vulgar. No quiero que se acostumbre a hablar como todos esos pilluelos de por aquí o que ande todo el día corriendo como ellos.

—Conozco a los chicos de esta manzana —dijo Biff—. No tienen nada de malo. Los pequeños Kelly, del otro lado de la calle..., el chico de Crane...

—Sabes muy bien que ninguno de ellos llega a la altura de Baby.

Lucile marcó la última onda en el cabello de Baby. Pellizcó luego las mejillas de la pequeña para darles un poco de color. Luego la hizo bajar de la mesa. Para el entierro, Baby llevaba un vestidito blanco con zapatos y calcetines blancos, e incluso un par de diminutos guantes blancos. Baby siempre levantaba su cabecita de un modo particular cuando la gente la miraba, y ahora estaba adoptando este ademán.

Permanecieron durante un rato en la pequeña y cálida cocina sin decir una palabra. Luego Lucile empezó a llorar.

—No es que estuviéramos muy unidas como hermanas. Teníamos nuestras diferencias, y no nos veíamos mucho. Quizá porque yo era mucho más joven. Pero cuando se trata de alguien de tu propia sangre, y ocurre algo así... —Biff chascó la lengua suavemente—. Sé cómo os iba —dijo la mujer—. No todo eran rosas entre vosotros. Pero quizá eso te haga sentir peor.

Biff cogió a Baby por debajo de los brazos y la subió hasta la altura de su hombro. La niña pesaba más cada día. La sostuvo con cuidado mientras se dirigía al cuarto de estar. Baby despedía un agradable calorillo en su hombro, y su vestidito de seda blanco resaltaba contra la oscura tela de su traje. La niña le agarró una de las orejas con su manecilla.

—¡Tío Biff! Mírame hacer el *écart*.

Suavemente, Biff dejó a la pequeña otra vez sobre sus pies. Baby dobló ambos brazos sobre su cabeza y sus pies se deslizaron lentamente en direcciones opuestas sobre el amarillo y encerado suelo. En un instante quedó sentada con una pierna estirada delante de ella y la otra hacia atrás. Sus brazos adoptaron una

postura elegante, en tanto que su mirada se dirigía de soslayo a la pared reflejando cierta expresión triste.

Con un esfuerzo, recuperó su verticalidad.

—Mira como hago un salto mortal. Mira como hago un...

—Cariño, estate quieta —dijo Lucile, sentándose junto a Biff en el sofá de felpa—. ¿No te lo recuerda un poco... algo en sus ojos y su cara?

—Demonios, no. No puedo descubrir el menor parecido entre Baby y Leroy Wilson.

Lucile estaba demasiado delgada y vieja para su edad. Quizá se debiera a su negro vestido y a que había estado llorando.

—A fin de cuentas, tenemos que admitir que es el padre de Baby —dijo.

—¿Podrás olvidar alguna vez a ese hombre?

—No lo sé. Supongo que siempre he sido una tonta en dos cosas. Y son Leroy y Baby.

La incipiente barba de Biff tenía un tono azulado contra su pálido cutis, y en su voz se reflejaba cansancio.

—¿Nunca se te ocurre reflexionar sobre una cosa y descubrir lo que ha sucedido y lo que debería resultar de ello? ¿No utilizas nunca la lógica: si éstos son los hechos, éste debe ser el resultado?

—Acerca de él, no, imagino.

Biff habló con fatiga, los ojos casi cerrados:

—Te casaste con ese individuo cuando tenías diecisiete años, y a partir de entonces no hubo más que disgustos entre vosotros. Te divorciaste, y luego, dos años más tarde, te volviste a casar con él. Y ahora se ha ido nuevamente, y no sabes dónde está. Parece como si estos hechos demostraran una cosa: no estáis hechos el uno para el otro. Y eso aparte del aspecto más personal: el tipo de hombre que este individuo suele ser.

—Dios sabe que siempre me he dado cuenta de que ese hombre es un sinvergüenza. Lo único que espero es que jamás vuelva a llamar a esta puerta.

—Mira, Baby —dijo Biff rápidamente. Entrelazó los dedos y levantó las manos—. Ésta es la iglesia y éste el campanario. Abre la puerta y hallarás el pueblo de Dios.

Lucile movió negativamente la cabeza.

—No tienes que preocuparte por Baby. Se lo cuento todo. Lo sabe todo sobre el lío desde la A a la Z.

—Entonces, si vuelve, ¿le dejarás quedarse y explotarte tanto como le

plazca..., como hacía antes?

—Sí. Supongo que sí. Cada vez que suena el timbre de la puerta o del teléfono, cada vez que alguien llega al porche, algo en mi subconsciente piensa en ese hombre.

Biff separó las palmas de las manos.

—Ahí lo tienes.

El reloj dio las dos. La habitación estaba muy cerrada y hacía calor. Baby dio otro salto mortal e hizo nuevamente el numerito de las piernas separadas sobre el encerado suelo. Entonces Biff la levantó y la puso sobre su regazo. Las piernecillas de la niña se balanceaban golpeándole la espinilla. La pequeña le desabrochó el chaleco y acurrucó su cabeza contra su pecho.

—Escucha —dijo Lucile—. Si te hago una pregunta, ¿prometes responderme la verdad?

—Claro.

—¿Sea lo que sea?

Biff acarició el suave y dorado cabello de Baby y dejó su mano suavemente sobre el costado de la cabecita.

—Claro.

—Fue hace unos siete años. Poco después de casarnos por primera vez. Volvió a casa una noche. Venía de la tuya y traía la cabeza llena de cardenales. Me dijo que le habías cogido por el cuello golpeándole la cabeza contra la pared. Me contó una historia sobre por qué lo habías hecho, pero quiero saber el verdadero motivo.

Biff dio vueltas a su alianza en el dedo.

—Nunca me gustó Leroy, y tuvimos una pelea. En aquellos tiempos, yo era muy diferente de ahora.

—No. Lo hiciste por alguna razón muy concreta. Hace mucho tiempo que nos conocemos, y sé muy bien que tienes siempre una razón para cada cosa que haces. Tu mente se rige por razones, y no por impulsos. Bueno, me has prometido decirme qué fue, y quiero saberlo.

—Ahora ya no tendría ninguna importancia.

—Te repito que debo saberlo.

—Conforme —dijo Biff—. Aquella noche llegó y empezó a beber, y cuando estuvo borracho se puso a hablar de ti. Dijo que iría a casa una vez al mes y te daría una paliza, y tendrías que aguantarte. Pero que luego saldrías al vestíbulo y te reirías en voz alta unas cuantas veces para que los vecinos de las demás

habitaciones pensarán que vosotros dos habíais estado jugando y que todo había sido una broma. Eso es lo que sucedió, así que olvídate de ello.

Lucile se irguió en su asiento, mientras aparecía una manchita roja en cada una de sus mejillas.

—Ya ves, Bartholomew, por eso tengo que llevar anteojeras continuamente, para no mirar hacia el pasado o hacia los lados. No puedo permitirme pensar en otra cosa que en ir al trabajo cada día, preparar tres comidas en casa y pensar en el futuro de Baby.

—Sí.

—Confío en que tú harías lo mismo, y no empezarás a pensar en el pasado.

Biff inclinó la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos. Durante todo el día no había sido capaz de pensar en Alice. Cuando trataba de recordar su cara aparecía un extraño vacío en su interior. Lo único que estaba claro en su mente sobre ella eran sus pies: rechonchos, muy suaves y blancos y con deditos hinchados. Las plantas eran sonrosadas, y cerca del talón izquierdo había un diminuto lunar castaño. La noche de bodas, él le quitó los zapatos y las medias y le besó los pies. Y, pensándolo bien, eran dignos de dicha consideración, pues los japoneses creen que el pie es la parte más delicada de la mujer...

Biff se agitó y echó una mirada a su reloj. Dentro de poco rato saldrían hacia la iglesia donde iba a celebrarse el funeral. Por su mente pasaron los detalles de la ceremonia. La iglesia —el lento cortejo fúnebre con Lucile y Baby—. El grupo de personas de pie con las cabezas descubiertas e inclinadas bajo el cielo de septiembre. El sol sobre las blancas lápidas, sobre las marchitas flores y la tienda de lona que cubría la fosa recién excavada. Luego, nuevamente al hogar... ¿y entonces, qué?

—Por más que una se pelee, siempre hay algo especial en una hermana de tu sangre —dijo Lucile.

Biff levantó la cabeza.

—¿Por qué no te vuelves a casar? Con algún guapo joven que no haya tenido esposa, y que cuide de ti y de Baby. Si fueras capaz de olvidar a Leroy, serías una estupenda esposa para un buen hombre.

Lucile tardó en responder. Finalmente dijo:

—Tú sabes cuál ha sido nuestra relación entre tú y yo: casi siempre nos hemos entendido bien sin ninguna clase de aproximaciones amorosas. Pues bien, eso es lo más cerca que deseo volver a estar de cualquier hombre.

—Yo siento lo mismo —dijo Biff.

Media hora más tarde se oyó un golpecito en la puerta. El coche del funeral estaba aparcado delante de la casa. Biff y Lucile se levantaron con lentitud. Los tres, con Baby, en su blanco vestidito de seda, ligeramente adelantada, salieron envueltos en un solemne silencio.

Biff tuvo cerrado el restaurante durante todo el día siguiente. Luego, a primera hora de la noche quitó la marchita corona de lirios de la puerta y abrió otra vez el negocio. Los clientes fueron llegando con caras tristes y charlaron con él unos minutos junto a la registradora antes de pedir sus consumiciones. Estaban los de costumbre: Singer, Blount, varios hombres que trabajaban en tiendas de la misma manzana y en las fábricas del río. Después de cenar, apareció Mick Kelly con su hermanito y metió cinco centavos en la máquina tragaperras. Al perder la primera moneda golpeó la máquina con sus puños y mantuvo abierto el receptáculo para asegurarse de que no había caído nada. Luego metió otra moneda y casi ganó el premio gordo. Las monedas empezaron a caer tintineando y rodaron por el suelo. La muchacha y su hermanito miraban a su alrededor en actitud vigilante mientras las recogían, para que ningún cliente pusiera el pie encima de una de ellas antes de que hubieran podido recogerla. El mudo estaba sentado a la mesa en medio del local con su cena ante él. Al otro lado de la mesa se hallaba Jake Blount sentado bebiendo cerveza, vestido con sus ropas domingueras, y hablando. Todo estaba como antes. Al cabo de un rato el aire se tornó gris con el humo de los cigarrillos y el ruido aumentó. Biff estaba alerta, y no se le escapaba ningún sonido ni movimiento.

—Voy por ahí —dijo Blount. Se inclinó ansiosamente sobre la mesa y fijó sus ojos en la cara del mudo—. Voy por ahí y trato de explicárselo. Y ellos se ríen. No consigo que entiendan nada. Diga lo que diga, al parecer no puedo lograr que vean la verdad.

Singer asintió y se secó la boca con la servilleta. Su cena se enfriaba porque no podía bajar la mirada para comer, pero estaba tan bien educado que dejó que Blount siguiera hablando.

Las palabras que pronunciaban los dos niños junto a la máquina tragaperras eran agudas y claras y contrastaban con las voces más roncadas de los hombres. Mick volvía a poner sus monedas en la ranura. Con frecuencia su mirada se dirigía a la mesa del centro, pero el mudo le daba la espalda y no la veía.

—Mister Singer tiene pollo frito para cenar y aún no ha probado bocado —dijo el pequeño.

Mick tiró con mucha lentitud de la palanca de la máquina.

—Métete en tus asuntos.

—Tú siempre subes a su habitación o vas a algún lugar donde sabes que él va a estar.

—Te he dicho que te calles, Bubber Kelly.

—Pero si es verdad que lo haces.

Mick sacudió al pequeño hasta que los dientes le castañetearon, y luego le hizo dar la vuelta en dirección a la puerta.

—Vete a casa a dormir. Ya te he dicho que estoy harta de llevaros a rastras a ti y a Ralph durante todo el día, y que no quiero que estés rondando cerca de mí por la noche cuando se supone que estoy libre.

Bubber alargó su sucia manecita.

—Bueno, dame una moneda entonces.

En cuanto hubo guardado sus cinco centavos en el bolsillo de la camisa, se marchó para casa.

Biff se estiró la chaqueta y se alisó el cabello. Llevaba corbata negra, y en la manga de su chaqueta gris lucía el brazalete que él mismo se había cosido. Hubiera deseado acercarse a la máquina tragaperras y hablar con Mick, pero algo no se lo permitía. Aspiró profundamente y se bebió un vaso de agua. Por la radio empezó a sonar una orquesta de baile, pero él no quería escuchar. Todas las melodías de los últimos diez años le parecían tan iguales que no era capaz de distinguirlos. Desde 1928, no había disfrutado oyendo música. Sin embargo, cuando era joven tocaba la mandolina, y se sabía de memoria la letra y la música de todas las canciones de moda.

Se tocó la nariz con el dedo e inclinó la cabeza hacia un lado. Mick había crecido tanto durante el último año que pronto sería más alta que él. Iba vestida con el jersey rojo y la falda azul plisada que se había puesto todos los días desde el comienzo de las clases. Ahora los pliegues habían desaparecido y el dobladillo le colgaba flácido sobre sus huesudas rodillas. Estaba en aquella edad en que lo mismo parecía un muchacho muy crecido que una chica. Y con relación a esto, ¿por qué ese detalle pasaba inadvertido hasta a las personas más inteligentes? Por propia naturaleza, todas las personas tienen los dos sexos. De modo que el matrimonio y la cama no lo son todo en absoluto. ¿La prueba? La juventud y la vejez. Porque con frecuencia las voces de los ancianos se tornan agudas y chillonas, y ellos andan con pasitos cortos. Y las viejas a veces engordan y sus voces se vuelven ásperas y graves y les crecen oscuros bigotitos. Sentía incluso

la prueba en sí mismo: a veces una parte de sí mismo deseaba ser madre y que Mick y Baby fueran sus hijas. Bruscamente, Biff se apartó de la registradora.

Los periódicos estaban todos revueltos. Durante dos semanas no había archivado ninguno. Levantó un montón de ellos de debajo del mostrador. Con ojo experto, recorrió la página desde los titulares hasta el pie. Al día siguiente revisaría todas aquellas pilas que tenía almacenadas en la habitación trasera y procuraría cambiar el sistema de archivo. Construiría estanterías y usaría como cajones aquellas sólidas cajas en que llegan las mercancías envasadas. Cronológicamente, desde el 27 de octubre de 1918 hasta la fecha. Con carpetas en las que figuraran anotados los acontecimientos históricos relevantes. Tres señalizaciones diferentes: una para lo internacional, empezando desde el Armisticio hasta el día siguiente de Munich; la segunda, lo nacional; y la tercera, todos los hechos locales desde la época en que el mayor Lester disparó contra su mujer en el club de campo hasta el incendio de la fábrica Hudson. Todo lo sucedido en los últimos veinte años, reseñado, rotulado y completo. Biff sonrió silenciosamente a través de su mano mientras se frotaba la mandíbula. Y pensar que Alice había querido que quitara de allí sus periódicos para poder convertir la habitación en un lavabo de señoras. Mucho le había machacado ella para que lo hiciera, pero por una vez él ganó la batalla. Por esa única vez.

Con tranquilo ensimismamiento, Biff iba clasificando los detalles de los periódicos que tenía ante sí. Leía sin parar y con concentración, pero, por costumbre, una parte de él permanecía alerta a todo lo que le rodeaba. Jake Blount seguía hablando y con frecuencia golpeaba la mesa con el puño. El mudo bebía cerveza. Mick daba vueltas incesantemente en torno de la radio y miraba con fijeza a los clientes. Biff leía palabra por palabra el primer ejemplar de periódico y hacía anotaciones en los márgenes.

Luego, de repente, levantó la cabeza con expresión sorprendida. Su boca se había comenzado a abrir para un bostezo, y el hombre la cerró de golpe. La radio había iniciado una vieja canción de la época en que él y Alice estaban prometidos. *Sólo una oración infantil en el crepúsculo*. Un domingo, la pareja había tomado un tranvía hasta el lago de la Vieja Sardes y él alquiló un bote. A la puesta del sol, Biff tocaba la mandolina mientras ella cantaba. Alice llevaba un sombrero de marinero, y cuando él le rodeó la cintura con el brazo, ella... Alice...

De nada servía recrear viejos sentimientos. Biff dobló los periódicos y los volvió a colocar bajo el mostrador. Descansó el peso de su cuerpo sobre un pie y

luego sobre el otro. Finalmente llamó a Mick a través de la habitación.

—¿No estás escuchando, verdad?

Mick apagó la radio.

—No. No hacen nada esta noche.

Tenía que apartar todo aquello de su mente, y concentrarse en otra cosa. Se apoyó en el mostrador y fue observando a los clientes uno tras otro. Finalmente, su atención se centró en el mudo que estaba en la mesa del medio. Vio que Mick se iba acercando a él poco a poco y que, siguiendo su invitación, se sentaba a la mesa. Singer señaló algo en el menú, y la camarera le trajo una coca-cola a la muchacha. Sólo a un tipo estafalario como un sordomudo, alguien aislado de los demás, se le ocurriría pedirle a una jovencita que se sentara a una mesa donde dos hombres estaban bebiendo. Blount y Mick fijaron su mirada en Singer. Hablaron y la expresión del mudo cambió mientras los observaba. Era divertido. Pero el motivo... ¿estaba en ellos o en él? Singer estaba sentado muy quieto con las manos en los bolsillos, y como no hablaba eso le hacía parecer superior. ¿Qué sentía y comprendía en realidad aquel individuo? ¿Qué era lo que sabía?

Dos veces durante la noche, Biff tuvo intención de dirigirse a la mesa del centro, pero cada vez se contuvo. Después de que se hubieran marchado, él seguía preguntándose qué había en aquel mudo..., y a primera hora del alba, cuando yacía en su cama, seguía dando vueltas a las preguntas y posibles soluciones en su mente, sin obtener ninguna satisfacción. Cada vez estaba más perplejo. Había algo en el fondo de su mente que le producía desasosiego. Algo no funcionaba como era debido.

3

Muchas veces habló el doctor Copeland con Mister Singer. Realmente, el mudo no era como los demás blancos. Era un hombre sabio, y comprendía, de un modo del que no eran capaces los demás blancos, los firmes y verdaderos propósitos. Escuchaba y en su cara se reflejaba algo afable y judío, el conocimiento de alguien que pertenece a una raza oprimida. En una ocasión, el doctor llevó a Mister Singer con él en sus visitas. Le condujo a través de fríos y estrechos callejones que olían a suciedad y a enfermedad y a grasa frita. Le mostró un desgraciado injerto de piel efectuado en la cara de una mujer que había sufrido graves quemaduras. Visitó a un niño sifilítico y señaló a Mister Singer la erupción con escamas que tenía el pequeño en las palmas de sus manos, así como la apagada, opaca superficie del ojo, y la inclinación de sus incisivos superiores. Visitaron chozas de dos habitaciones que daban cobijo a doce o catorce personas. En un cuarto donde ardía un débil fuego anaranjado en el hogar se sintieron impotentes ante un anciano que se ahogaba de neumonía. Mister Singer caminaba tras él y observaba y comprendía. Daba monedas a los niños, y a causa de su silencio y decoro no molestaba a los pacientes como hubiera hecho otro visitante.

Los días se presentaban fríos y traicioneros. En la ciudad había un brote de gripe, por lo que el doctor Copeland estaba ocupado la mayor parte del día y de la noche. El doctor conducía por los barrios negros de la ciudad su automóvil Dodge que venía usando desde hacía nueve años. Mantenía cerradas las cortinillas de mica del viejo automóvil para protegerse de las corrientes, y llevaba una apretada bufanda de lana gris alrededor del cuello. Durante esta época no veía a Portia o William o Highboy, pero a menudo pensaba en ellos. En una ocasión, estando él fuera, había venido Portia a verle, y le dejó una nota, además de tomarle prestado medio saco de harina.

Llegó una noche en que estaba tan exhausto que, aunque le quedaban visitas por hacer, se bebió un vaso de leche caliente y se fue a dormir. Tenía escalofríos y algo de fiebre, de modo que al principio no lograba descansar. Luego tuvo la impresión de que apenas había iniciado el sueño cuando una voz le despertó. Se levantó cansadamente y, todavía con su largo camisón de franela, abrió la puerta. Era Portia.

—El señor Jesús nos ayude, padre —exclamó.

El doctor Copeland permaneció allí tiritando apretándose el camisón contra la cintura. Se llevó una mano a la garganta y la miró.

—Se trata de nuestro Willie. Se ha portado mal y se ha metido en problemas. Tenemos que hacer algo.

El doctor Copeland se dirigió con pasos rígidos a su dormitorio en busca de la bata, la bufanda y las zapatillas. Luego fue a la cocina. Portia le estaba esperando allí. La pieza estaba fría y sin vida.

—De acuerdo. ¿Qué ha hecho? ¿De qué se trata?

—Espera un momento. Deja que ponga en orden mis pensamientos para que pueda estudiarlo y contártelo todo.

El médico estrujó algunas hojas de periódico que yacían en la chimenea y recogió algunas astillas.

—Deja que yo encienda el fuego —dijo Portia—. Tú siéntate a la mesa y en cuanto la estufa esté caliente tomaremos una taza de café. Entonces quizá todo no parezca tan malo.

—No queda café. Gasté el último ayer.

Al decir esto, Portia comenzó a llorar. Con furia metió el papel y la leña en la estufa y lo encendió todo con mano temblorosa.

—Esto es lo que pasó —dijo—. Willie y Highboy fueron esta noche a un lugar en el que no tenían nada que hacer. Tú ya sabes que yo siempre pienso que debo mantener a Willie y a Highboy a mi lado, ¿no? Bueno, si hubiera estado allí nada de esto habría pasado. Pero yo estaba en la Reunión de Damas en la iglesia y ellos estaban inquietos. Se fueron al Palacio del Dulce Placer de Madame Reba. Y, padre, éste es sin duda un lugar malo, perverso. Tienen un hombre que vende los billetes..., pero tienen también a esas chicas negras que se contonean y mueven el trasero, y esas cortinas de satén rojo, y...

—Hija —exclamó el doctor Copeland con irritación. Se apretó los costados de la cabeza con las manos—. Ya conozco el sitio. Ve al grano.

—Love Jones estaba allí... y es una negra muy mala. Willie bebió y estuvo bailoteando con ella hasta que acabó metiéndose en una pelea. Con ese tipo llamado Junebug... por Love. Al principio luchaban con los puños, pero luego Junebug sacó su navaja. Nuestro Willie no tenía navaja, así que empezó a bramar y a correr por el local. Luego, finalmente, Highboy le encontró a Willie una navaja, y Willie volvió y casi le cortó a Junebug la cabeza.

El doctor Copeland se apretó la bufanda en el cuello.

—¿Está muerto?

—Ese tipo es demasiado malo para morir. Está en el hospital, pero pronto va a salir y armar líos otra vez.

—¿Y William?

—Vino la policía y se lo llevó a la cárcel, a la Black María. Todavía está allí.

—¿Y William fue herido?

—Oh, recibió un puñetazo en un ojo y un pequeño corte detrás de la cabeza. Pero no tiene importancia. Lo que no puedo entender es cómo anduvo tonteando con esa Love. Es al menos diez veces más negra que yo, y es la mujer más fea que he visto. Camina como si sujetara un huevo entre las piernas y no quisiera romperlo. Ni siquiera es limpia. Y ese Willie va y pierde la chaveta por ella.

El doctor Copeland se inclinó para acercarse a la estufa y lanzó un gemido. Tosió y su cara se puso rígida. Se llevó al pañuelo de papel a la boca, y lo sacó salpicado de sangre. Su negro cutis tomó una palidez verdosa.

—Naturalmente, Highboy vino a contarme en seguida lo que había pasado. Entiéndelo, mi Highboy no tenía nada que ver con aquellas malas chicas. Él sólo estaba haciendo compañía a Willie. Está tan apenado por Willie que desde entonces lleva sentado en el bordillo de la calle frente a la cárcel —lágrimas con reflejos del fuego rodaron por la cara de Portia—. Ya sabes cómo hemos sido siempre nosotros tres. Tenemos nuestro propio plan, y hasta ahora nos había ido bien. Ni siquiera el dinero nos ha preocupado nunca. Highboy paga el alquiler, y yo compro la comida... y Willie se encarga de los sábados por la noche. Hemos sido siempre como tres mellizos.

Finalmente, se hacía de día. Los silbatos de las hilanderías llamaban para el primer turno. El sol salió e iluminó las limpias cacerolas que colgaban de la pared sobre la estufa. Permanecieron sentados largo rato. Portia se tiraba de los pendientes de sus orejas hasta que los lóbulos se le irritaron y se volvieron de un rojo púrpura. El doctor Copeland seguía sosteniéndose la cabeza con las manos.

—Me parece a mí —dijo Portia finalmente— que si consiguiéramos que muchos hombres blancos escribieran cartas sobre Willie, nos podría ayudar un poco. Ya he ido a ver a Mister Brannon. Escribió exactamente lo que le dije. Estaba en su café, después de todo lo que ha pasado, como cada noche. Así que fui allí y le expliqué de qué se trataba. Me llevé la carta a casa. La metí en la Biblia para que no se pierda ni se ensucie.

—¿Qué decía la carta?

—Mister Brannon escribió lo que le pedí. La carta habla de cómo Willie

trabajó para Mister Brannon durante tres años. Dice que Willie es un muchacho de color muy bueno y honrado y que nunca se había metido en líos. Dice que siempre ha tenido oportunidades de coger muchas cosas del café, si fuera como los demás muchachos de color, y que...

—¡Bah! —interrumpió el doctor Copeland—. Todo eso no sirve de nada.

—No podemos quedarnos sentados y esperar. Con Willie encerrado en la cárcel. Mi Willie, que siempre es un chico tan dulce, aunque esta noche no se portara bien. No podemos simplemente sentarnos y esperar.

—Pues tendremos que hacerlo. Es lo único que podemos hacer.

—Bueno, pues yo sé que no lo haré.

Portia se levantó de la silla. Sus ojos se pasearon distraídamente por la habitación como si estuviera buscando algo. Luego, bruscamente, se dirigió a la puerta.

—Espera un momento —dijo el doctor Copeland—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Tengo que ir al trabajo. He de conservar mi empleo. He de seguir con la señora Kelly y cobrar mi paga cada semana.

—Quiero ir a la cárcel —dijo el doctor Copeland—. Quizá pueda ver a William.

—Yo voy a pasar por la cárcel, camino de mi trabajo. Y voy a hacer que Highboy se vaya a trabajar también. De lo contrario es capaz de quedarse allí sentado lamentándose por Willie toda la mañana.

El doctor Copeland se vistió apresuradamente y acompañó a Portia al vestíbulo. Ambos salieron a la fría y azul mañana otoñal. Los hombres de la cárcel no estuvieron demasiado amables con ellos, y fue muy poco lo que pudieron averiguar. El doctor Copeland acudió más tarde a consultar a un abogado con el que había tenido tratos anteriormente. Los días que siguieron fueron largos y llenos de preocupación. Al cabo de tres mañanas se celebró el juicio de William, y fue condenado por ataque con arma mortal. Fue sentenciado a nueve meses de trabajos forzados y enviado inmediatamente a una prisión de la parte norte del estado.

Aun ahora, el médico seguía alimentando el firme propósito que siempre le moviera, pero no tenía tiempo de pensar en ello. Iba de una casa a otra, y el trabajo era interminable. Salía muy temprano en su automóvil, y más tarde, a las once, los pacientes iban a su despacho. El caliente y viciado olor de la casa, después del frío aire otoñal, le hacía toser. Los bancos del vestíbulo estaban

siempre llenos de enfermos y pacientes negros que le aguardaban, y en ocasiones había gente incluso en el porche y en su dormitorio. Tenía trabajo durante todo el día, y con frecuencia la mitad de la noche. Pero a causa de su cansancio, lo que él hubiera querido hacer a veces era echarse al suelo y golpearlo con los puños y llorar. Si pudiera descansar un poco, se pondría mejor. Tenía tuberculosis pulmonar, y se tomaba la temperatura cuatro veces al día y se hacía mirar por rayos X una vez al mes. Pero no podía descansar, porque albergaba en su interior algo más grande que el cansancio: y era su firme propósito.

Pensaba constantemente en este propósito hasta que a veces, después de un largo día y una noche de trabajo, se formaba un vacío en su cabeza de tal modo que se olvidaba por un instante de cuál era su propósito. Y luego lo recordaba de nuevo y se sentía inquieto y ansioso de empezar una nueva tarea. Pero las palabras con frecuencia no le salían de la garganta, y su voz se tornaba ronca y no fuerte y clara, como siempre había sido. Empujaba las palabras para que salieran y poder lanzárselas a los enfermos y pacientes negros que eran su gente.

A menudo hablaba con Mister Singer. Hablaba con él de química y del enigma del universo. Del espermatozoide y del desdoblamiento del huevo maduro. De la compleja división millonésima de las células. Del misterio de la materia viviente y de la simplicidad de la muerte. Y también hablaba con él de las razas.

—Mi pueblo fue traído de las grandes llanuras, y de las oscuras y verdes junglas —dijo en una ocasión a Mister Singer—. En los largos y encadenados viajes a la costa morían a millares. Sólo los fuertes sobrevivían. Encadenados a los sucios barcos que les traían aquí, seguían muriendo. Sólo los negros duros eran capaces de vivir. Golpeados y encadenados y vendidos en la subasta, también perecían algunos de los más fuertes. Y finalmente a través de los años de amargura, los más fuertes de mi gente están todavía aquí. Sus hijos e hijas, sus nietos y bisnietos.

—Vengo a pedir algo prestado y a pedirte un favor —dijo Portia.

El doctor Copeland se hallaba solo en su cocina cuando ella cruzó el vestíbulo y se quedó de pie en el marco de la puerta para decirle esto. Habían transcurrido dos semanas desde que se llevaron a Willie. Portia había cambiado. Ya no llevaba el pelo aceitoso y peinado como de costumbre, y tenía los ojos inyectados en sangre como si hubiera tomado una bebida fuerte. Sus mejillas

estaban hundidas, y con su afligida cara color de miel se parecía realmente a su madre.

—¿Sabes aquellos bonitos platos blancos y copas que tienes?

—Puedes cogerlos y quedártelos.

—No, sólo quiero que me los prestes. Y también he venido a pedirte un favor.

—Lo que quieras —dijo el doctor Copeland.

Portia se sentó a la mesa enfrente de su padre.

—Primero, supongo que será mejor que te lo explique. Ayer recibí un mensaje del abuelo diciendo que vendrán mañana a pasar la noche y parte del domingo con nosotros. Naturalmente, están muy preocupados por Willie, y el abuelo cree que debemos reunirnos todos. Tiene razón. Yo desde luego quiero ver a nuestros parientes. He tenido mucha morriña desde que William se fue.

—Puedes coger los platos y todo lo que quieras de lo que encuentres por aquí —dijo el doctor Copeland—. Pero levanta los hombros, hija. No tienes muy buen aspecto.

—Va a ser una verdadera reunión. Ya sabes que ésta es la primera vez que el abuelo pasa la noche en la ciudad desde hace veinte años. En toda su vida no ha dormido fuera de casa más que dos veces. Y de todos modos se pone muy nervioso durante la noche. No para de levantarse y beber agua y asegurarse de que los niños estén tapados y todo va bien. Me preocupa un poco que el abuelo se sienta cómodo aquí.

—Cualquier cosa mía que pienses que puedas necesitar...

—Naturalmente, les trae *Lee Jackson* —continuó Portia—. Y con ella, van a necesitar todo el día para llegar aquí. No los espero hasta la hora de cenar. Por supuesto, el abuelo es tan paciente con *Lee Jackson* que por nada del mundo la haría correr.

—¡Dios mío! ¿Aún está viva esa vieja mula? Debe de tener al menos dieciocho años.

—Es más vieja. Lleva trabajando con el abuelo veinte años. Dice que hace tanto tiempo que tiene a esa mula que es como si *Lee Jackson* fuera de la familia. Comprende y quiere a *Lee Jackson* como a sus propios nietos. Nunca he visto a un ser humano que sepa tan bien lo que piensa un animal como el abuelo. Siente cariño por todo lo que camina y come.

—Veinte años es mucho tiempo para hacer trabajar a una mula.

—Sin duda. Ahora, *Lee Jackson* se está debilitando. Pero el abuelo la cuida. Cuando van a arar al sol, *Lee Jackson* lleva un gran sombrero de paja en la

cabeza como el abuelo..., con agujeros para las orejas. Verla con ese sombrero da mucha risa, pero *Lee Jackson* no da ni un paso cuando va a arar si no lleva el sombrero en la cabeza.

El doctor Copeland bajó los platos blancos de porcelana de la estantería y empezó a envolverlos en papel de periódico.

—¿Tienes bastantes cacerolas y sartenes para cocinar toda la comida que necesitaréis?

—Suficientes —repuso Portia—. No me voy a preocupar demasiado. El abuelo es muy precavido... y siempre lleva consigo alguna cosa cuando la familia viene a cenar. Tan sólo voy a tener harina, col y dos libras de pescado.

—Buena idea.

Portia se retorció sus nerviosos y amarillentos dedos.

—Hay algo que aún no te he dicho. Una sorpresa. Bubby va a venir, y también Hamilton. Bubby acaba de volver de Mobile. Ahora ayuda en la granja.

—Hará cinco años desde la última vez que vi a Karl Marx.

—Y ése es justamente el motivo por el que vine a pedirte un favor —dijo Portia—. Recordarás que cuando crucé la puerta te dije que venía a pedir algo prestado y un favor.

El doctor Copeland hizo crujir las articulaciones de sus dedos.

—Sí.

—Bien, pues vine a ver si puedo conseguir que vengas mañana a la reunión. Todos tus hijos, menos Willie, van a estar allí. Me parece a mí que deberías acompañarnos. Yo me alegraría mucho, si vinieras.

Hamilton y Karl Marx y Portia... y William. El doctor Copeland se quitó las gafas y se apretó los párpados con los dedos. Durante un instante vio a los cuatro muy claramente tal como eran mucho tiempo atrás. Luego levantó la mirada y se colocó nuevamente las gafas sobre la nariz.

—Gracias —dijo—. Iré.

Aquella noche se quedó sentado junto a la estufa y recordó. Recordó la época de su infancia. Su madre había nacido esclava, y después de la libertad fue lavandera. Su padre era un predicador que en una ocasión había conocido a John Brown. Ellos le habían educado, y de los tres o cuatro dólares que ganaban cada semana habían conseguido hacer algunos ahorros. Cuando tenía diecisiete años lo mandaron al Norte con ochenta dólares escondidos en el zapato. Había trabajado en una herrería, así como de camarero y de botones en un hotel. Y durante todo el tiempo no dejó de estudiar y de leer y fue a la escuela. Su padre murió y su madre

no vivió mucho tiempo sin él. Y al cabo de diez años de esfuerzos consiguió el título de médico y supo cuál era su misión y regresó al Sur.

Se casó y formó un hogar. Iba interminablemente de casa en casa y hablaba de la misión y de la verdad. El sufrimiento sin esperanza de su pueblo le enfurecía, provocándole un salvaje deseo de destrucción. A veces bebía un licor fuerte y se daba golpes en el suelo con la cabeza. En su corazón anidaba una violencia salvaje, y una vez agarró el atizador de la chimenea y golpeó con él a su mujer. Ésta tomó a Hamilton, Karl Marx, William y Portia y se marchó a casa de su padre. Él luchó consigo mismo y logró vencer aquella perversa negrura. Pero Daisy no quiso regresar. Y, ocho años más tarde, cuando ella murió, sus hijos ya no eran unos niños y tampoco quisieron regresar. Se quedó pues solo y abandonado, en una casa vacía.

Puntualmente a las cinco de la tarde siguiente, llegó a la casa en que vivían Portia y Highboy. La pareja residía en la parte de la ciudad llamada Sugar Bill, y la casa era una estrecha choza con un porche y dos habitaciones. De su interior brotaba un murmullo de voces entremezcladas. El doctor Copeland se acercó muy envarado y se quedó en el marco de la puerta sosteniendo su raído sombrero de fieltro en la mano.

La habitación estaba atestada, y al principio nadie se dio cuenta de su presencia. Él buscaba la cara de Karl Marx y de Hamilton. Además de ellos estaban el abuelo y dos pequeños que se encontraban sentados juntos en el suelo. Estaba mirando todavía la cara de sus hijos cuando Portia lo descubrió en la puerta.

—Aquí está papá —dijo la joven.

Las voces se detuvieron. El abuelo se dio la vuelta en su silla. Estaba delgado y encorvado, y lleno de arrugas. Llevaba el mismo traje negro verdoso que se pusiera treinta años antes en la boda de su hija. Le cruzaba el chaleco una cadena de reloj de deslustrado latón. Karl Marx y Hamilton se miraron mutuamente, luego dirigieron sus ojos al suelo y finalmente a su padre.

—Benedict Mady... —dijo el viejo—. Hace tanto tiempo... Tantísimo tiempo...

—¡Es cierto! —exclamó Portia—. Ésta es la primera vez que nos reunimos en muchos años. Highboy, trae una silla de la cocina. Padre, aquí están Bubby y Hamilton.

El doctor Copeland estrechó la mano de sus hijos. Ambos eran altos y fuertes y desgarrados. En contraste con su camisa y mono azul, su piel mostraba la misma recia tonalidad castaña que la de Portia. No se atrevían a mirarle a los ojos, y en su cara no se reflejaba amor ni odio.

—Es una lástima que no haya podido venir todo el mundo: Tía Sara y Jim y los demás —dijo Highboy—. Pero es un placer para nosotros.

—La carreta demasiado llena... —dijo uno de los niños—. Nosotros tuvimos que andar mucho rato, porque la carreta estaba demasiado llena.

El abuelo escarbó en su oreja con un fósforo.

—Alguien tenía que quedarse en casa.

Nerviosamente, Portia se pasó la lengua por sus oscuros y delgados labios.

—No dejo de pensar en nuestro Willie. Siempre ha sido estupendo para toda clase de fiestas y follones. No puedo apartarme de la cabeza a Willie.

Un sordo murmullo de aprobación recorrió la habitación. El viejo se recostó en su silla y balanceó la cabeza adelante y atrás.

—Portia, cariño, ¿qué te parece si nos lees un poquito? Sin duda, la palabra de Dios significa mucho en época de infortunio.

Portia tomó la Biblia que reposaba sobre la mesa en el centro de la habitación.

—¿Qué parte te gustaría oír, abuelo?

—Todo es el libro del Señor. Allí donde se posen tus ojos servirá.

Portia leyó un fragmento del Evangelio de Lucas. Leía lentamente, siguiendo las palabras con su largo y flácido dedo. La habitación estaba en silencio. El doctor Copeland se encontraba sentado en la parte trasera del grupo, haciendo crujir sus nudillos, mientras sus ojos vagaban de un lugar a otro. La pieza era muy pequeña, mal ventilada, y la atmósfera estaba cargada. Las cuatro paredes estaban atestadas de calendarios y de toscos anuncios procedentes de revistas. Sobre la repisa de la chimenea descansaba un jarrón de rosas de papel rojas. El fuego ardía lentamente en el hogar, y la luz oscilante del quinqué provocaba sombras en la pared. Portia leía a un ritmo tan lento que las palabras causaban un efecto soporífero en el doctor Copeland. Karl Marx yacía en el suelo junto a los niños. Hamilton y Highboy dormitaban. Sólo el viejo parecía estar atento al significado de las palabras.

Portia terminó el capítulo y cerró el libro.

—He reflexionado sobre esto muchas veces —dijo el abuelo.

Todos los presentes emergieron de su somnolencia.

—¿Sobre qué? —preguntó Portia.

—Sobre esto. ¿Recordáis aquella parte en que Jesús resucita a los muertos y cura a los enfermos?

—Claro que sí, señor —repuso Highboy con deferencia.

Muchas veces, mientras estaba arando o trabajando —prosiguió lentamente el abuelo—, he pensado y razonado sobre la época en que Jesús va a descender nuevamente a la tierra. Porque siempre lo he deseado tanto que me parece a mí que va a ser mientras yo estoy aún vivo. Lo he estudiado muchas veces. Y así es como lo tengo pensado. Me imagino que voy a estar de pie ante Jesús con todos mis hijos y nietos y bisnietos y parientes y amigos. Le diré: “Jesucristo, todos nosotros somos pobres personas de color”. Y entonces Él pondrá su santa mano sobre nuestra cabeza, e inmediatamente todos nos volveremos blancos como el algodón. Ésa es la idea que ha albergado mi corazón muchas, muchas veces.

El silencio reinó en la habitación. El doctor Copeland se tiró de los puños de las mangas y se aclaró la garganta. Su pulso era demasiado rápido, y sentía un nudo en la garganta. Sentado en aquel rincón de la habitación, se sentía aislado, irritado y solo.

—¿Ha recibido alguno de vosotros una señal de los cielos? —preguntó el abuelo.

—Yo, señor —dijo Highboy—. Una vez cuando estaba enfermo de neumonía vi la cara de Dios mirándome desde la chimenea. Era una gran cara de hombre blanco con barba blanca y ojos azules.

—Yo he visto un fantasma —dijo uno de los niños..., la pequeña.

—Yo, en una ocasión, vi... —empezó a decir el otro.

El abuelo levantó la mano.

—Vosotros, niños, callaos. Tú, Celia, y tú, Whitman, es el momento de escuchar, pero no de hablar. Sólo una vez he tenido una verdadera señal. Y así es como se produjo. Fue en el verano pasado, y hacía mucho calor. Yo estaba tratando de arrancar las raíces de aquel gran tocón de roble que hay cerca de la pocilga y al agacharme sentí un gran dolor en la región lumbar. Me enderecé, y entonces todo a mi alrededor se oscureció. Me estaba apretando la espalda con la mano y mirando al cielo cuando de repente vi un angelito. Era como una niña angelical blanca..., me dio la impresión que era del tamaño de un guisante, con el cabello amarillo y una túnica blanca. Se encontraba volando cerca del sol. Después de aquello, volví a casa y me puse a rezar. Estuve estudiando la Biblia durante tres días antes de volver otra vez al campo.

El doctor Copeland sintió que brotaba en su interior la vieja y perversa furia, las palabras se agolpaban en su garganta, y no podía pronunciarlas. Los demás seguían escuchando al viejo. Pero a las palabras de la razón no les prestarían atención. Son mi gente, procuró decirse a sí mismo..., pero este pensamiento no le ayudaba mucho. Se quedó sentado, tenso y hosco.

—Es extraño —dijo el abuelo de pronto—. Benedict Mady, tú eres un estupendo médico. ¿Cómo es que sufro dolores en la región lumbar cuando llevo un buen rato cavando y plantando? ¿Por qué sufro eso?

—¿Qué edad tiene usted?

—Más o menos entre los setenta y los ochenta.

Al viejo le encantaban la medicina y las curas. Cuando venía con su familia a ver a Daisy siempre se hacía examinar y volvía a casa con medicinas y ungüentos para todo el grupo. Pero cuando Daisy le abandonó, el viejo ya no volvió a verlo y tuvo que contentarse con purgas y las píldoras para los riñones que anunciaban en los periódicos. Ahora, el viejo le miraba con tímida ansiedad.

—Beba mucha agua —dijo el doctor Copeland—. Y descanse todo lo que pueda.

Portia se fue a la cocina a preparar la cena. Agradables aromas empezaron a invadir la habitación. En ésta se estaba produciendo una tranquila y frívola charla, pero el doctor Copeland no participaba en ella ni tampoco escuchaba. De vez en cuando miraba a Karl Marx o a Hamilton. Karl Marx hablaba de Joe Louis. Hamilton hablaba sobre todo del granizo que había echado a perder algunas cosechas. Cuando se daban cuenta de la mirada de su padre, sonreían y arrastraban los pies por el suelo. Él no dejaba de mirarles con furiosa tristeza.

El doctor Copeland apretó los dientes con dureza. Había pensado tanto en Hamilton y Karl Marx y William y Portia, sobre el firme propósito que había tenido respecto de ellos, que la sola visión de su cara le provocaba una amarga sensación. Si por una vez pudiera contárselo todo, desde el lejanísimo comienzo hasta aquella misma noche...; contárselo aliviaría el profundo dolor que sentía en su corazón. Pero no le escucharían ni comprenderían.

Se endureció de tal modo que todos los músculos de su cuerpo se pusieron rígidos y tensos. No escuchaba ni veía nada de lo que le rodeaba. Estaba sentado en un rincón como un hombre que estuviera ciego y sordo. Pronto fueron todos a la mesa a cenar, y el viejo dio las gracias por la comida. Pero el doctor Copeland no comió. Cuando Highboy trajo una botella de ginebra, y todos rieron y la fueron pasando de boca en boca, también la rehusó. Permanecía sentado en un rígido

silencio, y finalmente cogió su sombrero y se marchó de la casa sin despedirse. Si no podía hablar para decir la verdad, tampoco pronunciaría ninguna otra palabra.

Pasó toda la noche despierto y en tensión. El día siguiente era domingo. Hizo media docena de visitas, y a media mañana se dirigió a casa de Mister Singer. La visita contribuyó a disipar la sensación de soledad que le atormentaba, de manera que cuando se despidió se sentía en paz consigo mismo una vez más.

No obstante, antes de traspasar los límites de la casa, la paz había vuelto a abandonarle. Ocurrió un accidente. Al empezar a bajar por la escalera vio a un blanco que llevaba una gran bolsa de papel, y se apretó contra la barandilla para que pudieran pasar los dos. Pero el hombre blanco iba subiendo por los escalones de dos en dos, sin mirar, y chocaron con tanta fuerza que el doctor Copeland quedó mareado y sin aliento.

—¡Cristo! No le había visto.

El doctor Copeland le miró con fijeza, pero no respondió. Había visto a aquel hombre en otra ocasión. Recordaba aquel cuerpo de aspecto brutal y las enormes y torpes manos. Entonces, con repentino interés clínico observó la cara del hombre blanco, porque en sus ojos descubrió una extraña, fija e introvertida expresión de locura.

—Lo siento —dijo el blanco.

El doctor Copeland apoyó su mano en la barandilla y prosiguió su descenso.

4

—¿Quién era ése? —preguntó Jake Blount—. ¿Quién era el negro alto y delgado que acaba de salir de aquí?

La pequeña habitación estaba muy limpia. El sol iluminaba un tazón lleno de uvas color púrpura sobre la mesa. Singer estaba sentado con la silla echada para atrás y las manos en los bolsillos, mirando por la ventana.

—Tropecé con él en la escalera, y me echó una mirada..., vaya, nunca nadie me había mirado de una manera tan obscena —Jake dejó la bolsa de cervezas sobre la mesa. Se dio cuenta con sorpresa de que Singer no sabía que él se encontraba en la habitación. Se dirigió a la ventana y tocó a Singer en el hombro—. No tropecé a propósito con él. No tenía ninguna razón para comportarse así.

Jake se estremeció. Aunque el sol brillaba con fuerza, hacía frío en la habitación. Singer levantó el dedo índice y se encaminó al vestíbulo. Al regresar traía consigo un cubo de carbón y unas cuantas astillas. Jake le observó mientras se arrodillaba ante el hogar. Limpíamente rompió las astillas sobre su rodilla y las dispuso ordenadamente sobre la base de papel. Distribuyó luego el carbón siguiendo un sistema. Al principio el fuego no tiró. Las llamas se elevaban temblorosas y fueron sofocadas por una negra voluta de humo. Singer cubrió entonces la parrilla con una doble hoja de periódico. La corriente que se formó reavivó el fuego. El papel comenzó a arder y fue absorbido hacia dentro. Se oyó como un rugido en la habitación y una crepitante llama color naranja ardió en la chimenea.

La primera cerveza de la mañana tenía un agradable sabor suave. Jake ingirió la suya rápidamente y se secó la boca con el dorso de la mano.

—Hace mucho tiempo conocí a una señora. Usted en cierto modo me la recuerda. Miss Clara. Tenía una pequeña granja en Texas. Y hacía almendras garapiñadas para vender en las ciudades. Era alta, corpulenta y de buena apariencia. Usaba uno de esos jerseys largos y holgados, pesados zapatones y sombrero masculino. Cuando la conocí, su marido había muerto. Pero a lo que voy es a esto: de no haber sido por ella, quizá nunca hubiera conocido la verdad. Tal vez habría pasado por la vida como esos otros millones de personas que no saben. Hubiera sido solo un predicador o un peón o un vendedor. Podría haber

desperdiciado toda mi vida —Jake sacudió la cabeza con perplejidad—. Para comprender, tiene usted que saber cómo me había ido antes. Mire, yo vivía en Gastonia cuando era joven. Era un chicuelo de rodillas magulladas, demasiado pequeño para trabajar en la hilandería. Trabajaba recogiendo los bolos en una bolera, y mi única paga era la comida. Entonces me enteré de que, no lejos de allí, un chico listo y rápido podía ganar treinta centavos al día enhebrando tabaco. Tenía entonces sólo diez años. Y dejé a mi familia. No les escribí. Ellos se alegraron de que me hubiera ido. Quizá usted lo comprenda. Y además, nadie sabía leer excepto mi hermana —hizo un gesto con su mano en el aire como si se estuviera apartando algo de la cara—. Pero lo que quiero decir es esto: en lo primero que creí fue en Jesús. Había un individuo que trabajaba en el mismo almacén que yo. Tenía un tabernáculo y predicaba todas las noches. Yo iba a escucharle, y pronto se despertó en mí la fe. No hacía más que pensar en Jesús durante todo el día. En mi tiempo libre estudiaba la Biblia y oraba. Entonces una noche cogí mi martillo y puse mi mano sobre la mesa. Estaba furioso y me atravesé completamente la mano con el clavo. Tenía la mano clavada a la mesa, y la miraba y los dedos temblaban y se habían vuelto azules —Jake levantó la mano y señaló en su centro la blanca y recortada cicatriz—. Quería ser evangelista. Me refiero a viajar por todo el país predicando y celebrando asambleas. Mientras, me trasladaba de un lugar a otro, y cuando tenía casi veinte años, me fui a Texas. Trabajé en una plantación de pacanas cerca de donde vivía Miss Clara. Llegué a conocerla, y por la noche a veces iba a su casa. Ella me hablaba. Compréndalo, no empecé a conocer la verdad inmediatamente. No sucede así con ninguno de nosotros. Fue poco a poco. Empecé a leer. Trabajaba sólo para poder ahorrar un poco de dinero, el suficiente para dejar de trabajar un tiempo y dedicarme a estudiar. Era como nacer por segunda vez. Sólo nosotros, los que sabemos, podemos comprender lo que esto significa. Hemos abierto los ojos y hemos visto. Éramos como gente procedente de algún lugar lejano —Singer asintió con la cabeza. En la habitación se respiraba un comfortable ambiente hogareño. Singer trajo de la alacena la caja de hojalata en la que guardaba galletas, fruta y queso. Seleccionó una naranja y la peló cuidadosamente. Le arrancó luego fragmentos de médula hasta que la fruta quedó transparente al sol. Dividió la naranja y repartió los gajos equitativamente. Jake se comió dos gajos a la vez, escupiendo con gran ruido las semillas al fuego. Singer se comió su ración lentamente, depositando las semillas limpiamente en la palma de la mano. Luego abrieron dos cervezas más —. ¿Y cuántos de nosotros hay en este país? Quizás diez mil. Tal vez veinte mil.

Tal vez muchos más. He estado en un montón de lugares, pero nunca me he encontrado más que con unos pocos. Pero ¿qué ocurre con un hombre que sabe? Ve el mundo tal como es y mira miles de años atrás para ver cómo se produce todo. Observa la lenta aglutinación de capital y poder, y cómo ha llegado hoy a su cúspide. Ve América como una casa de locos. Ve cómo los hombres tienen que robar a sus hermanos para poder vivir. Ve cómo los niños se mueren de hambre y las mujeres trabajan sesenta horas por semana para ganarse la comida. Ve a todo ese maldito ejército de parados y los miles de millones de dólares y miles de kilómetros de tierra desperdiciada. Contempla cómo se aproxima la guerra. Contempla cómo cuando la gente sufre tanto se vuelve mala y fea, y algo muere en ella. Pero lo más importante que ve es que todo el sistema del mundo está construido sobre una mentira. Y aunque todo esto es tan evidente como el mismo sol..., los ignorantes han vivido tanto tiempo con esa mentira que ya no son capaces de verla —la roja y perlada vena de la frente de Jake se hinchaba con furia. Agarró el cubo de carbón que estaba junto al hogar y lo descargó sobre el fuego. Se le había dormido un pie, y golpeó con él tan fuertemente el suelo que éste tembló—. He recorrido este lugar. He caminado por todas partes. Les hablé. Traté de explicarles. Pero ¿qué he conseguido? ¡Dios mío! —dirigió su mirada a las llamas, y su rostro reflejó el acaloramiento producido por la cerveza y el fuego, oscureciéndose un poco. El hormigueo de su pie se extendió por toda la pierna. Contempló soñolientamente los colores del fuego, los matices verdes, azules y de ardiente amarillo—. Usted es el único —dijo como si estuviera soñando—. El único.

Ya no era un extraño. A estas alturas conocía cada calle, callejón y valla de todos los barrios bajos de la ciudad. Seguía trabajando en Sunny Dixie. En otoño, el espectáculo se trasladaba de una parcela vacía a otra aunque siempre en terrenos de la periferia de la población, de modo que al final había trazado un verdadero anillo en torno de la ciudad. Cambiaba de lugar pero el escenario era siempre el mismo: una parcela de tierra baldía bordeada por filas de destartadas cabañas, y por allí cerca, una hilandería, una desmotadora de algodón o una planta embotelladora. El público era siempre el mismo, en su mayor parte obreros de las fábricas y negros. Al anoecer las atracciones se iluminaban de brillantes colores. Los caballos de madera del tiovivo daban vueltas al son de la música mecánica. Los columpios se mecían, y la caseta donde se jugaba a arrojar monedas se hallaba siempre atestada. En dos casetas se vendían bebidas, sanguinolentas hamburguesas y algodón de azúcar.

Jake había sido contratado como mecánico, pero poco a poco el campo de sus responsabilidades se había ensanchado. Su voz ronca y chillona se destacaba por encima de la algarabía, y continuamente iba de un lugar al otro del espectáculo. Le corría el sudor por la frente, y con frecuencia tenía el bigote empapado de cerveza. El sábado su trabajo consistía en mantener el orden entre la gente. Su duro y achaparrado cuerpo empujaba a la multitud con salvaje energía. Sólo sus ojos no compartían la violencia que emanaba del resto del cuerpo. Sus anchos ojos bajo la maciza y ceñuda frente tenían una expresión de ausencia, de aturdimiento.

Llegaba a casa entre las doce y la una de la madrugada. La casa en que vivía estaba dividida en cuatro habitaciones, y el alquiler era de un dólar y medio por persona. Había un retrete en la parte trasera y un grifo en la escalera. En su habitación, las paredes y el suelo despedían un rancio olor de humedad. De la ventana colgaban unas cortinas de encaje, baratas, negras como el hollín. Guardaba su traje bueno en la maleta. Sin embargo, una farola de calle situada frente a la ventana esparcía un pálido reflejo verdoso que iluminaba débilmente el interior. Nunca encendía el quinqué que había junto a su cama a menos que quisiera leer. El acre olor del petróleo ardiendo en la fría habitación le producía náuseas.

Si se quedaba en la casa, paseaba incesantemente por el cuarto. Se sentaba en el borde de la cama sin hacer y mordisqueaba salvajemente los extremos, sucios y rotos, de sus uñas. El penetrante sabor de la mugre persistía luego en su boca. La soledad que le embargaba era tan profunda que le llenaba de terror. Generalmente disponía de una pinta de licor de destilación ilegal, que bebía con fruición, y al llegar el alba había entrado en calor, y se sentía relajado. A las cinco en punto los silbatos de las hilanderías sonaban llamando al primer turno. Aquellos silbatos producían unos ecos perdidos, misteriosos, y él no podía dormir hasta que habían sonado.

Pero generalmente no se quedaba en casa. Salía a las estrechas y vacías calles. En aquellas primeras y oscuras horas de la mañana el cielo estaba negro y las estrellas tenían un brillo duro e intenso. A veces las hilanderías estaban funcionando, y de los edificios iluminados por amarillentas luces brotaba el estrépito de las máquinas. Él se quedaba en la puerta esperando la salida de los primeros turnos. Jóvenes con jerseys y vestidos estampados salían a la oscura calle. Los hombres llevaban sus fiambreras, y algunos se dirigían al bar rodante en busca de una coca-cola o un café antes de irse a casa. Y Jake se marchaba con

ellos. En el interior de la ruidosa hilandería los hombres podían oír perfectamente las palabras que se pronunciaban, pero durante la primera hora después de salir estaban sordos.

En el bar rodante Jake se tomaba una coca-cola mezclada con whisky. Y hablaba. La invernal aurora era blanca, humeante y fría. Él miraba con ebria impaciencia las fatigadas y amarillas caras de los hombres. Con frecuencia se reían de él, y cuando esto sucedía erguía su cuerpo y hablaba despreciativamente con palabras de muchas sílabas. Apartaba el dedo meñique del vaso y se retorció altivamente el bigote. Y si seguían riéndose de él, a veces se peleaba. Blandía sus enormes puños morenos con loca violencia y sollozaba ruidosamente.

Después de aquellas mañanas regresaba a la feria con alivio. Le calmaba poder empujar a la gente. El ruido, los fétidos olores, el contacto de sus hombros con la carne humana tranquilizaba sus desquiciados nervios.

A causa de las leyes puritanas de la ciudad, el parque de atracciones tenía que cerrar los domingos. Aquél día se levantaba temprano por la mañana, y sacaba de su maleta el traje de sarga. Iba a la calle principal. Primero se dejaba caer en el café Nueva York y compraba una caja de cervezas. Luego se dirigía a la habitación de Singer. Aunque conocía a muchas personas de la ciudad por su nombre o por su cara, lo cierto es que el mudo era su único amigo. Dejaban transcurrir ociosamente el tiempo en la habitación y se bebían las cervezas. Jake hablaba, con palabras creadas en las oscuras mañanas pasadas en las calles o en la soledad de su habitación. Las palabras se formaban y eran dichas con alivio.

El fuego se había apagado. Singer estaba haciendo un solitario en la mesa. Jake se había quedado dormido; despertó de repente con un nervioso estremecimiento. Levantó la cabeza y se volvió hacia Singer.

—Sí —dijo como en respuesta a una repentina pregunta—. Algunos de nosotros somos comunistas. Pero no todos... Yo mismo no soy miembro del partido comunista. En primer lugar porque solamente conocí a uno de ellos. Puedes andar por ahí durante años y no encontrarte con comunistas. Por estos andurriales no hay ninguna oficina a donde puedas ir y decir que quieres afiliarte... Y si la hay, nunca he oído hablar de ella. Y no puedes, sin más ni más, coger el avión y marcharte a Nueva York a afiliarte. Como digo, conocía solamente a uno... Era un abstemio desastrado al que le olía el aliento. Nos peleábamos. No es que tenga nada contra los comunistas. Lo cierto es que no creo

mucho en Stalin ni en Rusia. Odio a todos los países y gobiernos. Pero aun así quizá deba unirme a los comunistas. No estoy muy seguro, sin embargo. ¿Qué piensa usted? —Singer arrugó la frente y consideró la cuestión. Alargó la mano en busca de su lápiz de plata y escribió en su bloc de papel que no lo sabía—. Pues ahí lo tiene. Ya ve, nosotros no podemos quedarnos quietos después de saber, sino que tenemos que actuar. Algunos se vuelven locos. Hay demasiadas cosas que hacer, y no saber por dónde empezar, eso le hace perder el juicio a uno. Incluso yo... he hecho cosas que, cuando las recuerdo, me parecen irracionales. Una vez empecé una organización yo solo. Elegí a veinte individuos y hablé con ellos hasta que pensé que *sabían*. Nuestro lema era una palabra: acción. ¡Uf! Teníamos intención de iniciar disturbios..., causar todos los desórdenes que pudiéramos. Nuestro objetivo final era la libertad..., pero una auténtica libertad, una gran libertad hecha posible sólo por el sentido de justicia presente en el alma humana. Nuestro lema, “Acción”, significaba la destrucción del capitalismo. En la constitución, escrita por mí mismo, algunos reglamentos se referían al cambio de nuestro lema. “Acción” por “Libertad” en cuanto el trabajo hubiera terminado — Jake aguzó el extremo de un fósforo y escarbó con él una cavidad de un diente. Al cabo de un momento continuó—: Entonces, cuando la constitución estuvo escrita y los primeros seguidores bien organizados..., entonces salí en una gira a base de *autostop* para organizar las unidades que comprendían la sociedad. Volví al cabo de tres meses. ¿Y qué cree usted que me encontré? ¿Cuál era la primera acción heroica? ¿Se había transformado su justificada furia en acción planificada para poder seguir adelante sin mí? ¿Era todo destrucción, asesinato, revolución? — Jake se inclinó hacia delante en su silla. Al cabo de una pausa dijo sombríamente —: Amigo mío, habían robado los cincuenta y siete dólares con treinta centavos de la tesorería para comprar gorros de uniforme y pagarse las cenas de los sábados. Los pillé sentados en torno de la mesa de conferencias, haciendo rodar los dados, los gorros sobre la cabeza, y un pedazo de jamón y un vaso de ginebra ante ellos.

Una tímida sonrisa de Singer acompañó la carcajada de Jake. Al cabo de un rato la sonrisa en la cara de Singer se fue haciendo forzada hasta desaparecer. Jake seguía riendo. La vena de su frente se hinchó, y la cara se tornó de un rojo oscuro. Su risa se había prolongado demasiado.

Singer levantó la mirada hacia el reloj e indicó la hora: las doce y media. Tomó su reloj, el lápiz de plata y la libreta, los cigarrillos y fósforos de la repisa de la chimenea y lo distribuyó todo entre sus bolsillos. Era la hora de almorzar.

Pero Jake seguía riendo. Había algo maniaco en el sonido de aquella risa. Se paseaba por la habitación, haciendo tintinear las monedas en su bolsillo. Sus largos y poderosos brazos se balancearon tensa y torpemente. Entonces empezó a nombrar platos de su próxima comida. Al hablar de la comida, en su cara se reflejaba una feroz expresión de gula. A cada palabra levantaba el labio superior como un animal hambriento.

—*Roast-beef* con salsa. Arroz. Y col y pan blanco. Y un buen trozo de pastel de manzana. Estoy hambriento. Hoy, Johnny, puedo oír cómo se acerca la hora. Y hablando de comida, amigo mío, ¿le he hablado alguna vez de Mister Clark Patterson, el caballero propietario de las Atracciones Sunny Dixie? Está tan gordo que lleva veinte años sin ver sus partes íntimas, y durante todo el día está sentado en su remolque haciendo solitarios y fumando cigarrillos de marihuana. Encarga sus comidas a un restaurante de servicio rápido de la vecindad y cada día desayuna con...

Jack se echó para atrás para que Singer pudiera salir de la habitación. Siempre se quedaba regazado en las puertas cuando estaba con el mudo. Siempre dejaba que el otro encabezara la marcha. Mientras bajaban por las escaleras siguió hablando con nerviosa locuacidad, sin apartar sus grandes y castaños ojos de la cara de Singer.

La tarde era suave y tibia. Se quedaron en casa. Jake había traído consigo un cuartillo de whisky. Se sentó pensativo y silencioso a los pies de la cama, inclinándose de vez en cuando para llenar el vaso de la botella que estaba en el suelo. Singer se encontraba sentado a su mesa junto a la ventana jugando al ajedrez. Jake se había relajado un poco. Observó el juego de su amigo y sintió cómo la tranquila tarde se fundía con la oscuridad de la noche. La luz del fuego formaba olas oscuras y silenciosas en las paredes de la habitación.

Pero al llegar la noche la tensión se apoderó nuevamente de él. Singer había apartado su tablero de ajedrez, y los dos hombres estaban sentados uno frente al otro. El nerviosismo crispaba furiosamente los labios de Jake, que no paraba de beber para calmarse. Le invadía una sensación de inquietud y deseo. Se bebió el whisky y empezó a hablar nuevamente con Singer. Las palabras se hinchaban en su interior y salían a borbotones de su boca. Iba de la ventana a la cama y vuelta atrás, una y otra vez, incesantemente. Y finalmente el diluvio de palabras hinchadas tomó forma y se las espetó al mudo con énfasis de beodo:

—¡Las cosas que nos han hecho! Las verdades que han convertido en mentiras. Los ideales que han manchado y envilecido. Fíjese en Jesús. Él era uno

de los nuestros. Él sabía. Cuando decía que le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos, sabía condenadamente bien lo que decía. Pero mire lo que la Iglesia ha hecho con Jesús durante los últimos dos mil años. Qué han hecho de él. Cómo han desfigurado cada palabra que pronunció para servir a sus malvados propósitos. Jesús estaría en la cárcel, si viviera hoy. Jesús sería uno de los que realmente saben. Yo y Jesús nos sentaríamos uno frente al otro a una mesa y yo le miraría y él me miraría a mí, y ambos sabríamos lo que el otro sabe. Yo y Jesús y Karl Marx podríamos sentarnos a la mesa... y mire lo que ha pasado con nuestra libertad —continuó—. Los hombres que lucharon por la Revolución Americana se parecían tanto a las damas de Las Hijas de la Revolución Americana como yo a un barrigudo perro pequinés. Sabían lo que significaba libertad. Luchaban por una auténtica revolución. Luchaban para que éste pudiera ser un país donde todos los hombres fueran libres e iguales. ¡Ah! Y eso quería decir que todo hombre era igual a los ojos de la Naturaleza: con iguales posibilidades. Esto no quería decir que el veinte por ciento de la gente fuera libre de robar al otro ochenta por ciento restante sus medios de vida. Esto no quería decir que un rico hiciera sudar sangre a otros diez pobres para poder enriquecerse más. Esto no quería decir que los tiranos tuvieran libertad de llevar a este país a una situación en la que millones de personas están dispuestas a hacer lo que sea —engañar, mentir o lo que sea— con tal de trabajar por cuatro cuartos. Han convertido la palabra libertad en una blasfemia. ¿Me oye usted? Han logrado que la palabra libertad apeste como una mofeta para todo aquel que sabe.

La vena de la frente de Jake latía salvajemente, y su boca se movía convulsivamente. Singer se enderezó, alarmado. Jake trató de volver a hablar, pero las palabras se le atragantaron en la boca. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Se sentó en la silla y se apretó sus temblorosos labios con los dedos. Luego dijo roncamente:

—Es así, Singer. Volverse loco no sirve de nada. Nada de lo que podamos hacer sirve de nada. Así es como me parece a mí. Todo lo que podemos hacer es ir por ahí diciendo la verdad. Y en cuanto haya bastantes ignorantes que hayan aprendido la verdad entonces ya no tendrá sentido pelear. Lo único que podemos hacer es dejar que sepan. Es todo lo que hace falta. ¿Pero cómo? ¿Eh?

Las sombras provocadas por el fuego lamían las paredes. Las oscuras ondas se fueron elevando, y la habitación empezó a moverse. Subía y bajaba y se había perdido todo equilibrio. Jake sintió que se hundía lentamente, en ondulantes

movimientos, en un sombrío océano. Impotente y aterrorizado, se esforzó por abrir los ojos, pero no pudo ver nada excepto las olas oscuras y escarlata que rugían vorazmente sobre él. Finalmente distinguió lo que buscaba. La cara del mudo aparecía débil y lejana. Jake cerró los ojos.

A la mañana siguiente se despertó muy tarde. Singer hacía horas que se había ido. Había pan, queso, una naranja y una jarra de café en la mesa. Cuando terminó el desayuno, ya era hora de ir al trabajo. Caminó sombríamente, la cabeza inclinada, a través de la ciudad hacia su habitación. Al llegar al barrio en que vivía pasó por una estrecha calle en uno de cuyos costados se levantaba un almacén de ladrillos. En la pared del edificio había algo que le distrajo por un instante vagamente. Había escrito un mensaje en la pared con brillante tiza roja, y con letras gruesas y curiosamente dibujadas:

Comeréis la carne de los poderosos y beberéis la sangre de los príncipes de la tierra.

Leyó el mensaje dos veces y miró ansiosamente arriba y abajo de la calle. No se veía a nadie. Al cabo de unos minutos de confusa deliberación sacó del bolsillo un grueso lápiz rojo y escribió cuidadosamente debajo de la inscripción:

Quienquiera que haya escrito lo anterior acuda aquí mañana a mediodía. Miércoles, 29 de noviembre. O al día siguiente.

A las doce en punto del día siguiente, se hallaba esperando ante la pared. De vez en cuando caminaba impacientemente hasta la esquina para echar una mirada a las calles. No vino nadie. Al cabo de una hora tuvo de marcharse al trabajo.

Al día siguiente volvió a esperar.

Luego, el viernes, empezó a caer una lluvia lenta y persistente. La pared se empapó, y los mensajes se corrieron, de forma que ya no se podía leer ninguna palabra. La lluvia continuó, gris, amarga, fría.

5

—Mick —dijo Bubber—. Me parece que nos vamos a ahogar todos.

La verdad era que daba la impresión de que jamás iba a terminar aquella lluvia. La señora Wells los llevaba y traía de la escuela en coche, y una tarde tras otra tenía que quedarse en el porche o en el interior de la casa. Ella y Bubber jugaban al parchís, o a la solterona, o a canicas en la alfombra del cuarto de estar. Se acercaba la Navidad, y Bubber empezó a hablar sobre el Niño Jesús y sobre la bicicleta roja que quería que le trajera Santa Claus. La lluvia ponía reflejos plateados en los cristales de las ventanas, y el cielo se mostraba húmedo y frío y gris. El río había crecido tanto que algunos obreros de las fábricas que vivían junto a él habían tenido que mudarse de sus casas. Luego, cuando parecía que la lluvia iba a continuar eternamente, de repente se detuvo. Una mañana se despertaron, y el sol lucía brillantemente. Por la tarde el tiempo era casi tan cálido como en verano. Mick regresó tarde de la escuela, y Bubber, Ralph y Spareribs se hallaban en la acera. Los niños tenían aspecto acalorado y sudoroso, y sus ropas de invierno despedían un olor acre. Bubber tenía su tirador y el bolsillo lleno de piedras. Ralph estaba incorporado en el cochecito, el gorrito ladeado en la cabeza y con aspecto quejumbroso. Spareribs llevaba su nuevo fusil. El cielo se mostraba esplendorosamente azul.

—Llevamos mucho rato esperándote, Mick —dijo Bubber—. ¿Dónde estabas?

Mick subió por los escalones de tres en tres y arrojó su jersey hacia la percha.

—Practicando el piano en el gimnasio.

Todas las tardes se quedaba una hora después de la clase para tocar. El gimnasio estaba muy concurrido y ruidoso, porque el equipo de baloncesto de las niñas tenía entrenamiento. Por dos veces le habían golpeado con la pelota en la cabeza aquel día. Pero tener una oportunidad de sentarse a un piano bien valía la pena toda clase de golpes e inconvenientes. Se dedicaba a tocar acordes hasta que le gustaba el sonido que brotaba de sus manos. Era más fácil de lo que ella había pensado. Después de las dos o tres primeras horas, fue capaz de formar algunos acordes en los bajos que armonizaban con la melodía principal que tocaba su mano derecha. Ya casi podía tocar cualquier pieza ahora. Y también música

nueva. Eso era mejor aún que repetir las melodías conocidas. Cuando sus manos encontraban aquellos hermosos sonidos nuevos, era la mejor sensación que jamás tuviera.

Deseaba aprender a leer la música escrita. Delores Brown había tomado lecciones de música durante cinco años. Le pagó a Delores los cincuenta centavos por semana que tenía para almorzar, para que le diera lecciones. Esto la convirtió en una persona hambrienta durante todo el día. Delores tocaba una buena cantidad de piezas con rapidez..., pero no sabía responder a todas las preguntas que ella le hacía. Delores se limitaba a enseñarle las diferentes escalas, los acordes mayor y menor, el valor de las notas y demás nociones preliminares.

Mick cerró de golpe la puerta del horno.

—¿Esto es todo lo que hay para comer?

—Cariño, es lo mejor que puedo hacer por ti —dijo Portia.

Sólo panecillos de maíz y margarina. Mientras comía, bebía un vaso de agua para ayudar a tragar los bocados.

—Deja de comportarte tan glotonamente. Nadie te lo va a quitar de la mano.

Los niños se hallaban todavía merodeando delante de la casa. Bubber se había metido el tirador en el bolsillo, y estaba jugando con el fusil. Spareribs tenía diez años, y su padre había muerto el mes pasado: aquella había sido el arma de su padre. Todos los niños más pequeños sentían auténtica fascinación por aquel fusil. Cada pocos minutos, Bubber se llevaba el arma al hombro. Apuntaba y emitía un estruendoso *pum*.

—No juegues con el gatillo —dijo Spareribs—. Tengo el arma cargada.

Mick terminó el pan de maíz y miró a su alrededor buscando algo que hacer. Harry Minowitz estaba sentado en el porche de su casa leyendo el periódico. Mick se alegró de verle. En broma, levantó el brazo en alto y le gritó: “¡Heil!”

Pero Harry no se lo tomó como una broma. Se metió en el vestíbulo de su casa y cerró la puerta. Era fácil herir sus sentimientos. Mick se entristeció, porque últimamente ella y Harry habían sido muy buenos amigos. Siempre habían formado parte de la misma pandilla cuando eran niños, pero durante los últimos tres años él había asistido a la Escuela Profesional, mientras Mick seguía en la Escuela Primaria. El chico trabajaba también en empleos esporádicos. Crecía muy rápidamente, y había dejado de andar por ahí con los otros chicos. A veces, ella podía verle leyendo el periódico en su habitación desnudándose a última hora de la noche. En matemáticas e historia era el chico más inteligente de la Escuela Profesional. Con frecuencia, ahora que ella estaba también en la Escuela

Superior, se encontraban en el camino de vuelta a casa y caminaban juntos. Asistían a la misma clase de taller, y en una ocasión el maestro le hizo formar equipo para el montaje de un motor. El muchacho leía libros y estaba al tanto de las noticias de los periódicos de cada día. El tema de la política mundial estaba siempre presente en su mente. Hablaba con lentitud, y de su frente brotaba sudor cuando se ponía muy serio en alguna cuestión. Y ahora ella le había hecho enfadar.

—No sé si Harry tendrá todavía su moneda de oro —dijo Spareribs.

—¿Qué moneda de oro?

—Cuando un chico judío nace, meten en el banco una moneda de oro para él. Eso es lo que hacen los judíos.

—Cáscaras. Te estás haciendo un lío. Tú te refieres a los católicos. Los católicos le compran una pistola al niño en cuanto nace. Algún día los católicos piensan empezar una guerra y matar a todo el mundo.

—Las monjas me producen una extraña sensación —dijo Spareribs—. Me asusto cuando veo a una en la calle.

Mick se sentó en la escalera y apoyó la cabeza en las rodillas. Y se introdujo en el cuarto interior. En ella es como si hubiera dos lugares: el cuarto interior y el cuarto exterior. La escuela, la familia y las cosas que sucedían a diario se situaban en el cuarto exterior. Mister Singer estaba en los dos cuartos. Los países extranjeros y los proyectos y la música estaban en el cuarto interior. También las canciones que ella componía. Y la sinfonía. Cuando estaba sola en aquel cuarto interior, la música que había oído aquella noche después de la fiesta volvía a su memoria, y crecía lentamente como una gran flor en su mente. A veces, durante el día o cuando acababa de despertarse por la mañana, acudía repentinamente a su memoria una nueva parte de la sinfonía. Entonces tenía que retirarse a su cuarto interior y escucharla muchas veces y tratar de unirla con las demás partes de la sinfonía que recordaba. El cuarto interior era un lugar muy íntimo. Aunque se hallara en una casa llena de gente, se sentía como si estuviera encerrada sola en algún lugar.

Spareribs colocó su sucia manita delante de sus ojos, porque ella llevaba mucho rato con la mirada perdida en el espacio. Ella le abofeteó.

—¿Qué es una monja? —preguntó Bubber.

—Una dama católica —respondió Spareribs—. Una dama católica con un gran vestido negro que le cubre hasta la cabeza.

Mick estaba cansada de andar por ahí con los niños. Quería ir a la biblioteca

y mirar las fotografías de la *National Geographic*. Fotografías de todos los lugares extranjeros del mundo. París, Francia. Y los grandes glaciares. Y las junglas salvajes de África...

—Chicos, procurad que Ralph no baje del cochecito —dijo.

Bubber se apoyó el gran fusil en el hombro.

—Tráeme un cuento cuando vuelvas.

Era como si aquel niño hubiera nacido sabiendo leer. Estaba aún en segundo grado, pero le encantaba leer cuentos solo..., y jamás le pedía a nadie que se los leyera.

—¿De qué clase lo quieres esta vez?

—Coge algunos cuentos en los que haya cosas de comer. Me gustó mucho aquel de los niños alemanes que van al bosque y llegan a la casa hecha de diferentes clases de caramelo, y la bruja. Me gusta un cuento en el que haya algo de comer.

—Buscaré uno —dijo Mick.

—Pero ya me estoy cansando un poco del caramelo —dijo Bubber—. Mira si puedes traerme un cuento en el que haya algo como un bocadillo de carne asada. Y si no puedes encontrar ninguno de éstos, tráeme una historia de vaqueros.

Mick iba a marcharse cuando de repente se detuvo y miró fijamente. También miraron los chicos. Todos se quedaron inmóviles mirando a Baby Wilson cómo bajaba por la escalera de su casa situada al otro lado de la calle.

—Qué guapa está Baby —dijo Bubber suavemente.

Quizá era cosa de aquel repentino día caluroso, soleado, después de tantas semanas de lluvia. O tal vez se debía a que sus oscuras ropas invernales les quedaban mal en una tarde así. Lo cierto es que Baby parecía un hada o algo escapado de una película. Llevaba su vestido de fiesta del año pasado: una corta y rígida falda de gasa rosada, blusa rosada, zapatos de baile rosados e incluso un pequeño monedero rosado. Con su amarillo cabello, era toda ella una combinación de rosa, blanco y oro... y era tan pequeña y tan limpia que casi dolía mirarla. Cruzó remilgadamente la calle, pero no se volvió para mirar a los niños.

—Anda ven aquí —dijo Bubber—. Déjame echar una mirada a tu monedero rosa...

Baby pasó junto a ellos siguiendo el borde de la calle con la cabeza vuelta a un lado. Estaba decidida a no hablar con ellos.

Había una franja de césped entre la acera y la calzada, y cuando Baby llegó a ésta se quedó inmóvil durante un segundo y luego ensayó una voltereta.

—No le hagáis caso —dijo Spareribs—. Siempre trata de dar el espectáculo. Va al café de Mister Brannon a por caramelos. Es su tío y se los da gratis.

Bubber descansó la culata del fusil en el suelo. Aquella arma tan voluminosa le resultaba demasiado pesada. Mientras observaba cómo Baby bajaba por la calle, no dejaba de tironearse el flequillo.

—Pues es un monedero rosado muy bonito ese que lleva —dijo.

—Su mamá siempre está hablando del talento que tiene —dijo Spareribs—. Piensa que va a hacer entrar a Baby en el cine.

Era demasiado tarde para ir a ver la *National Geographic*. La cena estaba casi preparada. Ralph inició el llanto, y ella lo bajó del cochecito y lo puso en el suelo. Estaban en diciembre, y para un niño de la edad de Bubber, eso significaba que faltaba mucho para el verano. Durante todo el verano anterior, Baby había salido de su casa con aquel vestido de fiesta de color rosa y bailado en medio de la calle. Al principio los niños hacían corro para observarla, pero pronto se cansaron de ello. Bubber era el único que la seguía mirando cuando la niña se ponía a bailar. Se sentaba en el bordillo y la avisaba cuando venía un coche. Había visto a Baby ejecutar su baile un centenar de veces..., pero el verano había terminado tres meses antes, y la cosa resultaba otra vez nueva para él.

—Me gustaría tener un vestido —dijo Bubber.

—¿De qué clase te gustaría?

—Un vestido fresco. Uno bonito hecho de colores diferentes, Como una mariposa. Eso es lo que pido para Navidad. ¡Eso y una bicicleta!

—Mariquita —dijo Spareribs.

Bubber levantó otra vez el fusil hasta su hombro y apuntó a una casa del otro lado de la calle.

—Si tuviera un vestido, bailaría por ahí. Me lo pondría cada día para ir a la escuela.

Mick se sentó en los escalones y fijó sus ojos en Ralph. Bubber no era un mariquita, tal como había dicho Spareribs. Sólo que le gustaban las cosas bellas. No iba a dejar que Spareribs se saliera con la suya.

—Una persona tiene que luchar por todas las cosas que posee —dijo lentamente—. Y muchas veces me he dado cuenta de que los niños más pequeños de la familia son los mejores. Los menores son siempre los más duros. Yo soy dura porque tengo a muchos por delante de mí. Bubber... parece enfermo, y le gustan las cosas bonitas pero aparte de eso tiene agallas. Si esto es verdad, Ralph

seguramente será muy fuerte cuando tenga edad para andar por ahí. Aunque tiene sólo diecisiete meses, puedo ver ya algo realmente duro en la cara de Ralph.

Éste miró a su alrededor, porque sabía que se estaba hablando de él. Spareribs se sentó en el suelo, agarró el gorro de Ralph y empezó a sacudírselo delante de la cara, para molestarlo.

—Bueno, basta —dijo Mick—. Ya sabes lo que te voy a hacer si consigues que empiece a llorar. Mejor será que vigiles.

Todo estaba tranquilo. El sol se había puesto tras los tejados de las casas, y el cielo, hacia el oeste, mostraba reflejos purpúreos y rosados. Se oía el ruido de unos niños patinando en la otra manzana. Bubber se apoyó contra un árbol y dio la impresión de estar soñando en algo. De la casa brotaba el olor de la cena; pronto sería la hora.

—Mirad —exclamó Bubber de repente—. Aquí llega Baby otra vez. Pues está muy bonita con ese traje rosa.

Baby se dirigió hacia ellos lentamente. Le habían regalado una caja de palomitas de maíz con premio, y estaba revolviendo la caja en busca del obsequio. Caminaba de la misma manera remilgada, afectada. Era fácil darse cuenta de que ella sabía que la estaban mirando.

—Por favor, Baby —dijo Bubber cuando estuvo a su lado—. Déjame ver tu monederito rosada y tocar tu vestido.

Baby empezó a canturrear una canción para sí, y aparentó no escuchar. Pasó sin dejar que Bubber jugara con ella. Lo único que hizo fue agachar la cabeza y sonreírle débilmente.

Bubber aún tenía el fusil apoyado en el hombro. Soltó un estentóreo *jpum!* Y fingió que había disparado. Luego volvió a llamar a Baby, con una voz suave, triste, como si llamara a un gatito.

—Por favor, Baby... Ven aquí, Baby...

Todo fue demasiado rápido para que Mick pudiera detenerlo. Apenas si había visto la mano del niño en el gatillo cuando sonó el terrible estampido del arma. Baby se derrumbó sobre la acera. Mick sintió como si la hubieran clavado a la escalera y no pudiera moverse, ni gritar. Spareribs se tapaba la cabeza con el brazo.

Bubber era el único que no se había dado cuenta.

—Levántate, Baby —gritó—. No estoy enfadado contigo.

Todo había sucedido en un segundo. Los tres llegaron hasta Baby al mismo tiempo. La niña yacía en la sucia acera. La falda le cubría la cabeza, mostrando

sus rosados panties y sus blancas piernecitas. Sus manos estaban abiertas: en una de ellas mostraba el premio del caramelo y en la otra el monederito. Había sangre en la cinta del cabello y en sus amarillos rizos. Había recibido el disparo en la cabeza y tenía ésta vuelta hacia el suelo.

Habían ocurrido tantas cosas en un segundo... Bubber lanzó un grito, soltó el arma y echó a correr. Mick levantó las manos hasta la altura de su cara y también grito. Entonces empezaron a llegar muchas personas. Su padre fue el primero, y cogió a Baby y se la llevó a casa.

—Está muerta —dijo Spareribs—. Le han disparado a los ojos. Le he visto la cara.

Mick caminaba arriba y abajo de la acera, y la lengua se le pegaba al paladar cuando trataba de preguntar si Baby estaba muerta. La señora Wilson llegó corriendo desde el salón de belleza en que trabajaba. Entró en la casa y volvió a salir inmediatamente. Caminaba frenéticamente por la calle, llorando y quitándose y poniéndose el anillo. Entonces vino la ambulancia y el médico entró a ver a Baby. Mick le siguió. Baby yacía en la cama de la habitación anterior. La casa estaba silenciosa como una iglesia.

Baby parecía una hermosa muñequita allí en la cama. De no haber sido por la sangre, no parecía estar herida. El doctor se inclinó y le examinó la cabeza. Cuando hubo terminado, la colocaron en una camilla. La señora Wilson y el padre de Mick se metieron en la ambulancia con ella.

La casa seguía en silencio. Todo el mundo se había olvidado de Bubber. Éste andaría por algún sitio. Transcurrió una hora. La mamá de Mick y Hazel y Etta, así como todos los huéspedes, esperaban en la habitación de delante. Mister Singer lo hacía en la puerta. Al cabo de mucho rato, el padre de Mick volvió a casa. Dijo que Baby no se moriría, pero que tenía el cráneo fracturado. Preguntó por Bubber. Nadie sabía dónde se encontraba. Afuera estaba oscuro. Llamaron a Bubber en el patio trasero y en la calle. Enviaron a Spareribs y algunos otros chicos a buscarlo. Parecía como si Bubber hubiera desaparecido de la vecindad. Harry se dirigió a una casa donde quizá pudiera estar el pequeño.

El padre de Mick paseaba arriba y abajo del porche.

—Nunca he azotado a ninguno de mis chicos —no dejaba de decir—. Jamás creí en ello. Pero la verdad es que voy a propinarle a ese crío una buena paliza en cuanto le ponga las manos encima.

Mick estaba sentada en la barandilla y se dedicaba a vigilar la oscura calle.

—Yo puedo manejar a Bubber. Cuando vuelva me puedo encargar de él.

—Anda, ve a buscarle tú también. Podrán encontrarle mejor que los otros.

En el mismo momento en que su padre decía aquello, Mick supo de repente dónde se encontraba Bubber. En el patio trasero de la casa había un gran roble, en el que durante el verano los chicos habían construido una cabaña. Habían izado una gran caja al árbol, y a Bubber le encantaba sentarse en ella largos ratos, solo. Mick dejó a la familia y a los huéspedes en el porche y por el callejón se dirigió al patio trasero.

Aguardó de pie durante un minuto junto al tronco del árbol.

—Bubber —dijo suavemente—. Soy Mick.

El pequeño no respondió, pero ella sabía que estaba allí. Era como si pudiera olerle. Se agarró de la rama más baja y empezó a escalar el árbol lentamente. Estaba realmente enfadada con aquel chico y quería darle una lección. Cuando llegó a la cabaña, volvió a hablarle... y de nuevo se quedó sin respuesta. Se metió en la gran caja y palpó sus bordes. Al final, lo tocó. Estaba acurrucado en un rincón, y le temblaban las piernas. Había estado conteniendo la respiración, y cuando ella le tocó, los sollozos y la respiración brotaron juntos al mismo tiempo.

—Yo... yo no quería hacerle daño a Baby. Era tan linda y tan pequeña..., sólo quería darle un susto.

Mick se sentó en el suelo de la cabaña.

Baby está muerta —le dijo—. Y hay mucha gente que te está buscando.

Bubber dejó de llorar. Y se mantuvo muy callado.

—¿Sabes qué está haciendo papá en la casa?

Era casi como si pudiera oír los pensamientos de Bubber.

—Conoces al alcalde Lawes; le has oído hablar por radio. Y conoces Sing Sing. Bueno, pues papá está escribiendo una carta al alcalde Lawes para que te traten bien cuando te pesquen y te manden a Sing Sing.

Aquellas palabras tuvieron un sonido tan espantoso en la oscuridad que un estremecimiento recorrió el cuerpo de Mick. Podía sentir cómo temblaba el cuerpecillo de Bubber.

—Tienen sillas eléctricas pequeñas allí, de tu tamaño. Y cuando encienden la corriente, quedas frito como un pedazo de *bacon* quemado. Luego te vas al infierno.

Bubber estaba acurrucado en su rincón sin decir ni pío. Mick se asomó al borde de la caja para bajar.

—Será mejor que te quedes aquí porque tienen policías que vigilan el patio. Quizá dentro de unos días pueda traerte algo para comer.

Mick se apoyó contra el tronco del roble. Eso le enseñaría a Bubber. Siempre había podido manejarle, y sabía más de aquel niño que cualquier otra persona. En una ocasión, un par de años antes, el pequeño andaba siempre metiéndose entre los arbustos a hacer pis y a jugar con su miembro un ratito. Ella lo descubrió rápidamente, y, cada vez que aquello sucedía, le daba un bofetón. En tres días, le quitó el vicio. Después de eso, ni siquiera hacía pis como un niño corriente..., siempre se ponía las manos detrás. Mick siempre había tenido que hacer de niñera de Bubber, y podía manejarlo. Esperaría un ratito, y luego volvería a la cabaña del árbol y lo traería consigo. Después de eso, el pequeño jamás volvería a coger un arma en toda su vida.

En la casa seguía reinando un silencio mortal. Todos los huéspedes estaban sentados en el porche sin hablar ni moverse en las mecedoras. Su padre y su madre estaban en la habitación delantera. Su padre bebía cerveza directamente de la botella y caminaba arriba y abajo de la habitación. Baby se recuperaría, de modo que aquella preocupación no era por ella. Y nadie parecía estar ansioso por Bubber.

—¡Ese Bubber! —exclamó Etta.

—Después de esto, me avergonzará salir de casa —dijo a su vez Hazel.

Etta y Hazel se metieron en la habitación del medio y cerraron la puerta. Bill se encontraba en la suya de la parte trasera. Mick no quería hablar con ellos. Permaneció en el vestíbulo, pensando intensamente.

Los pasos de su padre se detuvieron.

—Lo hizo deliberadamente —dijo—. No es que anduviera jugando con el fusil y el tiro se le escapara por accidente. Todo el mundo que lo vio dijo que había apuntado a propósito.

—No sé cuándo tendremos noticias de la señora Wilson —dijo la madre de Mick.

—¡Todas las noticias que quieras, y en seguida!

—Ya me lo imagino.

Ahora que el sol se había puesto, volvía a hacer frío como en noviembre. La gente abandonó el porche y se metió en el cuarto de estar..., pero a nadie se le ocurrió encender el fuego. El jersey de Mick colgaba del perchero, de manera que se lo puso y permaneció luego con los hombros encorvados para mantener el calor. Pensaba en el pobre Bubber sentado allí en la fría y oscura cabaña. El pequeño se había creído sin duda todo lo que ella le había dicho. Pero, bueno, se merecía un buen susto. Casi había matado a Baby.

—Mick, ¿no puedes imaginarte dónde puede encontrarse Bubber? —le preguntó su padre.

—Estará por ahí cerca, supongo.

Su padre caminaba frenéticamente arriba y abajo con la vacía botella de cerveza en la mano. Se movía como un ciego, y tenía la cara empapada de sudor.

—El pobre chico tiene miedo de volver a casa. Si pudiéramos encontrarle, me sentiría mejor. Nunca le he puesto una mano encima. No debería tener miedo de mí.

Mick esperaría todavía una hora y media. Para entonces, Bubber estaría ya muy apenado por lo que había hecho. Ella siempre había podido manejar a Bubber; le daría una lección.

Al cabo de un rato se produjo gran excitación en la casa. El padre de Mick volvió a telefonar al hospital para ver cómo seguía Baby, y al cabo de unos minutos fue la señora Wilson la que llamó a la casa. Dijo que quería hablar con ellos y que vendría.

Su padre seguía paseando arriba y abajo de la habitación delantera como un ciego. Se bebió otras tres botellas de cerveza.

—Tal como han ido las cosas, puede presentar una demanda y quedarse hasta con mis pantalones. Todo lo que conseguiría sería la parte de la casa no hipotecada. Pero tal como ha ido todo no tenemos forma de replicar.

De pronto a Mick se le ocurrió algo. Quizá llevarían realmente a Bubber a juicio y le meterían en una cárcel de niños. Quizá la señora Wilson le mandaría a un reformatorio. Quizá le hicieran algo terrible a Bubber. Sintió repentinos deseos de volver a la cabaña del árbol y sentarse con el pequeño y decirle que no se preocupara. Bubber estaba siempre tan delgado y era tan pequeño e inteligente... Mataría a cualquiera que tratara de apartar al pequeño de la familia. Sentía deseos de besarlo y morderlo, pues le quería mucho.

Pero no podía pasar nada. La señora Wilson llegaría al cabo de unos minutos, y ella tenía que saber lo que estaba pasando. Luego correría y le diría a Bubber que todas las cosas que le había contado eran mentira. Y él habría aprendido la lección.

Un taxi se detuvo junto al bordillo. Todos esperaban en el porche, silenciosos y asustados. Del taxi bajó la señora Wilson, acompañada de Mister Brannon. Mientras la pareja subía por la escalera, Mick pudo oír cómo a su padre le castañeteaban los dientes nerviosamente. Entraron en la habitación de delante y

Mick les siguió, quedándose en el umbral de la puerta. Etta y Hazel y Bill, así como los huéspedes, se mantuvieron al margen.

—He venido a hablar de todo este asunto con ustedes —declaró la señora Wilson.

La habitación delantera tenía aspecto desastrado y sucio, y Mick vio que Mister Brannon se daba cuenta de todo. La muñeca de celuloide abollada, así como las cuentas y trastos viejos con que jugaba Ralph, estaban esparcidos por el suelo. Había cerveza derramada encima del banco de trabajo del padre de Mick, y las almohadas de la cama en que dormían el padre y la madre de Mick tenían un color grisáceo.

La señora Wilson no dejaba de quitarse y de ponerse el anillo de boda. A su lado, Mister Brannon se mostraba muy tranquilo. Estaba sentado con las piernas cruzadas. Sus mandíbulas tenían un tono negro-azulado, y parecía un gángster de película. Siempre se había mostrado resentido con ella. Siempre le hablaba con aquella voz áspera, diferente de la que empleaba para hablar con los demás. ¿Era quizá porque sabía que en una ocasión ella y Bubber le habían birlado un paquete de chicle del mostrador? Mick le odiaba.

—Todo se reduce a esto —declaró la señora Wilson—. Su niño disparó a Baby en la cabeza a propósito.

Mick se adelantó al centro de la habitación.

—No, no es cierto —dijo—. Yo estaba allí. Bubber había estado apuntando con aquella arma a mí y a Ralph y a todo el que andaba por allí. Todo lo que pasó fue que en el momento de apuntar a Baby el dedo resbaló. Yo estaba allí.

Mister Brannon se frotó la nariz y miró a Mick con expresión de tristeza. Vaya si le odiaba.

—Sé cómo deben de sentirse ustedes..., así que quiero ir directamente al grano.

La madre de Mick agitaba un manajo de llaves, y su padre estaba sentado muy quieto con sus grandes manos colgándole sobre las rodillas.

—A Bubber no se le hubiera ocurrido esto de antemano —dijo Mick—. Él sólo...

La señora Wilson se quitó y puso el anillo con violencia.

—Esperen un momento. Sé cómo va todo. Puedo llevarles a juicio y desposeerles hasta del último centavo que tengan.

El rostro del padre de Mick carecía de expresión.

Le diré una cosa —dijo—. No hay mucho que nos pueda sacar. Todo lo que

tenemos es...

—Escúchenme —le interrumpió la señora Wilson—. No he venido aquí con un abogado para entablar una demanda. Bartholomew... Mister Brannon y yo hablamos un poco mientras veníamos, y llegamos a un acuerdo sobre varios puntos. En primer lugar, quiero hacer lo que sea justo, honrado..., y en segundo lugar, no deseo ver el nombre de Baby mezclado en un pleito a su edad.

No se oía el menor sonido, y en la habitación todo el mundo permanecía rígidamente sentado en su silla. Sólo Mister Brannon sonreía a medias a Mick, pero ésta le devolvió la mirada con sus ojos entrecerrados y una expresión dura.

La señora Wilson estaba muy nerviosa y la mano le temblaba al encender un cigarrillo.

—No quiero ponerles un pleito ni nada parecido. Quiero ser justa con ustedes. No les pido que paguen por todo el sufrimiento y el llanto por que pasó Baby hasta que le dieron algo para dormir. Ningún dinero puede compensar esto. Yo no les pido que paguen por el daño que esto va a hacer a su carrera y a los planes que hemos hecho. Va a tener que llevar un vendaje durante muchos meses. No podrá bailar en la velada... y tal vez le quedará incluso una pequeña calva en la cabeza.

La señora Wilson y el padre de Mick se miraron mutuamente como si estuvieran hipnotizados. Entonces la señora Wilson echó mano de su monedero y sacó un trozo de papel.

—Lo que tendrán que pagar será solo el precio real de lo que nos costará en dinero. Está la habitación individual de Baby en el hospital y una enfermera privada hasta que pueda volver a casa. El quirófano y la factura del médico... y, por una vez, tengo intención de pagar al doctor inmediatamente. Asimismo, le afeitaron el cabello a Baby, y tendrán ustedes que pagarme la permanente que le hice hacer en Atlanta..., de manera que cuando le vuelva a crecer el cabello le puedan hacer otra. Luego está el valor de su vestido y otras facturas más de poca importancia. Les haré una lista detallada en cuanto sepa lo que vale cada cosa. Trato de ser lo más justa y honesta posible, y ustedes tendrán que pagarme el total cuando les traiga la lista.

La madre de Mick se alisó el vestido sobre las rodillas e hizo una rápida aspiración.

—Me parece a mí que sería mucho mejor para la pequeña la sala infantil que una habitación individual. Cuando Mick tuvo neumonía...

—Dije una habitación individual.

Mister Brannon estiró sus blancas y regordetas manos, y las balanceó como si estuviera ejecutando una escala.

—Quizá dentro de un par de días Baby pueda ser trasladada a una habitación doble con algún otro niño.

La señora Wilson habló con dureza:

—Ya han oído ustedes lo que he dicho. Su hijo disparó contra mi Baby por lo que la pequeña tendrá que disponer de todas las comodidades hasta que se recupere.

—Está usted en su derecho —dijo el padre de Mick—. Sabe Dios que no disponemos ahora de un céntimo..., pero quizá podamos arañar alguna cosa. Comprendo que no trata usted de aprovecharse de nosotros, y se lo agradezco. Haremos todo lo que podamos.

Mick quería quedarse para poder escuchar todo lo que se decía en aquella habitación, pero la imagen de Bubber la atormentaba. Recordar al pequeño sentado en la oscura y fría cabaña, y pensando en Sing Sing, la ponía enferma. Salió de la habitación y cruzó el vestíbulo en dirección a la puerta trasera. Soplaban el viento y el patio estaba muy oscuro excepto por el rectángulo amarillo de luz procedente de la cocina. Al mirar hacia atrás vio a Portia sentada a la mesa con sus largas y delgadas manos cubriéndole el rostro, muy quieta. El patio estaba desierto, y el viento producía una especie de triste lamento en medio de aquella oscuridad.

Se detuvo bajo el roble. Luego cuando alargaba la mano para alcanzar la primera rama, una terrible sensación se apoderó de ella. Comprendió de repente que Bubber se había ido. Le llamó, y el pequeño no respondió. Mick se encaramó rápida y silenciosamente como un gato.

—¡Eh! ¡Bubber!

Sin necesidad de palpar la caja sabía que el pequeño no estaba allí. Para asegurarse, se metió en ella y tanteó todos los rincones. El crío no estaba. Debía de haber bajado en cuanto ella se hubo ido. Estaría corriendo a estas alturas, y, con un niño inteligente como Bubber, no había manera de saber dónde podrían hallarlo.

Bajó del árbol y corrió hacia el porche. La señora Wilson se marchaba en aquel momento, y todos habían salido hasta las escaleras con ella.

—¡Papá! —dijo Mick—. Tenemos que hacer algo con Bubber. Se ha escapado. Estoy segura de que ya no está en la manzana. Tenemos que salir a buscarlo.

Nadie sabía adónde ir ni por dónde empezar. Su padre iba arriba y abajo de la calle, mirando en todos los callejones. Mister Brannon llamó un taxi por teléfono para la señora Wilson, y luego se quedó para participar en la búsqueda. Mister Singer se encontraba sentado en la barandilla del porche, y era la única persona que conservaba la calma. Todos esperaban que Mick expusiera sus ideas sobre qué lugares podía haber elegido Bubber. Pero la ciudad era tan grande y el pequeño tan inteligente que Mick no se veía capaz de resolver aquel problema.

Quizá se había ido a la casa de Portia en Sugar Bill. Entró en la cocina donde Portia seguía sentada a la mesa con las manos cubriéndole la cara.

—De pronto se me ocurrió que podría haber ido a tu casa. Ayúdanos a buscarlo.

—¡Cómo no se me ocurrió antes! Apuesto lo que quieras a que mi pequeño y asustado Bubber está escondido en mi casa desde el principio.

Mister Brannon había pedido prestado un automóvil. Él y Mister Singer y el padre de Mick, junto con ésta y Portia, se metieron en el coche. Nadie sabía cuáles eran los sentimientos de Bubber excepto ella. Nadie sabía que el pequeño estaba huyendo para salvar realmente su vida.

La casa de Portia estaba oscura excepto por la luz de la luna que se filtraba por la ventana dibujando un rectángulo en el suelo. Al entrar pudieron darse cuenta inmediatamente de que no había nadie en ella. Portia encendió la luz de la habitación delantera. La casa despedía un olor penetrante y las paredes estaban cubiertas de fotos recortadas. Mantel de encaje en las mesas y almohadas de encaje en la cama. Bubber no se encontraba allí.

—Seguro que ha estado aquí —dijo Portia repentinamente—. Puedo decir que alguien ha estado aquí.

Mister Singer encontró el lápiz y el trozo de papel en la mesa de la cocina. Lo leyó rápidamente y luego lo hicieron todos los demás. La escritura era redonda y desaseada, y el pequeño e inteligente rapazuelo sólo había escrito mal una palabra. La nota decía:

*Querida Portia,
Me voy a Florida. Díselo a todos.
Sinceramente,
Bubber Kelly*

Todos quedaron sorprendidos y confusos. El padre de Mick miró hacia la puerta y se apretó la nariz con el pulgar y el índice, en un gesto de preocupación.

Todos estaban dispuestos a amontonarse en el coche y tomar la autopista que se dirigía al Sur.

—Esperad un momento —dijo Mick—. Aunque Bubber tenga sólo siete años, es lo bastante listo para no decirnos a todos adónde va, si lo que quiere es escapar. Eso de Florida es sólo un truco.

—¿Un truco? —dijo su padre.

—Sí. Sólo hay dos sitios que Bubber conoce mucho. Uno es Florida y el otro Atlanta. Yo y Bubber y Ralph hemos estado en la carretera de Atlanta muchas veces. Sabe cómo se va hasta allí, y seguro que se ha dirigido a ella. Siempre habla de lo que va a hacer cuando tenga una oportunidad de ir a Atlanta.

Todos subieron otra vez al automóvil. Se disponía Mick a encaramarse a su asiento de la parte trasera cuando Portia la pellizó en el codo.

—¿Sabes lo que ha hecho Bubber? —le dijo con voz queda—. No se lo digas a nadie, pero mi Bubber se ha llevado mis pendientes de oro del cajón. Jamás pensé que mi Bubber sería capaz de hacerme eso a mí.

Mister Brannon puso en marcha el coche. Circularon lentamente, dirigiéndose a la carretera de Atlanta, sin dejar de mirar arriba y abajo de todas las calles en busca de Bubber.

Sin duda en Bubber había algún rasgo violento, malvado. Se comportaba muy diferente hoy de lo que lo había hecho en el pasado. Hasta aquel momento siempre se había mostrado como un niño tranquilo que realmente no hacía nada malo. Cuando a alguien le herían en sus sentimientos, el pequeño se sentía avergonzado y nervioso. Entonces ¿cómo era capaz de hacer lo que había hecho hoy?

Avanzaron lentamente por la carretera de Atlanta. Cruzaron por delante de las últimas casas y llegaron a los oscuros campos y bosques. De vez en cuando se detenían para preguntar si habían visto a Bubber: “¿Ha pasado por aquí un niño descalzo con pantalones de pana?” Pero, después de quince kilómetros de recorrido, nadie parecía haberlo visto. Por las abiertas ventanillas entraba un viento fuerte y helado, y era muy avanzada la noche.

Anduvieron un poco más y luego dieron la vuelta para regresar a la ciudad. Mister Brannon y el papá de Mick querían ir a interrogar a todos los niños de segundo grado, pero Mick les hizo dar la vuelta y regresar a la carretera de Atlanta. Durante todo el tiempo, la muchacha no dejaba de recordar las palabras que le dijera a Bubber. Sobre lo de que Baby estaba muerta, y Sing Sing y el

alcaide Lawes. Sobre las pequeñas sillas eléctricas para niños, y el infierno. En la oscuridad, aquellas palabras habían tenido un sonido espantoso.

Circularon muy lentamente durante un kilómetro, y entonces de pronto Mick descubrió a Bubber. Las luces del coche lo mostraron claramente ante ellos. Era gracioso. Caminaba por el borde de la carretera, con el pulgar levantado tratando de hacer autostop. Llevaba embutido en el cinturón el cuchillo de la carne propiedad de Portia, y en aquella ancha oscura carretera parecía tan pequeño que daba la impresión de tener cinco años en lugar de siete.

Detuvieron el automóvil, y el pequeño corrió para subir a él. No podía ver quién estaba en su interior, y él tenía los ojos entrecerrados como siempre que apuntaba con sus canicas. El padre de Mick le sujetó por el cuello. El pequeño trató de golpear con sus puñitos y pies. Incluso cogió el cuchillo de la carne en su manita. Su padre se lo arrancó justo a tiempo de que no hiriera a nadie. El crío luchaba como un tigre pillado en una trampa, pero finalmente consiguió meterlo en el coche. En el viaje de vuelta, su padre le llevaba sentado sobre el regazo, y Bubber permanecía allí, muy erguido, sin apoyarse en nada.

Tuvieron que arrastrarlo para hacerlo entrar en casa, y todos los vecinos y huéspedes salieron para ver la conmoción. Lo llevaron en volandas a la habitación de delante, y cuando llegó allí se acurrucó en un rincón, con los puños apretados y mirando con sus ojos medio cerrados a todo el mundo como si estuviera dispuesto a pelearse con todos.

No había dicho una palabra desde que entraron en la casa, hasta que de pronto empezó a berrear:

—¡Lo hizo Mick! Yo no fui. ¡Lo hizo Mick! —jamás se habían oído unos gritos como los que emitía Bubber. Las venas de su cuello se hincharon, y sus puños eran duros como pequeñas rocas—. ¡No podréis cogerme! ¡Nadie puede cogerme! —no dejaba de gritar. Mick lo sacudió por los hombros. Le dijo que las cosas que le había contado eran mentiras. Finalmente, el pequeño se enteró de lo que ella le estaba diciendo, pero no dejó de gritar. Parecía como si nada pudiera detener aquellos gritos—. ¡Odio a todo el mundo! ¡Odio a todo el mundo!

Todos estaban allí parados, rodeándole. Mister Brannon se frotaba la nariz y miraba al suelo. Finalmente, se marchó en silencio. Mister Singer era el único que parecía saber lo que sucedía. Quizá porque no oía todo aquel espantoso ruido. Su cara tenía una expresión tranquila, y cada vez que le miraba, Bubber parecía calmarse un poco más. Mister Singer era diferente a todos los demás hombres, y en ocasiones como ésta hubiera sido mejor que los demás le dejaran manejar el

asunto. Tenía más sentido común y sabía cosas que la gente corriente ignoraba. Se limitó a mirar a Bubber, y al cabo de un rato el pequeño se tranquilizó lo suficiente para que su padre pudiera llevarlo a la cama.

Ya en ella, el pequeño ocultó su carita y lloró. Lloraba con largos y poderosos sollozos que le hacían temblar todo el cuerpo. Lloró durante una hora, y nadie en las tres habitaciones fue capaz de dormir. Bill se trasladó al sofá del cuarto de estar y Mick se metió en la cama con Bubber. Éste no la dejó que lo tocara ni que lo abrigara. Luego, al cabo de otra hora de llanto y de hipo convulsivo, se durmió.

Mick permaneció despierta mucho rato. En la oscuridad rodeó al pequeño con sus brazos y lo estrechó contra sí. Lo acariciaba y besaba por todas partes. Era tan suave el pequeño, y despedía aquel olor salado de muchachito... El cariño que sentía por él era tan profundo que tenía que apretarlo contra sí hasta que sus brazos se cansaron. En su mente se mezclaba Bubber y la música. Era como si nunca pudiera volver a hacer nada bueno por él. Jamás le volvería a pegar, ni siquiera a molestar. Durmió toda la noche con sus brazos rodeando la cabeza del pequeño. Luego, por la mañana, cuando ella despertó, Bubber se había ido de la cama.

Pero después de aquella noche, Mick ya no volvió a tener muchas oportunidades de molestarle..., ni ella ni nadie más. Bubber ya no volvió a ser el mismo. Siempre mantenía la boca cerrada y dejó de jugar con los demás chicos. La mayor parte del tiempo se limitaba a quedarse sentado en el patio posterior o en la carbonera, solo.

La Navidad se iba acercando. Mick deseaba realmente un piano, pero naturalmente no dijo nada al respecto. Dijo a todo el mundo que deseaba un reloj de Mickey Mouse. Cuando le preguntaron a Bubber qué quería de Santa Claus, dijo que no quería nada. Escondió sus canicas y su navaja, y no dejó que nadie tocara sus libros de cuentos.

Después de aquella noche, nadie volvió a llamarle Bubber. Los chicos mayores de la vecindad empezaron a llamarle “Mata-Babys Kelly”. Pero él hablaba muy poco con la gente y nada parecía preocuparle. La familia le llamaba por su verdadero nombre: George. Al principio, Mick no podía dejar de llamarle Bubber, y la verdad es que tampoco quería cambiar. Pero fue divertido cómo, al cabo de una semana, empezó a llamarle con toda naturalidad George, como hacían los demás. Pero George era un chico diferente, siempre andaba por ahí solo como una persona mucho mayor, y sin que nadie, ni siquiera Mick, supiera lo que pasaba por su mente.

Mick durmió con él en Nochebuena. George yacía en la cama sin hablar.

—Deja de comportarte de esta manera —le dijo Mick—. Hablemos de los hombres sabios y de la costumbre que tienen los niños en Holanda de poner sus zuecos en la chimenea en lugar de los calcetines.

George no contestó. Se había dormido.

Mick se levantó a las cuatro de la mañana y despertó a toda la familia. Su padre había encendido fuego en la habitación delantera y luego les dejó a todos acercarse al árbol de Navidad y ver lo que les habían traído. George tenía un traje de indio y Ralph una muñeca de goma. El resto de la familia sólo ropa. Ella buscó en su calcetín el reloj de Mickey Mouse, pero no estaba. Sus regalos eran un par de zapatos marrones Oxford y una caja de bombones. Para cuando salía el sol ya se sentían mareados y cansados. Mick se echó en el sofá. Cerró los ojos y penetró en el cuarto interior.

6

A las ocho en punto de la mañana el doctor Copeland se hallaba sentado ante su escritorio, estudiando un fajo de papeles a la triste luz que penetraba por la ventana. A su lado, el árbol, un cedro de espeso follaje, se alzaba oscuro y verde hasta el techo. Desde el primer año en que había empezado a visitar daba anualmente una fiesta por Navidad, y ahora ya lo tenía todo preparado. En las habitaciones de delante había filas de bancos y sillas alineadas junto a la pared. Toda la casa estaba llena del dulce olor de los pastelillos recién cocidos y del humeante café. Portia estaba en el consultorio con él, sentada en un banco contra la pared, sus manos bajo la barbilla, y el cuerpo casi doblado por completo.

—Padre, llevas encorvado sobre esta mesa desde las cinco. No tenías ninguna obligación para tener que levantarte tan temprano. Deberías haberte quedado en cama hasta la hora de la fiesta.

El doctor Copeland se humedeció sus gruesos labios con la lengua. Tenía tantas cosas en la cabeza que no le prestaba atención a Portia. Su presencia le irritaba.

Finalmente, se volvió hacia ella enfadado.

—¿Por qué estás sentada ahí con ese aspecto tan melancólico?

—Estoy preocupada —respondió ella—. Ante todo, me preocupa nuestro Willie.

—¿William?

—Tú sabes que me ha estado escribiendo regularmente todos los domingos. La carta llegaba los lunes o martes. Pero la semana pasado no escribí. Naturalmente, no estoy muy ansiosa. Willie... siempre ha sido tan bueno y dulce que sé que las cosas le irán bien. Ha sido trasladado de la prisión a la cuerda de presos que van a ir a trabajar a algún lugar al norte de Atlanta. Hace dos semanas me escribió una carta para decir que hoy iban a asistir a unos servicios religiosos, y me pedía que le mandara la maleta con la ropa y su corbata roja.

—¿Era todo lo que te decía?

—También decía que en la cárcel está ese Mister B. F. Mason, y que se encontró con Buster Johnson..., un chico al que conocía. Me pedía también que le enviara la armónica porque no puede ser feliz si no la tiene para tocar. Se la he

mandado. Y también un tablero de ajedrez y un pastel escarchado. Espero tener noticias de él dentro de pocos días.

Los ojos del doctor Copeland brillaban a causa de la fiebre, y no podía mantener las manos quietas.

—Hija, tendremos que discutir esto después. Se está haciendo tarde, y debo terminar mi trabajo. Vuelve a la cocina y mira si todo está preparado.

Portia se puso de pie y se esforzó por reflejar alegría en su cara.

—¿Qué es lo que has decidido con respecto al premio de cinco dólares?

—Hasta ahora no he sido capaz de decidir cuál es la mejor obra —dijo con cautela.

Un amigo suyo, un farmacéutico negro, daba un premio de cinco dólares cada año al estudiante de escuela secundaria que escribiera la mejor composición sobre un determinado tema. El farmacéutico siempre confiaba al doctor Copeland, y sólo a él, la elección, y el ganador era anunciado en la fiesta de Navidad. El tema de la composición de este año era: “Mi ambición: Cómo poder mejorar la situación de la raza negra en la sociedad.” Había una sola composición que merecía auténtica consideración. Pero era de redacción tan infantil y poco atinada que no sería muy prudente concederle el premio. El doctor Copeland se puso las gafas y volvió a leer el ensayo con profunda concentración.

“Ésta es mi ambición. En primer lugar, quiero asistir a la Escuela Superior de Tuskegee, pero no deseo ser un hombre como Booker Washington o el doctor Carver. Luego, cuando considere que mi educación está completa, deseo llegar a ser un buen abogado como el que defendió a los Muchachos de Scottsboro. Solo aceptaría casos de gente de color contra blancos. Diariamente, nuestra gente es obligada de todas las maneras posibles a sentirse inferior. Y no es así. Somos una Raza Ascendente. Y no tenemos por qué seguir sudando más tiempo bajo las cargas del hombre blanco. No debemos sembrar para que recojan otros.

”Quiero ser como Moisés quien condujo a los hijos de Israel lejos de la tierra de sus opresores. Quiero fundar una Organización Secreta de Líderes y Eruditos de Color. Toda la gente de color se organizará bajo la dirección de esos conductores escogidos y se preparará para la revuelta. Otras naciones del mundo que se interesan por la difícil situación de nuestra raza a las que les gustaría ver divididos a los Estados Unidos vendrán en nuestra ayuda. Toda la gente de color se organizará y habrá una revolución, y los hombres de color ocuparán todo el territorio que hay al este del Mississippi y al sur del Potomac. Yo fundaré un país poderoso bajo el control de la Organización de Líderes y Eruditos de Color. No

se le concederá pasaporte a ningún blanco..., y si alguno de ellos penetrara en este país, no tendría derechos legales.

”Odio a toda la raza blanca y siempre trabajaré para conseguir que la raza de color pueda vengarse por todos sus sufrimientos. Ésa es mi ambición.

El doctor Copeland sentía arder la fiebre en sus venas. El tictac del reloj de su escritorio le atacaba los nervios. ¿Cómo podía dar el premio a un muchacho con nociones tan violentas como aquéllas? ¿Qué decidiría?

Las demás composiciones carecían de contenido. La gente joven no pensaba. Escribían sólo sus ambiciones, y omitían la segunda parte del tema. Tan sólo había un aspecto de cierta importancia. De los veinticinco ensayos, nueve empezaban con la frase: “No quiero ser un criado.” Luego, expresaban su deseo de ser pilotos, o campeones de boxeo o predicadores o bailarinas. La única ambición de una muchacha era ser buena con los pobres.

El autor del ensayo que le preocupaba era Lancy Davis. Se había enterado de la identidad del autor antes de llegar a la última página y ver la firma. Había tenido ya algún problema con Lancy. Su hermana se había puesto a trabajar de criada cuando tenía once años de edad, y había sido violada por su empleador, un blanco de mediana edad. Más o menos un año después, recibió una llamada de emergencia para asistir a Lancy.

El doctor Copeland se dirigió al fichero de su dormitorio donde guardaba notas de todos los pacientes. Sacó la tarjeta marcada “Mrs. Dan Davis y familia” y echó una mirada a las anotaciones hasta llegar al nombre de Lancy. La fecha era de cuatro años atrás. Las notas sobre él estaban escritas con más cuidado que las otras y en tinta: “Trece años, pasada la pubertad. Intento infructuoso de autocastración. Hipersexual e hipertiroideo. Lloró furiosamente durante las dos visitas, aunque le dolía poco. Voluble. Muy satisfecho de hablar, aunque con tendencias paranoicas. Rodeado de un buen ambiente aunque con una excepción. Véase Lucy Davis: madre, lavandera. Inteligente. Merece ser observado y ayudado en la medida de lo posible. Mantener contacto. Honorarios: 1 dólar (?)”

—Es difícil tomar una decisión este año —le dijo a Portia. Pero supongo que tendré que conceder el premio a Lancy Davis.

—Si ya está decidido, entonces... ven a hablarme sobre algunos de estos regalos.

Los regalos que iban a ser distribuidos en la fiesta se hallaban en la cocina. Había bolsas de papel con comestibles y ropa, todo adornado con una tarjeta roja de Navidad. Todo el que mostraba deseos de venir era invitado a la fiesta, pero

los que tenían intención de asistir pasaban por la casa y escribían (o pedían a un amigo que escribiera) su nombre en un libro de invitados que había sobre la mesa del vestíbulo con ese fin. Las bolsas estaban apiladas en el suelo. Había unas cuarenta, y su tamaño guardaba relación con la necesidad del destinatario. Algunos regalos eran tan sólo paquetitos de nueces o pasas, y otros eran cajas casi demasiado pesadas para ser levantadas por un hombre. La cocina estaba atiborrada de cosas buenas. El doctor Copeland estaba de pie en la puerta y las ventanillas de su nariz temblaban de orgullo.

—Creo que lo has hecho muy bien este año. La gente ha sido muy buena, sin duda —dijo Portia.

—¡Bah! —exclamó el doctor Copeland—. Ni la centésima parte de lo que hace falta.

—¡Vamos, padre! Sé perfectamente que estás muy contento. Pero no quieres demostrarlo. Siempre tienes que buscar algo por lo que gruñir. Tenemos dos kilos de guisantes, veinte sacos de harina, unos siete kilos de carne, pescado, seis docenas de huevos, cantidad de maíz, potes de tomate y melocotones. Manzanas y dos docenas de naranjas. Y también ropa. Y dos colchones y cuatro mantas. ¡La verdad, ya es algo!

—Una gota en un cubo de agua.

Portia señaló una gran caja que había en el rincón.

—Estas cosas... ¿qué piensas hacer con ellas?

La caja no contenía otra cosa que trastos viejos: una muñeca sin cabeza, un poco de encaje sucio, una piel de conejo. El doctor Copeland examinó atentamente cada artículo.

—No los tires. Todo tiene su utilidad. Se trata de regalos de nuestros invitados que no tienen nada mejor con que contribuir. Ya me servirán de algo más tarde.

—Entonces, supón que les echas unos vistazos a estas cajas y bolsas para que pueda comenzar a atarlos. No va a caber todo aquí en la cocina. Ya es hora de hacer sitio para la comida. Voy a poner todos estos regalos en la escalera de atrás y en el patio.

El sol de la mañana había salido. El día sería brillante y frío. En la cocina flotaban todos aquellos ricos olores. Sobre la estufa había un barreño de café, y en la alacena los pastelillos escarchados llenaban una estantería entera.

—Y nada de esto procede de gente blanca. Todo de los negros.

—No —replicó el doctor Copeland—. Esto no es totalmente cierto. Mister

Singer contribuyó con un cheque de doce dólares para comprar carbón. Y le he invitado hoy.

—¡Santo Jesús! —exclamó Portia—. ¡Doce dólares!

—Me pareció adecuado invitarle. No es como las demás personas de raza caucásiana.

—Tienes razón —dijo Portia—. Pero no dejo de pensar en mi Willie. Cómo me gustaría que pudiera disfrutar de esta fiesta de hoy. Y cuánto me gustaría recibir una carta suya. No tengo otra cosa en la cabeza. Pero bueno, acabemos de charlar y preparémonos. Falta muy poco para que empiece la fiesta.

Pero aún quedaba tiempo. El doctor Copeland se lavó y vistió cuidadosamente. Durante un rato trató de ensayar lo que diría cuando hubiera venido todo el mundo. Pero la expectación y el nerviosismo no le permitían concentrarse. Entonces, a las diez llegaron los primeros invitados, y media hora después no faltaba nadie.

—¡Feliz regalo de Navidad para usted! —gritó John Roberts, el cartero. Se movía contento por la atestada habitación, un hombro más alto que el otro, secándose el sudor de la cara con un blanco pañuelo de seda.

—¡Felicidades también para usted!

La parte delantera de la casa estaba atestada. Los invitados habían taponado la puerta y formaban grupos en el porche y en el patio. Pero no había empujones ni descortesía; el alboroto era ordenado. Los amigos se llamaban mutuamente, y los extraños eran presentados y se estrechaban la mano. Los niños y la gente joven en general formaban un grupo más compacto y se dirigían hacia la cocina.

—¡Los regalos de Navidad!

El doctor Copeland se encontraba de pie en el centro de la habitación delantera junto al árbol. Estaba algo mareado. Estrechaba manos y respondía a los saludos confusamente. Regalos personales, algunos cuidadosamente atados con cintas y otros envueltos en papel de periódico, iban a parar a sus manos. No podía encontrar un lugar para dejarlos. El aire se había espesado, y las voces aumentaban de volumen. Las caras daban vueltas a su alrededor de manera que no podía llegar a reconocer a ninguna. Poco a poco fue recuperando su compostura. Halló espacio para depositar los regalos que tenía en sus brazos. El mareo disminuyó y la habitación se aclaró. Se asentó las gafas y empezó a mirar a su alrededor.

—¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad!

Allí estaban Marshall Nicolls, el farmacéutico, con una chaqueta de largo

vuelo, conversando con su yerno, que trabajaba en un camión de basura. El predicador de la iglesia de la Santísima Ascensión había llegado. Así como dos diáconos de otras iglesias. Highboy, vestido con un llamativo traje a cuadros, se movía sociablemente por entre la multitud. Jóvenes y corpulentos petimetres hacían reverencias a las muchachas, ataviadas éstas con largos vestidos de brillantes colores. Había madres con sus hijos y prudentes ancianos que escupían en llamativos pañuelos. La habitación era cálida y bulliciosa.

Mister Singer estaba de pie en la puerta. Muchas personas lo miraban. El doctor Copeland no podía recordar si le había dado la bienvenida o no. El mudo estaba solo. Su cara recordaba en cierto modo la imagen de Spinoza. Una cara judía. Era agradable verle.

Puertas y ventanas fueron abiertas. Empezó a soplar una corriente de aire por la habitación, que avivó el fuego. Los ruidos se fueron calmando. Los asientos estaban todos ocupados, y los jóvenes se sentaban en el suelo, en filas. El vestíbulo, el porche, el patio incluso, estaban atiborrados de silenciosos invitados. Había llegado el momento en que le tocaba hablar... ¿y qué iba a decir? El pánico le atenazó la garganta. La habitación aguardaba. A una señal de John Roberts, todos los sonidos cesaron.

—Amigos míos... —empezó el doctor Copeland con la mirada vacía. Hubo una pausa. Entonces, de repente, se le ocurrieron las palabras que tenía que decir —. Éste es el decimonoveno año que nos reunimos en esta habitación para celebrar el día de Navidad. Cuando nuestro pueblo oyó hablar por primera vez del nacimiento de Jesucristo era una época oscura. Los nuestros eran vendidos como esclavos en esta ciudad en la plaza del palacio de justicia. Desde entonces hemos oído y contado la historia de Su vida tantas veces que no podríamos enumerarlas. De modo que hoy nuestra historia será diferente. Hace ciento veinte años otro hombre nacía en el país conocido actualmente como Alemania..., un país situado muy lejos, al otro lado del Atlántico. Este hombre comprendía, lo mismo que Jesús, pero sus pensamientos no guardaban relación con el cielo o con el futuro después de la muerte. Su misión era para con los vivos. Para con las grandes masas de seres humanos que trabajan y sufren hasta morir. Para con aquellos que lavan y trabajan de cocineros, que recogen algodón, y los que trabajan en las ardientes cubas de teñido de las fábricas. Su misión era para con nosotros, y este hombre se llamaba Karl Marx. Karl Marx era un hombre sabio. Estudiaba, trabajaba y comprendía el mundo que le rodeaba. Decía que el mundo está dividido en dos clases: los pobres y los ricos. Por cada hombre rico, hay un

millar de pobres que trabajan para que este rico se haga más rico. No dividía el mundo en negros o blancos o chinos...; a Karl Marx le parecía que ser uno de los millones de pobres o uno de los pocos ricos era más importante para un hombre que el color de su piel. La misión de la vida de Karl Marx era hacer que todos los seres humanos fueran iguales, y dividir la gran riqueza del mundo de modo que no hubiera pobres ni ricos y cada persona tuviera su cupo. Éste es uno de los mandamientos que Karl Marx nos dejó: “De cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades.”

Una mano arrugada y amarillenta se agitó con timidez desde el vestíbulo.

—¿Estaba ese Marx en la Biblia?

El doctor Copeland se explicó. Deletreó los dos nombres, y citó fechas.

—¿Hay más preguntas? Quiero que cada uno de vosotros se sienta libre para iniciar o participar de la discusión.

—¿Supongo que Mister Marx era un clérigo cristiano? —preguntó el predicador.

—Creía en la santidad del espíritu humano.

—¿Era blanco?

—Sí. Pero no se veía a sí mismo como un blanco. Decía: “Nada humano me es ajeno”. Se veía a sí mismo como hermano de todos los hombres.

El doctor Copeland hizo una pausa más larga. Las caras que le rodeaban estaban esperando.

—¿Cuál es el valor de una propiedad, de una mercancía que compramos en una tienda? El valor depende solamente de una cosa: del trabajo que lleve fabricar o cultivar ese artículo. ¿Por qué una casa de ladrillo cuesta más que una col? Porque en la construcción de una casa de ladrillo interviene el trabajo de muchos hombres. Están los que fabrican los ladrillos y el mortero, y la gente que corta los árboles para hacer las planchas que se pondrán en el suelo. Están los hombres que hicieron posible la construcción del edificio, y los que transportaron los materiales al terreno donde se va a construir la casa. Luego están los hombres que construyeron las carretillas y camiones que transportaron los materiales a este lugar. Y finalmente los obreros que levantaron la casa. Una casa de ladrillo requiere la labor de mucha, mucha gente..., en tanto que cualquiera de nosotros puede cultivar una col en su patio trasero. Una casa de ladrillo cuesta más que una col porque exige más trabajo que ésta. De manera que cuando un hombre compra esta casa de ladrillo está pagando por el trabajo que se empleó. ¿Pero quién se lleva el dinero..., el beneficio? No los hombres que hicieron el trabajo..., sino

los jefes que los controlan. Y si estudiáis eso con más detenimiento, descubriréis que estos jefes tienen también sus jefes, y éstos a otros que los controlan a su vez..., de modo que quienes controlan todo este trabajo, el cual hace que el artículo valga dinero, son muy pocos. ¿Está claro hasta aquí?

—¿Comprendemos?

Pero ¿era verdad que comprendían? El médico volvió a empezar y repitió todo lo que había dicho. Esta vez hubo preguntas.

—¿Pero no costó dinero la arcilla para fabricar estos ladrillos? ¿Y no cuesta dinero arrendar la tierra para cultivar cosechas?

—Buena pregunta —repuso el doctor Copeland—. La tierra, la arcilla, la madera... estas cosas reciben el nombre de recursos naturales. El hombre no fabrica estos recursos naturales; el hombre sólo los desarrolla, sólo los usa para su trabajo. Por lo tanto, ¿debe una persona o un grupo de personas poseer estas cosas? ¿Cómo puede ser propietario un hombre de tierra y espacio y luz del sol y de lluvia para las cosechas? ¿Cómo puede un hombre decir “esto es mío” referente a estas cosas y negarse a que los demás las compartan? Por ello Marx dice que estos recursos naturales deberían pertenecer a todos, no divididos en pequeñas porciones sino utilizados por toda la gente según su capacidad de trabajar. Esto es así. Digamos que un hombre muere y deja su mula a sus cuatro hijos. Los hijos no querrán cortar la mula en cuatro trozos y llevarse cada uno su parte. Serán propietarios y harán trabajar a la mula juntos. Ésta es la forma como Karl Marx dice que deben poseerse los recursos naturales: no por parte de un grupo de ricos, sino por todos los obreros del mundo en conjunto. Los que estamos aquí en esta habitación no tenemos propiedades privadas. Quizá uno o dos de nosotros sea propietario de la casa en que vive, o haya podido ahorrar un par de dólares..., pero no poseemos nada que no contribuya directamente a mantenernos vivos. Todo lo que poseemos es nuestro cuerpo. Y vendemos nuestro cuerpo cada día. Lo vendemos cuando vamos por la mañana a trabajar y cuando trabajamos todo el día. Nos vemos obligados a venderlo a cualquier precio, en cualquier momento, para cualquier fin. Nos vemos obligados a vender nuestro cuerpo para poder comer y vivir. Y el precio que nos pagan es sólo suficiente para permitirnos conservar la fuerza y así trabajar más tiempo en beneficio de ellos. Hoy no nos ponen en las plataformas y nos venden en la plaza del palacio de justicia. Pero nos vemos obligados a vender nuestra fuerza, nuestro tiempo, nuestra alma durante cada hora de nuestra vida. Nos hemos liberado de una clase

de esclavitud sólo para caer en otra. ¿Es esto libertad? ¿Somos ya hombres libres?

Una voz grave gritó desde el patio delantero:

—¡Es la pura verdad!

—¡Así son las cosas! Y no estamos solos en esta esclavitud. Hay otros millones de esclavos por todo el mundo, de todos los colores y razas y credos. Esto es lo que debemos recordar. Muchos de los nuestros odian a los pobres de la raza blanca, y ellos nos odian a nosotros. La gente de esta ciudad que vive junto al río y que trabaja en las hilanderías. Gente que tiene casi tantas necesidades como nosotros. Este odio es un gran error, y nada bueno puede venir de él. Debemos recordar las palabras de Karl Marx y ver la verdad según sus enseñanzas. La injusticia de la necesidad debe juntarnos y no separarnos. Debemos recordar que todos nosotros damos valor a las cosas de esta tierra con nuestro trabajo. Éstas son las verdades más importantes de Karl Marx que debemos conservar en nuestro corazón para siempre y no olvidar. Pero ¡amigos míos! Nosotros, los de esta habitación, nosotros, los negros, tenemos otra misión que es sólo para nosotros. En nuestro interior hay un propósito fuerte, firme, y si fracasamos en llevarlo a cabo, nos habremos perdido para siempre. Veamos, entonces, cuál es la naturaleza de esta especial misión.

El doctor Copeland se aflojó el cuello de la camisa, porque sentía una opresión en la garganta. El doloroso amor que sentía en su interior era demasiado grande. Miró a su alrededor a los silenciosos invitados. Éstos aguardaban. Los grupos de personas que había en el patio y en el porche prestaban la misma silenciosa atención que los de la habitación. Un viejo sordo se inclinó hacia adelante llevándose la mano a la oreja. Una mujer hizo callar a un quejumbroso bebé con un chupete. Mister Singer permanecía en la puerta en actitud atenta. La mayor parte de los jóvenes estaban sentados en el suelo. Entre ellos, Lancy Davis, de labios nerviosos y pálidos. Se sujetaba las rodillas fuertemente con los brazos, y su juvenil rostro tenía una expresión hosca. Todos los ojos de la habitación se mantenían vigilantes, y en ellos podía observarse el hambre de verdad.

—Hoy vamos a entregar el premio de cinco dólares al estudiante de la escuela secundaria que escribió la mejor composición sobre el tema: “Mi ambición: Cómo puedo mejorar la situación de la raza negra en la sociedad.” Este año, el premio es para Lancy Davis —el doctor Copeland se sacó un sobre del bolsillo—. No hace falta que os diga que el valor de este premio no reside en la suma que representa..., sino en la sagrada confianza y la fe que le acompañan.

Lancy se puso torpemente de pie. Sus ceñudos labios le temblaban. Se inclinó y aceptó el premio.

—¿Desea usted que lea la composición que he escrito?

—No —respondió el doctor Copeland—: Pero me gustaría que vinieras a charlar conmigo en algún momento esta semana.

—Sí señor.

La habitación se había sumido nuevamente en el silencio.

—“¡No quiero ser un criado!” Éste es el deseo que he podido leer una y otra vez en estos ensayos. ¿Criado? Sólo a uno de cada mil de los nuestros se le permite ser criado. ¡Nosotros no trabajamos! ¡Nosotros no servimos! —se oyeron algunas risas incómodas—. ¡Escuchad! Uno de cada cinco de los nuestros trabaja en la construcción de carreteras, o cuida de las obras sanitarias de esta ciudad, o trabaja en un aserradero o una granja. De los cinco, hay otro que es incapaz de conseguir trabajo alguno. Pero ¿y los otros tres de esos cinco..., es decir, la mayor parte de nuestro pueblo? Muchos cocinamos para aquellos que son incapaces de prepararse la comida que han de consumir. Muchos trabajan durante toda su vida cuidando jardines de flores para el placer de una o dos personas. Muchos se dedican a encerar y pulir resbaladizos suelos de bonitas mansiones. O conducen automóviles para personas ricas demasiado perezosas para conducir ellas. Nos pasamos la vida haciendo miles de trabajos que no son de verdadera utilidad para nadie. Trabajamos y la totalidad de nuestra labor se desperdicia. ¿Es eso servicio? No, es esclavitud.

“Trabajamos, pero nuestro trabajo se desaprovecha. No se nos permite servir. Vosotros, los estudiantes que esta mañana estáis aquí representáis a los pocos afortunados de nuestra raza. A la mayoría de nuestra gente no se le permite ir a la escuela. Por cada uno de vosotros hay docenas de personas jóvenes que apenas si saben escribir su nombre. Nos niegan la dignidad del estudio y la sabiduría.

”«De cada uno según su capacidad; a cada uno según sus necesidades». Todos los que estamos aquí sabemos lo que es padecer verdaderas necesidades. He ahí una gran injusticia. Pero hay una injusticia todavía más amarga que ésa..., que se le niegue a uno el derecho a trabajar según su capacidad. Trabajar toda una vida inútilmente. Negarle la oportunidad de servir. Es mucho mejor que nos quiten los beneficios de nuestro bolsillo a que nos roben las riquezas de nuestra mente y nuestra alma.

”Algunos de vosotros los jóvenes que estáis aquí esta mañana tal vez sintáis la necesidad de ser maestros o enfermeras o líderes de vuestra raza. Pero a la

mayor parte de vosotros os será negado. Tendréis que venderos para un fin inútil al objeto de manteneros vivos. Seréis rechazados y derrotados. El joven químico recoge algodón. El joven escritor es incapaz de aprender a leer. A la maestra se le mantiene en una inútil esclavitud ante una mesa de planchar. No tenemos representantes en el gobierno. No tenemos voto. En este gran país, somos los más oprimidos de todos. No podemos levantar nuestra voz. Nuestra lengua se pudre en la boca por falta de uso. Nuestro corazón se vacía y pierde fuerza para conseguir nuestro fin.

”¡Gente de la raza negra! ¡Llevamos en nosotros todas las riquezas de la mente y el alma humana! Ofrecemos el más precioso de todos los regalos. Y nuestro ofrecimiento es recibido con burla y desprecio. Nuestras ofrendas son pisoteadas en el barro e inutilizadas. Se nos condena a un trabajo más inútil que el de las bestias. ¡Negros! ¡Debemos levantarnos y unirnos nuevamente! ¡Debemos ser libres!

Un murmullo recorrió la habitación. Creció la histeria. El doctor Copeland se quedó sin respiración y cerró los puños. Sentía como si se hubiera hinchado hasta adquirir el tamaño de un gigante. El amor que había en él convertía su pecho en una dinamo, y deseaba gritar de modo que su voz pudiera ser oída en toda la ciudad. Quería dejarse caer al suelo y gritar con voz descomunal. La habitación se llenó de gritos y lamentos.

—¡Sálvanos!

—¡Dios todopoderoso! ¡Aléjanos de esta soledad de la muerte!

—¡Aleluya! ¡Sálvanos, Señor!

El doctor Copeland se esforzó por recuperar el control. Finalmente, la disciplina se impuso. Acalló el grito que pugnaba por brotar de su pecho, y habló con voz firme, potente:

—Atención —gritó—. Nosotros mismos nos salvaremos. Pero no con plegarias de duelo. No mediante la indolencia o la bebida, por los placeres del cuerpo o por la ignorancia. No por la sumisión y la humildad. Sino por medio del orgullo. De la dignidad. Convirtiéndonos en duros y fuertes. Debemos aportar fuerza a nuestras convicciones —se detuvo bruscamente, y se irguió—. Cada año, por esta época, ilustramos, con los pobres medios a nuestro alcance, el primer mandamiento de Karl Mari. Cada uno de los aquí reunidos ha traído por anticipado algún regalo. Muchos de vosotros os habéis privado de alguna comodidad a fin de aliviar las necesidades de otros. Cada uno de vosotros ha dado según su mejor capacidad, sin pensar en el valor del regalo que recibirá a

cambio. Para nosotros, es natural compartir algo con los demás. Hace mucho tiempo que nos hemos dado cuenta que es mejor dar que recibir. Las palabras de Karl Marx siempre han estado presentes, aun sin conocerlas, en nuestro corazón: “De cada uno según su capacidad; a cada uno según sus necesidades” —el doctor Copeland se quedó en silencio largo rato, como si no tuviera más palabras que decir. Luego volvió a hablar—: Nuestra misión es caminar con firmeza y dignidad a través de los días de nuestra humillación. Nuestro orgullo debe ser fuerte, porque conocemos el valor de la mente y el alma humanas. Tenemos que enseñar a nuestros hijos. Debemos sacrificarnos para que ellos puedan ganar la dignidad del estudio y la sabiduría. Porque llegará el tiempo. Llegará el tiempo en que las riquezas que llevamos en nosotros no serán tomadas con burla y desprecio. Llegará el tiempo en que se nos permitirá servir. En que trabajaremos y nuestro trabajo no se desperdiciará. Y nuestra misión es esperar este momento con fuerza y fe.

Había terminado. Las manos aplaudían, y los pies golpeaban contra el piso de la habitación así como en el exterior contra el suelo endurecido por el crudo invierno. De la cocina llegaba el aroma del café caliente y fuerte. John Roberts se ocupó de los regalos, gritando los nombres escritos en las tarjetas. Portia repartía con cucharón el café del barreño que había encima de la estufa mientras Marshall Nicolls distribuía trozos de pastel. El doctor Copeland se movía entre los invitados, mientras un grupito le seguía a todas partes.

Alguien le tocó el codo.

—¿Le puso ese nombre a Buddy por él?

El médico le respondió afirmativamente. Lancy Davis siguió haciendo preguntas; él le respondía a todo que sí. La alegría le hacía sentirse como un borracho. Enseñar y exhortar y explicar a su gente..., y hacer que le comprendieran. Eso era lo mejor de todo. Decir la verdad y ser escuchado.

—Lo hemos pasado muy bien en esta fiesta.

El médico se hallaba en el vestíbulo despidiendo a los invitados. No paraba de estrechar manos. Se apoyó pesadamente en la pared, y sólo se movieron sus ojos, pues estaba cansado.

—Les agradezco mucho...

Mister Singer fue el último en marchar. Era verdaderamente un hombre bueno. Era un blanco inteligente y sabio. No había en él nada de aquella ruin insolencia. Cuando todos hubieron marchado, él era el último en quedarse. Esperaba y parecía aguardar alguna palabra final.

El doctor Copeland se llevó una mano a la garganta porque tenía la laringe dolorida.

—Maestros —dijo con voz ronca—. He ahí nuestra mayor necesidad. Líderes. Alguien que nos una y nos guíe.

Después de la fiesta, las habitaciones tenían un aspecto desnudo, desordenado. La casa estaba fría. Portia estaba lavando los vasos en la cocina. La plateada nieve del árbol de Navidad había sido desparramada por el suelo, y se habían roto dos de los ornamentos.

Estaba agotado, pero la alegría y la fiebre no le dejaban descansar. Empezando con el dormitorio, se puso a la tarea de ordenar la casa. Encima del fichero había una tarjeta: la nota que se refería a Lancy Davis. Empezaron a formarse en su mente las palabras que pensaba decirle y se sintió inquieto porque no podía decírselas en aquel mismo momento. La hosca cara del muchacho se le aparecía llena de bondad, y no podía apartarla de sus pensamientos. Abrió el cajón superior del archivo para devolver la tarjeta a su lugar. A, B, C,... iba pasando las letras nerviosamente. Entonces sus ojos se fijaron en su propio nombre: Copeland, Benedict Mady.

En la carpeta había varias radiografías de pulmón y una breve historia clínica. Sostuvo una de las radiografías contra la luz. En la parte superior del pulmón izquierdo aparecía un punto brillante, como una estrella calcificada. Y más abajo una amplia zona empañada que doblaba su tamaño en el pulmón derecho, más arriba. El doctor Copeland volvió a colocar rápidamente las radiografías en la carpeta. Sólo quedaron en su mano las breves notas que había escrito sobre sí mismo. Eran palabras que se extendían mucho en el papel, y garabateadas de tal modo que apenas él mismo era capaz de leerlas. “1920: Calcio. De las glándulas linfa. Espesamiento muy pronunciado del hilo. Lesiones detenidas. Reanudadas actividades. 1937: Reproducida la lesión. Las radiografías muestran...” No podía leer las notas. Al principio no podía distinguir las palabras, y luego, cuando las leyó claramente, no tenían sentido. Al final, había tres palabras: “Pronóstico: lo ignoro.”

Su antiguo sentimiento de violencia se apoderó de él otra vez. Se inclinó y abrió de un brusco tirón el último cajón del fichero. Apareció un confuso montón de carpetas. Notas de la Asociación para el Progreso de la gente de Color. Una amarillenta carta de Daisy. Una nota de Hamilton pidiéndole un dólar y medio. ¿Qué estaba buscando? Sus manos revolvieron el cajón, y finalmente se levantó y se quedó rígido.

Tiempo desperdiciado. Se había perdido una hora.

Portia pelaba patatas en la mesa de la cocina. Estaba como desplomada y con una expresión de dolor en su cara.

—Levanta los hombros —le dijo con irritación—. Y termina con esa actitud de abatimiento. Te pasas el día babeando por ahí, hasta hacerte insoportable.

—Sólo estaba pensando en Willie —dijo ella, llorosa—. Claro que su carta sólo lleva tres días de retraso. Pero no tiene derecho a preocuparme de esta manera. No es esa clase de chico. Y tengo un mal presentimiento.

—Ten paciencia, hija.

—Supongo que habré de tenerla.

—Tengo que hacer algunas visitas, pero volveré pronto.

—Conforme.

—Todo irá bien —dijo él.

La mayor parte de su alegría había desaparecido con el brillante pero poco cálido sol del mediodía. Las enfermedades de sus pacientes aparecían desperdigadas por su mente. Un absceso de riñón. Meningitis espinal. Mal de Pott. Cogió la manivela del automóvil del asiento trasero. Generalmente le pedía a algún negro que pasaba por la calle accionar la manivela por él. Su gente estaba siempre dispuesta a ayudar y servir. Pero ahora encajó la manivela él mismo y le dio vueltas vigorosamente. Se secó el sudor de la cara con la manga del abrigo, se subió apresuradamente detrás del volante y se puso en marcha.

¿Cuánto de lo que él había dicho aquella mañana había sido comprendido? ¿Cuánto sería de algún valor? Recordó las palabras que había utilizado, y éstas parecieron desvanecerse y perder su fuerza. Las palabras no dichas le pesaban más en el corazón. Pugnaban por subir a sus labios y le molestaba. Las caras de su sufrido pueblo se movían ante sus ojos formando una masa cada vez mayor. Y mientras conducía su automóvil, lentamente, calle abajo, en su corazón brotó nuevamente aquel irritado, inquieto amor.

Hacía años que la ciudad no sufría un invierno tan crudo como aquel. La escarcha se acumulaba en los cristales de las ventanas y blanqueaba los tejados de las casas. En las tardes invernales brillaba una vaga luz amarillo limón, y las sombras tenían un delicado tono azul. Una delgada capa de hielo se había formado sobre los charcos de las calles, y corría el rumor de que el día siguiente de Navidad había nevado ligeramente tan sólo a unos quince kilómetros al Norte.

Un cambio se operó en Singer. Con frecuencia salía a dar largos paseos, como los que le habían tenido ocupado durante meses cuando Antonapoulos se marchó. Aquellos paseos se alargaban durante kilómetros en todas direcciones, y abarcaban la mayor parte de la ciudad. Erraba por aquellos poblados barrios situados junto al río que tenían un aspecto más sórdido que nunca desde que las hilanderías habían reducido su actividad aquel invierno. En muchos ojos podía leerse una expresión de sombría soledad. Ahora que la gente se veía forzada a permanecer ociosa, se podía percibir una cierta inquietud. Se producía un ferviente estallido de nuevas creencias. Un joven que había estado trabajando en las tinas de tintado de una hilandería proclamó de repente que había brotado en él un gran poder sobrenatural. Decía que era su deber expresar una serie nueva de mandamientos del Señor. El joven levantó un tabernáculo, y centenares de personas acudían todas las noches para revolcarse por el suelo y sacudirse unas a otras, porque creían que se encontraban en presencia de algo superior a lo humano. Y hubo un crimen, también. Una mujer que no ganaba lo suficiente para comer creía que su capataz le había engañado en sus vales de trabajo y lo apuñaló en la garganta. Una familia de negros se mudó a la última casa de una de las calles más deprimidas, y esto causó tanta indignación que la casa fue quemada y el negro, golpeado por sus vecinos. Pero todo esto eran sólo incidentes. Nada había cambiado realmente. La huelga de la que tanto se hablaba no llegaba nunca a declararse, porque faltaba unión. Todo estaba como antes. Aun en las noches más frías, las Atracciones Sunny Dixie permanecían abiertas. La gente soñaba y se peleaba y dormía igual que siempre. Y por costumbre procuraban no pensar para no quedar atrapados en la amenazante oscuridad del mañana.

Singer paseaba por los lugares más apartados y perfumados de la ciudad donde se apiñaban los negros. Había aquí más alegría y también más violencia. A menudo, el agradable y penetrante olor de la ginebra flotaba en los callejones. Cálidos y soñolientos fuegos coloreaban las ventanas. Se celebraban reuniones en las iglesias casi cada noche. Casitas confortables levantadas en parcelas de pardo césped... también por estos lugares paseaba Singer. Aquí los niños eran más fuertes y más amistosos con los extraños. Vagaba por los barrios de los ricos. En ellos había casas grandes y viejas, de blancas columnas e intrincadas cercas de hierro forjado. Pasaba junto a las grandes casas de ladrillo donde los automóviles hacían sonar su claxon en los senderos y donde las volutas de humo brotaban perezosamente de las chimeneas. Y llegaba hasta el borde mismo de las carreteras que llevaban de la ciudad a los almacenes generales donde los granjeros, los sábados por la noche, se sentaban alrededor de la estufa. Deambulaba a menudo por entre las cuatro manzanas principales de actividad comercial de la ciudad que estaban brillantemente iluminadas y luego por los oscuros y desiertos callejones de detrás. No había parte de la ciudad que Singer no conociera. Observaba los amarillentos rectángulos de luz procedentes de un millar de ventanas. Las noches invernales eran hermosas. El cielo tenía una fría tonalidad azul, y las estrellas eran muy brillantes.

Durante estos paseos le ocurría con frecuencia que le paraban y le hablaban. Se había hecho amigo de toda clase de gente. Si la persona que le hablaba era un extraño, Singer enseñaba su tarjeta para que su silencio fuera comprendido. Llegó a ser conocido en toda la ciudad. Caminaba con los hombros muy erguidos y siempre llevaba las manos metidas en los bolsillos. Sus grises ojos parecían captar todo lo que le rodeaba, y en su rostro seguía habiendo la expresión de paz que se ve con mucha frecuencia en los que son muy sabios o están muy tristes. Siempre se mostraba encantado de detenerse a charlar con quien deseara su compañía. Porque, a fin de cuentas, estaba sólo paseando, y no iba a ninguna parte en concreto.

Empezaron a desatarse ahora varios rumores en la ciudad relativos al mudo. Años antes, con Antonapoulos, siempre se habían dirigido y vuelto al trabajo a pie, pero, excepto por eso, siempre estaban juntos, solos, en sus habitaciones. Nadie se había preocupado entonces por ellos..., y si les observaban era siempre el corpulento griego el que llamaba la atención. El Singer de aquellos años estaba olvidado.

Así que los rumores sobre el mudo eran ricos y variados. Los judíos decían

que él era judío. Los comerciantes de la calle principal afirmaban que había recibido una gran herencia y que era un hombre muy rico. Se murmuraba en un sindicato textil que el mudo era un organizador del CIO. Un turco que rondaba por la ciudad hacía años y que languidecía con su familia en la parte trasera de la tiendecita donde vendían ropa blanca declaraba apasionadamente a su mujer que el mudo era turco. Le decía que cuando le hablaba su lengua el mudo le comprendía. Y cuando explicaba esto su voz se volvía más cálida y se olvidaba de regañar a sus hijos y estaba lleno de planes y de actividad. Un viejo campesino afirmaba que el mudo procedía de algún lugar próximo a su casa y que el padre del mudo tenía la mejor plantación de tabaco de todo el país. Todas estas cosas se decían de Singer.

¡Antonapoulos! En su interior, Singer llevaba siempre el recuerdo de su amigo. Por la noche, cuando cerraba los ojos, la cara del griego aparecía allí en la oscuridad..., redonda y aceitosa, con una sonrisa inteligente y sabia. En sus sueños, siempre estaban juntos.

Hacía más de un año que su amigo se había marchado. Y ese año no parecía ni corto ni largo. Estaba como borrado del sentido ordinario del tiempo..., como cuando uno está borracho o medio dormido. Detrás de cada hora siempre estaba su amigo. Y esta vida interior con Antonapoulos cambiaba y se desarrollaba al igual que las cosas que le rodeaban. Durante los primeros meses había pensado mucho en las terribles semanas que precedieron a la obligada marcha de Antonapoulos, en los problemas que había creado su enfermedad, en las citaciones por arresto, y en el sufrimiento al tratar de controlar los caprichos de su amigo. Pensaba muchas veces en el pasado, cuando él y Antonapoulos habían sido desgraciados. Había un recuerdo, muy lejano, que le asaltaba de vez en cuando.

No tenían amigos. A veces se encontraban con otros mudos..., con tres de ellos habían trabado relación. Pero siempre sucedía algo. Uno de los mudos se fue a vivir a otro estado una semana después de conocerles. Otro estaba casado y tenía seis hijos, y no sabía hablar con las manos. Pero era su relación con el tercero de ellos lo que Singer recordaba cuando su amigo se fue.

Este mudo se llamaba Carl. Era un joven de tez cetrina que trabajaba en una de las hilanderías. Sus ojos eran de un amarillo pálido; y sus dientes, tan brillantes y transparentes que también parecían amarillo pálido. Con un mono azul

que colgaba fláccidamente de su huesudo cuerpo, tenía el aspecto de una muñeca de trapo azul y amarilla.

Le invitaron a cenar y convinieron en encontrarse en la tienda donde trabajaba Antonapoulos. El griego estaba ocupado todavía cuando ellos llegaron. Estaba terminando una hornada de dulce de caramelo en el obrador de la parte trasera de la tienda. El dulce yacía dorado y lustroso sobre la larga mesa cubierta de mármol. La atmósfera era cálida y rica en dulces olores. Antonapoulos parecía encantado de que Carl le estuviera observando mientras él deslizaba el cuchillo por la caliente masa de caramelo y la cortaba en rectángulos. Ofreció a su nuevo amigo un trocito de la masa en el borde de su engrasado cuchillo, y le enseñó el truco que siempre realizaba ante cualquiera a quien deseara agradar. Señaló una tina de jarabe que hervía en la cocina, y se abanicó la cara y entrecerró los ojos para indicar lo caliente que estaba. Luego humedeció la mano en un recipiente de agua fría, la sumergió en el jarabe hirviente y rápidamente volvió a meter la mano en el agua. Los ojos le salían de las órbitas y sacaba la lengua como si estuviera sufriendo una gran agonía. Se retorció incluso la mano y empezó a saltar sobre un pie haciendo temblar todo el edificio. Entonces sonrió de repente y extendió la mano para mostrar que todo era una broma, golpeando a Carl amistosamente en el hombro.

Era una pálida noche invernal, y su aliento se condensaba en el frío aire mientras caminaban tomados del brazo calle abajo. Singer iba en medio, y por dos veces dejó a los otros en la acera mientras él entraba en unas tiendas a comprar. Carl y Antonapoulos llevaban las bolsas de comestibles, y Singer les tomaba del brazo sin dejar de sonreír. Al llegar a casa, sus habitaciones ofrecían un ambiente acogedor, y Singer se movía de un lado a otro alegremente mientras entablaba conversación con Carl. Después de la cena, los dos mudos charlaron mientras Antonapoulos les observaba con una sonrisa aburrída. De vez en cuando, el corpulento griego se dirigía pesadamente a la alacena y servía unas copas de ginebra. Carl estaba sentado junto a la ventana, y sólo bebía cuando Antonapoulos le ponía el vaso frente a la cara, y aun entonces lo hacía a sorbitos solemnes. Singer no podía recordar que su amigo se hubiera mostrado tan cordial con nadie anteriormente, y contemplaba con placer la idea de que Carl vendría a menudo a visitarles.

Era más de medianoche cuando ocurrió lo que iba a echar a perder la fiesta. Antonapoulos regresó de uno de sus viajes a la alacena con una expresión furiosa en su cara. Se sentó en la cama y empezó a mirar repetidamente a su nuevo amigo

con expresiones de ofensa y gran disgusto. Singer trató de avivar la conversación para ocultar aquel extraño comportamiento, pero el griego se mostraba persistente. Carl se acurrucaba en una silla, acariciando sus huesudas rodillas, fascinado y aturdido por las muecas del griego. Estaba sonrojado y tragaba saliva tímidamente. Singer no pudo ignorar la situación por más tiempo, de modo que finalmente le preguntó a Antonapoulos si le dolía el estómago o quizá se sentía mal y deseaba irse a dormir. Antonapoulos hizo un gesto de negación con la cabeza. Señaló a Carl y empezó a hacer todos los gestos obscenos que conocía. Era terrible la expresión de disgusto que mostraba su cara. Carl estaba empuñecido y atemorizado. Al fin, el griego hizo rechinar los dientes y se puso de pie. Apresuradamente, Carl recogió su gorra y abandonó la habitación. Singer le siguió por las escaleras. No sabía cómo explicar al otro la personalidad de su amigo. Carl permanecía en la puerta de entrada, en actitud desmayada, encorvado y con la gorra echada sobre la cara. Al final, se estrecharon las manos y Carl se marchó.

Antonapoulos le dijo que, mientras ellos no se daban cuenta, su invitado se había deslizado a la alacena bebiéndose toda la ginebra. Nada pudo convencer a Antonapoulos de que había sido él mismo el que se había terminado la botella. El corpulento griego estaba sentado en la cama y su redonda cara mostraba una expresión triste y llena de reproche. Gruesas lágrimas rodaban lentamente hasta el cuello de su camiseta y no aceptaba consuelo. Finalmente se fue a la cama, pero Singer permaneció despierto en la oscuridad durante mucho rato. Nunca volvieron a ver a Carl.

Después, años más tarde, fue cuando Antonapoulos cogió el dinero del alquiler guardado en el jarrón de la chimenea, y se lo gastó en las máquinas tragaperras. Y luego aquella tarde de verano en que Antonapoulos bajó por la escalera desnudo para recoger el periódico. El calor le hacía sufrir mucho. Compraron una nevera eléctrica a plazos, y Antonapoulos se pasaba el día chupando los cubitos de hielo, dejando incluso que algunos se deshicieran en la cama mientras dormía. Y estuvo también aquella vez en que Antonapoulos se emborrachó y le arrojó un tazón de macarrones a la cara.

Esos feos recuerdos se entretejían en sus pensamientos durante los primeros meses como hebras defectuosas en una alfombra. Y luego desaparecían. Todas las veces en que habían sido desgraciados fueron olvidadas. Porque a medida que pasaba el año los recuerdos de su amigo se fueron haciendo cada vez más

profundos hasta que se centraron únicamente en el Antonapoulos que sólo él podía conocer.

Éste era el amigo a quien él le contaba todo lo que pasaba por su corazón. Éste era el Antonapoulos de quien nadie sabía que fuera sabio excepto él. A medida que el año avanzaba, su amigo parecía agrandarse en su mente, y su cara surgía de la oscuridad de la noche con una expresión severa y sutil. Los recuerdos de su amigo se modificaban en su mente de tal modo que no recordaba nada que fuera incorrecto o estúpido, sólo lo juicioso y bueno.

Veía a Antonapoulos sentado en una gran silla frente a él. Estaba sentado tranquilo e inmóvil. Su redonda faz tenía una expresión inescrutable. En su boca una sonrisa inteligente. Los ojos, profundos. Observaba las cosas que le decían. Y en su sabiduría, lo comprendía todo.

Éste era el Antonapoulos que estaba ahora siempre en sus pensamientos. El amigo al que él quería contar las cosas que habían sucedido. Porque algo había sucedido aquel año. Le habían abandonado en una tierra extraña. Solo. Había abierto los ojos y a su alrededor había muchas cosas que no comprendía. Estaba desorientado.

Observó cómo se formaban las palabras en sus labios.

Nosotros los negros queremos al fin una oportunidad de ser libres. Y libertad es solamente el derecho de contribuir. Queremos servir y compartir, trabajar y a nuestra vez consumir aquello a lo que tenemos derecho. Pero usted es el único blanco que he conocido que se da cuenta de esta terrible necesidad de mi pueblo.

¿Ve, Mister Singer? Siempre llevo esta música conmigo. Voy a ser un verdadero músico. Quizá no sea nada ahora, pero lo seré cuando tenga veinte años. ¿Ve, Mister Singer? Y luego pienso viajar a un país extranjero en el que haya nieve.

Terminemos la botella. Quiero un traguito. Estábamos hablando de libertad. Esa palabra es como un gusano en mi cerebro. ¿Si? ¿No? ¿Cuánto? ¿Muy poco? Esa palabra es un sinónimo de piratería y robo y astucia. Seremos libres y los más inteligentes podrán entonces esclavizar a los otros ¡Pero! Pero la palabra tiene otro significado. De todas las palabras, ésta es la más peligrosa. Nosotros los que sabemos debemos ser cautos. La palabra nos hace sentir bien... de hecho, la palabra es un gran ideal. Pero es con este ideal que las arañas tejen para nosotros sus telas más peligrosas.

El último se frotaba la nariz. No venía con frecuencia y no decía mucho. Hacía preguntas.

Las cuatro personas llevaban viniendo a sus habitaciones más de siete meses. Nunca venían juntas..., siempre solas. E invariablemente él las esperaba en la puerta con una cordial sonrisa. Seguía echando de menos a Antonapoulos —igual que los primeros meses de la marcha de su amigo—. Por lo que era mejor estar con alguien que demasiado tiempo solo. Era como aquella época, años atrás, en que le hizo una promesa solemne (incluso la escribió en un papel que clavó en la pared encima de la cama), una promesa de que abandonaría los cigarrillos, la cerveza y la carne durante un mes. Los primeros días fueron muy malos. No podía descansar ni estarse quieto. Visitaba a Antonapoulos en la frutería con tanta asiduidad que Charles Parker comenzó a mostrarse antipático con él. Cuando terminaba con el tallado a mano, se iba a holgazanear a la parte de delante de la tienda con el relojero, o la vendedora, o dirigía sus pasos a un bar de los que no expendían alcohol a tomar una coca-cola. En aquellos días estar junto a cualquier extraño era mejor que andar solo, pensando en los cigarrillos y la cerveza y la carne que echaba de menos.

Al principio no comprendió en absoluto a aquellas cuatro personas. Hablaban y hablaban..., y a medida que pasaban los meses cada vez hablaban más. Se había acostumbrado tanto a sus labios que comprendía todas y cada una de las palabras que decían. Y luego, al cabo de un tiempo, supo incluso lo que cada uno de ellos iba a decir antes de que empezaran, porque el sentido era siempre el mismo.

Sus manos eran un tormento para él. Jamás descansaban. Se retorcían durante el sueño, y a veces se despertaba para descubrirlas ante su cara moldeando las palabras, en pleno sueño. No le gustaba mirar sus manos o pensar en ellas. Eran esbeltas, morenas y muy fuertes. Años atrás, las había cuidado con cariño. En invierno, solía untarlas con aceite para prevenir las grietas, y conservar las cutículas de la base de las uñas retraídas y éstas estaban limadas según la forma de las puntas de sus dedos. Le había encantado lavarse y cuidar de sus manos. Pero ahora se limitaba sólo a cepillárselas toscamente un par de veces al día y se las metía otra vez en los bolsillos.

Cuando paseaba arriba y abajo de su habitación hacía crujir las articulaciones de los dedos y tiraba de ellos hasta que le dolían. O se golpeaba la palma de la mano con el puño. Y a veces, cuando estaba solo y sus pensamientos derivaban

hacia su amigo, las manos iniciaban la forma de las palabras antes de darse cuenta de ello. Luego, al verlo, se sentía como un hombre pillado hablando en voz alta consigo mismo. Era casi como si hubiera hecho algo moralmente indecoroso. Sentía una mezcla de vergüenza y de pena, y cruzaba las manos a su espalda. Pero ni así le dejaban descansar.

Singer se quedó parado en la calle delante de la casa donde él y Antonapoulos habían vivido. El crepúsculo era brumoso y gris. Al oeste se dibujaban franjas de un frío tono amarillento y rosado. Un gorrión invernal volaba formando curiosos dibujos recortándose contra el cielo y finalmente fue a posarse en el aguilón de una casa. La calle aparecía desierta.

Sus ojos estaban fijos en una ventana de la parte derecha del primer piso. Aquella era la habitación delantera, y detrás de ella estaba la cocina donde Antonapoulos había preparado todas sus comidas. Por la iluminada ventana vio una mujer que iba arriba y abajo de la habitación. Alta y de imprecisa silueta contra la luz, llevaba un delantal. Había un hombre sentado con el periódico de la tarde en la mano. Un niño con una rebanada de pan se acercó a la ventana y aplastó la nariz contra el cristal. Singer se imaginó el cuarto tal como lo había dejado: con la gran cama para Antonapoulos y el catre de hierro para él, el voluminoso sofá excesivamente relleno y la silla de campaña. La azucarera rota que usaban como cenicero, la mancha de humedad en el techo, allí donde el tejado filtraba, y el cesto de la ropa sucia en el rincón. En un atardecer semejante a éste no habría más luz en la cocina que el brillo de los quemadores de petróleo de la gran estufa. Antonapoulos siempre cerraba tanto las mechas que sólo podía verse una dentada franja de oro y azul dentro de cada quemador. La habitación era cálida y repleta de los agradables olores de la cena. Antonapoulos probaba los platos con su cuchara de madera y ambos bebían vasos de vino tinto. En la moqueta de linóleo que había delante de la estufa las llamas de los quemadores formaban reflejos luminosos..., cinco pequeñas linternas doradas. A medida que el lechoso crepúsculo se iba tornando más oscuro, las linternas se volvían más intensas, de manera que, cuando finalmente llegaba la noche, ardían con vívida pureza. Para entonces la cena estaba siempre lista, y encendían la luz y acercaban las sillas a la mesa.

Singer bajó su mirada hacia la oscura puerta de la casa. Recordó la imagen de ellos dos saliendo juntos por la mañana y regresando, juntos también, al

anochece. Había un lugar roto en el pavimento donde Antonapoulos tropezó una vez y se hizo daño en el codo. Estaba también el buzón donde cada mes llegaba la factura de la compañía de electricidad. Hasta le parecía sentir el cálido contacto del brazo de su amigo contra sus dedos.

La calle estaba ya oscura. Levantó la mirada hacia la ventana una vez más y vio a aquellos extraños, la mujer, el hombre y el niño, formando grupo. Sintió un vacío en su interior. Todo se había ido. Antonapoulos no estaba; no estaba aquí para recordar. Los pensamientos de su amigo estaban en algún otro lugar. Singer cerró los ojos y trató de pensar en el asilo y en la habitación donde Antonapoulos se encontraba aquella noche. Recordó las estrechas camas blancas y a los viejos que jugaban a las cartas en el rincón. Apretó los párpados, pero no logró evocar aquella habitación con claridad. La sensación de vacío era muy profunda, y al cabo de un rato levantó una vez más la mirada hacia la ventana y luego empezó a andar por la acera calle abajo, por donde tantas veces habían caminado juntos.

Era sábado por la noche. La calle principal estaba atestada de gente. Negros vestidos con mono, tiritando, se agolpaban ante los escaparates de las tiendas de artículos a diez centavos. Familias enteras hacían cola ante la taquilla del cine, y jóvenes y muchachas contemplaban los carteles colocados en el exterior. El tráfico de los automóviles era tan peligroso que tuvo que esperar mucho rato antes de cruzar la calle.

Pasó por delante de la frutería. Las frutas tenían un hermoso aspecto en el aparador: plátanos, naranjas, aguacate, brillantes y pequeñas naranjas navelinas, e incluso algunas piñas. Pero Charles Parker estaba atendiendo a un cliente. La cara de Charles Parker le resultaba muy desagradable. En varias ocasiones, cuando Charles Parker no estaba presente, había entrado en la tienda y holgazaneado en ella largo rato. Incluso se había llegado a la cocina de la parte de atrás donde Antonapoulos fabricaba las golosinas. Pero nunca entraba en la tienda cuando estaba Charles Parker. Ambos habían procurado evitarse desde el día en que Antonapoulos se marchara en el autobús. Cuando se encontraban en la calle volvían la cara sin saludarse. En una ocasión en que Singer quería enviar a su amigo un tarro de su miel favorita, se la había pedido a Charles Parker por correo, para no verse obligado a encontrarse con él.

Singer se quedó ante el escaparate y observó cómo el primo de su amigo atendía a un grupo de clientes. El negocio siempre iba bien los sábados por la noche. Antonapoulos a veces había tenido que trabajar hasta las diez. La gran máquina automática de palomitas de maíz estaba cerca de la puerta. Un empleado

introducía en ella una medida de granos, y el maíz giraba dentro de una caja como gigantescos copos de nieve. El olor que despedía la tienda era cálido y familiar. Había cáscaras de cacahuete pisoteadas por el suelo.

Singer siguió su camino. Tenía que abrirse paso cuidadosamente entre la multitud para evitar que le empujaran. Las calles aparecían adornadas con luces eléctricas rojas y verdes debido a las fiestas. La gente formaba grupos risueños, y se rodeaban con los brazos. Jóvenes padres mecían a sus llorosos bebés sobre los hombros. Una muchacha del Ejército de Salvación, tocada con su gorrito rojo y azul, hacía tintinear una campanilla en la esquina, y cuando miró a Singer, éste se vio obligado a dejar caer una moneda en el platillo que había junto a ella. Había mendigos, negros y blancos, que tendían sus gorros o sus callosas manos. Los rótulos luminosos de neón proyectaban un brillo anaranjado sobre los rostros de la multitud.

Llegó a la esquina en que él y Antonapoulos habían visto una vez un perro rabioso en una tarde de otoño. Pasó luego por delante de la habitación situada encima de los almacenes del ejército y la marina, donde Antonapoulos se hacía fotografiar todos los días de paga. Llevaba ahora muchas de esas fotografías en el bolsillo. Dobló hacia el oeste, en dirección al río. Una vez cogieron una cesta de picnic y cruzando el puente fueron a comer a un campo del otro lado.

Singer estuvo caminando por la calle principal durante una hora. De toda la multitud, parecía ser el único que estaba solo. Finalmente consultó su reloj de bolsillo y dio la vuelta en dirección a la casa en que vivía. Quizá alguien iría a visitarle aquella noche. Así lo esperaba.

Envió por correo a Antonapoulos una gran caja de regalos para Navidad. Igualmente ofreció presentes a cada una de las cuatro personas que venían a visitarle y a la señora Kelly. Para los cuatro juntos había comprado una radio y la puso sobre la mesa junto a la ventana. El doctor Copeland ni siquiera reparó en ella. Biff Brannon la descubrió inmediatamente y enarcó las cejas. Jake Blount, en cambio, la mantuvo encendida todo el tiempo que estuvo allí, en la misma estación, y al hablar lo hacía gritando por encima del ruido de la música, al menos así se lo pareció a Singer, porque se le hinchaban las venas de la frente. Mick Kelly al principio no comprendió cuando vio la radio. Se le enrojó la cara y preguntó una y otra vez si realmente era de él, y si podía escucharla. Estuvo haciendo girar el dial durante varios minutos antes de detenerlo en el lugar

que le convenía. Se sentó inclinada hacia delante en la silla con las manos sobre las rodillas, la boca abierta y el pulso latiendo muy de prisa en sus sienas. Parecía escuchar muy atentamente, fuera lo que fuera lo que oía. Estuvo sentada allí la tarde entera, y una vez que sonrió al mudo sus ojos estaban húmedos y se los frotó con los puños. Le preguntó si podía venir a escucharla alguna vez mientras él se encontraba en el trabajo, y Singer asintió. Así que durante los días que siguieron siempre que abría la puerta la encontraba junto a la radio. La muchacha se mesaba su corto y despeinado cabello, y había una expresión en su cara que él jamás había visto.

Poco después de la Navidad, una noche, dio la casualidad de que las cuatro personas vinieron a visitarle al mismo tiempo. Esto no había ocurrido nunca. Singer se movía por la habitación repartiendo sonrisas y cosas para comer, haciendo todo lo posible para que sus invitados estuvieran cómodos. Pero algo no andaba bien.

El doctor Copeland permanecía de pie, en la puerta, con el sombrero en la mano, y sólo hizo una fría reverencia a los demás. Los otros le miraron como preguntándose por qué estaba allí. Jake Blount abrió las cervezas que había traído consigo, y la espuma le manchó la pechera de la camisa. Mick Kelly escuchaba la música de la radio. Biff Brannon estaba sentado en la cama, las piernas cruzadas, y sus ojos escrutaban al grupo que tenía ante sí con los ojos fijos y entrecerrados.

Singer estaba desorientado. Siempre cada uno de ellos había tenido muchas cosas que decir. Sin embargo, ahora que estaban juntos, guardaban silencio. Al entrar todos, él había esperado alguna especie de estallido. Vagamente, esperaba que aquello fuera el final de algo. Pero en la habitación no reinaba otra cosa que una sensación de tensión. Las manos del mudo trabajaban nerviosamente como si estuvieran tirando de cosas invisibles del aire y atándolas.

Jake Blount se encontraba junto al doctor Copeland.

—Conozco su cara. Hemos tropezado una vez aquí..., en la escalera.

El doctor Copeland movió su lengua con precisión, como si cortara sus palabras con tijeras. “No sabía que nos conociéramos”, dijo. Luego, su rígido cuerpo pareció encogerse. Dio un paso atrás hasta que se encontró justo fuera del umbral de la habitación.

Biff Brannon fumaba su cigarrillo con afectación. El humo se depositaba en delgadas capas azules por toda la habitación. Biff se volvió hacia Mick, y, al mirar a la muchacha, se ruborizó. Biff entrecerró los ojos y momentos después su cara volvió a quedar blanca.

—¿Y cómo van tus asuntos actualmente?

—¿Qué asuntos? —preguntó Mick con sospecha.

—Los de la vida —dijo él—. La escuela... y todo eso.

—Muy bien, supongo —replicó la muchacha.

Cada uno de ellos miró a Singer en actitud expectante. Éste estaba confundido. Ofrecía refrescos y sonreía.

Jake se frotó los labios con la palma de la mano. Abandonó su intento de entablar conversación con el doctor Copeland y se sentó en la cama al lado de Biff.

—¿Sabe usted quién escribía estas malditas advertencias en tiza roja en las vallas y paredes que rodean las hilanderías?

—No —respondió Biff—. ¿Qué malditas advertencias?

—La mayoría son del Antiguo Testamento. Llevo mucho tiempo preguntándome quién sería.

Cada una de las personas presentes dirigía sus palabras principalmente al mudo. Sus pensamientos parecían converger en él como los radios de una rueda convergen en su centro.

—Este frío que ha hecho no es muy corriente —dijo Biff finalmente—. El otro día estaba revisando algunas viejas estadísticas y descubrí que en el año mil novecientos diecinueve el termómetro había bajado a doce grados bajo cero. Estábamos a sólo nueve bajo cero esta mañana, y es la temperatura más baja desde la gran helada de aquel año.

—Había carámbanos colgados del tejado de la carbonera esta mañana —informó Mick.

—La semana pasada no ganamos dinero ni para pagar la nómina —dijo a su vez Jake.

Discutieron del tiempo un ratito más. Cada uno de ellos parecía estar aguardando a que los demás se marcharan. Luego, como siguiendo el mismo impulso, todos se levantaron para salir al mismo tiempo. El doctor Copeland fue el primero, y los demás le siguieron inmediatamente. Cuando se hubieron ido, Singer se quedó solo en la habitación, y como no comprendía la situación, quería olvidarla. Decidió escribir a Antonapoulos aquella noche.

El hecho de que Antonapoulos no supiera leer no impedía que Singer le escribiera. Desde un principio había sabido que su amigo era incapaz de descifrar

el significado de las palabras sobre el papel, pero a medida que pasaban los meses empezó a imaginar que tal vez se había equivocado, que quizá Antonapoulos mantenía en secreto su conocimiento de las letras. Igualmente, era posible que hubiera algún sordomudo en el asilo que fuera capaz de leer sus cartas y luego explicárselas a su amigo. Se imaginó varias justificaciones para sus cartas, porque siempre sentía una gran necesidad de escribir a su amigo cuando estaba desorientado o triste. Una vez escritas, sin embargo, aquellas cartas nunca eran echadas al correo. Recortaba las tiras cómicas de los periódicos de la mañana y de la tarde y se las enviaba a su amigo todos los domingos. Y cada mes le mandaba también un giro postal. Pero las largas cartas que escribía a Antonapoulos se acumulaban en sus bolsillos hasta que finalmente las destruía.

Cuando las cuatro personas se hubieron ido, Singer se embutió su cálido abrigo gris y su sombrero gris de fieltro y abandonó la habitación. Siempre escribía sus cartas en la tienda. Además, había prometido entregar cierto trabajo a la mañana siguiente, y quería terminarlo ahora para que no cupiera la posibilidad de un retraso. La noche era muy fría. La luna, llena, aparecía rodeada de un halo dorado. Los negros tejados de las casas se recortaban contra el cielo tachonado de estrellas. Mientras caminaba, pensaba en diversas maneras de iniciar su carta, pero ya había llegado a la tienda antes de que la primera frase estuviera clara en su mente. Entró en el oscuro local con su llave y encendió las luces de delante.

Él trabajaba en la parte del fondo de la tienda, separado su lugar del resto del local por una cortina de paño, lo que lo convertía en una pequeña habitación privada. Además de su banco de trabajo y de una silla, había una pesada caja fuerte en un rincón, un lavabo con un espejo verdoso y estanterías llenas de cajas y de relojes muy estropeados. Singer levantó la tapa de su banco de trabajo y sacó del estuche de fieltro la fuente de plata que había prometido terminar. Aunque hacía frío en la tienda se quitó el abrigo y se remangó los puños de la camisa a rayas azules para que no le estorbaran en su trabajo.

Durante largo rato estuvo trabajando en el monograma del centro de la fuente. Con delicados y concentrados trazos, iba guiando el punzón sobre la plata. Mientras trabajaba, su mirada tenía una expresión curiosamente penetrante de hambre. Pensaba en la carta que iba a escribir a su amigo Antonapoulos. Era más de la medianoche cuando terminó el trabajo. Al dejar a un lado la fuente, tenía la frente húmeda de la excitación. Limpió su banco y empezó a escribir. Le encantaba formar palabras con una pluma sobre el papel, y moldeaba las letras con mucho esmero, como si el papel fuese una fuente de plata.

Mi único amigo:

Veo por nuestra revista que la Sociedad se reúne este año en una convención en Macon. Habrá oradores y un banquete de cuatro platos. Me lo imagino. Recuerdo que siempre planeábamos asistir a las convenciones pero que jamás lo hacíamos. Ahora desearía que lo hubiéramos hecho. Me gustaría asistir a ésta, y he imaginado cómo sería. Pero, por supuesto, jamás podría ir sin ti. Vendrán de muchos estados, llenos de palabras y con largos sueños en el corazón. Hay también un servicio especial en una de las iglesias y una especie de concurso, con una medalla de oro como premio. Te escribo que me imagino todo esto. La verdad es que sí y no. Mis manos han estado quietas tanto tiempo que es difícil recordar cómo es. Y cuando imagino la convención pienso que todos los invitados son como tú, amigo mío.

Estuve ante nuestra casa el otro día. Ahora vive en ella otra gente. ¿Recuerdas el gran roble que había delante? Le cortaron las ramas para que no se cruzaran con las líneas telefónicas, y el árbol se murió. Las ramas están ahora podridas, y hay un hueco en el tronco.

Asimismo, el gato que había aquí en la tienda (el que tú solías mimar y acariciar) comió algo envenenado y murió. Fue muy triste.

Singer sostuvo la pluma en equilibrio sobre el papel. Permaneció sentado largo rato, erguido y tenso, sin continuar la carta. Luego se puso de pie y encendió un cigarrillo. La habitación estaba fría y el aire tenía un olor acre y viciado: una mezcla de olores de queroseno, lustre de plata y tabaco. Se puso el abrigo y la bufanda y empezó a escribir nuevamente con lenta determinación.

Recordarás a las cuatro personas de que te hablé cuando estuve ahí. Te dibujo sus caras: el negro, la muchacha, el tipo del bigote y el hombre que es dueño del café Nueva York. Hay algunas cosas sobre ellos que me gustaría contarte, pero no estoy seguro de cómo expresarlo en palabras.

Todos ellos son personas muy ocupadas. De hecho, lo están tanto que sería difícil describírtelos. No me refiero a que estén en su trabajo día y noche, sino a que tienen siempre tantas cosas en su cabeza que no les dejan descansar. Vienen a mi habitación y charlan conmigo hasta que llega un momento en que no consigo entender cómo una persona puede abrir y cerrar su boca tanto sin fatigarse. (Sin embargo, el dueño del café Nueva York es diferente: no es como los otros. Tiene una barba muy cerrada, por lo que debe afeitarse dos veces al día, y posee una de esas maquinillas eléctricas. Él se limita a observar. Los otros llevan en sí algo

que odian. Pero también tienen algo que les gusta más que comer o dormir o el vino o la compañía amistosa. Por eso están siempre tan ocupados).

El del bigote creo que está loco. A veces pronuncia sus palabras con mucha claridad, como mi maestro hace mucho tiempo en la escuela. En otras ocasiones habla un lenguaje que yo no puedo seguir. A veces se viste con un traje corriente, pero al día siguiente se presenta negro de suciedad y maloliente, y con el mono que lleva para trabajar. Sacude el puño y dice palabrotas de borracho que no quisiera que tú conocieras. Piensa que compartimos un secreto, pero yo no sé de qué se trata. Y deja que te escriba algo que te resultará un poco difícil de creer. Puede beberse un litro y medio de whisky Happy Days y seguir hablando y caminando como si tal cosa sin necesidad de irse a la cama. Tal vez no lo creas, pero es cierto.

Yo le alquilo mi habitación a la madre de la muchacha por 16 dólares al mes. La chica vestía antes pantalones cortos como un muchacho, pero ahora lleva una falda azul y una blusa. Aún no es una jovencita. Me gusta que venga a verme. Precisamente, ahora que tengo la radio, no para de hacerlo. Le gusta la música. Quisiera saber qué oye. Sabe que soy sordo, pero cree que entiendo de música.

El negro está enfermo de tuberculosis, pero no puede ir a ningún buen hospital de aquí porque es negro. Es médico, y es la persona más trabajadora que he conocido. No habla como lo hacen los negros. A los otros de su raza me cuesta entenderlos porque no mueven bastante la lengua para decir las palabras. Este negro me asusta a veces. Sus ojos son ardientes y brillantes. Me pidió que fuera a una fiesta en su casa, y lo hice. Tiene muchos libros. Sin embargo, no tiene libros de suspense. Ni bebe ni come carne ni va al cine.

Ya, Libertad y piratas. Ya, Capital y Demócratas, dice el tipo feo del bigote. Pero luego se contradice, y grita: La Libertad es el mayor de los ideales. Tengo que conseguir una oportunidad para escribir la música que llevo en mí y ser músico. He de tener una oportunidad, dice el médico negro. Es la necesidad divina de mi pueblo. Ajá, dice el dueño del café Nueva York. Es un tipo pensativo.

Así hablan todos ellos cuando vienen a mi habitación. Estas palabras que hay en su corazón no les dejan descansar, por lo que siempre están muy ocupados. Pensaría uno entonces que cuando están juntos se comportarían como los de la Sociedad que se reúnen en la convención de Macon esta semana. Pero no es así. Hoy vinieron todos a mi habitación al mismo tiempo. Se quedaron sentados como si pertenecieran a distintas ciudades. Se mostraron incluso groseros, y tú sabes

como he dicho siempre que ser grosero y no preocuparse de los sentimientos de los demás está mal. Pues así fue. No lo entiendo, así que te escribo porque pienso que tú lo comprenderás. Tengo extraños presentimientos. Pero ya he escrito bastante sobre ese tema, y me imagino que estarás cansado de él. Yo también.

Hoy hace ya cinco meses y veintiún días. Durante todo este tiempo he estado solo, sin ti. No pienso en otra cosa que en cuándo voy a volver a estar contigo. Si no puedo ir a verte pronto, no sé qué pasará.

Singer apoyó la cabeza en el banco y descansó. El olor y la sensación de la madera lustrada contra su mejilla le hizo recordar sus días escolares. Se cerraron sus ojos y se sintió mareado. En su mente aparecía sólo la cara de Antonapoulos, y el deseo de ver a su amigo era tan ferviente que contuvo la respiración. Al cabo de un rato, Singer se incorporó y cogió nuevamente la pluma.

El regalo que he encargado para ti no llegó a tiempo de ser incluido en la caja de Navidad. Lo espero para muy pronto. Creo que te gustará y te entretendrá. Siempre pienso en nosotros y recuerdo todo lo nuestro. Echo de menos la comida que me hacías. En el café Nueva York se come mucho peor que antes. No hace mucho encontré una mosca en la sopa. Estaba entre las verduras y los fideos parecidos a letras. Pero eso no es nada. Te necesito; es una soledad que no puedo soportar. Pronto iré a verte de nuevo. Mis vacaciones no son hasta dentro de seis meses, pero pienso que podré arreglar las cosas para ir antes. Me parece que tendré que hacerlo. No sirvo para estar solo y sin alguien como tú, que comprende.

Siempre tuyo,

JOHN SINGER

Regresó a las dos de la madrugada. La enorme y atestada casa estaba a oscuras, pero logró subir a tientas, con cuidado, los tres tramos de escaleras, sin tropezar. Se sacó del bolsillo las tarjetas que llevaba consigo, así como el reloj y la pluma estilográfica. Luego dobló sus ropas limpiamente y las dejó sobre el respaldo de la silla. Su pijama de franela gris era cálido y suave. En cuanto se hubo subido las mantas hasta la barbilla se quedó dormido.

De la negrura fue tomando forma un sueño. Unas linternas opacas y amarillas iluminaban un tramo de escaleras de piedra. Antonapoulos estaba arrodillado en lo alto de dichas escaleras. Estaba desnudo y manejaba torpemente algo que sostenía encima de la cabeza y que miraba como si estuviera orando. También él, Singer, estaba arrodillado a media escalera. Desnudo también, sentía frío y no

podía apartar los ojos de Antonapoulos y de la cosa que éste sostenía encima de su cabeza. Detrás de él, al pie de la escalera, presintió la presencia del tipo del bigote, la muchachita, el negro y el otro. Todos estaban arrodillados desnudos, y tenían los ojos clavados en él. Detrás del grupo había una incalculable multitud de personas arrodillada en la oscuridad. Sus propias manos eran enormes molinos de viento y no podía apartar su fascinada mirada de aquella cosa desconocida que Antonapoulos sostenía. Las linternas amarillas se balanceaban adelante y atrás en la oscuridad, y todo lo demás estaba inmóvil. Entonces, de repente, se produjo una agitación. En medio del trastorno, la escalera se hundió, y él se sintió caer. Despertó con un sobresalto. Las primeras luces de la mañana iluminaban la ventana. Sintió miedo.

Había pasado tanto tiempo que podía haberle sucedido algo a su amigo. Como Antonapoulos no le escribía, no podría saberlo. Quizá su amigo se había caído y se había hecho daño. Sentía una necesidad tan urgente de estar con él una vez más que decidió arreglar el viaje a toda costa..., e inmediatamente.

En la oficina de correos halló aquella mañana un aviso en su buzón de que había llegado un paquete para él. Era el regalo que había pedido por Navidad, que no había llegado a tiempo. Un regalo estupendo. Lo había comprado a plazos, en dos años. Se trataba de un proyector cinematográfico para aficionados, junto con media docena de películas de dibujos de Mickey Mouse y Popeye, que a Antonapoulos le encantaban.

Singer fue el último en llegar a la tienda aquella mañana. Entregó al joyero para el que trabajaba una petición escrita formal de librar el viernes y el sábado. Y aunque se esperaba tener que atender cuatro bodas aquella semana, el joyero le dio permiso para irse.

No informó a nadie de su viaje, dejando sólo clavada en su puerta una nota en la que advertía que estaría ausente durante varios días por razones de trabajo. Viajó de noche, y el tren llegó al lugar de destino justo en el momento en que empezaba a despuntar la rojiza aurora invernal.

Por la tarde, un poco antes de la hora de visita, llegó al asilo. Iba cargado con las diferentes partes del proyector y la cesta de fruta que llevaba a su amigo. Se dirigió inmediatamente a la sala en que había visitado a Antonapoulos anteriormente.

El pasillo, la puerta, las filas de camas, todo estaba exactamente igual como lo recordaba. Atravesó el umbral y miró ansiosamente a su amigo. Pero

inmediatamente vio que todas las sillas estaban ocupadas. Antonapoulos no estaba allí.

Singer dejó sus paquetes en el suelo y escribió en una de sus tarjetas: “¿Dónde está Spiros Antonapoulos?” Una enfermera entró en la habitación y él le alargó la tarjeta. La mujer no comprendió. Movi6 negativamente la cabeza y se encogió de hombros. Singer sali6 al corredor y comenz6 a tender la tarjeta a todo el que encontraba. Pero nadie parecía saber nada. Sintió un pánico tan grande en él que empez6 a hacer movimientos con las manos. Al final se tropez6 con un interno de bata blanca. Toc6 al interno en el codo y le entreg6 la tarjeta. El interno la ley6 cuidadosamente, y luego le gui6 a través de varios pasillos y salas. Llegaron a una pequeña habitación en la que una joven estaba sentada a una mesa delante de algunos papeles. La joven ley6 la tarjeta y luego consult6 algunos expedientes de un caj6n.

Lágrimas de nerviosismo y temor bañaban los ojos de Singer. La joven empez6 a escribir parsimoniosamente en un trozo de papel, y él no pudo resistir más y retorci6 el cuerpo para ver inmediatamente lo que le estaba escribiendo sobre su amigo.

Mister Antonapoulos ha sido trasladado a la enfermería. Padece una nefritis. Haré que alguien le muestra a usted el camino.

De vuelta a través de los corredores se detuvo a recoger los paquetes que había dejado abandonados en la puerta de la sala. Le habían robado la cesta de fruta, pero las demás cajas estaban intactas. Sigui6 al interno fuera del edificio y a través de una parcela de césped hasta la enfermería.

¡Antonapoulos! Al llegar a la sala correcta, le vio a la primera ojeada. Su cama estaba situada en el medio de la habitación, y él se encontraba sentado apoyado en almohadas. Llevaba una bata escarlata, pijama de seda verde y un anillo de turquesa. Su cutis tenía un color amarillo pálido, y en sus oscuros ojos una expresión soñadora. El negro cabello ligeramente ribeteado de plata en las sienes. Estaba haciendo punto. Sus gordezuelos dedos trabajaban con las largas agujas de marfil muy lentamente. Al principio no vio a su amigo. Luego cuando Singer se coloc6 ante él, sonri6 serenamente, sin sorpresa, y alarg6 su enojada mano.

Un sentimiento de timidez y cohibición como jamás había sentido se apoder6 de Singer, el cual se sent6 en la cama y cruz6 las manos sobre el borde del

cubrecama. Sus ojos permanecían fijos en la cara de su amigo y estaba mortalmente pálido. El esplendor de la vestimenta de su amigo le dejó aturdido. En diversas ocasiones le había enviado él mismo todos aquellos artículos, pero no se había imaginado cómo le sentarían al combinarlos todos. Antonapoulos estaba más enorme de lo que recordaba. Debajo de su pijama de seda se adivinaban los grandes pliegues de su abdomen. La cabeza se recortaba inmensa contra la blanca almohada. La plácida expresión de su cara era tan profunda que parecía como si no se hubiera dado cuenta de la presencia de Singer.

Éste levantó las manos tímidamente y comenzó a hablar. Sus fuertes y hábiles dedos formaban los signos con encantadora precisión. Hablaba del frío y de los largos meses de soledad. Mencionaba viejos recuerdos: el gato que había muerto, la tienda, el lugar en que vivían. A cada pausa Antonapoulos asentía graciosamente. Le habló de las cuatro personas y de las largas visitas de éstas a su habitación. Los ojos de su amigo eran oscuros y estaban húmedos, y en ellos Singer descubría las pequeñas imágenes rectangulares de sí mismo que había observado un millar de veces. Volvió a fluir la cálida sangre por su rostro, y sus manos se aceleraron. Habló detenidamente del negro, del tipo con bigote y de la muchacha. Los dibujos trazados por sus manos se iban moldeando cada vez con mayor rapidez. Antonapoulos, por su parte, asentía lenta y gravemente. Con ansiedad, Singer se inclinó acercándose a su amigo, respirando larga y profundamente. En sus ojos brillaban las lágrimas.

Entonces, de repente, Antonapoulos trazó un lento círculo en el aire con su regordete dedo índice. Su dedo describía un círculo en dirección a Singer, y finalmente le hundió el dedo en el estómago. La sonrisa del corpulento griego se hizo más amplia y asomó su gorda y sonrosada lengua. Singer se rió, y sus manos formaron las palabras con frenética velocidad. La risa le sacudía los hombros, y al mismo tiempo echaba la cabeza hacia atrás. Por qué se reía, lo ignoraba. Antonapoulos puso los ojos en blanco. Singer continuó riéndose desenfrenadamente hasta que perdió la respiración y los dedos le temblaron. Agarró el brazo de su amigo y trató de calmarse. Sus risas seguían brotando lenta y dolorosamente como accesos de hipo.

Antonapoulos fue el primero en recobrar la compostura. Su gordo piececillo había desarreglado las ropas al pie de la cama. Su sonrisa se desvaneció y soltó un puntapié desdeñoso a la manta. Singer se apresuró a enderezar las cosas, pero Antonapoulos frunció el ceño y levantó el dedo en actitud regia a una enfermera que pasaba en aquel momento por la sala. Cuando la mujer hubo arreglado la

cama a su gusto, el griego inclinó la cabeza tan pausadamente que el gesto más bien parecía de bendición que de simple agradecimiento. Luego se volvió gravemente otra vez hacia su amigo.

Mientras hablaba, Singer no se daba cuenta de cómo había pasado el tiempo. Sólo cuando una enfermera le trajo a Antonapoulos su cena en una bandeja, comprendió que era tarde. Se encendieron las luces de la sala y afuera empezó a oscurecer. También los demás pacientes tenían ante sí las bandejas de su cena. Habían abandonado su tarea (algunos tejían cestos, otros repujaban cuero o hacían punto) y estaban comiendo indiferentemente. Al igual que Antonapoulos, todos parecían muy enfermos y estaban pálidos. La mayor parte necesitaba un corte de pelo y todos llevaban sórdidos camisones grises abiertos por la espalda. Miraban a los dos mudos con expresión interrogante.

Antonapoulos levantó la tapa de su plato e inspeccionó la comida cuidadosamente. Había pescado y algunas verduras. Cogió el pescado y lo sostuvo a la luz en la palma de la mano para una cuidadosa inspección. Después se lo comió con fruición. Durante la cena empezó a señalar a las diversas personas de la habitación. Señaló a un hombre del rincón y empezó a hacer muecas de disgusto. El hombre le lanzó un gruñido. Señaló luego a un muchacho y le sonrió, asintió con la cabeza y agitó su regordeta mano. Singer se sentía demasiado feliz para experimentar vergüenza alguna. Cogió los paquetes del suelo y los dejó encima de la cama para distraer a su amigo. Antonapoulos quitó las envolturas, pero la máquina no le interesó en absoluto. Volvió a concentrarse en su cena.

Singer alargó una nota a la enfermera explicándole lo del proyector. Ella llamó a un interno, y luego trajeron a un médico. Mientras celebraban consulta, miraban con curiosidad a Singer. Las noticias llegaron pronto a los demás pacientes, que se incorporaron excitados en su cama. Antonapoulos era el único que permanecía indiferente.

Singer había practicado previamente con el proyector. Montó la pantalla para que todos los pacientes pudieran verla. Luego se dedicó a preparar el proyector y la película. La enfermera se llevó las bandejas de la cena y fueron apagadas las luces de la sala. La pantalla se iluminó con una comedia de Mickey Mouse.

Singer observaba a su amigo. Al principio Antonapoulos quedó sorprendido. Se irguió para ver mejor, y se hubiera levantado de la cama de no habérselo impedido la enfermera. Luego se dedicó a observar con una radiante sonrisa. Singer podía ver a los demás pacientes llamándose entre sí y riéndose.

Enfermeras y ayudantes sanitarios llegaron del pasillo, y la sala entera experimentó una conmoción. Cuando la película del ratón Mickey hubo terminado, Singer puso una de Popeye. Luego, al terminar ésta, consideró que el entretenimiento ya había durado bastante para ser la primera vez. Encendió la luz, y la sala recuperó su actividad normal. Cuando el interno colocó la máquina bajo la cama de su amigo, Singer vio que Antonapoulos miraba de reojo a la sala para asegurarse de que todos se daban cuenta de que la máquina era suya.

Singer empezó otra vez a hablar con las manos. Sabía que pronto le pedirían que se marchase, pero los pensamientos que llevaba almacenados en su mente eran demasiados para formularlos en un tiempo tan corto. De modo que hablaba con frenético apresuramiento. En la sala había un viejo cuya cabeza sufría frecuentes sacudidas de parálisis y que se pellizcaba débilmente las cejas. Singer envidió al viejo porque podía estar con Antonapoulos día tras día. Singer se hubiera cambiado con él gustosamente.

Su amigo jugueteaba con algo que llevaba en el pecho. Era la crucecita de latón que siempre había llevado. El sucio cordel había sido reemplazado por una cinta roja. Singer se acordó del sueño y se lo contó, también, a su amigo. En sus prisas, los signos a veces se tornaban confusos, y tenía que sacudir las manos y empezar de nuevo. Antonapoulos le observaba con sus oscuros y soñolientos ojos. Sentado inmóvil, con sus brillantes y ricas vestiduras, parecía un sabio rey de leyenda.

El interno encargado de la sala permitió que Singer se quedara una hora más del tiempo reglamentario para las visitas. Finalmente alargó su delgada y velluda muñeca y le mostró el reloj. Los pacientes se instalaban para dormir. La mano de Singer vaciló. Agarró a su amigo por el brazo y le miró intensamente a los ojos como solía hacer cada mañana cuando partían hacia el trabajo. Finalmente Singer retrocedió para salir de la habitación. Ya en la puerta, sus manos dibujaron un interrumpido adiós, y luego cerró los puños.

Durante las noches de enero iluminadas por la luna, Singer siguió paseando por las calles de la ciudad todas las veces en que no tenía ningún compromiso. Los rumores sobre su persona se acentuaron. Una vieja negra contó a centenares de personas que el mudo conocía la manera de hacer volver a los espíritus de los muertos. Cierta trabajadora a destajo afirmaba que había trabajado con el mudo en otra hilandería en algún lugar del estado..., y las anécdotas que contaba eran

únicas. Los ricos creían que era rico y los pobres le consideraban un pobre como ellos. Y como no había forma de refutar todos aquellos rumores, éstos crecían maravillosamente hasta parecer reales. Cada uno describía al mudo tal como deseaba que fuera.

8

¿Por qué?

Esta pregunta fluía siempre a través de Biff, inadvertida, como la sangre en sus venas. Pensaba en la gente, en los objetos y en las ideas, y la pregunta estaba siempre presente. A medianoche, durante la oscura mañana, al mediodía. Hitler y los rumores de guerra. El precio del lomo de cerdo y el impuesto sobre la cerveza. Especialmente meditaba sobre el enigma del mudo. ¿Por qué, por ejemplo, se había marchado Singer en tren, y cuando se le preguntaba dónde había estado, fingía que no entendía la pregunta? ¿Y por qué todo el mundo insistía en creer que el mudo era exactamente como ellos querían que fuese... cuando lo más probable era que todo fuera un error muy extraño? Singer se sentaba en la mesa del centro tres veces al día. Comía lo que le ponían, excepto col y ostras. En medio del tremendo tumulto de voces era el único en guardar silencio. Lo que más le gustaba eran las pequeñas y blandas judías verdes que ensartaba limpiamente con el tenedor. Y remojaba las galletas en su jugo.

Biff pensaba también en la muerte. Ocurrió un curioso incidente. Cierta día, mientras revolvía el armarito del cuarto de baño, encontró una botella de Agua Florida que había pasado por alto el día que llevó a Lucile el resto de los cosméticos de Alice. Sostuvo pensativamente la botella de perfume en sus manos. Habían transcurrido cuatro meses desde la muerte de su mujer..., y cada uno de ellos le había parecido tan largo y vacío como un año entero. Raras veces pensaba en ella.

Biff destapó la botella. Se quedó sin camisa delante del espejo y se echó un poquito de perfume en sus negros y velludos sobacos. El perfume le hizo ponerse rígido. Intercambió una mirada extremadamente secreta consigo mismo en el espejo y permaneció inmóvil. Estaba aturdido por los recuerdos que le había despertado el perfume, aunque no por su claridad sino porque abarcaban un lapso de varios años y eran muy completos. Biff se frotó la nariz y se miró a sí mismo de soslayo. La frontera de la muerte. Revivió en su interior cada momento que había pasado con ella. Y ahora su vida juntos se le presentaba entera como sólo puede presentarse el pasado. Bruscamente, Biff apartó su mirada del espejo.

El dormitorio ofrecía un aspecto ordenado. Ahora era enteramente suyo. Antes estaba siempre desarreglado, con medias y bragas de rayón rosa agujereadas colgando de una cuerda que cruzaba la habitación, puestas a secar. El catre de hierro estaba desconchado y oxidado, cubierto con sucios almohadones de tocador de encaje. Un huesudo gato cazador de ratones procedente de la calle arqueaba el lomo y se frotaba perezosamente contra la tinaja de agua sucia.

Él había cambiado todo esto. Había reemplazado el catre de hierro por un sofá de estudio. Compró también una gruesa alfombra roja y una hermosa tela azul para colgar en el lado de la pared en que las grietas tenían peor aspecto. Había hecho abrir nuevamente la chimenea y la mantenía siempre cargada de leña. Sobre la repisa había una pequeña fotografía de Baby y otra en colores de un niño vestido de terciopelo sosteniendo una pelota en sus manos. En un rincón, una caja de vidrio contenía las cosas curiosas que él había coleccionado: ejemplares curiosos de mariposas, una rara punta de flecha, una curiosa roca modelada en forma de perfil humano. Sobre el sofá había cojines de seda azul, y él había pedido prestada la máquina de coser a Lucile para confeccionar unas cortinas rojo oscuro para las ventanas. Le encantaba la habitación. Era al mismo tiempo lujosa y sedante. Sobre la mesa descansaba una pequeña pagoda japonesa con colgantes de cristal que tintineaban con extraños tonos musicales bajo las corrientes de aire.

Allí no había nada que le recordara a Alice. Pero a menudo destapaba la botella de Agua Florida y se perfumaba ligeramente con el tapón los lóbulos de las orejas o las muñecas. El olor se mezclaba con sus lentas reflexiones. El sentido del pasado iba creciendo en él. Los recuerdos se disponían casi en orden arquitectónico. En una caja en la que almacenaba *souvenirs* encontró unas viejas fotografías tomadas antes de su matrimonio. Alice sentada en un campo de margaritas. Alice con él navegando en una canoa por el río. Igualmente entre los recuerdos había una gran horquilla de hueso que perteneciera a su madre. De niño le había encantado mirarla mientras se peinaba y recogía su largo cabello negro. Pensaba que las horquillas eran curvadas como para copiar la forma de una dama, y en ocasiones jugaba con ellas como si fueran muñecas. En aquella época tenía una caja de cigarros llena de trocitos de tela. Le encantaban el tacto y los colores de la hermosa tela, y se sentaba con sus trocitos durante horas bajo la mesa de la cocina. Pero cuando tuvo seis años su madre le quitó todos los trocitos. Era una mujer alta y fuerte con un sentido del deber como el de un hombre. Y le había

querido muchísimo. Aun ahora a veces soñaba con ella. Y jamás se quitaba del dedo su sortija matrimonial de oro.

Junto con el Agua Florida descubrió en el armario una botella de loción de limón que Alice siempre usaba para el cabello. Un día se decidió a probarlo. El limón hizo que su oscuro y ligeramente entrecano cabello pareciera más esponjoso y abundante. Le gustó. Desechó el aceite que hasta entonces había usado para prevenir la calvicie, y se aclaró el pelo regularmente con el preparado de limón. Algunos caprichos que había ridiculizado en Alice eran ahora suyos. ¿Por qué?

Cada mañana, Louis, el muchacho de color que trabajaba en el bar, le traía una taza de café a la cama. Con frecuencia permanecía sentado apoyado en las almohadas durante una hora antes de levantarse y vestirse. Se fumaba su cigarro y observaba los dibujos que el sol formaba en las paredes. Sumido profundamente en meditación hurgaba con su dedo índice entre sus largos y torcidos dedos de los pies. Recordaba.

Después del mediodía hasta las cinco de la mañana trabajaba en el restaurante. Y el domingo entero. El negocio estaba perdiendo dinero. Había muchas horas de escasa actividad. Sin embargo, a las horas de comer, el local estaba lleno por lo general, y podía ver centenares de caras conocidas cada día mientras se encontraba de guardia detrás de la caja registradora.

—¿Qué hace usted ahí parado y pensando todo el día? —le preguntó Jake Blount—. Parece un judío en Alemania.

—Soy judío en una octava parte —indicó Biff—. El abuelo de mi madre era un judío de Amsterdam. Pero el resto de mis antepasados, que yo sepa, fueron escoceses e irlandeses.

Era un domingo por la mañana. Los clientes se repantigaban en las mesas, flotaba un penetrante olor a tabaco y el crujir de los periódicos era incesante. Algunos hombres jugaban a los dados en un rincón, pero se trataba de un juego tranquilo.

—¿Dónde está Singer? —preguntó Biff—. ¿No vas a subir a su cuarto esta mañana?

El rostro de Blount se ensombreció. Sacudió la cabeza hacia delante. ¿Habrían reñido... pero cómo podía reñir un mudo? No, algo parecido ya había sucedido antes. Blount a veces andaba por ahí como si se hubiera peleado consigo mismo. Pero pronto se marcharía —siempre lo hacía— y los dos volverían juntos, con Blount hablando.

—Vaya vidorra te pegas. Siempre de pie ahí detrás de la caja registradora. No haciendo nada más que poner la mano.

Biff no se mostró ofendido. Apoyó el peso de su cuerpo sobre los codos y entrecerró los ojos.

—Tú y yo hemos de hablar seriamente. ¿Qué es lo que quieres?

Blount palmeó con las manos sobre el mostrador. Eran unas manos cálidas, carnosas y ásperas.

—Cerveza. Y uno de esos paquetitos de gallegas de queso con mantequilla de cacahuete.

—No me refería a eso —repuso Biff—. Pero ya volveremos a hablar más tarde.

Aquel hombre era un misterio. Siempre estaba cambiando. Seguía bebiendo como una esponja, pero el licor no le tumbaba como a los demás. A menudo tenía enrojecidos los bordes de los ojos y sufría de un tic nervioso consistente en volver la mirada, como sorprendido, por encima del hombro. Su cabeza, sustentada por un delgado cuello, parecía enorme y pesada. Era el tipo de individuo del que los niños se burlaban y al que los perros querían morder. Sin embargo, cuando alguien se reía de él, le hería hasta la médula..., se volvía grosero y gritaba como si fuera un payaso. Y la verdad es que siempre estaba sospechando que se reían de él.

Biff sacudió la cabeza pensativamente.

—Vamos —dijo—. ¿Qué te hace seguir pegado a esas atracciones? Puedes encontrar algo mejor. Podría incluso darte un empleo a horas en el negocio.

—¡Dios Todopoderoso! No me pondría detrás de esa caja registradora aunque me regalaras todo el maldito negocio, con lo que hay dentro.

Así era aquel individuo. Irritante. Jamás tendría amigos ni se llevaría bien con la gente.

—No digas tonterías —reconvino Biff—. Habla seriamente.

Se había acercado un cliente con la cuenta, y le devolvió el cambio. El lugar seguía tranquilo. Blount, en cambio, estaba inquieto. Biff presintió que iba a marcharse, y quiso retenerlo. Cogió dos cigarros A-1 de la estantería que había detrás del mostrador y le ofreció uno a Blount. Cautelosamente, fue desechando una pregunta tras otra y finalmente dijo:

—Si pudieras elegir la época de la historia en que te gustaría haber vivido, ¿cuál hubieras escogido?

Blount se relamió el bigote con su ancha y húmeda lengua.

—Si tuvieras que elegir entre ser un fiambre y no volver a hacer otra pregunta, ¿por qué te inclinarías?

—Vamos —insistió Biff—. Piénsalo.

Inclinó la cabeza a un lado y miró por encima de su larga nariz. Éste era un tema del que le gustaba oír hablar a los demás. Por su parte había escogido la antigua Grecia. Pasear con sandalias a orillas del azul Egeo. Las holgadas túnicas ceñidas por la cintura. Los niños. Los baños de mármol y las meditaciones en los templos.

—Quizá con los incas. En el Perú.

Los ojos de Biff lo estudiaron, desnudándolo mentalmente. Vio a un Blount bien tostado por el sol, su cara suave y sin vello, con un brazalete de oro y piedras preciosas en el brazo. Cuando cerró los ojos, el hombre era un inca como Dios manda. Pero cuando volvió a abrirlos, el cuadro se había desvanecido. Era el nervioso bigote lo que no cuadraba en su cara, ni la forma como sacudía el hombro, o la nuez de Adán de su delgado cuello, y los pantalones holgados. Y eso no era lo único malo.

—O quizá alrededor de mil setecientos setenta y cinco.

—Una buena época para vivir —reconoció Biff.

Blount arrastró los pies por el suelo tímidamente. Su rostro tenía una expresión ruda y desdichada. Estaba dispuesto a marcharse. Biff estaba alerta para detenerlo.

—Dime..., ¿por qué viniste a esta ciudad?

Inmediatamente comprendió que la pregunta no había sido muy política, y se sintió decepcionado de sí mismo. Sin embargo, era extraño cómo aquel hombre había venido a parar a un lugar como éste.

—La pura verdad es que no lo sé.

Guardaron silencio durante un momento, ambos apoyados en el mostrador. El juego de dados del rincón había terminado. El primer plato del almuerzo, un pato especial a la Long Island, había sido servido al tipo que dirigía los almacenes A. y P. La radio estaba sintonizada a medias entre un sermón de iglesia y una orquesta de *swing*.

Blount se inclinó de pronto y olió la cara de Biff.

—¿Perfume?

—Loción para el afeitado —dijo Biff tranquilamente.

No podía retener a Blount por más tiempo. El tipo aquel estaba a punto de irse. Volvería con Singer más tarde. Siempre pasaba así. Quería sonsacar a Blount

del todo para poder comprender ciertas cuestiones que se referían a él. Pero Blount realmente jamás hablaba; sólo con el mudo. Era algo sumamente peculiar.

—Gracias por el cigarro —dijo Blount—. Nos veremos más tarde.

—Hasta luego.

Biff observó cómo Blount se dirigía a la puerta con sus andares balanceantes, de marinero. Luego reanudó sus tareas. Echó una mirada al escaparate del local. El menú del día había sido pegado sobre el cristal, y uno de los almuerzos especiales con toda la guarnición estaba expuesto para atraer a los clientes. Tenía mal aspecto. Repugnaba. El jugo de pato se había corrido y mezclado con la salsa de arándano, y en el postre había una mosca.

—¡Eh, Louis! —gritó—. Llévate esta porquería de la vitrina. Y tráeme el tazón de cerámica roja con un poco de fruta.

Arregló las frutas teniendo en cuenta su color y forma. Al final, la decoración le agradó. Visitó la cocina y tuvo una pequeña charla con el cocinero. Levantó las tapas de las ollas y olió la comida que contenían, aunque sin demasiado entusiasmo. Alice siempre se había ocupado de esta parte. A él le disgustaba. Su olfato se agudizaba cuando veía el sumidero con los trozos de comida en el fondo. Escribía los menús y los pedidos para el día siguiente. Estaba contento cuando podía salir de la cocina y ocupar su puesto de nuevo junto a la caja registradora.

Lucile y Baby llegaron para su comida del domingo. La pequeña aún no estaba del todo recuperada. Seguía llevando el vendaje en la cabeza, y el médico decía que no se lo podría quitar hasta el otro mes. Las ataduras de gasa en vez de los dorados bucles daban a su cabeza un aspecto de desnudez.

—Di hola al tío Biff, cielo —le instó Lucile.

Baby estaba por lo visto molesta.

—Hola, tío Biff, cielo —dijo con descaro.

La pequeña armó un escándalo cuando Lucile trató de quitarle su abrigo dominical.

—A ver si te comportas —no dejaba de decir Lucile—. Tienes que quitártelo, o vas a pillar una pulmonía cuando salgas otra vez a la calle. A ver si te comportas.

Biff tomó el mando de la situación. Ablandó a Baby con un chicle de caramelo y logró sacarle la chaqueta de los hombros. El vestido de la niña se había desarreglado en su forcejeo con Lucile. Lo enderezó de manera que el canesú quedaba en línea a través del pecho. Volvió a atar la banda y aplastó el

lazo con los dedos para darle la forma correcta. Después le dio un golpecito a Baby en el culito.

—Hoy tenemos helado de fresa —dijo.

—Bartholomew, serías una madre ideal.

—Gracias —dijo Biff—. Gracias por el piropo.

—Hemos estado en la escuela dominical y en la iglesia. Baby, dile el versito de la Biblia que te has aprendido al tío Biff.

La pequeña se hizo la remolona, e inició un puchero. “Jesús lloró”, dijo finalmente. El desprecio que había puesto en aquellas dos palabras las hizo sonar como algo terrible.

—¿Quieres ver a Louis? —preguntó Biff—. Está en la cocina.

—Quiero ver a Willie. Quiero oír tocar la armónica a Willie.

—Vamos, Baby, no te canses —dijo Lucile con impaciencia—. Sabes perfectamente que Willie no está aquí. Willie fue enviado a la penitenciaría.

—Pero Louis sí que está —intervino Biff—. Y él puede tocar la armónica también. Ve a decirle que prepare el helado y te toque una canción.

Baby se dirigió a la cocina, arrastrando un pie por el suelo. Lucile dejó su sombrero sobre el mostrador. Había lágrimas en sus ojos.

—Sabes que siempre he dicho que si a un niño se le mantiene limpio, bien cuidado y guapo, ese niño generalmente crece obediente e inteligente. Pero si lo dejas que se ensucie y esté feo, no puedes esperar gran cosa de él. Lo que trato de decir es que Baby está tan avergonzada por la pérdida de su cabello y por el vendaje que lleva en la cabeza que parece que eso le ha hecho perder todo su ánimo. No quiere hacer prácticas de declamación..., no quiere hacer nada. Se siente tan mal que no puedo controlarla.

—Si dejaras de preocuparte tanto por ella, estaría perfectamente.

Finalmente las instaló en un reservado junto a la ventana. Lucile comió un especial, y para Baby hubo pechugas de pollo cortadas en finas lonchas, crema de trigo y zanahorias. La niña jugueteó con la comida y se salpicó de leche el babero. Biff estuvo sentado con ellas hasta que empezó la avalancha. Entonces tuvo que ponerse de pie para hacer que funcionaran las cosas.

Gente comiendo. Bocas abiertas de par en par para meter la comida. ¿Qué era eso? La idea que había leído no hacía mucho. La vida es sólo una cuestión de respiración, alimentación y reproducción. El local estaba atestado. Sonaba una orquesta de jazz por la radio.

Entonces los dos que estaba esperando entraron. Singer fue el primero en

cruzar la puerta, muy erguido y presumiendo con su elegante traje dominical. Tras él, Blount, pisándole los talones. Había algo en la forma de andar de los dos hombres que le intrigaba. Se sentaron a su mesa, y Blount se dedicó a comer con fruición, mientras Singer le observaba cortésmente. Cuando la comida hubo terminado, ambos se dirigieron a la caja registradora, donde aguardaron unos minutos, y después de pagar se marcharon. Mientras se iban, Biff volvió a observar que había algo en su manera de andar juntos que realmente le intrigaba. ¿Qué podía ser? La brusquedad con que el recuerdo se abrió paso en su memoria le desconcertó. El gigantesco imbécil sordomudo con el que Singer solía pasear camino del trabajo. El desaliñado griego que hacía golosinas para Charles Parker. El griego siempre caminaba delante y Singer le seguía. No había podido reparar mucho en ellos porque nunca venían juntos al local. ¿Pero cómo no se había acordado antes de eso? Tantas veces que se había estado preguntando cosas sobre el mudo, y descuidar un detalle así. Lo había visto todo menos lo que tenía ante las narices. Pero ¿tenía eso alguna importancia, a fin de cuentas?

Biff entrecerró los ojos. Cómo había sido Singer no era importante. Lo que sí contaba era la manera como Blount y Mick le habían convertido en una especie de dios casero. Debido al hecho de que era mudo, podían atribuirle todas las cualidades que querían que tuviera. Sí. ¿Pero cómo podía producirse un fenómeno tan extraño? ¿Y por qué?

Entró un manco en el local, y Biff le invitó a whisky por cuenta de la casa. Pero el hombre no parecía tener deseos de charlar con nadie. La comida del domingo era una comida familiar. Los hombres que venían por las noches, solos a beber cerveza, los domingos traían consigo a sus mujeres y pequeños. La sillita alta para niños que se guardaba en la parte de atrás se necesitaba con frecuencia. Eran las dos y media y aunque había muchas mesas ocupadas, la comida casi había terminado. Biff llevaba de pie cuatro horas y estaba cansado. Antes podía permanecer de pie catorce o quince horas sin sentir los efectos. Pero había envejecido. Considerablemente. No había alguna duda al respecto. O, quizá, la palabra correcta era “madurado”. Envejecido, no —seguro que no— todavía. Los ruidos del bar crecían y se apagaban en sus oídos. Madurado. Los ojos le escocían y era como si tuviera algo de fiebre que le hiciera verlo todo demasiado brillante y nítido.

Llamó a una de las camareras. “Ocupa mi puesto, ¿quieres? Voy a salir un rato.”

La calle estaba desierta; era domingo. El sol brillaba con todo su esplendor,

aunque sin calentar excesivamente. Biff se levantó el cuello de la chaqueta. Solo, en la calle, se sentía desplazado. Del río soplaban un viento frío. Él habría tenido que desandar sus pasos y permanecer en su puesto del restaurante. No tenía por qué ir al lugar al que se dirigía. Durante los últimos cuatro domingos, lo había hecho. Se dedicaba a pasear por el barrio donde podía ver a Mick. Había algo en aquel comportamiento que no..., que no estaba del todo bien. Sí. Que era incorrecto.

Caminó lentamente por la acera contraria de la casa en que vivía la muchacha. El domingo anterior, Mick estaba leyendo las páginas cómicas del periódico en el porche. Pero esta vez, como le informó una rápida mirada a la casa, la muchacha no estaba allí. Biff se tapó los ojos con el ala del sombrero. Quizá Mick iría al bar más tarde. Con frecuencia los domingos después de cenar venía a tomar un chocolate caliente y se paraba durante un rato en la mesa en que se sentaba Singer. El domingo no llevaba nunca la falda azul y el jersey de los otros días. Su vestido dominical era de seda color vino con un sucio cuello de encaje. Una vez se había puesto medias..., con carreras en ellas. Él siempre deseaba invitarla a algo, regalarle algo. Y no sólo un helado de frutas y nueces o algo dulce de comer, sino algo de valor. Eso era todo lo que quería... regalarle algo. Biff apretó las mandíbulas. No había hecho nada malo, pero sentía en su interior una extraña sensación de culpabilidad. ¿Por qué? La vaga sensación de culpa que sienten todos los hombres, indefinida y sin nombre.

En el camino de vuelta a casa Biff encontró un centavo medio oculto por la basura en la alcantarilla. Con el sentido del ahorro, recogió la moneda, la limpió con el pañuelo y la dejó caer en el negro monedero que siempre llevaba consigo. Eran las cuatro cuando llegó al restaurante. El negocio estaba en calma. No había ni un solo cliente en el local.

El negocio cobraba animación a eso de las cinco. El chico que recientemente había contratado a horas apareció temprano. Se llamaba Harry Minowitz. Vivía en el mismo barrio que Mick y Baby. Once aspirantes habían respondido al anuncio del periódico, pero Harry le había parecido el mejor. Estaba muy crecido para su edad, y su aspecto era limpio. Biff se había dedicado a observar los dientes del muchacho mientras hablaba con él durante la entrevista. Los dientes eran siempre una buena indicación. En este caso, eran grandes y muy limpios y blancos. Harry llevaba gafas, pero eso carecía de importancia para su trabajo. Su madre ganaba diez dólares por semana cosiendo para un sastre de la misma calle, y Harry era su único hijo.

—Bien —dijo Biff—. Llevas conmigo una semana, Harry. ¿Te parece que te va a gustar esto?

—Desde luego, señor. Desde luego que me gusta.

Biff le dio vueltas al anillo en el dedo.

—Veamos. ¿A qué hora sales de la escuela?

—A las tres en punto, señor.

—Bueno, eso te deja un par de horas para estudiar y distraerte: aquí estás de seis a diez. ¿Te queda bastante tiempo para dormir?

—Suficiente. No necesito dormir mucho.

—Necesitas unas nueve horas y media a tu edad, hijo. Sueño bueno y tranquilo.

De repente se sintió avergonzado. Quizá Harry pensaría que eso no era de su incumbencia. Lo cual era así, en efecto. Comenzó a dar la vuelta, pero luego se acordó de algo.

—¿Vas a la Escuela Profesional?

Harry asintió y se frotó las gafas en la manga de la camisa.

—Veamos. Conozco a muchos chicos y chicas de allí. Alva Richards..., conozco a su padre. Y a Maggie Henry. Y a una muchacha llamada Mick Kelly... —sintió como si se le encendieran las orejas. Sabía que se estaba portando como un estúpido. Quería dar la vuelta y marcharse, y lo único que era capaz de hacer era quedarse allí, sonriendo y machacándose la nariz con los dedos.

—¿La conoces? —preguntó débilmente.

—Claro. Vivo en la casa de al lado de la suya. Pero en la escuela yo voy a un curso superior mientras que ella es una principiante.

Biff almacenó aquella minúscula información en su cabeza para reflexionar sobre ella más tarde cuando estuviera solo.

—El negocio estará tranquilo aquí durante un rato —dijo apresuradamente—. Te dejo con él. A estas alturas, ya sabes cómo llevar las cosas. Tú vigila a los clientes que beben cerveza y recuerda cuántas se beben, para que no tengas que preguntarles y depender de lo que ellos te digan. Tómate tiempo para devolver el cambio, y vigila lo que pasa.

Biff se encerró en su habitación de la planta baja. Aquél era el lugar donde guardaba sus archivos. La habitación tenía sólo una ventanita que daba al callejón, y, además de ser fría, olía a humedad. Enormes pilas de periódicos se amontonaban hasta el techo. Un fichero de construcción casera cubría una de las paredes. Cerca de la puerta había una anticuada mecedora y una mesita con un par

de tijeras, un diccionario y una mandolina. A causa de las pilas de periódicos era imposible dar más de dos pasos en cualquier dirección. Biff se balanceó en la mecedora y lánguidamente pellizcó las cuerdas de la mandolina. Cerró los ojos y empezó a cantar con voz lastimera:

*Fui a la feria de los animales,
Allí estaban los pájaros y las bestias,
Y el viejo babuino a la luz de la luna
Se peinaba su castaño cabello.*

Terminó con un acorde, y los últimos sonidos reverberaron antes de retornar el silencio en la fría habitación.

Adoptar una parejita de niños. Chico y chica. De unos tres o cuatro años de edad para que siempre le consideraran su verdadero padre. Su papá. Nuestro padre. La pequeña parecida a Mick (¿o Baby?) a su edad. Mejillas redondas, ojos grises y cabello dorado. Y las ropas que les haría: vestidos de crespón rosa con elegantes fruncidos en el canesú y las mangas. Medias de seda y zapatitos blancos de ante. Y una chaquetita de terciopelo rojo y sombrerito y manguito para el invierno. El chico era moreno y de cabello negro. Le seguiría a todas partes copiando las cosas que él hacía. En verano irían los tres a la casa de campo del Golfo y vestiría a los niños con sus trajes de playa guiándoles por entre las verdes y poco profundas olas. E irían creciendo y floreciendo esplendorosamente a medida que él envejeciera. Nuestro padre. Y acudirían a él con preguntas que él les respondería.

Biff volvió a coger la mandolina. *Tum-ti-tim-ti-ti, la boda de la muñeca pintada*. La mandolina parecía burlarse del estribillo. Cantó todas las estrofas, llevando el compás con el pie. Luego tocó *K-K-Katie*, y *Vieja y dulce canción de amor*. Estas piezas eran como el Agua Florida en el sentido de que le hacían recordar. Todo. Aquel primer año en que fue feliz y en que ella parecía serlo también. Y cuando la cama se les cayó estando ellos acostados, dos veces en tres meses. Pero él no sabía que durante todo aquel tiempo el cerebro de la mujer estuvo ocupado con la forma de ahorrar cinco centavos o conseguir un dólar extra. Y luego el asunto de él con Rio y las chicas que puso en su lugar. Gyp y Madeline y Lou. Y luego, más tarde, cuando de repente lo perdió. Cuando ya no pudo yacer con mujer alguna. ¡Madre de Dios! De modo que al comienzo parecía que todo se había perdido.

Lucile siempre comprendió toda la situación. Sabía la clase de mujer que era Alice. Y quizá también le conocía bien a él. Lucile les instaba a divorciarse. Y hacía todo lo que podía por arreglar los líos que ellos armaban.

Biff hizo de repente una mueca de dolor. Apartó bruscamente las manos de las cuerdas de la mandolina de modo que quedó cortada una frase musical. Se puso tenso en la silla. Luego, de pronto, empezó a reírse suavemente. ¿Qué le había hecho tropezar con esto? ¡Ah, Señor, Señor, Señor! Era el día en que cumplía veintinueve años, y Lucile le había pedido que pasara por su apartamento después de su visita al dentista. Él se esperaba algún regalito: una tarta de cerezas o quizá una buena camisa. Lucile fue a recibirle en la puerta y le vendó los ojos antes de entrar. Después le dijo que volvería al cabo de un instante. En la silenciosa habitación escuchó los pasos de la mujer y cuando calculó que había llegado a la cocina soltó una ventosidad. Permaneció allí con los ojos vendados y poniendo mala cara. Luego, de repente, supo con horror que no estaba solo. Oyó risas disimuladas y casi inmediatamente grandes carcajadas que le ensordecieron. En aquel momento Lucile regresó y le destapó los ojos. Sostenía un pastel de caramelo en una fuente. La habitación estaba llena de gente. Leroy y todo el grupo de Alice, naturalmente. Sentía deseos de que se lo tragara la tierra. Se quedó allí en medio de ellos, sintiendo que el rostro le ardía. Le tomaron el pelo y durante toda la hora siguiente se sintió tan mal como el día de la muerte de su madre...; tan mal se lo tomó. A última hora de aquella noche se bebió casi un litro de whisky. Y durante muchas semanas... ¡Madre de Dios!

Biff soltó una fría risita. Sacó algunos acordes de la mandolina y empezó una jovial canción de vaqueros. Tenía una suave voz de tenor y cerraba los ojos al cantar. La habitación estaba casi a oscuras. El frío húmedo le fue penetrando hasta los huesos, de modo que las piernas acabaron por dolerle de reumatismo.

Finalmente dejó la mandolina y se meció suavemente en la oscuridad. Muerte. A veces casi podía sentirla en el cuarto con él. Se balanceó hacia delante y hacia atrás en la mecedora. ¿Qué era lo que él comprendía? Nada. ¿Adónde se dirigía? A ninguna parte. ¿Qué deseaba? Saber. ¿Qué? Un significado. ¿Por qué? Misterio.

Imágenes fragmentarias aparecían diseminadas por su mente como un rompecabezas. Alice enjabonándose en la bañera. La jarra de Mussolini. Mick empujando al bebé en el cochecito. Un pavo asado en el escaparate. La boca de Blount. La cara de Singer. Se sintió como si estuviera esperando algo. La habitación estaba completamente a oscuras. Podía oír a Louis cantando en la cocina.

Biff se puso de pie y tocó el brazo de la mecedora para detener su vaivén. Al abrir la puerta se encontró con la sala cálida e iluminada. Se acordó de que quizá vendría Mick. Se estiró las ropas y se aliso el cabello. Nuevamente le invadió cierto calor y animación. En el restaurante reinaba gran alboroto. Se habían iniciado las rondas de cerveza y la cena del domingo. Sonrió afablemente al joven Harry y se instaló detrás de la caja registradora. Abarcó la sala con una mirada como si fuera un lazo. El local estaba atestado y lleno de ruidos. El tazón de fruta del escaparate constituía un adorno artístico. Vigiló la puerta sin dejar por ello de examinar la sala con ojo experto. Estaba en estado de alerta, esperando ansiosamente. Finalmente llegó Singer, y escribió con su lápiz de plata que quería sólo un poco de sopa y un whisky, porque se encontraba resfriado. Pero Mick no vino.

9

Ya no volvió a poseer una sola moneda. Eran muy pobres. El dinero era lo principal. Siempre era lo mismo: dinero, dinero, dinero. Habían tenido que pagar un dineral por la habitación individual de Baby Wilson y por su enfermera privada. Y ésa era sólo una de las facturas. En cuanto pagaban una cosa, inmediatamente surgía otra. Debían unos doscientos dólares que tendrían que pagar inmediatamente. Perdieron la casa. Su papá consiguió unos cien dólares en el trato y dejó que el banco ejecutara la hipoteca. Después pidió prestados otros cincuenta dólares y Mister Singer salió como fiador. Después de eso su preocupación fue el alquiler de cada mes, en vez de los impuestos. Eran casi tan pobres como los obreros de las fábricas. Sólo que nadie podía mirarles por encima del hombro.

Bill había encontrado empleo en una planta embotelladora y ganaba diez dólares por semana. Hazel trabajaba de aprendiz en un salón de belleza, con un sueldo de ocho dólares a la semana. Y Etta vendía entradas para un cine por cinco dólares a la semana. Cada uno de ellos entregaba la mitad de lo que ganaba para su manutención. Por entonces la casa tenía siete huéspedes a cinco dólares por cabeza. Y a Mister Singer, que pagaba su alquiler con mucha prontitud. Con lo que ganaba su padre venían a reunir doscientos dólares al mes..., y con ello tenía que dar de comer a seis huéspedes y a la familia —a los primeros, bastante bien—, pagar el alquiler de la casa y los plazos de los muebles.

George y Mick ya no recibían dinero para el almuerzo ahora, de modo que la muchacha tuvo que terminar con sus lecciones de música. Portia guardaba las sobras del almuerzo para que ella y George comieran después de venir de la escuela. Siempre tenían que hacer sus comidas en la cocina. El que Bill y Hazel y Etta comieran con los huéspedes o lo hicieran en la cocina dependía de la cantidad de comida que hubiera. En la cocina comían sémola, grasa y carne de ijada, y tomaban café para desayunar. Para cenar tenían lo mismo junto con lo que hubiera podido sobrar del comedor. Los mayores se quejaban cuando tenían que comer en la cocina. Y a veces ella y George pasaban realmente hambre durante dos o tres días.

Pero todo esto sucedía en el cuarto exterior. Nada tenía que ver con la música y los países extranjeros y los planes que ella hacía. El invierno fue frío. La escarcha se acumulaba en los cristales. Por la noche el fuego del cuarto de estar crepitaba, esparciendo un agradable calorillo. Toda la familia se sentaba junto al fuego con los huéspedes, de manera que Mick tenía la habitación del medio para ella sola. Llevaba dos jerseys y un par de pantalones de pana que le habían quedado pequeños a su hermano Bill. Pero la excitación le conservaba el calor. Sacaba su caja privada de debajo de la cama y se sentaba en el suelo a trabajar.

En la gran caja guardaba los cuadros que había pintado en las clases de arte gratuitas del gobierno. Los había sacado del cuarto de Bill. También guardaba en la caja tres libros de misterio que su padre le había regalado, una polvera, diversas partes de un reloj, una gargantilla de piedras, un martillo y varias libretas de notas. Una de ellas llevaba escrito en la cubierta con lápiz pastel rojo las palabras PRIVADO, NO TOCAR, PRIVADO, y estaba atada con un cordel.

En esta libreta había estado trabajando con la música todo el invierno. Dejó de estudiar las lecciones en la escuela por la noche para poder disponer de más tiempo para la música. La mayor parte de lo que tenía escrito eran sólo pequeñas melodías..., canciones sin palabras y sin acompañamiento siquiera. Eran muy cortas. Pero aunque las melodías abarcaban sólo media página, les ponía nombres, así como sus iniciales abajo. No había nada en esta libreta que fuera una verdadera pieza o composición. Se trataba sólo de canciones que tenía en su cabeza y que quería recordar. Las titulaba por lo que le recordaban: *África* y *Una gran pelea* y *La tormenta de nieve*.

Pero no era capaz de escribir la música tal como sonaba en su mente. Tenía que reducirlo todo a unas pocas notas; de lo contrario se hubiera confundido demasiado para poder seguir. Había muchas cosas que ella ignoraba sobre la forma de escribir música. Pero tal vez después de aprender cómo escribir estas sencillas melodías con rapidez podría empezar a expresar toda la música que sentía en su cabeza.

En enero empezó cierta hermosa canción titulada *Esto que quiero, y que no sé qué es*. Era una maravillosa canción... Muy lenta y suave. Al principio había empezado a escribir un poema junto con la música, pero la verdad es que no se le ocurrían ideas que encajaran. También resultó difícil encontrar una palabra para la tercera línea que rimara con *qué*. Esta nueva canción la hacía sentir triste y excitada y feliz al mismo tiempo. Era difícil trabajar con una música hermosa como aquella. Lo cierto es que era difícil escribir cualquier canción. Algo que se

podía tararear en dos minutos podía significar una semana entera de trabajo antes de ser vertido en la libreta de notas..., una vez que había imaginado la escala y el tiempo y cada una de las notas.

Tenía que concentrarse con dureza y cantarla muchas veces. Siempre tenía la voz ronca. Su padre decía que esto se debía a que había berreado mucho de pequeña. Cuando tenía la edad de Ralph, su padre había tenido que levantarse y pasearla cada noche. Lo único que la hacía callar, decía siempre él, era golpear el cubo de carbón con el atizador y cantar *Dixie*.

Se echó boca abajo sobre el frío piso y se puso a pensar. Con el tiempo — cuando tuviera veinte años— sería una compositora famosa en el mundo entero. Tendría una orquesta sinfónica entera y ella misma dirigiría toda su música. Estaría allí de pie en el estadio ante la gran multitud. Para dirigir la orquesta llevaría o bien un traje de etiqueta masculino o un vestido rojo tachonado de diamantes. Las cortinas del escenario serían de terciopelo rojo con las letras M. K. bordadas de oro. Mister Singer estaría presente, y más tarde irían todos a comer pollo frito. Él la admiraría y la consideraría su mejor amigo. George le subiría al escenario grandes ramos de flores. Esto sería en la ciudad de Nueva York o en un país extranjero. Gente famosa la señalaría con el dedo: Carole Lombard, Arturo Toscanini y el almirante Byrd.

Y podría tocar la sinfonía de Beethoven siempre que lo deseara. Tenía una misteriosa sensación con respecto a esta música oída el otoño anterior. La sinfonía se hallaba presente siempre en su interior e iba creciendo poco a poco. La razón era ésta: tenía toda la sinfonía en su mente. Tenía que estar. Ella había oído cada nota, y en alguna parte del fondo de su mente la totalidad de la música seguía allí tal como había sido tocada. Pero nada podía hacer para rememorarla. Excepto esperar y estar preparada para los momentos en que repentinamente una nueva parte acudía a su memoria. Esperar a que creciera como las hojas crecen lentamente en las ramas de un roble en primavera.

En el cuarto interior, junto con la música, estaba Mister Singer. Todas las noches en cuanto terminaba de tocar el piano en el gimnasio, Mick bajaba por la calle principal cruzando por delante del local en que él trabajaba. Por el escaparate no podía ver a Mister Singer. Trabajaba en la parte trasera, detrás de una cortina. Pero ella miraba el local donde él estaba cada día y veía a la gente que él conocía. Luego todas las noches Mick aguardaba en el porche a que él volviera a casa. A veces le seguía escaleras arriba. Se sentaba en su cama y lo observaba mientras el mudo dejaba su sombrero, se desabrochaba el cuello de la

camisa y se cepillaba el cabello. Por alguna razón, era como si compartieran un secreto. O como si esperaran decirse cosas que jamás habían dicho.

Él era la única persona de su cuarto interior. Mucho tiempo antes, había habido otras. Mick recordó cómo había sido antes de su llegada. Recordó a una muchacha del sexto grado llamada Celeste. Esta muchacha tenía un cabello rubio y lacio, nariz respingona y pecas. Llevaba un vestido sin mangas de lana roja y blusa blanca. Caminaba con los pies torcidos hacia dentro. Cada día traía una naranja para el recreo corto y una caja de hojalata azul con el almuerzo para el recreo largo. Los otros chicos engullían la comida que habían traído en el recreo corto y más tarde pasaban hambre, pero Celeste, no. Le quitaba la corteza al pan de sus emparedados y se comía sólo la parte blanca del medio. Siempre llevaba un huevo duro y lo sostenía en la mano, aplastando la yema con el pulgar de modo que quedaba marcada la impresión de su dedo.

Celeste nunca hablaba con ella y ella nunca hablaba con Celeste. Sin embargo, eso era lo que ella más deseaba en el mundo. Por la noche yacía despierta, pensando en Celeste. Se imaginaba que eran las mejores amigas y pensaba en el momento en que Celeste vendría a su casa con ella a cenar y pasar la noche. Pero eso nunca ocurrió. Sus sentimientos por Celeste le impedían hacer otras amistades, como haría otra persona cualquiera. Al cabo de un año Celeste se mudó a otro barrio de la ciudad y fue a otra escuela.

Estaba luego un muchacho llamado Back. Era grandote y tenía espinillas en la cara. Cuando estaba a su lado en la formación para entrar en clase a las ocho y media, le llegaba el desagradable olor de su cuerpo..., como si sus pantalones necesitaran airearse. Back le hizo una burla al director en una ocasión y lo suspendieron. Al reírse levantaba el labio superior y todo él se sacudía. Pensaba en él como había pensado en Celeste. Después siguió la dama que vendía boletos para la rifa de un pavo. Y miss Anglin, que enseñaba en el séptimo grado. Y Carole Lombard, la artista de cine. Todos ellos.

Pero con Mister Singer había una diferencia. Lo que sentía por él había brotado lentamente, y Mick no podía recordar cómo había sucedido. Las otras personas habían sido gente corriente, pero Mister Singer, no. El primer día que tocó el timbre para preguntar si había habitaciones libres, la muchacha se quedó mirándolo fijamente a la cara. Abrió la puerta y leyó la tarjeta que el hombre tendía. Luego llamó a su mamá y regresó a la cocina para hablar de él a Portia y a Bubber. Siguió al nuevo huésped y a su mamá escaleras arriba y observó cómo hurgaba en el colchón de la cama para comprobar su dureza y cómo enrollaba las

persianas para verificar su funcionamiento. El día en que el hombre se mudó, ella estaba sentada en la barandilla del porche y le vio bajar del taxi con su maleta y su tablero de ajedrez. Más tarde le oyó andar pesadamente por la habitación y se imaginó lo que estaría haciendo. El resto fue viniendo de manera gradual. De modo que ahora existía aquella comunión secreta entre ambos. Hablaba con él más de lo que había hablado con nadie en su vida. Y si él hubiera podido hablar, le habría contado a ella muchísimas cosas. Era como si el hombre fuera una especie de eminente maestro; sólo que, como era mudo, no podía enseñar. En la cama, por las noches, sus fantasías la llevaban a imaginar que era huérfana y vivía con Mister Singer..., los dos solos en una casa en el extranjero donde en invierno nevaba. Quizás era una pequeña ciudad suiza rodeada de altos glaciares y montañas. Donde los tejados eran empinados y puntiagudos y por encima de ellos se divisaban las rocas de la montaña. O en Francia, donde la gente se llevaba a casa el pan de la tienda sin envolver. O en un país extranjero como Noruega, junto al gris océano invernal.

Por la mañana, pensar en él era lo primero que hacía. Junto con la música. Mientras se ponía el vestido pensaba dónde iba a verle aquel día. Se echaba un poco del perfume de Etta o unas gotas de vainilla para que si se topaba con él en el pasillo su olor fuera agradable. Llegaba tarde a la escuela para poder verle bajar por las escaleras, camino de su trabajo. Y por la tarde y la noche nunca se marchaba de casa si él estaba en ella.

Cada detalle nuevo que descubría sobre él resultaba importante. El hombre guardaba su pasta y su cepillo de dientes en un vaso sobre la mesa. De modo que ella, en vez de dejarlos en el baño, los guardó en un vaso, también. A él no le gustaba la col. Harry, que trabajaba para Mister Brannon, le mencionó este detalle. Ahora, a ella tampoco le gustaba la col. Cuando se enteraba de nuevos hechos sobre él, o cuando le decía algo y él escribía unas palabras con su lápiz de plata, tenía que marcharse a estar sola largo rato para reflexionar sobre ello. Cuando se encontraba en su presencia, la idea obsesiva de su mente era observar y tratar de recordarlo todo para poder revivirlo más tarde.

Pero el cuarto interior con la música y Mister Singer no lo era todo. También sucedían muchas cosas en el cuarto exterior. Un día se cayó por la escalera y se rompió uno de los dientes delanteros. Miss Miner le puso dos notas malas en inglés. Perdió veinticinco centavos en una parcela vacía, y aunque ella y George los estuvieron buscando durante tres días, no consiguieron encontrarlos. Y sucedió esto:

Una tarde se encontraba estudiando para preparar una prueba de inglés en las escaleras de atrás. Harry empezó a cortar leña al otro lado de la cerca, y ella le llamó. El muchacho vino y le ayudó a esquematizar unas pocas frases de la prueba. Sus ojos se movían con rapidez detrás de las gafas de concha. Después de explicarle el inglés permaneció a su lado, metiéndose y sacándose las manos nerviosamente en su atuendo de leñador. Harry estaba siempre lleno de energía, nervioso, y tenía que estar haciendo algo o hablando continuamente.

—Mira, hoy en día hay sólo dos cosas —declaró solemnemente.

Le encantaba sorprender a la gente y a veces ella no sabía cómo responderle.

—Es la verdad, hoy en día nos encontramos frente a dos cosas.

—¿Qué?

—La democracia militante y el fascismo.

—¿No te gustan los republicanos?

—Tonterías —exclamó Harry—. No me refería a eso.

Una tarde le había explicado todo lo referente a los fascistas. Le contó cómo los nazis hacían andar a los niños judíos a gatas obligándoles a comer hierba del terreno. Le contó cómo había planeado asesinar a Hitler. Lo tenía todo muy bien preparado. Le explicó la falta de libertad y de justicia que había con el fascismo. Le dijo que los periódicos escribían mentiras deliberadamente y que la gente no sabía lo que estaba pasando en el mundo. Los nazis eran terribles..., todo el mundo lo sabía. Y ella se unió a la conspiración para matar a Hitler. De todos modos, tendrían que ser cuatro o cinco personas las que formaran el complot, para que si una fallaba las demás pudiesen seguir adelante con el plan. Y aunque todos murieran, serían unos héroes. Ser un héroe era casi como ser un gran músico.

—Se trata de uno u otro. Y aunque no creo en la guerra, estoy dispuesto a luchar por lo que sé que es correcto.

—Yo también —dijo ella—. Me gustaría luchar contra los fascistas. Me vestiría como un chico, y nadie me descubriría. Me cortarían el pelo y todo eso.

Era una luminosa tarde invernal. El cielo tenía una tonalidad verde azulada y las ramas de los robles del patio trasero se recortaban negras y desnudas contra aquel firmamento tan claro. El sol calentaba de firme. El día le hacía sentirse llena de energía. Había música en su mente. Sólo por hacer algo cogió un enorme clavo y lo hundió en las escaleras con unos buenos martillazos. Su padre oyó el ruido del martillo y salió en bata a ver qué pasaba.

Debajo del árbol había dos caballetes de carpintero, y el pequeño Ralph

estaba ocupado colocando una piedra encima de uno de ellos y luego llevándosela al otro. Una y otra vez. Caminaba con las manos extendidas para conservar el equilibrio. Era un poco patizambo, y los pañales le colgaban hasta las rodillas. George estaba jugando a las canicas. Como necesitaba un corte de pelo, parecía estar más delgado de cara. Le habían salido ya algunos dientes definitivos..., pero eran pequeños y azules como si hubiera estado comiendo moras. Trazó una línea para marcar el comienzo de la jugada y se echó sobre su estómago para apuntar bien contra el primer agujero. Cuando su padre volvió a entrar en el taller de relojería se llevó a Ralph consigo. Y al cabo de un rato George se marchó al callejón, solo. Desde que hiriera a Baby no hacía amistad con nadie.

—Tengo que irme —dijo Harry—. Debo estar en el trabajo antes de las seis.

—¿Te gusta estar en el café? ¿Puedes comer cosas buenas gratis?

—Claro. Y viene toda clase de gente al local. Me gusta más que cualquier otro trabajo que haya tenido. Y me pagan más.

—Yo odio a Mister Brannon —dijo Mick. Verdad era que él no le había dicho nunca nada desagradable, pero siempre hablaba de una manera áspera, extraño. Seguro que siempre había sabido lo del paquete de chicle que ella y George le habían birlado aquella vez. Si no, ¿por qué le había preguntado por sus asuntos... como hizo aquel día en la habitación de Mister Singer? Quizá pensaba que ellos se apoderaban de las cosas por costumbre. Y no era así. Seguro que no. Sólo una vez un pequeño estuche de acuarelas de la tienda que lo vendía todo a diez centavos. Y, otra vez, un sacapuntas de cinco centavos.

—No puedo soportar a Mister Brannon.

—Pues es bueno —repuso Harry—. A veces parece un poco extraño, pero no es gruñón. Ya te darás cuenta cuando le conozcas bien.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo Mick—. Un chico tiene más ventaja que una muchacha. Quiero decir que un chico por lo general consigue un trabajo a horas que no le impide ir a la escuela y le deja tiempo para otras cosas. Pero no hay trabajo así para las muchachas. Cuando una quiere un empleo tiene que dejar la escuela y trabajar todo el día. Tanto como me gustaría a mí ganar un par de dólares a la semana, como tú, pero no hay manera.

Harry se sentó en la escalera y se desató los cordones de los zapatos. Tiró con fuerza de uno de ellos hasta que lo rompió.

—Viene un hombre al café llamado Mister Blount. Mister Jake Blount. Me gusta escucharle. Aprendo mucho de las cosas que dice cuando bebe cerveza. Me

da algunas ideas nuevas.

—Le conozco bien. Viene aquí todos los domingos.

Harry aflojó el cordón del zapato y tiró luego otra vez de él para que los extremos tuvieran la misma longitud y pudiera volver a atárselo.

—Escucha —dijo frotándose las gafas contra la chaqueta de leñador nerviosamente—. No es necesario que le menciones lo que he dicho. Quiero decir, que dudo que me recuerde. No habla conmigo. Sólo con Mister Singer. Quizá pensara que era extraño si tú..., ya me entiendes.

—Conforme —la muchacha supo leer entre líneas que Harry había tenido un pequeño choque con Mister Blount, y se imaginó lo que sentía el chico—. No se lo mencionaré.

La noche iba cayendo. La luna, blanca como la leche, brillaba en el cielo azul y el aire era frío. Mick pudo oír a Ralph, y a George y a Portia en la cocina. El fuego de la estufa daba una cálida tonalidad anaranjada a la ventana. En el aire flotaba el olor del humo y de la cena.

—Sabes, hay algo que no he dicho nunca a nadie y que aborrezco —dijo él.

—¿Qué es?

—¿Recuerdas cuando empezaste a leer los periódicos y a pensar en las cosas que leías?

—Claro.

—Bueno, pues yo era entonces fascista. O pensaba que lo era. Fue así. Recordarás todas aquellas fotos de la gente de nuestra edad en Europa marchando y cantando canciones y marcando el paso, ¿no? Bueno, pues yo pensaba que todo aquello era estupendo. Todos ellos comprometidos y con un mismo jefe. Todos con los mismos ideales y marcando el mismo paso. No me preocupaba mucho lo que les ocurría a las minorías judías porque no quería pensar en ello. Y porque en aquella época ni siquiera quería pensar en que yo era judío. Ves, no lo sabía. Sólo miraba las fotos y leía lo que decía abajo, y no comprendía... Jamás supe lo espantoso de todo aquello. Me consideraba fascista. Por supuesto, más tarde vi las cosas de manera diferente.

Su voz sonaba amarga y cambiaba continuamente del timbre de un adulto al de un joven.

—Bueno, no te dabas cuenta entonces... —dijo ella.

—Fue una terrible trasgresión. Un daño moral.

Así era Harry. Las cosas eran o muy buenas o muy malas..., no había término medio. Era malo que una persona de menos de veinte años probara la cerveza o el

vino o fumara cigarrillos. Era un pecado terrible que una persona copiara en un examen, pero no en los deberes de casa. Era un daño moral que las muchachas se pintaran los labios y se pusieran vestidos con la espalda al aire. Era un terrible pecado comprar un artículo de procedencia alemana o japonesa, aunque se tratara sólo de algo de cinco centavos.

Mick recordó al Harry de la época en que ambos eran unos chiquillos. En una ocasión a Harry se le pusieron los ojos bizcos y permaneció así durante un año. Se sentaba en la escalera de delante de su casa con las manos entre las rodillas, observándolo todo. Muy tranquilo y bizqueando. Se había saltado dos grados en la Escuela Primaria y a los once estaba preparado ya para la Profesional. Pero en ésta cada vez que leían sobre los judíos en *Ivanhoe* los demás chicos volvían la cabeza y lo miraban; y Harry volvía a casa llorando. De modo que su madre lo sacó de la escuela. Y estuvo un año entero sin ir a ninguna parte. Se hizo más alto y engordó mucho. Mick, cada vez que se encaramaba a la valla, descubría al muchacho preparándose algo de comer en la cocina. Los dos jugaban alrededor de la manzana, y a veces se peleaban. De niña, a Mick le gustaba pelearse con los chicos..., no peleas verdaderas, claro, sino sólo como juego. Empleaba una combinación de jiu-jitsu y boxeo. A veces ganaba ella y a veces, él. Harry nunca era muy violento con nadie. Cuando los pequeñines rompían algún juguete acudían él, y Harry siempre encontraba tiempo para arreglarlo. Era capaz de arreglarlo todo. Las mujeres del bloque acudían a él para que les reparara las lámparas eléctricas o las máquinas de coser cuando se les estropeaban. Luego, a los trece años, regresó a la escuela Profesional y empezó a estudiar con ahínco. Abandonó las lecturas y se pasaba los sábados trabajando y estudiando. Durante mucho tiempo Mick apenas lo vio..., hasta después de la fiesta que ella dio en su casa. El muchacho estaba muy cambiado.

—Como esto —prosiguió Harry—. Siempre estaba poseído de una gran ambición. Ser un gran ingeniero, o un gran médico o abogado. Pero ahora no pienso así. Lo que me preocupa ahora es lo que ocurre en el mundo. El fascismo y esas cosas terribles en Europa... y, por otro lado, la democracia. Quiero decir que no puedo pensar y trabajar en lo que quiero ser en la vida porque dedico demasiado tiempo en pensar en esto otro. Cada noche sueño con matar a Hitler. Me despierto en la oscuridad muy sediento y asustado por algo..., no sé por qué.

Mick miró a Harry y se sintió embargada por un sentimiento profundo, grave, que la entristeció. El cabello le colgaba sobre la frente. Su labio superior era delgado y estaba tenso, pero el inferior era grueso y le temblaba. Harry

representaba menos de sus quince años. Junto con la oscuridad se desató un vientecillo frío. El viento cantaba por entre los robles de la manzana y hacía golpear los postigos contra las paredes. Calle abajo, la señora Wells llamaba a cenar a Sucker. El crepúsculo aumentó la tristeza de Mick. Quiero un piano..., quiero tomar lecciones de música, se dijo. Miró a Harry, el cual se dedicaba a entrelazar sus delgados dedos en formas diferentes. Su cuerpo despedía un cálido olor muchachil.

¿Qué fue lo que la hizo comportarse de repente de aquella manera? Quizá estaba recordando los tiempos en que eran más jóvenes. Quizá se debía a que la tristeza la hacía sentirse extraña. Pero, en todo caso, de pronto le dio a Harry un empujón que casi hizo caer al muchacho de la escalera. “Hija de puta, tu abuela”, le gritó. Y luego echó a correr. Eso era lo que los niños solían hacer en el barrio cuando buscaban pelea. Harry se puso de pie con aire sorprendido. Se asentó las gafas en la nariz y la miró por un segundo. Después salió corriendo hacia el callejón.

El aire frío la hacía sentirse tan fuerte como Sansón. Cuando se reía, sonaba un corto, rápido eco. Golpeó a Harry con el hombro, y el muchacho la agarró. Lucharon duramente y se rieron. Ella era más alta, pero las manos del muchacho eran más fuertes. Pero no peleaba muy bien y ella consiguió echarlo al suelo. Luego, de repente, él dejó de moverse, y ella también se detuvo. Ella sentía la cálida respiración del muchacho en su cuello; Harry estaba muy quieto. Mick sintió el tacto de las costillas de Harry contra sus rodillas y su agitada respiración mientras se sentaba encima de él. Se pusieron de pie al mismo tiempo. Ya no se reían y el callejón estaba muy silencioso. Mientras caminaban por el oscuro patio trasero, por alguna razón ella se sintió rara. No había nada que lo justificara, pero de repente había sucedido. Le dio un empujón a Harry y éste se lo devolvió. Entonces se volvió a reír, y se sintió bien.

—Adiós —dijo Harry. Era demasiado mayor para saltar la valla, así que corrió por el callejón hasta la puerta delantera de su casa—. ¡Diablos, qué calor hace aquí! —exclamó—. Uno se asfixia.

Portia le estaba calentando la cena en la cocina. Ralph golpeaba con su cuchara la bandeja de madera de su sillita. La sucia manecita de George empujaba los últimos granos de sémola con un trocito de pan, mientras sus ojos estaban entornados en una mirada perdida en el vacío. Mick se sirvió la carne con salsa y la sémola, y, junto con unas pasas, lo mezcló todo en el plato. Tomó tres raciones. Comió hasta terminar la sémola, pero seguía sin sentirse saciada.

Había estado pensando en Mister Singer todo el día, y en cuanto hubo cenado subió por las escaleras. Pero al llegar al segundo piso vio que la puerta estaba abierta y su habitación a oscuras. Esto le dio una sensación de vacío.

Volvió a bajar, pero no podía permanecer quieta en su silla ni estudiar para el examen de inglés. Era como si ella fuera tan fuerte que no pudiera sentarse en una silla de una habitación igual que la otra gente. Como si pudiera derribar todas las paredes de la casa y marchar luego por las calles, con la estatura de un gigante.

Finalmente sacó su caja privada de debajo de la cama. Se acostó boca abajo y repasó su libreta de notas. Tenía unas veinte canciones en ella ahora, pero no se sentía satisfecha con ellas. ¡Si pudiera escribir una sinfonía! Para una orquesta entera... ¿Cómo se hacía eso? A veces había varios instrumentos que tocaban una sola nota, de modo que tendría que haber muchos músicos. Trazó cinco líneas cruzando una gran hoja de papel del examen, las líneas separadas por un par de centímetros. Cuando una nota era para violín o violonchelo o flauta, escribía el nombre del instrumento para indicarlo. Y cuando todos tocaban la misma nota juntos trazaba un círculo rodeándolos. En la cabecera de la página escribió SINFONÍA en letras grandes. Y debajo, MICK KELLY. Luego, no pudo continuar.

¡Si pudiera tomar lecciones de música!

¡Si pudiera tener un piano de verdad!

Pasó mucho tiempo antes de poder comenzar. Las melodías estaban en su mente, pero no conseguía imaginar la manera de escribirlas en el papel. Parecía como si éste fuera el juego más difícil del mundo. Pero siguió intentándolo hasta que Hazel y Etta llegaron a la habitación y se metieron en la cama, diciéndole que tenía que apagar la luz porque ya eran las once.

10

Durante seis semanas Portia había esperado tener noticias de William. Todas las noches se llegaba a la casa del doctor Copeland para hacerle la misma pregunta: “¿Sabe de alguien que haya recibido una carta de Willie?” Y todas las noches él se veía obligado a decirle que no tenía noticias.

Finalmente dejó de hacerle esta pregunta. Entraba en el vestíbulo y le miraba sin decir una palabra. Ella había estado bebiendo. Con frecuencia llevaba la blusa medio desabrochada y los cordones de los zapatos sueltos.

Llegó febrero. El tiempo se volvió más cálido, y luego francamente caluroso. El sol resplandecía con todo su fulgor. Los pájaros cantaban en los árboles sin hojas y los niños jugaban ante la puerta de su casa descalzos y desnudos hasta la cintura. Las noches eran tórridas como en pleno verano. Luego, al cabo de unos días, el invierno volvió a caer sobre la ciudad. Los suaves cielos se oscurecieron. Cayó una lluvia helada y la atmósfera se tornó húmeda y terriblemente fría. En la ciudad los negros sufrían tremendamente. Habían agotado las reservas de carbón, y todo el mundo luchaba por un poquito de calor. Una epidemia de neumonía asoló las húmedas y estrechas calles, y durante una semana el doctor Copeland se vio obligado a dormir en horas inverosímiles y completamente vestido. Pero seguían sin llegar noticias de William. Portia le había escrito cuatro veces, y el doctor Copeland, dos.

Durante la mayor parte del día y de la noche, no disponía de tiempo para pensar. Pero de vez en cuando encontraba una oportunidad para descansar unos momentos en casa. Se bebía una jarra de café junto a la estufa y se apoderaba de él un gran desasosiego. Cinco de sus pacientes habían muerto. Y uno de ellos era Augustus Benedict Mady Lewis, el pequeño sordomudo. Le habían pedido que hablara en el funeral, pero como tenía por regla no asistir a los entierros no pudo aceptar la invitación. Los cinco pacientes no se habían perdido por ninguna negligencia de su parte. La culpa había que buscarla en los largos años de necesidades que habían tenido que soportar. Las dietas a base de pan de maíz, vientre de cerdo y jarabe, el amontonamiento de cuatro o cinco personas en una sola habitación. La muerte de los pobres. Meditaba sobre esto y bebía café para mantenerse despierto. A menudo se llevaba las manos a la barbilla porque,

recientemente, cuando estaba fatigado su cabeza no se mantenía firme a causa de un ligero temblor de los nervios del cuello.

Más tarde, durante la cuarta semana de febrero, Portia vino un día a casa. Eran tan sólo las seis de la mañana, y el doctor estaba sentado junto al fuego de la cocina, calentándose un cazo de leche para desayunar. La joven estaba saturada de alcohol. Despedía un fuerte y dulzón olor a ginebra, y las ventanillas de la nariz del doctor se ensancharon con disgusto. No se molestó en mirarla, sino que siguió ocupándose de su desayuno. Desmenuzó un poco de pan en el bol y le echó la leche caliente. Preparó café y puso la mesa.

Luego, cuando estuvo sentado ante su desayuno, miró a Portia severamente.

—¿Has desayunado ya?

—No voy a desayunar —repuso ella.

—Te hará falta. Si es que tienes intención de ir a trabajar hoy.

—No voy a ir a trabajar.

El médico sintió miedo. No quiso preguntar más. Mantenía sus ojos fijos en el bol de leche y tomaba pequeñas cucharadas de ésta con mano poco firme. Cuando hubo terminado miró a la pared que había encima de la cabeza de la muchacha.

—¿Te han comido la lengua?

—Iba a contártelo. Vas a oírlo. Tan pronto como pueda hablar, voy a contártelo.

Portia se sentó y permaneció inmóvil en la silla, sus ojos moviéndose lentamente de un rincón de la pared al otro. Los brazos le colgaban sin fuerza, y tenía las piernas entrelazadas fláccidamente. Cuando dejó de mirarla, el médico experimentó por un momento un peligroso sentimiento de alivio y libertad, que era tanto más agudo cuanto que sabía que pronto ese sentimiento sería destrozado. Arregló el fuego y se calentó las manos. Luego lió un cigarrillo. La cocina se encontraba en un estado de orden y limpieza inmaculados. Las cazuelas de la pared brillaban con la luz de la estufa, y detrás de cada una de ellas podía percibirse un redondel negruzco.

—Se trata de Willie.

—Lo sé —el médico lió el cigarrillo cuidadosamente entre las palmas de sus manos. Sus ojos miraban inconsideradamente a su alrededor, buscando ávidamente los últimos dulces placeres.

—En una ocasión ya te conté que ese Buster Johnson estaba en la prisión con Willie. Ya le conocíamos de antes. Ayer lo mandaron a casa.

—¿Y?

—Willie ha quedado inválido para toda su vida.

Al doctor Copeland le tembló la cabeza. Se apretó el mentón con la mano para mantenerla firme, pero el obstinado temblor era difícil de controlar.

—Anoche llegaron unos amigos a casa y dijeron que Buster había llegado y tenía que decirme algo sobre Willie. Fui corriendo, y esto es lo que me dijo.

—Sí.

—Eran tres. Willie, Buster y el otro chico. Eran amigos. Luego pasaron todos esos problemas.

Portia se detuvo. Se humedeció el dedo con la lengua y luego se humedeció los labios con el dedo.

—Tenía algo que ver con la forma como esos guardias blancos se metían con ellos continuamente. Un día estaban trabajando en una carretera, y Buster se insolentó y luego el otro chico intentó huir hacia el bosque. Los llevaron a los tres. Los llevaron a los tres al campo y los metieron en aquel cuarto frío como el hielo.

El médico volvió a decir que sí. Pero la cabeza le temblaba y la palabra sonó como un chasquido en su garganta.

—Hará de esto unas seis semanas —siguió Portia—. Te acordarás del frío que hizo entonces. Metieron a Willie y a los otros chicos en aquella habitación helada.

Portia hablaba con voz baja, sin hacer ninguna pausa entre las palabras y sin que se aliviara la pena en su cara. Era como una canción baja. Ella hablaba y él no podía comprender. Las palabras sonaban claramente en sus oídos, pero carecían de forma y significado. Era como si su cabeza fuera la proa de una barca y los sonidos fueran como el agua que rompía contra ella y luego fluía por sus costados. Tenía la sensación de que para descubrir las palabras que ya se habían dicho tenía que mirar a su espalda.

—... y los pies se les hincharon, y allí quedaron en el suelo, haciendo esfuerzos y gritando. Y no venía nadie. Estuvieron gritando durante tres días y tres noches, y no fue nadie.

—Estoy sordo —dijo el doctor Copeland—, y no puedo entender.

—Metieron a nuestro Willie y a los chicos en aquella habitación fría como el hielo. Había una cuerda que colgaba del techo. Les quitaron los zapatos y les ataron los pies desnudos a la cuerda. Willie y los otros chicos se quedaron allí con la espalda sobre el suelo y los pies en el aire. Y los pies se les hincharon, y ellos no dejaban de luchar y gritar. Hacía un frío terrible en la habitación, y se les

helaron los pies. Se les hincharon los pies, y estuvieron gritando durante tres días y tres noches. Y no vino nadie.

El doctor Copeland se apretó la cabeza con las manos, pero no consiguió detener el constante temblor.

—No puedo oír lo que dices.

—Luego, al final, vinieron a buscarles. Rápidamente se llevaron a Willie y a los otros a la enfermería, y tenían las piernas hinchadas y congeladas. Gangrena. Le serraron los dos pies a nuestro Willie. Buster Johnson perdió un pie, y el otro se recuperó. Pero nuestro Willie está lisiado para toda su vida. Le cortaron los dos pies.

El eco de sus palabras se apagó, y Portia se inclinó hacia delante y golpeó la cabeza contra la mesa. No lloraba ni gemía, sino que se golpeaba una y otra vez la cabeza contra la pulida superficie de madera de la mesa. El bol y la cuchara empezaron a tintinear, y el doctor los apartó metiéndolos en el fregadero. Las palabras estaban esparcidas por su mente, pero él no trató de reunir las. Lavó con agua caliente el bol y la cuchara, y escurrió el paño de cocina. Recogió algo del suelo y lo puso en alguna parte.

—¿Lisiado? —preguntó—. ¿William?

Portia se golpeaba la cabeza contra la mesa y aquellos golpes tenían un ritmo como el lento batir de un tambor. El médico sintió que su corazón latía también con el mismo ritmo. Suavemente, las palabras cobraron vida y adquirieron significado, y el médico comprendió.

—¿Cuándo lo mandarán a casa?

Portia apoyó la cabeza en el brazo.

—Buster no lo sabía. En seguida los separaron a los tres y los pusieron en distintos lugares. Enviaron a Buster a otro campo. Como a Willie le faltan sólo unos pocos meses, piensa que es probable que le envíen a casa en seguida.

Bebieron café y permanecieron sentados durante largo rato, mirándose mutuamente a los ojos. La taza del médico producía un golpeteo contra sus dientes. Portia vertió un poco de café en un platillo y parte de él se le derramó sobre el regazo.

—William... —empezó a decir el doctor Copeland. Al pronunciar el nombre sus dientes mordieron profundamente la lengua y el médico sacudió la cabeza por el dolor. Siguió sentados largo rato. Portia le sostenía la mano. La triste luz matinal daba tonalidades grises a las ventanas. Afuera seguía lloviendo.

—Si es que pienso ir a trabajar, mejor será que me vaya ahora —declaró

Portia.

El médico la siguió por el pasillo y se detuvo junto al perchero para ponerse la chaqueta y la bufanda. La abierta puerta dejó penetrar una racha de aire frío, húmedo. Highboy estaba sentado en el bordillo con un húmedo periódico sobre la cabeza para protegerse de la lluvia. A lo largo de la acera había una valla. Portia se apoyaba en ella mientras caminaba. El doctor Copeland seguía a pocos pasos detrás, y sus manos, igualmente, tocaban las tablas de la valla para sostenerse. Highboy los seguía a ambos.

El médico aguardaba la aparición de la negra, terrible cólera como la de una bestia que surge en medio de la noche. Pero no se produjo. Las tripas le pesaban como el plomo, caminaba lentamente y se apoyaba en las empalizadas y en las frías y húmedas paredes de los edificios. Descendió a las profundidades hasta que finalmente ya no quedó más abismo. Tocó el sólido fondo de la desesperación, y se sintió algo aliviado.

En ello conoció cierta fuerza y una sagrada alegría. El perseguido se ríe, y el esclavo negro canta para su alma ultrajada bajo el látigo. Una canción sonaba en su interior ahora..., aunque no se trataba de música, sino que era sólo el sentimiento de una canción. Y la empapada pesadez de la paz entumecía sus miembros, de manera que sólo gracias a su firme determinación conseguía moverse. ¿Por qué continuaba su camino? ¿Por qué no echarse a descansar allí mismo sobre el fondo de su máxima humillación y por un rato asumir su contenido?

Pero siguió hacia delante.

—Tío —dijo Mick—. ¿No cree que un poco de café le haría sentirse mejor?

El doctor Copeland la miró a la cara pero no dio señales de haber oído. Habían cruzado la ciudad y llegado finalmente al callejón que había detrás de la casa de los Kelly. Portia había sido la primera en entrar, y él la siguió. Highboy permanecía afuera, en la escalera. Mick y sus dos hermanitos estaban ya en la cocina. Portia habló de William. El doctor Copeland no escuchaba las palabras, pero la voz de la muchacha tenía un ritmo: un comienzo, una mitad y un final. Y cuando había terminado, empezaba de nuevo. Llegaron más personas a la habitación para escuchar la historia.

El doctor Copeland permanecía sentado en un taburete en el rincón. Su chaqueta y bufanda despedían un tenue vapor, colgadas del respaldo de una silla

junto al fuego. El médico sostenía su sombrero entre las rodillas, y sus largas y morenas manos se movían nerviosamente a lo largo de la gastada ala. La amarillenta parte interna de sus manos estaba tan húmeda que de vez en cuando tenía que secársela con un pañuelo. La cabeza le temblaba, y tenía todos los músculos rígidos por el esfuerzo de mantenerla inmóvil.

Mister Singer entró en la habitación. El doctor Copeland levantó la cara hacia él. “¿Se ha enterado?”, preguntó. Mister Singer asintió con la cabeza. En sus ojos no había ni horror ni piedad ni odio. De todas las personas a quienes conocía, sus ojos eran los únicos que no expresaban tales reacciones. Porque era el único en comprender esto.

Mick le susurró a Portia:

—¿Cómo se llama tu padre?

—Se llama Benedict Mady Copeland.

Mick se inclinó sobre el doctor Copeland y le gritó cerca de la cara, como si fuera sordo:

—Benedict, ¿no cree que un poco de café le haría sentirse mejor?

El doctor Copeland se sobresaltó.

—Deja de gritar —dijo Portia—. Puede oír tan bien como tú.

—Oh —exclamó Mick. Vacío los posos del cazo y puso a hervir otra vez café.

El mudo seguía en la puerta. El doctor Copeland continuaba mirándolo a la cara.

—¿Se ha enterado?

—¿Qué les harán a esos guardias de la prisión? —preguntó Mick.

—Cariño, no lo sé —dijo Portia—. No lo sé.

—Yo les haría algo. Seguro que les haría algo.

—Nada que podamos hacer nosotros cambiará las cosas. Lo mejor que podemos hacer es mantener la boca cerrada.

—Deberían hacerles lo mismo que ellos hicieron a Willie y a los otros. Peor aún. Me gustaría poder reunir a algunas personas y matar yo mismo a esos hombres.

—Ésa no es forma cristiana de hablar —dijo Portia—. Podemos descansar y saber que Satanás los va a ensartar con su horca y los va a freír por toda la eternidad.

—De todos modos, Willie podrá seguir tocando la armónica...

—Con los dos pies cortados, será lo único que podrá hacer.

La casa estaba llena de ruidos e inquietud. En el cuarto de encima de la

cocina alguien estaba moviendo los muebles. El comedor estaba atestado de huéspedes. La señora Kelly iba corriendo de un lado para el otro, de la mesa del desayuno a la cocina. Mister Kelly andaba vagando por la casa con un par de holgados pantalones y una bata. Los pequeños Kelly comían glotonamente en la cocina. Podían oírse puertas que daban golpes y voces por toda la casa.

Mick sirvió al doctor Copeland una taza de café mezclado con la leche aguada. La leche le daba a la bebida un brillo gris azulado. Parte del líquido se había derramado sobre el plato, por lo que el médico secó primero el plato y el borde de la taza con su pañuelo. La verdad es que no tenía deseos de tomar café.

—Quisiera poder matarlos —repitió Mick.

La casa se calmó. La gente del comedor se marchó al trabajo. Mick y George se fueron a la escuela, y el pequeñín fue encerrado en una de las habitaciones delanteras. La señora Kelly se envolvió la cabeza con una toalla y cogiendo una escoba subió por la escalera.

El mudo seguía de pie en el marco de la puerta. El doctor Copeland no apartaba la mirada de su rostro. “¿Se ha enterado?”, volvió a preguntar. Las palabras no fueron audibles —se estrangulaban en su garganta— pero sus ojos eran lo suficientemente expresivos. Luego el mudo se marchó. El doctor Copeland y Portia se quedaron solos. Él permaneció sentado durante un rato en el taburete del rincón. Al final, se levantó para irse.

—Siéntate, padre. Vamos a quedarnos juntos esta mañana. Voy a freír pescado, y tomaremos pan de huevo y patatas para comer. Tú te quedas aquí, y luego pienso servirte una buena comida caliente.

—Sabes que tengo visitas.

—Sólo por un día. Por favor, padre. Siento como si fuera a reventar. Además, no quiero que andes por las calles tú solo.

El médico vaciló y se palpó el cuello del abrigo. Estaba muy húmedo.

—Lo siento, hija mía. Ya sabes que tengo visitas.

Portia sostuvo la bufanda del médico encima de la estufa hasta que la lana se calentó. Le abrochó el abrigo y le levantó el cuello. El doctor Copeland se aclaró la garganta y escupió en uno de los trocitos de papel que llevaba en el bolsillo. Luego quemó el papel en la estufa. Al marcharse se detuvo y habló con Highboy en la escalera. Sugirió que Highboy se quedara con Portia si podía arreglar lo de faltar a su trabajo.

El aire era penetrante y frío. Del cielo bajo, plomizo, caía una incesante llovizna. El agua se había filtrado en los cubos de basura, y en el callejón flotaba

un rancio olor de desechos húmedos. Al caminar, el médico iba equilibrándose con la ayuda de una valla, y mantenía sus ojos fijos en el suelo.

Hizo todas las vistas estrictamente necesarias. Luego, atendió a los pacientes en su consulta desde el mediodía hasta las dos en punto. Después se sentó a su mesa con los puños apretados. Pero era inútil tratar de cavilar sobre este asunto.

Sintió deseos de no volver a ver una cara humana. Sin embargo, al mismo tiempo no se veía capaz de permanecer allí sentado, solo, en la vacía habitación. Se puso el abrigo y salió nuevamente a la húmeda y fría calle. En el bolsillo guardaba varias recetas para dejar en la farmacia. Pero no deseaba hablar con Marshall Nicolls. Entró en la tienda y dejó las recetas sobre el mostrador. El farmacéutico apartó su mirada de los polvos que estaba midiendo y alargó ambas manos. Sus gruesos labios se movieron durante un momento sin emitir sonido alguno antes de recuperar su aplomo.

—Doctor —dijo formalmente—. Debe usted saber que tanto yo como mis colegas y miembros de mi logia y mi iglesia... sentimos profundamente su pena y deseamos manifestarle toda nuestra simpatía.

El doctor Copeland se dio la vuelta bruscamente y salió sin pronunciar una palabra. Aquello era muy poco. Se necesitaba algo más. La firme, la verdadera determinación, la voluntad de hacer justicia. Caminaba rígidamente, los brazos pegados a los costados, en dirección a la calle principal. Cavilaba sin éxito. No se le ocurría ninguna persona blanca con poder en toda la ciudad que fuera a la vez valiente y justa. Pensó en todos los abogados, jueces, funcionarios públicos cuyo nombre le resultara familiar..., pero la imagen de cada uno de estos hombres no hacía más que aumentar la amargura de su corazón. Finalmente se decidió por el juez del Tribunal Supremo. Al llegar al palacio de justicia, no vaciló sino que entró rápidamente, decidido a ver al juez aquella misma tarde.

El amplio vestíbulo principal estaba vacío excepto por algunos desocupados que se recostaban en las puertas que daban a las oficinas de cada lado. No sabía dónde podría encontrar el despacho del juez, de modo que vagó sin rumbo por el edificio, mirando los rótulos de las puertas. Finalmente, llegó a un estrecho pasillo. A mitad de camino del corredor había tres blancos de pie, hablando, que bloqueaban el camino. Se arrimó estrechamente contra la pared para pasar, pero uno de ellos se dio la vuelta para detenerle.

—¿Qué quieres?

—¿Sería usted tan amable de decirme dónde está situada la oficina del juez?

El hombre blanco señaló con su pulgar hacia el fondo del corredor. El doctor

Copeland lo reconoció como uno de los *sheriffs* suplentes. Se habían visto docenas de veces, pero el *sheriff* no lo recordaba. Todos los blancos les resultaban iguales a los negros, pero éstos se preocupaban de diferenciarlos. Por otra parte, los negros les parecían todos iguales a los blancos, pero éstos no se molestaban generalmente en fijar el rostro de los negros en su mente. De modo que el blanco le dijo:

—¿Qué quiere usted, reverendo?

Aquel familiar título burlesco le irritó.

—No soy ministro —dijo—. Soy médico, doctor en medicina. Me llamo Benedict Mady Copeland, y quisiera ver al juez inmediatamente por un asunto urgente.

El *sheriff* era como los demás hombres blancos en el sentido de que un discurso claramente enunciado le enfurecía.

—¿Eso es todo? —se burló. Hizo un guiño a sus amigos—. Digamos entonces que soy un *sheriff* suplente, que me llamo Mister Wilson y que le digo a usted que el juez está ocupado. Vuelva algún otro día.

—Es imprescindible que vea al juez —dijo el doctor Copeland—. Aguardaré.

Había un banco en la entrada del pasillo, y se sentó en él. Los tres blancos continuaron hablando, pero él sabía que el *sheriff* le estaba vigilando. Sin embargo, estaba decidido a no marcharse. Transcurrió más de media hora. Varios hombres blancos circularon libremente arriba y abajo del corredor. Él sabía que el *sheriff* le vigilaba, por lo que permanecía sentado rígido, con las manos entre las rodillas. Su sentido de la prudencia le decía que se marchara y volviera después, por la tarde, cuando el *sheriff* no estuviera allí. Toda su vida él había sido circunspecto en su trato con esa clase de gente. Pero ahora había algo en él que no le dejaba retirarse.

—¡Tú, ven aquí! —gritó finalmente el *sheriff*.

La cabeza le temblaba, y al levantarse no se mantuvo firme sobre sus pies.

—¿Sí?

—¿Por qué has dicho que querías ver al juez?

—No lo he dicho —repuso el doctor Copeland—. He dicho simplemente que mi asunto con él era urgente.

—No puedes tenerte en pie. Has estado bebiendo licor, ¿verdad? Lo huelo en tu aliento.

—Eso es mentira —dijo el doctor Copeland lentamente—. Yo no he...

El *sheriff* le golpeó en la cara, y cayó contra la pared. Dos hombres blancos

lo agarraron por los brazos y lo arrastraron escaleras abajo a la planta principal. Él no se resistió.

—Eso es lo malo de este país —dijo el *sheriff*—. Los condenados negros petulantes como él.

El médico no dijo una sola palabra y dejó que hicieran con él lo que quisieran. Aguardó la terrible cólera, y sintió que empezaba a despertarse en él. La rabia lo debilitó de modo que tropezó al andar. Lo metieron en la furgoneta de la policía con dos hombres como guardianes. Lo llevaron a la comisaría y luego a la cárcel. Fue al entrar en la cárcel cuando se desató en él la fuerza de su furia. Se deshizo repentinamente de su presa. Lo rodearon en un rincón. Lo golpearon en la cabeza y los hombros con sus porras. Pero sentía en su interior una fuerza arrolladora y se oía a sí mismo reír en voz alta mientras luchaba. Sollozaba y reía al mismo tiempo. Golpeaba salvajemente con sus pies. Peleó con los puños e incluso golpeó a sus adversarios con la cabeza. Por fin lo sujetaron de tal forma que no podía moverse. Lo arrastraron centímetro a centímetro por el pasillo de la cárcel. Abrieron la puerta de una celda. Alguien desde atrás le golpeó en la ingle, y el médico cayó de rodillas en el suelo.

En el exiguo cubículo había otros cinco prisioneros: tres negros y dos blancos. Uno de los blancos era un viejo borracho. Estaba sentado en el suelo, rascándose. El otro preso blanco era un muchacho de no más de quince años. Los tres negros eran jóvenes. Mientras yacía en la litera mirándoles la cara, el doctor Copeland reconoció a uno de ellos.

—¿Y eso que está usted aquí? —preguntó el joven—. ¿No es usted el doctor Copeland?

El médico respondió afirmativamente.

—Me llamo Dary White. Le operó usted las amígdalas a mi hermana el año pasado.

La helada celda estaba impregnada de un olor repugnante. En un rincón había un cubo lleno a rebosar de orines. Y las cucarachas se paseaban por las paredes. El doctor Copeland cerró los ojos y debió quedarse dormido inmediatamente porque cuando levantó otra vez la mirada la pequeña ventana enrejada estaba negra y en el pasillo brillaba una luz potente. En el suelo había cuatro platos de hojalata vacíos. Su cena de col y pan de maíz estaba a su lado.

Se sentó en la litera y estornudó varias veces con violencia. Al respirar, la

flema le producía un estertor en su pecho. Al cabo de un rato el joven blanco empezó a estornudar también. Al doctor Copeland se le habían acabado los trozos de papel y tuvo que usar las hojas de una libreta de notas que llevaba en el bolsillo. El muchacho blanco se inclinó sobre el cubo del rincón y simplemente dejó que corriera el agua que le salía de la nariz sobre la pechera de la camisa. Tenía los ojos dilatados y las mejillas enrojecidas. Estaba acurrucado en el borde de una litera y gemía.

Poco después fueron conducidos al retrete, y a su regreso se prepararon para dormir. Eran seis hombres para ocupar cuatro literas. El viejo se echó en el suelo y empezó a roncar. Dary y otro de los muchachos se metieron juntos en una litera.

Las horas fueron interminables. La luz del pasillo les quemaba los ojos y el olor de la celda convertía cada respiración en un suplicio. El médico no podía entrar en calor. Los dientes le castañeteaban y experimentó un violento escalofrío. Se incorporó envuelto en la sucia manta y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás. Dos veces alargó la mano para tapar al muchacho blanco, el cual murmuraba y extendía los brazos en sueños. El médico se tambaleó, la cabeza entre las manos, y de su garganta brotó un gemido acompasado. No podía pensar en William. Ni tampoco podía cavilar sobre su firme propósito y obtener fuerza de ello. No podía sentir otra cosa que la desgracia que le embargaba.

Más tarde le aumentó la fiebre. Sintió como una oleada de calor por todo el cuerpo. Se echó hacia atrás, y le pareció que se hundía en un lugar cálido y rojo y lleno de confort.

A la mañana siguiente salió el sol. Aquel extraño invierno sureño tocaba a su fin. El doctor Copeland fue puesto en libertad. Un pequeño grupo le esperaba fuera de la cárcel. Mister Singer estaba allí. Y Portia, Highboy y Marshall Nicolls estaban presentes también. Sus caras aparecían confusas y no podía distinguirlas claramente. El sol brillaba con fuerza.

—Padre, ¿no sabes que ésta no es forma de ayudar a nuestro Willie? Andar enredado con blancos en el palacio de justicia... Lo mejor que podemos hacer es mantener la boca cerrada y esperar.

Su potente voz resonaba débilmente en sus oídos. Subieron a un taxi, y poco después se encontraba en casa con la cara apretada contra la fresca y blanca almohada.

11

Mick no había podido dormir en toda la noche. Etta estaba enferma, de manera que tuvo que ir a acostarse en el cuarto de estar. El sofá era demasiado estrecho y corto. Tuvo pesadillas sobre Willie. Hacía casi un mes desde que Portia contara lo que le habían hecho..., pero seguía sin poder olvidarlo. Dos veces durante la noche había tenido pesadillas despertándose en el suelo y con un chichón que empezaba a brotarle de la frente. Luego a las seis oyó cómo Bill iba a la cocina a prepararse el desayuno. Era de día, pero las persianas estaban bajadas de modo que la habitación estaba medio a oscuras. Sintió algo extraño al despertarse en la sala de estar. Y no le gustó. La sábana estaba retorcida, la mitad sobre el sofá y la mitad en el suelo. La almohada se encontraba en medio de la habitación. Se levantó y abrió la puerta del pasillo. No había nadie en las escaleras. Corrió, vestida sólo con su camisón, hacia la habitación de detrás.

—Échate a un lado, George.

El niño yacía en el mismo centro de la cama. La noche había sido calurosa, y el pequeño dormía desnudo como un arrendajo. Tenía los puños fuertemente cerrados e incluso en sueños entrecerraba los ojos como si estuviera pensando en algo muy difícil de imaginar. Tenía la boca abierta y había una manchita de humedad en la almohada. Mick le empujó.

—Espera... —musitó el niño en sueños.

—Córrete hacia tu lado.

—Espera..., déjame terminar este sueño..., este...

Lo arrastró hacia el lugar que le pertenecía, y se acostó a su lado. Al abrir los ojos otra vez, era tarde, porque el sol brillaba por la ventana de atrás. George se había ido. Del patio llegaron voces de niños y el sonido del agua que corría. Etta y Hazel estaban hablando en la habitación del medio. Mientras se vestía, se le ocurrió de repente una idea. Escuchó en la puerta pero resultaba difícil oír lo que las jóvenes decían. Abrió la puerta de un empujón para sorprenderlas.

Estaban leyendo una revista de cine. Etta se encontraba aún en la cama. Con su mano cubría a medias la foto de un actor.

—De aquí para arriba, ¿no crees que se parece al chico que salía con...?

—¿Cómo te sientes esta mañana, Etta? —preguntó Mick. Miró debajo de la cama, y su caja privada seguía en el lugar exacto en que la había dejado.

—Te preocupas demasiado —replicó Etta.

—No es necesario que busques pelea.

Etta tenía pálido el rostro. Sufría de un terrible dolor de estómago, y tenía un ovario enfermo. Tenía algo que ver con el período. El doctor decía que deberían extirparle un ovario inmediatamente. Pero su padre decía que tendrían que esperar. No había dinero.

—¿Cómo quieres que me porte, entonces? —exclamó Mick—. Te hago una pregunta cortés y empiezas a criticarme. Siento que debo apenarme porque estás enferma, pero tú no me dejas ser buena. Por lo tanto, naturalmente me enfurezco —se echó hacia atrás el flequillo y contempló su rostro en el espejo muy de cerca—. ¡Vaya! ¡Mirad el chichón que tengo! Seguro que me he roto la cabeza. Dos veces me caí anoche y creo que me di un golpe con la mesa que hay junto al sofá. No puedo dormir en el cuarto de estar. Este sofá es tan pequeño que no puedo dormir en él.

—Deja de hablar tan alto —advirtió Hazel.

Mick se arrodilló en el suelo y sacó la gran caja. Inspeccionó cuidadosamente el cordel con que estaba atada.

—Decidme, ¿alguna de vosotras ha estado jugueteando con esto?

—¡Suéltalo! —exclamó Etta—. ¿Por qué íbamos a querer andar con tus trastos viejos?

—Mejor será que no lo hagáis. Mataría a cualquiera que tocara mis cosas privadas.

—Escúchame —dijo Hazel—. Mick Kelly, creo que eres la persona más egoísta que jamás he conocido. Te importan un bledo los demás, pero...

—¡Cierra la boca! —gritó Mick y cerró la puerta de golpe. Las odiaba a las dos. Era algo terrible reconocerlo, pero era así.

Su papá estaba en la cocina con Portia. Llevaba puesto su albornoz y estaba tomando una taza de café. Tenía los ojos enrojecidos y la taza tintineaba contra el platillo. Daba vueltas y más vueltas a la mesa de la cocina.

—¿Qué hora es? ¿Aún no se ha ido Mister Singer?

—Ya se ha ido, cariño —dijo Portia—. Son casi las diez.

—¡Las diez! ¡Dios mío! Nunca había dormido hasta tan tarde.

—¿Qué guardas en esa gran caja de sombreros que llevas contigo a todas partes?

Mick metió la mano en el horno y sacó media docena de bollos.

—No me hagas preguntas y no te contestaré mentiras. Mal final le espera al que hace de fisgón.

—Si queda un poquito de leche, me parece que la tomaré con un poco de pan desmenuzado —dijo su papá—. Quizá eso me arregle el estómago.

Mick partió los bollos y metió lonchas de tocino frito en su interior. Luego fue a sentarse en las escaleras de atrás a comer su desayuno. La mañana era luminosa y cálida. Spareribs y Sucker jugaban con George en el patio trasero. Sucker llevaba su vestido playero y los otros dos se habían quitado toda la ropa excepto sus pantalones cortos. Se perseguían unos a otros con la manguera. El chorro de agua centelleaba bajo el brillante sol. El viento pulverizaba las gotas de agua formando una tenue neblina y en ella se formaban los colores del arco iris. La ropa tendida flameaba al viento: blancas sábanas, el vestido azul de Ralph, una blusa roja y varios camisones... húmedos y frescos hinchándose de diferentes formas. El día era casi veraniego. Pequeñas y vellosas avispas zumbaban en torno de la madreSelva que había junto a la cerca del callejón.

—¡Mirad cómo la sostengo encima de la cabeza! —gritaba George—. Mirad cómo me corre el agua.

Mick se sentía demasiado llena de energía para permanecer sentada. George había llenado un saquito de tierra y lo había colgado de una rama del árbol como punching ball. Mick empezó a golpearlo. ¡Pic! ¡Poc! Golpeaba según el ritmo de la canción que le había venido a la mente aquella mañana al despertarse. George había mezclado una afilada roca con la tierra, y la muchacha se lastimó los nudillos.

—¡Ay! Me has echado el agua al oído. Me has destrozado el tímpano. No puedo oír.

—Ana, déjame echar agua a mí.

Chorros de agua chocaban con su cara, y en una ocasión los niños apuntaron la manguera contra sus piernas. Mick tenía miedo de que se mojara su caja, de modo que se la llevó a través del callejón al porche. Harry estaba sentado en su escalera leyendo el periódico. Ella abrió la caja y sacó su libreta de notas. Pero era difícil concentrar su mente en la canción que quería escribir. Harry miraba en su dirección, y ella no podía pensar.

Ambos habían hablado de muchos temas últimamente. Casi cada día volvían a casa juntos de la escuela. Hablaban de Dios. A veces ella se despertaba por la noche y temblaba pensando en lo que habían dicho. Harry era panteísta. Era una

religión, lo mismo que baptista, o católico o judío. Harry creía que después de que uno moría y lo enterraban, se convertía en plantas y fuego y tierra y nubes y agua. Para ello hacían falta miles de años, y finalmente uno formaba parte del mundo. Decía que eso le parecía mejor que convertirse en un simple ángel. De cualquier forma, era mejor que nada.

Harry arrojó el periódico a su vestíbulo, y luego se acercó a Mick.

—Hace tanto calor como en el verano —dijo—. Y estamos sólo en marzo.

—Sí. Desearía poder ir a nadar.

—Podríamos ir si hubiera algún lugar.

—No hay ninguno. Excepto aquella piscina del club de campo.

—Me gustaría hacer algo..., salir e ir a alguna parte.

—A mí también —repuso ella—. ¡Aguarda! Conozco un lugar. Está en el campo, a unos veinticinco kilómetros. Es un arroyo profundo y ancho que hay en el bosque. Las *Scouts* montan allí un campamento en verano. La señora Wells me llevó una vez a mí, a George, a Pete y a Sucker a nadar el año pasado.

—Si quieres puedo conseguir bicicletas y podemos ir mañana. Tengo libre un domingo cada mes.

—Saldremos en las bicicletas y haremos un picnic.

—De acuerdo. Pediré prestadas las bicicletas.

Ya era hora de que Harry se fuera a trabajar. La muchacha le vio marchar calle abajo, balanceando los brazos. A media manzana había un laurel de ramas bajas. Harry tomó carrerilla, agarró una rama y la desgajó. Mick se vio invadida de una sensación de felicidad al darse cuenta de que eran realmente muy buenos amigos. Además, Harry era muy guapo. Le pediría prestado a Hazel su collar azul para el día siguiente, y se pondría su vestido de seda. Y para comer llevaría emparedados de gelatina y refrescos. Quizá Harry llevara algo extraño, porque en su casa comían al estilo ortodoxo judío. Le observó hasta que dobló la esquina. La verdad era que había crecido hasta convertirse en un buen mozo.

El Harry del campo era diferente del Harry sentado en la escalera de atrás leyendo el periódico y pensando en Hitler. Salieron por la mañana temprano. Las bicicletas que el muchacho había pedido prestadas eran de hombre..., con un tubo entre las piernas. Ataron los almuerzos y trajes de baño a los guardabarros, y salieron antes de las nueve. La mañana era cálida y soleada. Al cabo de una hora estaban muy lejos de la ciudad en un camino de arcilla roja. Los campos mostraban un color verde brillante y en el aire flotaba el penetrante olor de los

pinos. Harry hablaba de manera excitada. Un viento cálido azotaba sus rostros. Mick tenía la boca muy seca y estaba hambrienta.

—¿Ves aquella casa que hay en lo alto de la colina? Paremos y vayamos a buscar un poco de agua.

—No, es mejor esperar. El agua de pozo da el tifus.

—Yo ya he tenido el tifus. Y neumonía y una pierna rota y un pie infectado.

—Ya me acuerdo.

—Sí —dijo Mick—. Cuando contrajimos el tifus, Bill y yo tuvimos que quedarnos en la habitación de delante, y Pete Wells corría por la acera levantando la nariz y mirando por la ventana. Bill se sentía muy avergonzado. A mí se me cayó todo el cabello y me quedé completamente calva.

—Apuesto a que estamos al menos a quince kilómetros de la ciudad. Llevamos montando una hora y media..., y corriendo.

—Yo tengo una sed tremenda —dijo Mick—. Y estoy hambrienta. ¿Qué llevas en esa bolsa para almorzar?

—Pudín de hígado frito, emparedados de pollo y pastel.

—Una buena comida para un picnic —Mick estaba avergonzada de lo que había traído—. Yo he traído dos huevos duros, ya rellenos, con paquetitos separados de sal y pimienta. Y bocadillos: gelatina de moras con mantequilla. Todo envuelto en papel impermeable. Y servilletas de papel.

—Yo no pretendía que tú trajeras nada —dijo Harry—. Mi madre preparó almuerzo para los dos. Yo te invité. Iremos a una tienda y compraremos bebidas frías.

Rodaron durante media hora antes de llegar finalmente a la tienda de la estación de servicio. Harry aparcó las bicicletas y ella entró antes que él. En contraste con el brillante resplandor del sol, la tienda parecía oscura. Las estanterías estaban repletas de tajadas de tocino, latas de aceite y sacos de harina. Las moscas zumbaban sobre un frasco grande y pegajoso de caramelo a granel del mostrador.

—¿Qué bebidas tienen? —preguntó Harry.

El tendero empezó a nombrarlas. Mick abrió la nevera y miró en su interior. El agua fría constituía una agradable sensación para sus manos.

—Quiero un refresco de chocolate. ¿Tienen?

—Ídem —dijo Harry—. Que sean dos.

—No, espera un momento. Aquí hay cerveza helada. Quiero una botella de cerveza, si es que te atreves a probarla.

Harry pidió una para él, también. Pensaba que era un pecado que alguien de menos de veinte años bebiera cerveza..., pero quizá de repente deseó portarse como un caballero. Después del primer trago puso cara de repugnancia. Estaban sentados en la escalera delante de la tienda. Mick tenía las piernas tan cansadas que le temblaban los músculos. Secó el cuello de la botella con la mano y tomó un largo y frío trago. Al otro lado de la carretera había una gran extensión de hierba, y más allá una franja de pinos. Los árboles ofrecían toda la gama de verdes..., desde un verde amarillento brillante hasta una tonalidad oscura que era casi negra. El cielo era de un azul muy intenso.

—Me gusta la cerveza —dijo ella—. Antes solía mojar trocitos de pan en el resto que dejaba papá. Me gusta lamer sal de la mano mientras bebo. Esta es la segunda botella que bebo en mi vida.

—El primer trago resultó amargo. Pero ahora tiene buen sabor.

El tendero les informó de que se encontraban a unos diecinueve kilómetros de la ciudad. Aún les quedaban seis por recorrer. Harry le pagó y salieron nuevamente al ardiente sol. Harry hablaba a gritos y no dejaba de reírse sin motivo.

—¡Caray! La cerveza y este sol tan fuerte me hacen sentir mareado. Pero me encuentro muy bien —dijo.

—Yo no veo la hora de empezar a nadar.

Había arena en el camino y tenían que ejercer toda su fuerza sobre los pedales para no quedar encallados. Harry tenía la camisa pegada al cuerpo por el sudor. Pero seguía hablando. La carretera se transformó nuevamente en arcilla roja, y la arena quedó a sus espaldas. Sonaba una lenta canción de color en la cabeza de Mick..., una canción que el hermano de Portia solía tocar con su armónica. La muchacha pedaleó siguiendo el compás.

Finalmente llegaron al lugar que ella estaba buscando.

—¡Ahí es! ¿Ves ese terreno que dice PRIVADO? Tenemos que encaramarnos a esa cerca de alambre y luego tomar por aquel sendero... ¿Ves allí?

El bosque estaba muy silencioso. Resbaladizas agujas de pino cubrían el terreno. Pocos minutos después habían llegado al arroyo. El agua tenía un color parduzco y la corriente era rápida. Y fría. No se oía ningún sonido excepto el del agua y una ligera brisa que cantaba en las copas de los pinos. Era como si los quietos y profundos bosques les volvieran tímidos, y caminaban lentamente a lo largo de la orilla del arroyo.

—¿No es hermoso?

Harry soltó una carcajada.

—¿Qué te hace susurrar? ¡Escucha! —se golpeó la boca con la mano al tiempo que lanzaba un largo grito indio que resonó a sus espaldas—. Vamos. Metámonos en el agua para refrescarnos.

—¿No tienes hambre?

—Conforme. Entonces comeremos primero. Comeremos la mitad del almuerzo ahora y la otra mitad más tarde, cuando salgamos.

Mick desenvolvió los emparedados de gelatina. Cuando los hubieron terminado, Harry hizo cuidadosamente una pelota con los papeles y los embutió en un hueco que había en el tronco de un árbol. Luego cogió sus *shorts* y bajó por el sendero. Mick se quitó las ropas detrás de un arbusto y luchó por meterse el traje de baño de Hazel. La prenda era demasiado pequeña y la hería entre las piernas.

—¿Estás lista? —gritó Harry.

La muchacha oyó un chapoteo en el agua y cuando llegó a la orilla Harry estaba ya nadando.

—No te zambullas todavía hasta que averigüe si hay troncos o lugares poco profundos —dijo.

No podía ver más que su cabeza agitándose en el agua. De todas maneras, Mick no tenía intención alguna de zambullirse. Ni siquiera sabía nadar. Había ido a bañarse sólo unas pocas veces en su vida..., y en tales casos llevaba flotadores o se quedaba en los lugares donde el agua no le cubría la cabeza. Pero no quería parecer blandengue diciéndoselo a Harry. Estaba avergonzada. De pronto le contó una historia:

—Ya no me zambullo. Antes lo hacía, desde muy arriba, continuamente. Pero una vez me abrí la cabeza, así que ya no lo hago más. —Pensó durante unos momentos—. Era un doble salto de la carpa lo que estaba haciendo. Y cuando salí, había sangre en el agua. Pero no le di importancia y seguí nadando. La gente empezó a gritarme. Entonces descubrí de dónde venía toda aquella sangre que había en el agua. Y desde entonces nunca he podido volver a nadar bien.

Harry se encaramó a la orilla.

—¡Caramba! Nunca había oído una cosa así.

Mick tuvo intención de adornar la historia para que pareciera más razonable, pero lo que hizo en realidad fue mirar a Harry. La piel de éste tenía una tonalidad castaño suave y el agua la hacía brillar. Tenía vello en el pecho y en las piernas. Con su ajustado bañador, parecía estar desnudo. Sin las gafas, su cara era más

ancha y más hermosa. Sus ojos eran azules y estaban húmedos. También él la miraba a ella y pareció de repente como si se sintieran embarazados.

—El agua tendrá unos tres metros de profundidad, excepto en la otra orilla, donde es menos profunda.

—Entremos. Seguro que el agua fría está estupenda.

No tenía miedo. Se sentía como si hubiera subido a la cima de un árbol muy alto y no tuviera otra solución que bajar del mejor modo que supiera..., una sensación de calma chicha. Se descolgó por la orilla y se encontró en las heladas aguas. Estaba agarrada a una raíz, pero ésta se rompió y entonces empezó a nadar. En una ocasión tragó agua y la cabeza se le hundió, pero mantuvo la calma, siguió avanzando y no quedó mal. Consiguió nadar y llegar a la otra orilla, donde podía tocar fondo. Entonces se sintió bien. Golpeó el agua con los puños y gritó absurdas palabras para probar el eco.

—¡Mira!

Harry se encaramó a un alto y delgado arbolillo. El tronco era flexible, y al llegar a la cima se dobló por su peso. El muchacho se dejó caer al agua.

—¡Yo también! ¡Mira cómo lo hago yo!

—Es un árbol joven.

Mick era tan buena trepadora como cualquier otro chico de la manzana. Copió exactamente lo que había visto hacer a Harry, y golpeó el agua con dureza. Pero podía nadar, también. Ahora podía nadar perfectamente.

Jugaron a perseguirse por la orilla, saltando de vez en cuando a la fría agua pardusca. Gritaron y brincaron y se subieron a los árboles. Estuvieron jugando quizá durante un par de horas. Luego se quedaron de pie en la orilla y se miraron mutuamente, sin saber qué otra cosa hacer. De repente, ella dijo:

—¿Te has bañado alguna vez desnudo?

El bosque estaba muy tranquilo, y durante un minuto entero él no respondió. Tenía frío. Los pezoncitos se le habían vuelto duros y de color púrpura, color éste que también tenían sus labios. Le castañeteaban los dientes.

—No... No lo creo.

Mick estaba embargada por la excitación, y dijo algo que no había tenido intención de decir:

—Yo lo haría si tú lo hicieras. Te desafío.

Harry se echó hacia atrás sus morenos y húmedos rizos.

—Conforme.

Ambos se quitaron sus trajes de baño. Harry le daba la espalda. Se

tambaleaba y tenía las orejas encarnadas. Luego se dieron la vuelta. Quizá estuvieran allí de pie mirándose durante media hora..., quizá fue sólo un momento.

Harry arrancó una hoja de un árbol y la rompió en trocitos.

—Mejor será que nos vistamos.

Ninguno de los dos habló durante el almuerzo. Extendieron la comida sobre el suelo. Harry lo dividió todo por la mitad. Después sintieron la soñolienta sensación de una tarde veraniega. En lo más profundo del bosque, no podían oír otro sonido que el lento fluir del agua y el canto de los pájaros. Harry tomó el huevo duro que le correspondía y aplastó la yema con el pulgar. ¿Qué le recordaba eso a Mick? Se oyó a sí misma respirar afanosamente.

Entonces el muchacho miró por encima de su hombro.

—Escucha. Creo que eres muy bonita, Mick. Nunca lo había pensado. No quiero decir que pensaba que eras fea..., solo quiero decir que...

Ella arrojó una piña al agua.

—Quizá será mejor que emprendamos el regreso si queremos estar en casa antes de que oscurezca.

—No —dijo él—. Echémonos. Sólo un minuto.

El muchacho apiló puñados de hojas y agujas de pino y musgo grisáceo. Ella, mientras, se chupaba la rodilla y le observaba. Tenía los puños apretados sintiendo que todo su cuerpo estaba en tensión.

—Ahora podemos dormir un poco y estaremos descansados para la vuelta.

Yacieron sobre el blando lecho y contemplaron las verdosas copas de los pinos que se recortaban contra el cielo. Un pájaro ensayó una triste y nítida canción que ella jamás había oído. Una nota alta como la de un oboe... y luego bajaba unos cinco tonos y la repetía. El canto era triste como una pregunta sin palabras.

—Me encanta este pájaro —dijo Harry—. Me parece que es un virio.

—Me gustaría que estuviéramos en el océano. En la playa y contemplando los barcos que navegan muy lejos. Tú te fuiste a la playa un verano...; exactamente, ¿cómo es?

La voz del muchacho era ronca y baja.

—Bien..., hay olas. A veces azules, y otras, verdes, y bajo el sol brillante parecen cristalinas. Y en la arena puedes encontrar unas conchas pequeñas. Como las que trajimos en una caja de cigarrillos. Y por encima del agua vuelan las

gaviotas blancas. Estábamos en el golfo de México; allí sopla siempre una brisa fresca y no hace el calor abrasador de aquí. Siempre...

—Nieve —dijo Mick—. Eso es lo que me gustaría ver. Blancos ventisqueros de nieve como en las fotos. Ventiscas. Fría y blanca nieve que no deja de caer suavemente y sigue y sigue cayendo durante todo el invierno. Nieve como en Alaska.

Ambos se dieron la vuelta al mismo tiempo. Se juntaron, el uno contra el otro. Mick sintió que el muchacho temblaba, y cerró los puños con fuerza suficiente como para rompérselos. “Oh, Dios”, repetía Harry una y otra vez. Mick sentía como si la cabeza fuera a separársele del cuerpo, y sus ojos contemplaban directamente el sol enceguedor mientras contaba algo en su mente.

Así fue como pasó.

Empujaron lentamente las bicicletas por la carretera. Harry llevaba la cabeza baja y los hombros encorvados. Sus sombras se dibujaban largas y negras en la polvorienta carretera, porque ya era muy avanzada la tarde.

—Escucha —dijo él.

—Sí.

—Tenemos que comprender esto. Tenemos que comprenderlo. ¿Comprendes tú... algo?

—No sé. Imagino que no.

—Escúchame. Tenemos que hacer algo. Sentémonos.

Dejaron las bicicletas y se sentaron en una zanja al lado de la carretera. Se sentaron muy separados el uno del otro. El tardío sol ardía sobre sus cabezas, y a su alrededor había varios hormigueros oscuros a punto de desmoronarse.

—Tenemos que comprenderlo —no dejaba de decir Harry.

El muchacho se puso a llorar. Estaba sentado muy rígido y las lágrimas rodaban por su blanca cara. Mick no conseguía adivinar qué era lo que le hacía llorar. Una hormiga le picó en el tobillo, y ella la cogió con los dedos y se la acercó al rostro para mirarla.

—La cosa es así —dijo Harry—. Nunca había besado a una chica.

—Yo tampoco había besado a un muchacho. Fuera de la familia, quiero decir.

—Era algo en lo que estaba pensando siempre..., besar a cierta chica. Solía hacer planes al respecto durante la clase en la escuela, y por las noches soñaba con ello. Y entonces, un día ella me dio una cita. Y diría que ella quería que la

besara. Y no pude hacer más que mirarla en la oscuridad, y no pude hacerlo. No había hecho más que pensar en eso, en besarla, y cuando llegó el momento, no pude.

Mick cavó un agujerito en el suelo con el dedo y enterró la hormiga muerta.

—Fue todo culpa mía. El adulterio es un pecado terrible, lo mires como lo mires. Y tú eres dos años más joven que yo y sólo una niña.

—No, no lo soy. No soy ninguna niña. Pero quisiera serlo, sin embargo.

—Escúchame. Si crees que debemos hacerlo, podemos casarnos... secretamente o de otro modo cualquiera.

Mick movió negativamente la cabeza.

—No me gustaría. Nunca me casaré con ningún chico.

—Yo tampoco me casaré. De eso estoy seguro. Y no pienses que es por decirlo...; es la verdad.

La cara de Harry le daba miedo. Le temblaba la nariz y el labio inferior lo tenía manchado y ensangrentado allí donde se lo había mordido. Sus ojos estaban brillantes, húmedos y con un aspecto amenazador. Su cara era la más blanca que ella jamás viera. Apartó la mirada de él. Todo iría mejor si él dejara de hablar. Los ojos de Mick miraron lentamente a su alrededor: se fijaron en la arcilla vetada de rojo y blanco y de la zanja, en una botella de whisky rota, en un pino que había al otro lado del camino con un letrero en el que se solicitaban candidatos para el puesto de *sheriff* del condado. Quería estar sentada en silencio durante largo rato, y no pensar decir ni una palabra.

—Me voy de la ciudad. Soy un buen mecánico y puedo conseguir un trabajo en cualquier otro lugar. Si me quedo en casa, mamá sería capaz de descubriermelo en los ojos.

—Dime. ¿Puedes mirarme a mí y ver la diferencia?

Harry estuvo estudiando su cara durante largo rato, y finalmente respondió asintiendo. Luego dijo:

—Hay otra cosa más. Dentro de un mes o dos te mandaré mi dirección, y tú me escribes y me dices con seguridad si te encuentras bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella lentamente.

Él se lo explicó:

—Todo lo que tienes que hacer es escribir “Muy bien”, y yo ya entenderé.

Volviéron a emprender el camino hacia casa empujando las bicicletas. Sus sombras se alargaban cada vez más hasta adoptar un tamaño gigantesco en la carretera. Harry caminaba encorvado como un viejo mendigo, y no cesaba de

secarse la nariz con la manga de la camisa. Durante un minuto más el paisaje fue bañado por el dorado brillo del sol antes de ponerse éste detrás de los árboles, y las sombras de los dos muchachos desaparecieron de la carretera delante de ellos. Mick se sentía muy vieja, y era como si llevara en su interior algo muy pesado. Era ya una persona mayor, tanto si le gustaba como si no.

Habían recorrido a pie los veinticinco kilómetros, y se encontraban ya en el oscuro callejón, cerca de su casa. Mick pudo ver la amarillenta luz de su cocina. La casa de Harry estaba a oscuras..., su madre aún no había regresado. La mujer trabajaba para un sastre en una tienda de una calle secundaria. A veces incluso en domingo. Si uno miraba por la ventana podía verla encorvada en la parte de atrás sobre la máquina o ensartando una larga aguja a través de la gruesa tela. Nunca levantaba la mirada cuando la miraban. Y por las noches cocinaba aquellos platos ortodoxos para Harry y para ella.

—Oye... —dijo él.

Ella esperó en la oscuridad, pero el muchacho no terminó la frase. Se dieron la mano y Harry enfiló por el oscuro callejón entre las casas. Al llegar a la acera se volvió y miró por encima de su hombro. Una luz brillaba en su cara, y ésta era blanca y tenía una dura expresión. Luego se fue.

—Escucha una adivinanza —dijo George.

—Escucho.

—Dos indios van por un camino. El de delante es hijo del que va detrás, pero el de detrás no es su padre. ¿Qué parentesco tienen?

—Veamos. Es su padrastro.

George sonrió a Portia con sus dienteillos cuadrados, azules.

—Su tío, entonces.

—No lo adivinas. Es su madre. El truco está en que tú no piensas que un indio sea una mujer.

Mick permanecía fuera, observándolos. La puerta enmarcaba la cocina como si fuera un cuadro. Dentro todo era acogedor y limpio. Sólo estaba encendida la luz del fregadero, y en la habitación había sombras. Bill y Hazel estaban jugando a la veintiuna en la mesa, con fósforos en lugar de dinero. Hazel se tocaba las trenzas con sus regordetes y rosados dedos mientras Bill chupaba hacia dentro sus mejillas y manejaba las cartas con mucha seriedad. Portia estaba secando en el fregadero los platos con un paño a cuadros limpio. Se la veía delgada, la piel de

un amarillo dorado, y llevaba su negro y grasiento cabello alisado pulcramente. Ralph estaba sentado muy quietecito en el suelo, y George trataba de colocarle una especie de arneses hechos de viejos adornos de Navidad.

—Mira, otra adivinanza, Portia. Si la manecilla de un reloj señala las dos y media...

Mick entró en la habitación. Era como si hubiera esperado que, al verla, todos se iban a poner de pie rodeándola y mirándola. Pero la verdad es que se limitaron a mirarla. Se sentó a la mesa y esperó.

—Y aquí vienes tú tranquilamente después de que todo el mundo ha terminado de cenar. Parece como si una no pudiera terminar nunca con el trabajo.

Nadie se fijó en ella. Se comió un gran plato de col y salmón y terminó con un dulce de leche cuajada. Era en su mamá en quien pensaba Mick. La puerta se abrió y su mamá entró y le dijo a Portia que sacara la gasolina, que Miss Brown había dicho que había encontrado una chinche en su habitación.

—Deja de fruncir el ceño, Mick. Estás llegando a la edad en que deberías arreglarte un poco más y tratar de tener el mejor aspecto posible. Y espera un momento...; no te vayas así cuando te estoy hablando. Quiero que le des un buen baño a Ralph antes de ir a la cama. Límpiale bien la nariz y las orejas.

El suave cabello de Ralph estaba pegajoso de harina. Lo secó en el escurrerplatos y le lavó la cara y las manos en el fregadero. Bill y Hazel terminaron su juego. Las largas uñas de Bill arañaban la mesa mientras recogía los fósforos. George llevó a Ralph a la cama. Mick y Portia se quedaron solas en la cocina.

—¡Escúchame! Mírame. ¿No observas nada diferente?

—Claro que sí, cariño.

Portia se puso su sombrero rojo y se calzó los zapatos.

—Bien...

—Mira, toma un poquito de grasa y frótate la cara con ella. Tienes la nariz muy pelada. Dicen que la grasa es el mejor remedio para las quemaduras del sol.

Mick salió al oscuro patio trasero, y empezó a arrancar trozos de corteza de los robles con las uñas. Casi era peor así. Quizá se sentiría mejor si los que la miraban se dieran cuenta. Si lo supieran.

Su papá la llamó desde la escalera de atrás.

—¡Mick! ¡Mick!

—Sí, señor.

—Al teléfono.

George se acercó y trató de escuchar, pero ella le empujó para que se fuera. La señora Minowitz hablaba muy fuerte y muy excitada.

—Mi Harry ya debería estar en casa. ¿Sabes dónde está?

—No, señora.

—Dijo que vosotros dos ibais de excursión en bicicleta. ¿Dónde podrá estar? ¿No lo sabes tú?

—No, señora —volvió a decir Mick.

12

Ahora que volvía a hacer calor, las Atracciones Sunny Dixie estaban siempre atestadas. El viento de marzo se había calmado. Los árboles se cubrían de espeso follaje verde ocre. El cielo era límpido y azul, y los rayos del sol calentaban más. La atmósfera era bochornosa. A Jake Blount no le gustaba este tiempo. Pensaba con una sensación de vértigo en los largos meses veraniegos que le aguardaban. No se sentía bien. Recientemente, un dolor de cabeza había empezado a molestarle constantemente. Había ganado peso, por lo que el estómago le hacía una pequeña bolsa. Tenía que desabrocharse el botón superior de los pantalones. Él sabía que la suya era grasa de alcohólico, pero seguía bebiendo. El licor le aliviaba el dolor de cabeza. Le bastaba con una copita para sentirse mejor. Claro que a estas alturas una copa le hacía el mismo efecto que un cuartillo. No era el licor que se tomaba en aquel momento lo que producía el efecto, sino la reacción de todo el licor que había saturado su sangre durante los últimos meses. Una simple cucharada de cerveza le aliviaba el dolor de cabeza, y un cuartillo de whisky no lograba emborracharle.

Suprimió enteramente el licor. Durante varios días no bebió otra cosa que agua y naranjada. El dolor era como una lombriz que le horadara el cerebro. Trabajaba fatigosamente durante las largas tardes y noches. No podía dormir, y leer constituía una agonía. El olor húmedo, acre, de su habitación le enfurecía. Yacía insomne en la cama y cuando finalmente podía conciliar el sueño ya era de día.

Le atormentaba una pesadilla. Se le había presentado unos cuatro meses atrás. Se despertaba lleno de terror... pero lo extraño era que no podía recordar el contenido de su sueño. Sólo persistía la sensación cuando abría los ojos. En cada ocasión, sus temores al despertar eran tan idénticos que no dudaba de que el sueño siempre era el mismo. Él estaba acostumbrado a los sueños, las grotescas pesadillas de borracho que le conducían a una región de desorden cercana a la locura, pero siempre las luces de la mañana disipaban los efectos de tales salvajes pesadillas, y las olvidaba.

Este sueño vacío, furtivo, era, sin embargo de naturaleza diferente. Se despertaba y no podía recordar nada. Con todo, persistía en él mucho rato una

sensación de amenaza. Entonces, una mañana despertó con el mismo temor de siempre pero con un ligero recuerdo de la oscuridad que quedaba a sus espaldas. Había estado caminando entre una multitud de personas, y en sus brazos llevaba algo. Eso era todo lo que podía recordar con claridad. ¿Acaso había robado? ¿Estaba tratando de salvar una posesión? ¿Estaba siendo perseguido por toda aquella gente que lo rodeaba? No creía que fuera eso. Cuanto más estudiaba aquel simple sueño, menos podía comprenderlo. Entonces, durante un tiempo, el sueño no regresó.

Conoció al autor de los mensajes en tiza que había visto en noviembre. Desde el primer día del encuentro, el viejo se aferró a él como un genio maligno. Se llamaba Simms y predicaba en las aceras. El frío invierno le había mantenido en casa, pero en la primavera andaba por la calle todo el día. Su blanco cabello era sedoso y lo llevaba con descuido a la altura del cuello. El hombre llevaba siempre consigo un gran bolso de seda femenino lleno de tiza y de estampas de Jesús. Tenía unos ojos brillantes y de expresión extraviada. Simms trataba de convertirlo.

—Hijo de la adversidad, puedo oler el pecaminoso hedor de la cerveza en tu aliento. Y fumas cigarrillos. Si el Señor hubiera querido que fumáramos cigarrillos, lo habría dicho en Su Libro. La marca de Satán está en tu frente. La veo. Arrepiéntete. Déjame que te muestre la luz.

Jake puso los ojos en blanco y con la mano hizo un signo piadoso en el aire. Luego abrió su manchada mano.

—Te revelo esto sólo a ti —dijo con voz baja y acento teatral. Simms bajó la mirada descubriendo la cicatriz de su palma. Jake se inclinó hacia él y susurró—: Y aquí está el otro signo. El signo que tú ya conoces. Porque nací con ellos. — Simms se apoyó contra la valla. Con un gesto femenino se levantó un mechón de pelo que le caía sobre la frente y se lo echó para atrás. Nerviosamente, se lamió las comisuras de la boca con la lengua. Jake soltó una carcajada.

—¡Blasfemo! —gritó Simms—. Dios te castigará. A ti y a todos los tuyos. Dios recuerda a quienes se burlan de él. Dios me vigila. Dios vigila a todo el mundo, pero al que más vigila es a mí. Como hizo con Moisés. Dios me dice cosas por la noche. Dios te castigará —Jake se llevó a Simms a la tienda de la esquina para invitarle a una coca-cola y a galletas de mantequilla de cacahuete. Simms empezó de nuevo a acosarle. Cuando se marchó hacia las atracciones, Simms corría a su lado—. Ven a esta esquina esta noche a las siete. Jesús tiene un mensaje sólo para ti.

Los primeros días de abril eran ventosos y cálidos. Blancas nubes surcaban el cielo azul. El viento traía el olor del río y el otro olor, más fresco, de los campos más allá de la ciudad. Las atracciones estaban siempre atestadas desde las cuatro de la tarde hasta medianoche. Y la multitud era poco selecta. Con la llegada de la primavera, percibió un presagio de problemas.

Una noche estaba trabajando en la maquinaria de los columpios cuando de repente el sonido de voces irritadas le sacó de sus cavilaciones. Rápidamente se abrió paso entre la multitud hasta ver a una muchacha blanca peleando con otra de color, junto a la taquilla del ti vivo. Las separó, pero las dos muchachas volvieron a liarse. La multitud tomó partido, y pronto se armó un tremendo alboroto. La muchacha blanca era jorobada, y sujetaba fuertemente algo en su mano.

—Te he visto —gritaba la chica de color—. ¡Y te voy a arrancar a golpes esa joroba!

—¡Cierra la boca, negra asquerosa!

—Sucio pingajo de fábrica. He pagado mi dinero y voy a montar. Oye, tú, blanco, haz que ésa me devuelva el boleto.

—¡Marrana negra!

Jake miró a una y a otra. La multitud iba cerrando el círculo. Los dos bandos murmuraban ya sus opiniones.

—He visto a Lurie dejar caer su billete, y vi cómo esa blanca lo recogía. Es la verdad —dijo un muchacho de color.

—Ninguna negra va a poner sus manos en una muchacha blanca mientras...

—Tú, deja de empujarme o te sacudiré, por muy blanca que sea tu maldita piel.

Con violencia, Jake empujó a la multitud.

—¡Conforme! —gritó—. Muévanse... Disuélvanse. Venga, cada uno de ustedes, maldita sea.

Había algo en el tamaño de sus puños que hizo desfilas a la gente hoscamente. Jake se volvió hacia las dos muchachas.

—Eso es lo que pasó —dijo la chica de color—. Apuesto a que soy uno de los pocos que ha conseguido ahorrar cincuenta centavos hasta el viernes por la noche. He planchado el doble esta semana. He pagado unos buenos cinco centavos por ese billete que ella tiene. Y ahora tengo intención de montar.

Jake resolvió el problema rápidamente. Le dejó a la jorobada el billete de la disputa, y le regaló otro a la chica de color. Durante el resto de la tarde no hubo

más conflictos. Pero Jake se movía en actitud de alerta por entre la multitud. Se sentía preocupado e inquieto.

Además de él había otros cinco empleados en el parque de atracciones: dos hombres para accionar los columpios y recoger los boletos, y tres chicas para las taquillas. Ese número no incluía a Patterson. El dueño del espectáculo se pasaba la mayor parte del tiempo haciendo solitarios con las cartas en su remolque. Tenía unos ojos sin vida, las pupilas encogidas, y la piel del cuello le colgaba en pliegues amarillentos y pulposos. Durante los últimos meses Jake había tenido dos aumentos de sueldo. A medianoche era tarea suya informar a Patterson y entregarle las recaudaciones de la noche. A veces Patterson no observaba su presencia hasta que llevaba en el remolque varios minutos; permanecía mirando fijamente las cartas, como hundido en una especie de estupor. La atmósfera del remolque estaba muy cargada con el olor de comida y de los cigarrillos de marihuana. Patterson se colocaba la mano sobre el estómago como para protegerse de algo. Y siempre comprobaba las cuentas minuciosamente.

Jake y los dos operarios tuvieron una disputa. Los dos hombres habían sido obreros en una de las hilanderías. Al principio Jake había tratado de hablar con ellos y hacerles ver la verdad. En una ocasión los invitó a un billar a tomar una copa. Pero eran tan obtusos que no pudo ayudarles. Poco después, oyó por casualidad una conversación entre ellos que fue la causa del problema. Era un domingo de madrugada, casi las dos, y Jake había estado comprobando las cuentas con Patterson. Al salir del remolque, el solar parecía vacío. La luna brillaba. Jake pensaba en Singer y en el día libre que le aguardaba. Entonces, al pasar junto a los columpios oyó pronunciar su nombre. Los dos operarios habían terminado el trabajo y fumaban juntos. Jake escuchó.

—Si hay algo que odio más que a un negro es a un rojo.

—Me divierte. No le presto ninguna atención. Hay que ver el modo como se pavonea. Nunca he visto a un tipo tan enano. ¿Sabes lo que mide?

—Andará por el metro cincuenta. Pero él piensa que puede decirle a todo el mundo lo que ha de hacer. Debería estar en la cárcel. Ahí es donde debería estar, el bolchevique rojo.

—A mí me divierte. No puedo mirarle sin echarme a reír.

—No hace falta que se porte tan orgullosamente conmigo.

Jake les observaba mientras seguían el sendero que conducía al callejón Weavers. Su primer pensamiento fue correr tras ellos y enfrentarse, pero algo le retuvo. Durante varios días estuvo bufando de cólera en silencio. Luego, una

noche después del trabajo, siguió a los dos hombres durante varias manzanas y cuando doblaban una esquina les salió por delante.

—Os oí —dijo sin aliento—. Dio la casualidad de que oí cada palabra que dijisteis el sábado pasado por la noche. Claro que soy un rojo. Al menos pienso que lo soy. Pero ¿y vosotros, qué sois? —Estaban parados bajo una farola. Los dos hombres iniciaron una retirada. No había nadie por las cercanías—. ¡Vosotros, caras pálidas, tripas encogidas, ratoncillos raquítricos! Podría estrangular vuestros flacuchos cuellos... uno con cada mano. Enano o no, podría atizaros en esta misma acera una paliza tal que os tendrían que recoger con palas. —Los dos hombres se miraron, acobardados, y trataron de seguir su camino. Pero Jake no los dejó pasar. Se mantenía delante de ellos, caminando hacia atrás, con una furiosa sonrisa en su cara—. Todo lo que tengo que deciros es esto: en el futuro, os sugiero que vengáis a verme siempre que tengáis necesidad de hacer observaciones sobre mi estatura, mi peso, mi acento, mi conducta o mi ideología. Y esto último no lo discuto con nadie... por si no lo sabéis. Venid, y conversaremos.

A partir de aquel momento Jake trató a los dos hombres con irritado desprecio. A sus espaldas, se mofaban de él. Una tarde encontró que la maquinaria de los columpios había sido deliberadamente dañada, y tuvo que trabajar tres horas más para repararla. Siempre presentía que había alguien riéndose de él. Cada vez que oía a las chicas hablar se erguía mucho y reía despreocupadamente para sí, como si estuviera recordando algún chiste privado.

Los cálidos vientos del sudoeste procedentes del golfo de México llegaban cargados de los olores de primavera. Los días se iban alargando y el sol brillaba con fuerza. El calor le deprimía. Empezó a beber otra vez. En cuanto había terminado el trabajo se iba a casa y se echaba en la cama. A veces se quedaba allí, totalmente vestido e inerte, durante doce o trece horas. La inquietud que tan sólo unos meses atrás le había impulsado a sollozar y a comerse las uñas parecía haberse disipado. Y, no obstante, víctima de su propia inercia, Jake sentía la vieja tensión. De todas las ciudades que había conocido, ésta era la más solitaria. O lo hubiera sido sin la presencia de Singer. Sólo él y Singer comprendían la verdad. Él *sabía* y no podía conseguir que los ignorantes vieran. Era como tratar de luchar contra la oscuridad o el calor o un hedor en el aire. Se asomó malhumoradamente por la ventana. En la esquina, un árbol canijo, ennegrecido por el humo, había echado nuevas hojas de un color verde bilioso. El cielo mantenía su intenso y

profundo color azul. Los mosquitos procedentes de una fétida acequia que corría por esta parte de la ciudad zumbaban en la habitación.

Pilló sarna. Mezclaba un poco de azufre con grasa de cerdo y se untaba el cuerpo cada mañana. Se rascaba hasta quedarse en carne viva, y parecía como si la picazón jamás fuera a aliviarse. Una noche dio rienda suelta a su tensión. Llevaba sentado solo durante muchas horas. Había mezclado la ginebra y el whisky, y estaba muy borracho. Era casi la mañana. Se asomó por la ventana y contempló la oscura y silenciosa calle. Pensó en toda la gente que le rodeaba. Durmiendo. Los ignorantes. De repente vociferó con voz estentórea:

—¡Esta es la verdad! Vosotros, bastardos, no sabéis nada. No sabéis. ¡No sabéis! —La calle entera se despertó con irritación. Se encendieron lámparas y le fueron lanzadas soñolientas maldiciones. La gente que vivía en su misma casa golpeaba furiosamente la puerta. Las chicas de un prostíbulo que había al otro lado de la calle sacaban la cabeza por la ventana—. Vosotros, estúpidos, estúpidos, estúpidos, bastardos. Estúpidos, estúpidos, estú...

—¡Cierra la boca! ¡Cállate!

La gente del pasillo estaba golpeando nuevamente la puerta.

—¡Tú, borracho! Tú te vas a volver un poquito más estúpido en cuanto te echemos mano.

—¿Cuántos sois ahí? —rugió Jake. Rompió una botella vacía en el marco de la ventana—. Vamos, entrad. Vamos, venid todos. Puedo con tres de vosotros al mismo tiempo.

—Está bien, cielo —gritó una puta.

La puerta estaba cediendo. Jake saltó por la ventana y corrió a través de un callejón lateral. “¡Ji-jauuu! ¡Ji-jauuu! Rebuznaba ebriamente. Iba descalzo y sin camisa. Una hora más tarde entró tambaleándose en la habitación de Singer. Cayó cuan largo era en el suelo, y se rió hasta quedarse dormido.

Una mañana de abril descubrió el cuerpo de un hombre que había sido asesinado. Un joven negro. Jake lo descubrió en una zanja a unos treinta metros del terreno de las atracciones. Le habían cortado la garganta de manera que la cabeza aparecía echada hacia atrás en un ángulo absurdo. El sol brillaba con fuerza en sus abiertos y vidriosos ojos y las moscas zumbaban sobre la seca sangre que le cubría el pecho. El muerto llevaba un bastón rojo y amarillo con una borla como los que se vendían en uno de los puestos de hamburguesas de la feria. Jake contempló con depresión el cadáver durante un rato. Luego llamó a la

policía. No se encontraron pistas. Dos días más tarde, la familia del muerto reclamaba su cuerpo en el depósito de cadáveres.

En las Atracciones Sunny Dixie se producían frecuentes luchas y peleas. A veces llegaban dos amigos del brazo a disfrutar del espectáculo, riendo y bebiendo..., y en poco tiempo se habían enzarzado en una furiosa pelea. Jake estaba siempre alerta. Por debajo de la llamativa alegría del parque, de las brillantes luces y la risa alocada, Jake presentía algo sombrío y peligroso.

Durante aquellas atolondradas, inconexas semanas, Simms le seguía los pasos constantemente. Al viejo le gustaba venir con una caja de jabón y una Biblia y montar un tenderete en medio de la multitud para predicar. Hablaba de la segunda llegada de Cristo. Decía que el día del juicio sería el 2 de octubre de 1951. Señalaba a ciertos borrachos con el dedo y les chillaba con su voz ronca y gastada. La excitación le llenaba la boca de agua, de modo que sus palabras tenían un sonido borboteante. Una vez que se había instalado, no había nada que pudiera hacerle desistir. Le regaló a Jake una Biblia de Gedeón, y le dijo que rezara de rodillas una hora cada noche y rechazara cada vaso de cerveza o cigarrillo que le ofrecieran.

Tenían entre ambos un curioso campo de batalla: las paredes y las vallas. Jake había empezado a llevar tiza en sus bolsillos, también. Y escribía con ella breves frases. Trataba de componerlas de tal modo que el transeúnte tuviera que detenerse y meditar sobre su significado. Preguntarse. Pensar. Igualmente, escribía cortos panfletos y los distribuía por las calles.

Jake sabía que de no haber sido por Singer se hubiera marchado de la ciudad. Sólo el domingo, cuando estaba con su amigo, se sentía en paz. A veces se iban a dar un paseo juntos o jugaban al ajedrez..., pero la mayoría de las veces se pasaban el día tranquilamente en el cuarto de Singer. Si él deseaba hablar, Singer siempre se mostraba atento. Si se mantenía sentado con cara de malhumor durante todo el día, el mudo comprendía sus sentimientos y no se mostraba sorprendido. Jake tenía la impresión de que sólo Singer podía ayudarle ahora.

Entonces, un domingo, al subir por las escaleras descubrió que la puerta de Singer estaba abierta. La habitación se encontraba vacía. Permaneció sentado allí un par de horas. Al final oyó los pasos de Singer en la escalera.

—Me estaba preguntando dónde estaría usted.

Singer sonrió. Se cepilló el sombrero con un pañuelo y lo dejó a un lado. Luego, deliberadamente, sacó el lápiz de plata del bolsillo y se inclinó sobre la repisa de la chimenea a escribir una nota.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Jake al leer lo que el mudo había escrito—. ¿A quién le han cortado las piernas?

Singer volvió a coger la nota y escribió algunas frases más.

—¡Eh! —exclamó Jake—. Eso no me sorprende.

Meditó durante un instante sobre lo escrito y luego arrugó en su mano el trozo de papel. La apatía del último mes había desaparecido y se sentía nuevamente tenso e inquieto. “¡Eh!”, volvió a exclamar.

Singer puso a calentar un cazo de café y sacó su tablero de ajedrez. Jake rompió en pedazos la nota e hizo una bola con los fragmentos entre sus sudorosos dedos.

—Pero se puede hacer algo al respecto —dijo al cabo de un rato—. ¿Lo sabe usted?

Singer asintió con cierta inseguridad.

—Quiero ver al muchacho y oír toda la historia. ¿Cuándo puede llevarme usted allí?

Singer meditó. Luego escribió en un trozo de papel: “Esta noche”.

Jake se llevó la mano a la boca y empezó a caminar nerviosamente por la habitación.

—Podemos hacer algo.

13

Jake y Singer esperaban en el porche delantero. Cuando apretaron el botón del timbre no se oyó ningún sonido en la oscura casa. Jake golpeó la puerta con impaciencia y apretó la nariz contra la rejilla. A su lado Singer permanecía tieso y sonriente, con dos manchitas de color en las mejillas, porque se habían bebido una botella de ginebra juntos. La noche era tranquila y oscura. Jake vio brillar un débil rayo de luz amarillenta en el pasillo. Y Portia les abrió la puerta.

—Confío en que no hayan tenido ustedes que esperar mucho rato. Ha venido tanta gente que nos pareció que sería mejor desconectar el timbre. Permítanme que les tome los sombreros... Mi padre ha estado muy enfermo.

Jake anduvo pesadamente detrás de Singer por el desnudo y estrecho pasillo. En el umbral de la cocina se detuvo bruscamente. La habitación estaba atestada y hacía un calor tremendo. Un fuego ardía en la pequeña estufa de leña y las ventanas estaban cerradas herméticamente. El humo se mezclaba con cierto olor a negro. El resplandor de la estufa era la única luz de la habitación. Las voces vagas que había oído en el pasillo habían enmudecido.

—Estos dos caballeros blancos vienen a preguntar por nuestro padre — anunció Portia—. Pienso que quizá pueda recibirles pero será mejor que vaya yo primero a prepararle.

Jake se tocó el labio inferior. En la punta de su nariz le había quedado la impresión de la puerta de rejilla.

—No es exacto —dijo—. Hemos venido a hablar con su hermano.

Los negros de la habitación se habían puesto de pie. Singer les hizo una señal para que se sentaran de nuevo. Dos viejos de cabello entrecano se sentaron en un banco al lado de la estufa. Un mulato de flácidos miembros se recostó contra la ventana. En un rincón, sobre un catre de campaña, había un muchacho cuyos pantalones aparecían doblados y prendidos con alfileres bajo sus achaparrados muslos.

—Buenas noches —dijo Jake torpemente—. ¿Se llama usted Copeland?

El muchacho apoyó las manos sobre los muñones de sus piernas y se encogió contra la pared.

—Me llamo Willie.

—Cariño, no te preocupes —dijo Portia—. Este es Mister Singer, del que habrás oído hablar a papá. Y este otro caballero blanco es Mister Blount, y es un amigo íntimo de Mister Singer. Han venido sólo a interesarse amablemente por nosotros en nuestra desgracia. —Se volvió hacia Jake e indicó con la mano a las otras tres personas de la habitación—. Este chico que está apoyado en la ventana es mi hermano, también. Se llama Buddy. Y los que están junto a la estufa son dos buenos amigos de mi padre. Son Mister Marshall Nicolls y Mister John Roberts. Me parece que es una buena idea conocer a todas las personas que hay en la habitación con uno.

—Gracias —dijo Jake. Se volvió otra vez hacia Willie—. Sólo quiero que me cuente lo sucedido, para hacerme una idea clara.

—Todo pasó así —dijo Willie—. Siento como si mis pies me siguieran doliendo. Sufro un terrible dolor en los dedos. Pero ese dolor lo tengo donde debería tener los pies si éstos siguieran con mis p-p-piernas. Y no donde tengo los pies ahora. Es un poco difícil de comprender. Mis pies no dejan de dolerme mucho, y no sé dónde están. Nunca me los devolvieron. Están en a-algún lugar a más de ciento cincuenta k-k-kilómetros de aquí.

—Me refiero a cómo se produjo todo —dijo Jake.

Willie miró intranquilo a su hermana.

—No lo recuerdo muy bien.

—Claro que te acuerdas, cariño. Nos lo has contado muchas veces.

—Bueno... —la voz del muchacho era tímida y hosca—. Todos estábamos en la carretera, y ese Buster le dijo algo al guardián. El hombre b-blanco le dio con un palo. Entonces el otro chico trató de escapar. Y yo le seguí. Todo ocurrió tan de prisa que no me acuerdo bien de cómo fue. Luego nos llevaron otra vez al campo y...

—Conozco el resto —dijo Jake—. Pero dame los nombres y direcciones de los otros chicos. Y los nombres de los guardianes.

—Escuche un momento, hombre blanco. Me parece que me va a meter usted en un lío.

—¡Lío! —exclamó Jake rudamente—. En nombre de Cristo, ¿dónde te crees que estás ahora?

—Tranquilicémonos —intervino Portia nerviosamente—. Verá usted, Mister Blount. Soltaron a Willie del campo antes de haber cumplido la condena. Pero también le dijeron que no...; creo que usted ya entiende lo que quiero decir.

Naturalmente, Willie está asustado. Naturalmente, nosotros hemos de tener cuidado...; es lo mejor que podemos hacer. Ya hemos tenido bastantes problemas.

—¿Qué les pasó a los guardianes?

—Los b-blancos fueron despedidos. Eso es lo que me dijeron.

—¿Y dónde están tus amigos ahora?

—¿Qué amigos?

—Bueno, los otros dos chicos.

—N-no son amigos míos —dijo Willie—. Nos hemos enfadado mucho.

—¿Qué quieres decir?

Portia se tiró de los pendientes tanto que los lóbulos de sus orejas se estiraron como si fueran de goma.

—Mire, lo que quiere decir Willie es que, durante los tres días en que resultaron tan mal heridos, comenzaron a discutir. Willie no quiere volver a ver a ninguno de ellos. Mi padre y Willie ya han discutido sobre esto. Ese Buster...

—Buster lleva una pierna de madera —dijo el muchacho de la ventana—. Lo he visto hoy en la calle.

—Ese Buster no tiene parientes, y padre tuvo la idea de que se viniera a vivir con nosotros. Mi padre quiere reunir a todos los chicos. Pero la verdad, no sé cómo se imagina que vamos a darles de comer.

—No es una buena idea. Y además, nunca fuimos muy buenos amigos. —Willie se palpó los muñones de sus piernas con sus fuertes y morenas manos—. Lo único que quisiera saber es dónde están mis p-p-pies. Eso es lo que más me preocupa. El doctor nunca de los devolvió. Quisiera saber dónde están.

Jake miró a su alrededor con ojos aturdidos, embotados por la ginebra. Todo parecía confuso y extraño. El calor de la cocina le aturdía de tal modo que las voces resonaban con extraños ecos en sus oídos. El humo le asfixiaba. La luz que pendía del techo estaba encendida, pero, con la bombilla envuelta en papel de periódico para disminuir la potencia, la mayor parte de la luz procedía de las grietas de la caliente estufa. En todas las caras que le rodeaban brillaba un tenue resplandor rojo. Se sentía incómodo y solo. Singer se había marchado de la habitación para visitar al padre de Portia. Jake deseaba su regreso para poderse marchar. Cruzó torpemente la habitación y se sentó en el banco entre Marshall Nicolls y John Roberts.

—¿Dónde está el padre de Portia? —preguntó.

—El doctor Copeland está en la habitación de delante, señor —respondió Roberts.

—¿Es doctor?

—Sí, señor. Es doctor en medicina.

Oyeron arrastrar unos pies en las escaleras de fuera, y se abrió la puerta trasera. Una fresca y agradable brisa suavizó la pesada atmósfera. Entró primero un muchacho alto con traje de lino y zapatos dorados, llevando una bolsa en sus manos. Detrás de él entró un joven de unos diecisiete años.

—Eh, Highboy. Hola, Lancy —dijo Willie—. ¿Qué me habéis traído?

Highboy se inclinó ceremoniosamente ante Jake y dejó sobre la mesa dos jarras de vino. Lancy dejó a su lado una fuente cubierta con una servilleta blanca.

—Este vino es un regalo de la Sociedad —anunció Highboy—. Y la madre de Lancy envía unos buñuelos de melocotón.

—¿Cómo está el doctor, Miss Portia? —preguntó Lancy.

—Cariño, ha estado muy enfermo estos días —respondió Portia—. Lo que me preocupa es que esté tan fuerte. Es una mala señal cuando una persona enferma como él de pronto se vuelve tan fuerte —Portia se volvió hacia Jake—. ¿No cree usted que es mala señal, Mister Blount?

Jake la miró, aturdido.

—No lo sé.

Lancy miró sombríamente a Jake y se estiró los puños de su camisa, que le salían en exceso.

—Transmítale al doctor los saludos de mi familia.

—Os agradecemos sin duda todo esto —dijo Portia—. Mi padre estaba hablando de ti el otro día. Tiene un libro que le gustaría regalarte. Espera un momento mientras voy a buscarlo, y vació esta fuente para devolvérsela a tu madre. Ha sido muy amable de su parte.

Marshall Nicolls se inclinó hacia Jake; aparentemente le iba a dirigir unas palabras. El viejo llevaba un par de pantalones rayados y un chaqué con una flor en el ojal. Se aclaró la garganta y dijo:

—Perdóneme, señor..., pero inevitablemente pude oír una parte de su conversación con Willie relativa al problema en que ahora está. *Inevitablemente*, hemos considerado cuál es el mejor camino que deberemos seguir.

—¿Es usted uno de sus parientes o el predicador de su iglesia?

—No, soy farmacéutico. Y John Roberts, el que está a su izquierda, es empleado del Departamento de Correos del gobierno.

—Cartero —repitió John Roberts.

—Con su permiso... —Marshall Nicolls sacó un pañuelo de seda amarilla del

bolsillo y cuidadosamente se sonó—. Naturalmente, hemos discutido este asunto *extensamente*. Y sin duda, como miembros de la raza de color en este país libre de América, estamos ansiosos de hacer todo lo que podamos para fomentar unas relaciones *amistosas*.

—Siempre deseamos hacer lo correcto —corroboró John Roberts.

—Y es menester que procuremos conservar y no poner en peligro esta amistosa relación ya establecida. Luego, poco a poco, iremos mejorando las *condiciones*.

Jake miró a uno y a otro.

—Me parece que no les entiendo.

El calor le resultaba sofocante. Quería marcharse. Parecía como si sus ojos estuvieran cubiertos por una película, de tal modo que todas las caras que le rodeaban parecían borrosas.

Al otro lado de la habitación, Willie estaba tocando su armónica. Buddy y Highboy escuchaban. La música era sombría, triste. Cuando la canción hubo terminado, Willie limpió su armónica en la pechera de su camisa.

—Tengo tanta hambre y tanta sed que la baba de mi boca ha mojado el tono. La verdad, me encantaría probar algunos de esos buñuelos y ese vino. Tener algo bueno de beber es lo único que me hace olvidar esta desgracia. Si supiera dónde están mis p-p-pies ahora y pudiera beber una copa de ginebra cada noche, no me entristecería tanto.

—No te inquietes, cariño. Vamos a probarlo —dijo Portia—. Mister Blount, ¿quiere usted un buñuelo de melocotón y un vaso de vino?

—Gracias —dijo Jake—. Iría muy bien.

Rápidamente Portia extendió un mantel sobre la mesa y puso un plato y un tenedor. Luego, llenó un gran vaso de vino.

—Póngase usted cómodo. Si me lo permite, voy a servir a los demás.

Las jarras pasaron de boca en boca. Highboy, antes de pasarle la jarra a Willie, le pidió a Portia su lápiz de labios y trazó con él una raya roja para fijar el nivel en que estaba el vino. Hubo sonidos borboteantes y risas. Jake terminó su buñuelo y se llevó consigo el vaso de vino al lugar que ocupaba entre los dos viejos. El vino de fabricación casera era rico y fuerte como el brandy. Willie inició una dolorosa melodía con su armónica. Portia castañeteaba los dedos y se movía nerviosamente de un lado para otro en la habitación.

Jake se volvió hacia Marshall Nicolls.

—¿Dijo usted que el padre de Portia era médico?

—Sí, señor. Exactamente. Un médico experto.

—¿Y qué le pasa?

Los dos negros se miraron cautelosamente el uno al otro.

—Sufrió un accidente —dijo John Roberts.

—¿Qué clase de accidente?

—Muy malo. Deplorable.

Marshall Nicolls dobló y desdobló su pañuelo de seda.

—Tal como indicábamos hace un rato, es importante no *dañar* estas amistosas relaciones, antes bien, fomentarlas de todas las maneras posibles. Nosotros, los miembros de la raza de color, debemos esforzarnos al máximo para elevar a nuestros ciudadanos. El doctor, por su parte, ha hecho todo lo posible. Pero a veces me ha parecido que no sabía reconocer completamente algunos *elementos* de las diferentes razas y de la situación.

Impacientemente, Jake ingirió los últimos tragos de su vino.

—Por el amor de Dios, hombre, hable con claridad, porque no consigo entender una jota de lo que dice.

Marshall Nicolls y John Roberts intercambiaron una mirada dolorida. Al otro lado de la habitación, Willie seguía tocando su música. Sus labios se arrastraban por encima de los cuadrados agujeros como gordas y arrugadas orugas. Tenías unos hombros anchos y fuertes. Los muñones de sus muslos se sacudían al compás de la música. Highboy bailaba mientras Buddy y Portia palmeaban siguiendo el ritmo.

Jake se levantó, y una vez de pie se dio cuenta de que estaba borracho. Se tambaleó y luego miró lleno de deseo de venganza a su alrededor, pero nadie parecía haberse dado cuenta.

—¿Dónde está Singer? —preguntó a Portia con voz poco clara.

La música se detuvo.

—Vaya, Mister Blount, pensé que usted ya sabía que se había marchado. Mientras estaba usted sentado con su buñuelo de melocotón vino a la puerta y mostró su reloj para señalar que era hora de irse. Usted le miró y movió la cabeza. Creí que ya se había dado cuenta.

—Quizá estaba pensando en otra cosa. —Blount se volvió hacia Willie y le dijo con irritación—: Ni siquiera he llegado a decirte a qué había venido. No vine a pedirte que *hicieras* nada. Todo lo que quería..., todo lo que quiero es esto. Tú y los otros muchachos ibais a testificar lo sucedido y yo iba a explicar por qué. El *porqué* es lo único importante..., no el *qué*. Os hubiera llevado por

ahí en una carreta y hubierais contado vuestra historia, y luego yo hubiera explicado el *porqué*. Y quizá eso hubiera significado algo. Quizá...

Le pareció que se estaban riendo de él. La confusión le hizo olvidar lo que tenía intención de decir. La habitación estaba llena de caras oscuras, extrañas, y el aire era demasiado denso para respirarlo. Vio una puerta y la cruzó tambaleándose. Se encontró en un oscuro gabinete que olía a medicina. Luego su mano hizo girar otro picaporte.

Se encontró en el umbral de una pequeña habitación blanca amueblada sólo con una cama de hierro, un bargueño y dos sillas. En la cama estaba acostado el terrible negro con quien tropezara en la escalera de la casa de Singer. Su cara se recortaba en negro contra las blancas, rígidas almohadas. Sus oscuros ojos ardían de odio, pero los gruesos, azulados labios tenían una expresión tranquila. Su rostro estaba inmóvil como una negra máscara excepto por los lentos y amplios aleteos de las ventanillas de su nariz a cada respiración.

—Váyase —dijo el negro.

—Un momento... —dijo Jake con impotencia—. ¿Por qué dice eso?

—Esta es mi casa.

Jake no podía apartar sus ojos de la terrible cara del negro.

—Pero ¿por qué?

—Es usted un blanco y un extranjero.

Jake no se marchó. Anduvo con pesada precaución hacia una de las rectas sillas blancas y se sentó. El negro movió las manos sobre el cubrecama. Sus negros ojos brillaban a causa de la fiebre. Jake le observaba. En la habitación reinaba una tensa sensación como de conspiración o como la calma mortal que precede a una explosión.

Hacía mucho que había pasado la medianoche. El cálido aire de la mañana primaveral agitaba las azules capas de humo que flotaban en la habitación. Esparcidas por el suelo se veían arrugadas bolas de papel, y una botella medio vacía de ginebra. Sobre el cubrecama, grises cenizas desparramadas. El doctor Copeland hincaba tensamente la cabeza en la almohada. Se había quitado la bata y llevaba enrolladas hasta el codo las mangas de su blanco camión de algodón. Jake se inclinó hacia delante en su silla. Se había aflojado la corbata, y el cuello de la camisa estaba humedecido por el sudor. Durante varias horas habían mantenido un largo, exhaustivo diálogo. Y ahora acababa de producirse una pausa.

—De modo que ha llegado la hora de... —empezó a decir Jake.

Pero el doctor Copeland le interrumpió.

—Ahora quizá sea necesario que nosotros... —murmuró con voz ronca. Ambos se detuvieron. Cada uno miró a los ojos del otro y aguardó—. Perdón... —dijo el doctor Copeland.

—Lo siento —dijo a su vez Jake—. Siga.

—No, continúe usted.

—Bien... —dijo Jake—. No voy a decir lo que pensaba decir. En vez de ello hablaremos por última vez sobre el Sur. El estrangulado Sur. El desperdiciado Sur. El esclavizado Sur.

—Y sobre el pueblo negro.

Para calmarse, Jake ingirió un largo y ardiente trago de la botella que había en el suelo a su lado. Luego, con lenta deliberación, se dirigió al bargeño y cogió una pequeña y barata esfera terrestre que servía de pisapapeles. Lentamente, hizo girar la esfera en sus manos.

—Todo lo que puedo decir es esto: el mundo está lleno de vileza y de maldad. ¡Ah! Las tres cuartas partes del globo se encuentran en un estado de guerra o de opresión. Los mentirosos y los desalmados se han unido y los hombres que *saben* se encuentran aislados y sin defensa. ¡Pero! Pero si me pidiera usted que señalase la zona más incivilizada de la faz del planeta, señalaría aquí...

—Fíjese bien —advirtió el doctor Copeland—. Señala usted el océano.

Jake dio nuevamente la vuelta al globo y presionó con su embotado, mugriento pulgar un lugar cuidadosamente elegido.

—Aquí. Estos trece estados. Sé de lo que estoy hablando. Leo libros y ando por ahí. He recorrido todos y cada uno de estos malditos trece estados. He trabajado en todos ellos. Y la razón por la que pienso como pienso es ésta: vivimos en el país más rico del mundo. Hay suficiente y de sobra para que ningún hombre, mujer o niño tenga que sufrir necesidades. Y además, nuestro país fue fundado sobre lo que debería haber sido un grande y verdadero principio: la libertad, la igualdad y los derechos de cada individuo. ¡Ah! ¿Y qué ha quedado de ese comienzo? Hay compañías de miles de millones de dólares..., y centenares de miles de personas que no tienen qué comer. Y aquí, en estos trece estados, la explotación de los seres humanos es tal que... eso es algo que uno tiene que ver con sus propios ojos. En mi vida he visto cosas que podrían volver loco a un hombre. Al menos una tercera parte de los sureños vive y muere en condiciones iguales o peores que el campesino más pobre de cualquier estado europeo fascista. El sueldo medio de un trabajador en una granja arrendada es sólo de

setenta y tres dólares al año. ¡Y tenga en cuenta que eso es el promedio! Los salarios de los aparceros van de treinta y cinco a noventa dólares por persona. Y treinta y cinco dólares al año significa que uno cobra unos diez centavos por día trabajado. Por todas partes hay pelagra y anquilostomiasis y anemia. Y hambre, pura y simple hambre. ¡Pero! —Jake se frotó los labios con los nudillos de su sucio puño. El sudor le manaba de la frente—. ¡Pero! —repitió—. Ésos son sólo los males que se pueden ver y tocar. Los otros son peores. Estoy refiriéndome a cómo se le ha ocultado la verdad al pueblo. Las cosas que se han dicho para que no se pueda ver la verdad. Las mentiras venenosas, que no les permiten *saber*.

—Y los negros —añadió el doctor Copeland—. Para comprender lo que nos está sucediendo uno tiene que...

Jake le interrumpió violentamente.

—¿Quién es el dueño del Sur? Las compañías del Norte son propietarias de las tres cuartas partes del Sur. Dicen que la vaca vieja paca en todas partes: en el Sur, en el Oeste, en el Norte y en el Este. Pero la ordeñan en un solo lugar. Cuando está llena, sus viejas tetas se balancean en un solo sitio. Pasta en todas partes y se la ordeña sólo en Nueva York. Tome, por ejemplo, nuestras hilanderías de algodón, nuestras fábricas de pulpa, de arneses o de colchones. Su propietario es el Norte. ¿Y qué pasa? —el bigote de Jake tembló a causa de la irritación—. Aquí tenemos un ejemplo. Escenario, un villorrio de hilandería que corresponde al gran sistema paternal de la industria americana. El propietario, ausente. En el pueblo, un enorme edificio de ladrillo y quizá unas cuatrocientas o quinientas chozas, casas inadecuadas para que vivan en ellas seres humanos. Más aún, las casas ya fueron construidas en un principio para no ser otra cosa que tugurios. Están formadas sólo por dos o quizá tres habitaciones y un retrete..., construidas con mucha menos previsión que si se tratara de graneros destinados al ganado doméstico. Construidas con mucha menos atención a sus necesidades que si fueran pocilgas. Porque, bajo este sistema, los cerdos son valiosos y los hombres no. No se pueden hacer costillas y salchichas de cerdo de los flacuchos niños de las hilanderías. No se puede vender más que la mitad de una persona en estos tiempos. Pero un cerdo...

—¡Alto! —gritó el doctor Copeland—. Se está saliendo por la tangente. Y además, no presta atención a la verdadera cuestión de los negros. No puedo meter baza. Ya hemos tratado esta cuestión antes, pero es imposible contemplar la situación en conjunto sin incluirnos a los negros.

—Volviendo a nuestro pueblo de la hilandería —prosiguió Jake—. Un joven

desmotador empieza trabajando por el bonito salario de ocho o diez dólares por semana, cuando puede conseguir el empleo. Se casa. Después del primer hijo, la mujer debe trabajar en la hilandería también. Sus sueldos sumados llegan, diríamos, a dieciocho dólares por semana cuando los dos trabajan. ¡Ah! Pagan la cuarta parte de su salario por la choza que la hilandería les proporciona. Compran la comida y las ropas a una tienda propiedad de, o controlada por, la compañía. La tienda les cobra más de lo debido por todos los artículos. Cuando tienen tres o cuatro hijos, están sometidos como si llevaran cadenas. Ahí tenemos el principio de la servidumbre. Y sin embargo, aquí en América, nos llamamos libres. Y lo curioso es que esta creencia la han metido tan profundamente en la cabeza de los aparceros y desmotadores y de todo el resto de trabajadores que éstos realmente se lo creen. Pero les ha hecho falta una condenada cantidad de mentiras para impedirles que lleguen a saber.

—Sólo hay una manera de... —dijo el doctor Copeland.

—Dos maneras. Y sólo dos. Hubo una época en que este país se estaba expandiendo. Todos los hombres creían tener una oportunidad. ¡Uh! Pero ese período pasó..., y pasó definitivamente. Menos de un centenar de compañías se han tragado lo que quedaba. Estas industrias han chupado ya la sangre y han ablandado los huesos de la gente. Los viejos días de la expansión han desaparecido. El sistema entero de la democracia capitalista está... podrido y corrupto. Sólo nos quedan dos caminos: el fascismo es uno de ellos. El otro: una reforma, del tipo más revolucionario y permanente.

—Y los negros. No se olvide de los negros. En lo que concierne a mí y a mi pueblo, el Sur es fascista ahora y siempre lo ha sido.

—Ya.

—Los nazis roban a los judíos su vida legal, económica y cultural. Aquí el negro siempre ha estado privado de estas cosas. Y si no ha tenido lugar un robo total y democrático de dinero y artículos, como en Alemania, es simplemente porque a los negros jamás se les ha permitido reunir riquezas.

—Ése es el sistema —dijo Jake.

—Judíos y negros —dijo el doctor Copeland amargamente—. La historia de mi pueblo será comparable con la interminable historia de los judíos..., sólo que más sangrienta y más violenta. Como cierta especie de gaviota marina. Si capturas uno de estos pájaros y le atas un trozo de bramante rojo alrededor de la pata, el resto de la bandada le picoteará hasta la muerte.

El doctor Copeland se quitó las gafas y recompuso un alambre que sujetaba

una bisagra rota. Luego se limpió las gafas en su camisón. Su mano se sacudía con agitación.

—Mister Singer es judío.

—No, en eso se equivoca.

—Pues estoy seguro de que lo es. En primer lugar, el nombre: Singer. Reconocí su raza la primera vez que lo vi. Y sus ojos. Además, él me lo dijo.

—Vaya, es imposible —insistió Jake—. Es un anglosajón puro, si es que alguna vez ha visto uno. Irlandés y anglosajón.

—Pero...

—Estoy seguro. Absolutamente.

—Muy bien —admitió el doctor Copeland—. No discutiremos.

Afuera, el oscuro aire se había enfriado, de modo que hacía frío en la habitación. Era casi el alba. El cielo de la primera hora de la mañana era de un azul suave, y la luna había pasado de tener un color plateado a uno blanco. Todo estaba tranquilo. El único sonido era el claro y solitario canto de un pájaro de primavera. Aunque por la ventana penetraba una débil brisa, la atmósfera de la habitación conservaba un olor acre, cerrado. Reinaba una sensación de tensión y agotamiento al mismo tiempo. El doctor Copeland se inclinaba hacia delante separándose de las almohadas. Tenía los ojos inyectados en sangre y sus manos agarraban con fuerza el cubrecama. El cuello del camisón se le había deslizado por encima del hombro, un hombro huesudo. Los tacones de Jake se apoyaban en los barrotes de la silla y tenía sus gigantescas manos cruzadas entre las rodillas en una actitud a la vez de espera e infantil. El cabello, despeinado, y bajo sus ojos profundos círculos oscuros. Se miraban mutuamente y aguardaban. A medida que se alargaba el silencio, iba creciendo la tensión entre ellos.

Finalmente, el doctor Copeland se aclaró la garganta y dijo:

—Estoy seguro de que no vino usted aquí para nada. Estoy seguro de que no hemos estado discutiendo estos temas durante toda la noche sin ningún fin. Hemos hablado de todo excepto del tema más vital de todos: la salida. Qué debe hacerse.

Siguieron mirándose y esperando. Había expectación en las dos caras. El doctor Copeland se sentó derecho contra las almohadas. Jake descansó la mejilla en su mano y se inclinó hacia delante. La pausa continuó. Y entonces, vacilantemente, empezaron a hablar los dos al mismo tiempo.

—Perdone —dijo Jake—. Siga.

—No. Usted. Usted empezó primero.

—Siga, siga.

—¡Bah! —exclamó el doctor Copeland—. Continúe.

Jake le miró fijamente con ojos nublados, místicos.

—Así es la cosa. Así es como yo lo veo. La única solución es que la gente *sepa*. Cuando conocen la verdad, ya no pueden seguir siendo oprimidos. En cuanto la mitad de ellos sepa, toda la lucha está ganada.

—Sí, en cuanto comprendan el funcionamiento de esta sociedad. ¿Pero cómo se propone usted decírselo?

—Escuche —dijo Jake—. Piense en las cartas en cadena. Si una persona envía una carta a otras diez y luego cada una de éstas hace lo mismo con otras diez... ¿capta? —Se detuvo un momento—. No es que yo escriba cartas, pero la idea es la misma. Simplemente voy por ahí hablando. Y si en una ciudad puedo mostrar la verdad aunque sólo sea a diez ignorantes, entonces sentiría que había conseguido algo. ¿Comprende?

El doctor Copeland miró a Jake con sorpresa. Luego resopló despectivamente.

—No sea infantil. No puede simplemente andar por ahí predicando. ¡Cartas en cadena! ¡Ignorantes y enterados!

Los labios de Jake temblaron, y el hombre frunció el ceño, enfurecido.

—Conforme. ¿Qué propone usted?

—Ante todo diré que yo antes sentía de modo parecido a usted en esta cuestión. Pero he aprendido cuán errónea es esa actitud. Durante medio siglo estuve pensando que era mejor ser paciente.

—Yo no he hablado de ser paciente.

—Frente a la brutalidad, era prudente. Ante la injusticia, enarbolaba mi paz. Sacrificaba las cosas que tenía a mano, por el bien de un hipotético conjunto. Creía en la lengua en lugar del puño. Como una armadura contra la opresión, enseñaba paciencia y fe en el alma humana. Ahora sé lo equivocado que estaba. He sido un traidor a mí mismo y a mi pueblo. Todo esto está podrido. Es el momento de actuar y actuar rápidamente. Combinar la astucia con la astucia; la fuerza con la fuerza.

—Pero ¿cómo? —preguntó Jake—. ¿Cómo?

—Bueno, saliendo o haciendo cosas. Reuniendo multitudes e instándolas a manifestarse.

—¡Ah! Esta última frase le traiciona a usted: “instándolas a manifestarse”. ¿De qué va a servir que les haga manifestarse contra una cosa si no *saben*? Está usted tratando de rellenar el cerdo por el culo.

—Una expresión tan vulgar me molesta —dijo el doctor Copeland pudibundamente.

—¡Por el amor de Dios! Me importa un bledo si le molesta o no.

El doctor Copeland levantó la mano.

—No nos acaloremos tanto —dijo—. Intentemos ponernos de acuerdo.

—Me parece bien. No quiero discutir con usted.

Guardaron silencio. El doctor Copeland movió sus ojos de un rincón del techo al otro. Varias veces se mojó los labios para hablar, y en cada ocasión la palabra se quedó a medio formar en su boca. Luego, por fin dijo:

—Mi consejo para usted es éste: no intente estar solo.

—Pero...

—*Pero*, nada —repuso el doctor Copeland didácticamente—. Lo más fatal que un hombre puede tratar de hacer es estar solo.

—Ya veo adónde quiere llegar.

El doctor Copeland tiró del cuello de su camisón para cubrirse el huesudo hombro, y lo sostuvo apretadamente contra su garganta.

—¿Cree usted en la lucha de mi pueblo por sus derechos humanos?

La agitación del doctor y su suave y ronca pregunta hicieron brotar de repente lágrimas de los ojos de Jake. Un repentino e inflamado arrebató de amor le hizo coger la negra, huesuda mano que sujetaba el cubrecama y apretarla con fuerza.

—Claro —dijo.

—¿Lo extremo de nuestras necesidades?

—Sí.

—¿La falta de justicia? ¿La amarga desigualdad? —el doctor Copeland tosió y escupió en uno de los trocitos de papel que guardaba bajo la almohada—. Tengo un programa. Es un plan muy sencillo, concentrado. Quiero concentrarme en un solo objetivo. Este mismo año, en agosto, pienso dirigir a más de un millar de negros de este condado en una marcha. Una marcha hacia Washington. Todos juntos formando un único y sólido cuerpo. Si mira en ese bargueño de ahí, verá un montón de cartas que he escrito esta semana y que entregaré personalmente —el doctor Copeland deslizó sus nerviosas manos arriba y abajo de los costados de la estrecha cama—. ¿Se acuerda usted de lo que le dije hace un ratito? Recordará que mi único consejo fue: no intente estar solo.

—Me doy cuenta —dijo Jake.

—Pero una vez que haya entrado, esto tiene que serlo todo. Lo primero y lo más importante. Su trabajo de ahora y de siempre. Debe darlo todo sin

restricciones, sin esperanzas de beneficio personal, sin descanso ni perspectivas de descanso.

—Por los derechos de los negros en el Sur.

En el Sur y aquí en este mismo condado. Y debe ser todo o nada. Sí o no.

El doctor Copeland se recostó en la almohada. Sólo sus ojos parecían estar vivos. Le ardían en la cara como carbones encendidos. La fiebre daba a sus mejillas un color púrpura cadavérico. Jake frunció el ceño y apretó los nudillos contra su blanda, ancha y temblorosa boca. El color afluía a su cara. Afuera se iniciaban las primeras y pálidas luces de la mañana. La bombilla eléctrica suspendida del techo ardía con desagradable nitidez en la aurora.

Jake se puso de pie y permaneció rígidamente a los pies de la cama. Dijo de manera categórica:

—No. Ésa no es la visión correcta. Estoy absolutamente seguro de que no. En primer lugar, nunca lograría usted salir de la ciudad. Disolverían la marcha diciendo que es una amenaza para la salud pública..., o alguna otra razón inventada. Le arrestarían, y nada se habría ganado con ello. Pero incluso si, por alguna especie de milagro, llegara usted a Washington, tampoco serviría de nada. Bueno, ¡toda la idea es descabellada!

El áspero roce de una flema sonaba en la garganta del doctor Copeland. Su voz era ronca.

—Es usted muy rápido mofándose y condenando. ¿Pero qué tiene usted que ofrecer en su lugar?

—No me burlaba —declaró Jake—. Sólo hacía notar que su plan es absurdo. Yo vine aquí esta noche con una idea mucho mejor que ésa. Quería que su hijo, Willie, y los otros dos muchachos, me dejaran llevarlos por ahí en un carro. Ellos contarían lo que les había ocurrido, y después yo contaría por qué. En otras palabras, daría una charla sobre la dialéctica del capitalismo..., y pondría de manifiesto todas sus mentiras. Explicaría las cosas de modo que todo el mundo comprendiera *por qué* fueron cortadas las piernas de esos chicos. Y conseguiría que todos los que los vieran *supieran*.

—¡Tonterías! —exclamó el doctor Copeland furiosamente—. No creo que tenga usted sentido común. Si yo fuera un hombre que pensara que valía la pena reírse, seguramente me reiría. Jamás había tenido la oportunidad de escuchar semejantes tonterías directamente.

Se miraron fijamente uno al otro con glacial decepción y cólera. Se oyó el traqueteo de un carro en la calle. Jake tragó saliva y se mordió los labios.

—¡Uh! —exclamó finalmente—. Usted es el único absurdo. Lo ha entendido todo exactamente al revés. La única manera de resolver el problema negro bajo el capitalismo es castrar a cada uno de los quince millones de negros de estos estados.

—¿De modo que ésta es la clase de idea que cobija bajo sus rimbombantes discursos sobre la justicia?

—No he dicho que debería hacerse. Sólo digo que a usted los árboles no le dejan ver el bosque —Jake hablaba con lenta y dolorosa deliberación—. El trabajo ha de empezarse desde abajo. Las viejas tradiciones deben ser aplastadas y creadas otras nuevas. Para forjar un patrón totalmente nuevo para el mundo. Para hacer del hombre una criatura social por primera vez, que viva en una sociedad ordenada y controlada donde no se vea obligado a ser injusto a fin de sobrevivir. Una tradición social en la que...

El doctor Copeland aplaudió irónicamente.

—Muy bien —dijo—. Pero hay que recoger el algodón antes de fabricar el paño. Usted y sus chifladas teorías pueden...

—¡Cállese! ¿A quién le importa que usted y su millar de negros se desparramen por esa apestosa letrina llamada Washington? ¿Dónde está la diferencia? ¿Qué importan unas pocas personas..., un millar de personas, negras, blancas, buenas o malas, si toda nuestra sociedad está edificada sobre unos cimientos de negras mentiras?

—¡Todo! —jadeó el doctor Copeland—. ¡Todo! ¡Todo!

—¡Nada!

—El alma del más ruin y malvado de los seres que habitamos en esta tierra vale más a ojos de la justicia que...

—¡Oh, al diablo con eso! —gritó Jake—. ¡Tonterías!

—¡Blasfemo! —chilló el doctor Copeland—. ¡Sucio blasfemo!

—¡Fanático miope!

—Blanco... —Al doctor Copeland le falló la voz. Se esforzó pero no logró emitir ningún sonido. Finalmente pudo alumbrar un ahogado susurro—: Demonio.

La brillante y amarillenta luz de la mañana penetraba ya por la ventana. El doctor Copeland dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre la almohada. El cuello torcido en un extraño ángulo, y una mota de espuma sanguinolenta en los labios. Jake le miró una vez más, sollozando con violencia, y salió precipitadamente del cuarto.

Ahora ya no podía quedarse en su cuarto interior. Tenía que estar siempre con alguien. Haciendo algo en todo momento. Y si estaba sola, contaba o hacía operaciones mentales con los números. Contaba, por ejemplo, todas las rosas de papel de la pared de la sala de estar. Calculaba el volumen de la casa entera. Contaba cada brizna de hierba del patio trasero y cada hoja de un determinado arbusto. Porque, de no tener la mente ocupada con los números, le invadía aquel terrible temor. Volvía caminando a casa de la escuela en una tarde de mayo cualquiera, y de repente se veía obligada a pensar en algo con rapidez. En algo bueno..., muy bueno. Pensaba quizá en una frase musical de jazz. O en que habría un tazón de gelatina en el frigorífico cuando llegara a casa. O planeaba fumarse un cigarrillo detrás de la carbonera. Quizá intentaba imaginarse un lejano futuro en que marcharía al Norte y vería la nieve, o viajaría incluso a un país extranjero. Pero estos pensamientos sobre cosas buenas no duraban mucho. La gelatina desaparecía en cuestión de minutos y el cigarrillo era fumado. ¿Qué quedaba después? Y los números se entremezclaban en su cerebro. Y la nieve y el país extranjero quedaban muy, muy lejanos. ¿Qué quedaba después?

Sólo Mister Singer. Mick quería seguirle a todas partes. Por la mañana le observaba mientras el mudo bajaba por las escaleras de la casa y se iba a trabajar, y luego le seguía durante media manzana. Todas las tardes, en cuanto la escuela había terminado, iba a rondar por la esquina cerca de la tienda en que Singer trabajaba. A las cuatro en punto, el hombre salía a tomar una coca-cola. Ella le veía cruzar la calle, entrar en el *drugstore* y finalmente volver a salir. Le seguía a casa desde el trabajo y a veces incluso cuando salía a dar paseos.

Siempre le seguía durante largo trecho. Y él no se daba cuenta.

Y subía a verle a su habitación. Primero se fregaba la cara y las manos y se ponía un poco de vainilla en la pechera del vestido. Ahora le visitaba sólo un par de veces por semana, porque no quería que él se cansara de ella. Casi siempre le encontraba sentado ante aquel extraño, bonito tablero de ajedrez, cuando abría la puerta. Y entonces se sentaba con él.

—Mister Singer, ¿ha vivido usted alguna vez en un lugar en que nieve en invierno?

Él recostó la silla hacia atrás contra la pared y asintió.

—¿En algún país diferente a éste..., en un país extranjero?

Singer volvió a asentir y escribió en su bloc con el lápiz de plata. En una ocasión había viajado a Ontario, Canadá, frente a Detroit al otro lado del río. Canadá se encontraba tan al Norte que la blanca nieve se amontonaba en los tejados de las casas. Allí era donde vivían las quintillizas Dionea y donde estaba el río San Lorenzo. La gente corría arriba y abajo de las calles hablando francés entre sí. Y mucho más al Norte había profundos bosques y blancos iglús. La región ártica con sus hermosas luces septentrionales.

—¿Y cuando estuvo usted en Canadá, salía a recoger un poco de nieve fresca y se la comía con nata y azúcar? Una vez leí que era cosa muy buena comer de esta manera.

Él giró la cabeza hacia un lado porque no comprendía. Y Mick no pudo repetir la pregunta porque de pronto le pareció estúpida. Se limitó a mirarle y esperar. En la pared, detrás de él, se dibujaba la enorme y negra sombra de su cabeza. El ventilador enfriaba la pesada y calurosa atmósfera. Todo estaba tranquilo. Era como si quisieran decirse cosas que jamás hubieran dicho anteriormente. Lo que ella tenía que decir era terrible y le daba miedo. Pero lo que él le diría a ella era tan cierto que lo enderezaría todo. Quizá se trataba de algo que no podía decirse con palabras ni escribirse. Tal vez él tendría que dejar que ella lo entendiera de una manera diferente. Ésa era la impresión que Mick tenía de él.

—Sólo le estaba haciendo una pregunta sobre Canadá... pero no tenía ninguna importancia, Mister Singer.

Abajo, en la planta, había muchos problemas. Etta seguía tan enferma que no podían continuar durmiendo las tres en la misma cama. Las persianas se mantenían bajadas y en la oscura habitación flotaba un olor a enfermo. Etta había perdido su empleo, y eso significaba ocho dólares menos por semana, factura del médico aparte. Además, un día en que Ralph andaba trasteando por la cocina, solo, se quemó con el horno. Los vendajes le producían picor y alguien tenía que vigilarle continuamente para que no se reventara las ampollas. A George, por su cumpleaños, le habían comprado una pequeña bicicleta roja con timbre y una cesta junto al manillar. Todo el mundo había cooperado para comprársela. Pero cuando Etta perdió el empleo no pudieron seguir pagando los plazos, y al cabo de dos semanas, de la tienda enviaron a un hombre a retirarla. George contempló

cómo el hombre sacaba la bicicleta por el porche, y al pasar por delante de él le dio un puntapié al guardabarros y luego se metió en la carbonera y cerró la puerta.

Dinero, dinero, dinero, siempre dinero. Debían a la tienda de comestibles y debían el último plazo de algunos muebles. Y, después de perder la propiedad de la casa, debían también dinero del alquiler. Las seis habitaciones de la casa estaban siempre ocupadas, pero nadie pagaba la pensión a su debido tiempo.

Durante un tiempo, su padre salió cada día a buscar otro empleo. Ya no podía hacer de carpintero porque subir a una altura superior a los tres metros le daba miedo. Solicitó muchos empleos, pero nadie le contrataba. Finalmente, llegó a esta conclusión:

—Es la publicidad, Mick —dijo—. Estoy convencido de que eso es todo lo que le pasa a mi negocio de reparación de relojes en estos momentos. Tengo que venderme a mí mismo. Tengo que salir y hacer que la gente sepa que puedo arreglar relojes, y arreglarlos bien y barato. Toma nota de mis palabras. Voy a levantar este negocio para poder dar a mi familia todo lo que necesita el resto de mi vida. Sólo mediante la publicidad.

Compró media docena de placas de hojalata y un poco de pintura roja. Durante toda la semana siguiente estuvo muy ocupado. Le parecía que había tenido una idea extraordinariamente buena. Los rótulos estaban esparcidos por el suelo de la habitación delantera. Se ponía de rodillas y emprendía con sumo cuidado el trazado de cada letra. Mientras trabajaba, silbaba y meneaba la cabeza. Hacía meses que no se le veía tan animado y contento. De vez en cuando tenía que vestirse con su mejor traje e irse a la esquina a tomar una cerveza que lo calmase un poco. Al comienzo, en los carteles había puesto:

WILBUR KELLY
Reparación de Relojes
Experiencia y Bajo Precio

—Mick, quiero que salten a la vista. Que sobresalgan dondequiera que se les vea.

Mick le ayudó, y él le dio tres monedas de cinco centavos. Los rótulos estaban bien al principio. Luego empezó a adornarlos tanto que los echó a perder. Quería añadir más y más cosas... en las esquinas, arriba y abajo. Antes de terminar, los letreros estaban cubiertos de inscripciones como “Muy Barato” y “Decídase” y “Déme Cualquier Reloj y Lo Haré Marchar”.

—Has tratado de poner tantas cosas en los letreros que nadie podrá leer nada —declaró Mick.

Su padre compró un poco más de hojalata y le cedió a la muchacha la tarea de confeccionar las letras. Ella los pintó con sencillez, con grandes letras de molde y la imagen de un reloj. Pronto tuvo preparado un buen montón de ellos. Un tipo a quien conocía le llevó en coche al campo donde pudo clavarlos en los árboles y estacas de las vallas. En ambos extremos de la manzana colocó un rótulo con una mano negra que señalaba hacia la casa. Y en la puerta puso otro letrero.

Al día siguiente de terminar con esta campaña publicitaria, aguardó en la habitación delantera vestido con una camisa limpia y corbata. Pero no sucedió nada. El joyero que le daba su trabajo sobrante a la mitad de precio le envió un par de relojes. Eso fue todo. Se apenó mucho. Ya no volvió a salir a buscar trabajo, pero tenía que estar ocupado continuamente en la casa. Sacaba las puertas y lubricaba los goznes... hiciera falta o no. Mezclaba la margarina para Portia y fregaba el suelo del primer piso. Ideó un artilugio para que el agua de la nevera pudiera ser vaciada por la ventana de la cocina. Talló unos hermosos cubos con las letras del alfabeto para Ralph e inventó un enhebrador de agujas. Y se esmeró muchísimo con los pocos relojes que le traían para reparar.

Mick continuaba siguiendo a Mister Singer. Pero no sin cierta resistencia. Era como si hubiera algo feo en seguirle sin que él se enterara. Dos o tres días hizo novillos. Andaba tras él cuando el mudo se dirigía a su trabajo, y se quedaba merodeando por la esquina cerca de la tienda durante todo el día. Cuando el hombre iba a tomar su comida al local de Mister Brannon, ella entraba también en el café y se gastaba cinco centavos en comprar una bolsa de cacahuetes. Luego, por la noche, le seguía también en aquellos largos, oscuros paseos. Se quedaba en la acera contraria y como a una manzana de distancia. Cuando él se detenía, también lo hacía Mick... y cuando él aceleraba el paso, ella se ponía a correr para mantener la distancia. Mientras pudiera verle y estar cerca de él, se sentía feliz. Aunque a veces le asaltaba una extraña sensación y sabía que estaba haciendo algo incorrecto. De manera que se esforzaba mucho por estar ocupada cuando se encontraba en casa.

Ella y su padre se parecían en el sentido de que ahora los dos siempre estaban ocupados en algo. La muchacha se mantenía al tanto de todo lo que sucedía en la casa y la vecindad. La hermana mayor de Spareribs ganó cincuenta dólares en un concurso cinematográfico. A Baby Wilson le habían quitado el vendaje de la cabeza, pero su cabello era corto como el de un muchacho. No pudo bailar en la

velada de este año, y cuando su madre la llevó a verla, Baby se echó a gritar e interrumpió una de las danzas. Tuvieron que sacarla a rastras del Teatro de la Ópera. Y ya en la acera, la señora Wilson tuvo que azotarla para hacerle recuperar la compostura. Y la señora Wilson lloró, también. George odiaba a Baby. Se tapaba la nariz y las orejas cada vez que pasaba por delante de la casa. Pete Wells se escapó de casa y estuvo fuera durante tres semanas. Volvió descalzo y muy hambriento. Se jactaba de que había ido caminando hasta Nueva Orleans.

A causa de Etta, Mick seguía durmiendo en la sala de estar. Aquel corto sofá le producía tantos calambres que ella no podía dormir, y tenía que recuperar el sueño perdido en la sala de estudio en la escuela. Una noche sí y otra no, Bill se cambiaba con ella, y entonces Mick se iba a dormir con George. Entonces se produjo un golpe de suerte para ambos. Una de las personas que dormía arriba se mudó, y como transcurrió una semana sin que nadie respondiera al anuncio del periódico, su madre le dijo a Bill que se trasladara a la habitación vacía. Bill estaba encantado de tener un lugar enteramente para sí mismo, apartado de la familia. Mick se fue a dormir con George. El pequeño dormía como un gatito, y su cálido cuerpecillo respiraba calmadamente.

Mick volvió a saber de las noches libres. Pero no era igual que el verano anterior cuando paseaba en la oscuridad sola y escuchaba la música y hacía planes. Tenía de la noche un conocimiento diferente ahora. Yacía en la cama despierta. Un extraño miedo se apoderaba de ella. Era como si el techo fuera descendiendo lentamente hasta presionarle el rostro. ¿Qué pasaría si la casa se derrumbaba? Una vez su padre había dicho que aquella casa debía ser declarada en ruina. ¿Significaba eso que quizá alguna noche cuando todos estuvieran dormidos las paredes cederían y la casa se vendría abajo? ¿Todos enterrados bajo el yeso y los cristales rotos y los destrozados muebles? ¿De tal modo que no podrían moverse ni respirar? Por la noche se oía de vez en cuando un crujido. ¿Era que alguien estaba paseando..., alguien además de ella? ¿Mister Singer, quizá?

Nunca pensaba en Harry. Se había propuesto olvidarlo, y lo había olvidado. Él le escribió una vez diciéndole que tenía un empleo en un garaje de Birmingham. Ella le respondió con una postal en la que sólo le decía “Conforme”, tal como habían convenido. Harry le enviaba a su madre tres dólares cada semana. Parecía como si hubiera pasado mucho tiempo desde que fueran a los bosques juntos.

Durante el día, Mick andaba ocupada en el cuarto exterior. Pero por la noche

estaba sola en la oscuridad, y el hacer números mentalmente no le bastaba. Quería la presencia de alguien. Y trataba de mantener despierto a George.

—Es muy divertido quedarse despierto y charlar en la oscuridad. Hablemos un rato.

La respuesta de George fue una especie de soñoliento gruñido.

—Mira las estrellas por la ventana. Cuesta entender que cada una de estas pequeñas estrellas sea un planeta tan grande como la Tierra.

—¿Y cómo lo saben?

—Bueno, lo saben. Tienen maneras de medirlos. Eso es ciencia.

—No me lo creo.

Ella trató de atraerlo a una discusión, para hacerlo enfadar y que se mantuviera despierto. Pero George se limitó a dejarle hablar y parecía prestar mucha atención. Al cabo de un rato, dijo:

—¡Mira, Mick! ¿Ves aquella rama del árbol? ¿No parece uno de los antepasados peregrinos echado, con un revólver en la mano?

—Desde luego. Eso es exactamente lo que parece. Y mira allí encima de la mesa. ¿No parece esa botella un hombre extraño con sombrero?

—Nooo —dijo George—. A mí no me lo parece.

Ella tomó un sorbo del vaso de agua que tenía en el suelo.

—Juguemos a un juego..., el de los nombres. Puedes serlo si quieres. Cualquier cosa. Puedes elegir.

Él se llevó sus puñitos a la cara y soltó un tranquilo suspiro, porque se estaba quedando dormido.

—¡Espera, George! —exclamó ella—. Esto será divertido. Yo soy alguien que empieza por M. A ver si lo descubres.

George volvió a suspirar, y dijo con voz cansada:

—¿Eres Harpo Marx?

—No. Ni siquiera tengo nada que ver con el cine.

—No lo sé.

—Claro que sí. Mi nombre empieza con la letra M y vivo en Italia. Deberías adivinarlo.

George se dio la vuelta y se envolvió como una bolita. Y no respondió.

—Mi nombre empieza con una M, pero a veces me llaman un nombre que empieza con una D. Como es en Italia, lo podrás descubrir.

La habitación estaba silenciosa y oscura, y George se había dormido. Mick le pellizcó y le retorció la oreja. El pequeño lanzó un gemido pero no se despertó.

Ella se inclinó y apretó su cara contra el pequeño hombro tibio y desnudo. El pequeñín dormiría toda la noche mientras ella hacía cuentas con decimales.

¿Estaría despierto Mister Singer en su habitación de arriba? ¿Crujía el techo porque él andaba silenciosamente arriba y abajo de su cuarto, bebiendo naranjada fría y estudiando la posición de las piezas en el tablero de ajedrez que había sobre la mesa? ¿No había sentido nunca un miedo terrible como éste? No. Él nunca había hecho nada malo. Nunca había hecho nada malo, y su corazón estaba tranquilo por la noche. Pero, al mismo tiempo, él comprendería.

Si pudiera contárselo todo, se sentiría mejor. Se imaginó la forma como empezaría a hablar. Mister Singer..., sé que esta muchacha no es mayor que yo. Mister Singer, no sé si comprenderá usted una cosa como ésta, o no. Mister Singer, Mister Singer. Repetía el nombre una y otra vez. Ella le quería más que a nadie de la familia, más aún que a George o a su padre. Era un amor diferente. No se parecía a nada que hubiera sentido en toda su vida.

Por las mañanas, ella y George se vestían juntos y charlaban. A veces sentía grandes deseos de estar cerca de George. El pequeño había crecido mucho y estaba más pálido y delgado. Llevaba su suave y rojizo cabello despeinado por encima de las orejas. Sus agudos ojos estaban siempre entrecerrados dándole a su cara aquella expresión de tensión. Le estaban saliendo ya los dientes definitivos, pero tenían una tonalidad azul y estaban muy separados como lo habían estado los de leche. A menudo torcía la mandíbula porque había cogido el hábito de tocarse los doloridos dientes nuevos con la lengua.

—Escucha, George. ¿Me quieres? —le preguntó ella.

—Claro. Te quiero mucho.

Era una calurosa, soleada mañana durante la última semana de la escuela. George estaba vestido y se encontraba en el suelo haciendo sus deberes de aritmética. Sus sucios deditos apretaban con fuerza el lápiz con lo que rompía continuamente la punta. Cuando hubo terminado, ella lo sujetó por los hombros y lo miró severamente a la cara.

—Quiero decir mucho, muchísimo.

—Déjame. Claro que te quiero. ¿No eres mi hermana?

—Lo sé. Pero supón que no fuera tu hermana. ¿Me querrías entonces?

George retrocedió. Se había quedado sin camisas y llevaba un sucio jersey. Sus muñecas eran delgadas y surcadas por venitas azules. Las mangas del jersey se habían alargado tanto que le venían holgadas, haciendo parecer sus manos muy pequeñas.

—Si no fueras mi hermana, entonces quizá no te conocería. Así que no podría quererte.

—Pero ¿y si me conocieras y no fuera tu hermana?

—¿Pero cómo sabes que te conocería? No lo puedes demostrar.

—Bueno, hazte la cuenta de que es así.

—Supongo que sí te querría. Pero sigo diciendo que no puedes demostrarlo...

—¡*Demostrar!* Tienes metida esa palabra en la cabeza. *Demostrar* y *engañar*. Una cosa es un engaño, o tiene que demostrarse. No te soporto, George Kelly. Te odio.

—Muy bien. Entonces, yo tampoco te quiero.

El pequeño se escurrió debajo de la cama en busca de algo.

—¿Qué quieres de ahí abajo? Mejor será que dejes mis cosas tranquilas. Si alguna vez te pillo toqueteando mi caja privada te aplastaré la cabeza contra la pared. Lo haré. Te pisotearé los sesos.

George salió de debajo de la cama con su abecedario. Metió su sucia manita en un agujero del colchón, donde escondía las canicas. Nada desconcertaba a aquel niño. Se tomó su tiempo para elegir tres canicas marrones que llevar consigo. “Ah, vamos, Mick”, le respondió a la muchacha. George era demasiado pequeño y demasiado duro. No tenía el menor sentido quererlo. Sabía incluso menos de la vida que ella.

La escuela había terminado, y Mick había aprobado todas las materias... algunas con sobresaliente, y algunas por los pelos. Los días eran largos y calurosos. Finalmente podía trabajar otra vez intensamente con la música. Empezó a escribir piezas para violín y piano. Escribió canciones. Siempre tenía música en la cabeza. Escuchaba la radio de Mister Singer y vagaba luego por la casa pensando en los programas que había oído.

—¿Qué le pasa a Mick? —preguntó Portia—. ¿Qué clase de gato le habrá comido la lengua? Va por ahí sin decir una palabra. Ni siquiera es tan glotona como antes. Estos días se está portando como una verdadera dama.

Era como si en cierto modo estuviera esperando algo..., aunque no sabía qué esperaba. El sol quemaba las calles con blanca y resplandeciente luz. Durante el día, Mick o bien trabajaba intensamente en la música o andaba correteando con los pequeños. Y esperaba. A veces miraba a su alrededor con presteza, mientras se apoderaba nuevamente el pánico de ella. Luego, a finales de junio, ocurrió un suceso tan importante que lo cambió todo.

Aquella noche estaban todos reunidos en el porche. El crepúsculo confundía y

suavizaba todos los perfiles. La cena estaba casi lista, y el olor de la col les llegaba por la abierta puerta del vestíbulo. Estaban todos presentes menos Hazel, que aún no había vuelto del trabajo, y Etta, que seguía enferma en cama. Su padre se recostaba en una silla con los pies, sólo cubiertos por los calcetines, apoyados en la barandilla. Bill se encontraba en la escalera con los niños. Su mamá estaba sentada en la mecedora abanicándose con el periódico. Al otro lado de la calle una niña nueva en la vecindad patinaba arriba y abajo de la acera en un solo patín. Estaban empezando a encenderse las luces de la manzana, y a lo lejos se oía a un hombre llamar a alguien.

Entonces llegó Hazel. Sus altos tacones repiquetearon en la escalera, y al llegar arriba se apoyó perezosamente en la baranda. En la semioscuridad, sus gordezuelas y suaves manos parecían muy blancas mientras se tocaba las trenzas recogidas.

—Me gustaría que Etta pudiera trabajar —dijo—. Le hubiera encontrado un empleo hoy.

—¿Qué clase de empleo? —preguntó su papá—. ¿Algo que pueda hacer yo, o es sólo para chicas?

—Sólo para una chica. Una empleada de Woolworth's se va a casar la semana que viene.

—La tienda de todo a diez centavos... —dijo Mick.

—¿Estás interesada?

La pregunta la pilló por sorpresa. Estaba simplemente pensando en una bolsita de caramelos verdes que había comprado allí el día anterior. Se puso tensa, al tiempo que sentía calor en las mejillas. Se apartó los bucles de la frente, y empezó a contar las primeras estrellas.

Su papá tiró el cigarrillo a la acera.

—No —dijo—. No quiero que Mick asuma demasiada responsabilidad a su edad. Dejémosla que crezca, y se desarrolle.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Hazel—. Realmente pienso que sería un error que Mick tomara un empleo permanente. No me parece acertado.

Bill se sacó a Ralph de su regazo y anduvo arrastrando los pies por el suelo.

—Nadie debería trabajar antes de los dieciséis años. Mick debería esperar dos años más y terminar en la Profesional..., si podemos permitirnoslo.

—Aunque tengamos que abandonar la casa y mudarnos al barrio de las hilanderías —dijo su mamá—, me gustaría tener a Mick en casa algún tiempo.

Durante un momento, Mick había tenido miedo de que trataran de obligarla a

trabajar. De ser así, hubiera anunciado su intención de escapar de casa. Pero la actitud que todos tomaban con ella la conmovía. Se sintió excitada. Todos hablaban de ella..., y con amabilidad. Se avergonzó de sus primeros temores. De repente, sintió un amor intenso por toda la familia y se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Cuánto dinero pagan? —preguntó.

—Diez dólares.

—¿Diez dólares por semana?

—Claro —dijo Hazel—. ¿Crees que serían sólo diez al mes?

—Portia no gana ni eso.

—Oh, la gente de color; bueno —dijo Hazel.

Mick se frotó la coronilla con el puño.

—Es un buen montón de dinero. Un buen trato.

—No es para tanto —dijo Bill—. Es lo que gano yo.

Mick tenía la lengua seca. La movía dentro de su boca para juntar la saliva necesaria para hablar.

—Con diez dólares por semana compraría quince pollos fritos. O cinco pares de zapatos, o cinco vestidos. O los plazos de una radio.

La verdad es que ella había pensado en un piano, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—Nos sacaría de apuros —dijo su mamá—. Pero prefiero conservar a Mick en casa por algún tiempo. Ahora bien, cuando Etta...

—¡Esperad! —se sentía acalorada y temeraria—. Quiero coger el empleo. Puedo cumplir con él. Sé que puedo.

—Escuchen a la pequeña Mick —dijo Bill.

Su papá se hurgó los dientes con una cerilla usada y quitó los pies de la barandilla.

—Bueno, no nos precipitemos. También a mí me gustaría que Mick se quedara en casa por algún tiempo, y pensar en esto. Podemos defendernos bastante bien sin su trabajo. Yo tengo la intención de incrementar mi trabajo con los relojes un sesenta por ciento cuando...

—Lo olvidaba —dijo Hazel—. Creo que cada año dan una gratificación por Navidad.

Mick frunció el ceño.

—Pero yo no voy a estar trabajando por entonces. Estaría en la escuela. Sólo quiero trabajar durante las vacaciones y luego volver a la escuela.

—Claro —dijo Hazel rápidamente.

—Pero mañana iré contigo y tomaré el empleo si puedo conseguirlo.

Fue como si de pronto se disipara una gran preocupación y tensión que embargaba a la familia. En la oscuridad empezaron a reír y a hablar. Su papá le hizo un truco a George con una cerilla y un pañuelo. Luego le dio al pequeño cincuenta centavos para que fuera a la esquina a comprar unas coca-colas para después de la cena. El olor de col era cada vez más fuerte en el vestíbulo, y se estaban friendo las chuletas de cerdo. Portia los llamó. Los huéspedes estaban ya esperando a la mesa. Mick tenía su cena servida en el comedor. Las hojas de col tenían un aspecto flácido y amarillento en su plato, y la muchacha no pudo comer. Al alargar el brazo para coger el pan, hizo caer una jarra de té helado que había encima de la mesa.

Más tarde, estuvo aguardando, sola, en el porche a que regresara Mister Singer. Tenía una desesperada necesidad de verle. La excitación anterior se había disipado, y se sentía enferma del estómago. Iba a trabajar en una tienda de todo a diez centavos, y no deseaba hacerlo. Era como si la hubieran pillado en una trampa. El trabajo no sería sólo para el tiempo de verano..., sino para mucho tiempo, tanto tiempo como ella era capaz de prever. En cuanto se hubieran acostumbrado a la entrada de dinero, sería imposible pasar sin él. Así eran las cosas. Permaneció inmóvil en la oscuridad agarrándose con fuerza a la barandilla. Había pasado mucho rato y Mister Singer no venía. A las once salió a ver si podía encontrarle. Pero de pronto sintió miedo en la oscuridad y volvió corriendo a casa.

Por la mañana, se bañó y vistió muy cuidadosamente. Hazel y Etta le prestaron sus ropas y la arreglaron para que tuviera un aspecto bonito. Llevaba el vestido de seda verde de Hazel y un sombrerito verde, zapatos de tacones altos y medias de seda. Le pintaron las mejillas y labios y le depilaron las cejas. Cuando hubieron terminado, parecía tener al menos dieciséis años.

Era demasiado tarde para retroceder. Había crecido y estaba preparada para ganarse la vida. Sin embargo, si iba a ver a su papá y le explicaba cómo se sentía, él le diría que aguardara un año. Y Hazel y Etta y su mamá, todos, aun ahora, le dirían que no tenía por qué hacerlo. Pero no podía echarse atrás. No podía quedar mal. Subió a ver a Mister Singer. Las palabras le salían atropelladamente.

—Escuche..., creo que voy a conseguir un empleo. ¿Qué piensa usted? ¿Cree que es una buena idea? ¿Le parece que está bien que deje la escuela y me ponga a trabajar ahora? ¿Qué opina?

Al principio, Singer no comprendía. Tenía sus grises ojos medio cerrados y estaba allí de pie con las manos embutidas en los pantalones. Flotaba aquella vieja sensación de que ambos estaban esperando decirse cosas que jamás habían dicho. Las cosas que ella tenía que decir ahora no eran muchas. Pero lo que él le respondería sería lo correcto... y si decía que lo del trabajo le parecía bien, ella se sentiría mucho mejor al respecto. Repitió las palabras lentamente y esperó.

—¿Le parece bien?

Mister Singer consideró la cuestión. Luego asintió con la cabeza.

Mick consiguió el empleo. El gerente la llevó a ella y a Hazel a la pequeña oficina que había detrás y charló con las dos muchachas. Más tarde, Mick no lograba recordar el aspecto del gerente ni nada de lo que el hombre había dicho. Pero fue contratada, y en el camino de vuelta a casa se compró diez centavos de chocolate y un pequeño juego para modelar arcilla para George. El cinco de junio iba a empezar a trabajar. Permaneció durante mucho rato delante del escaparate de la joyería de Mister Singer. Luego, se quedó rondando por la esquina.

15

Había llegado el momento de que Singer volviera a ver a Antonapoulos. El viaje era largo. Porque, aunque la distancia que les separaba era inferior a trescientos veinte kilómetros, el tren en su camino se desviaba mucho de la línea recta, y se detenía durante largas horas en algunas estaciones por la noche. Singer saldría de la ciudad por la tarde y viajaría durante toda la noche y las primeras horas de la mañana del día siguiente. Como era norma en él, estaba listo con mucha antelación. Su intención era pasar una semana entera con su amigo en esta visita. Había enviado sus ropas a la tintorería, encargado que dieran forma a su sombrero, y tenía las maletas listas. Los regalos que iba a llevar estaban envueltos en papel de seda de colorines... y además llevaba una lujosa cesta de frutas envuelta en celofán y una caja de fresas tardías. Por la mañana, antes de su marcha, Singer limpió la habitación. En la nevera encontró un pedazo de hígado de ganso, y lo sacó al callejón para que se lo comieran los gatos de la vecindad. En la puerta de su habitación clavó el mismo letrero de anteriores ocasiones, informando que estaría ausente durante varios días por cuestión de negocios. Durante todos estos preparativos se movía pausadamente, con dos manchas de vívido color en las mejillas. La expresión de su cara era solemne.

Finalmente, la hora de la partida estaba muy cerca. Se encontraba en el andén, cargado con sus maletas y regalos y observando cómo el tren rodaba por los raíles de la estación. Pronto estuvo sentado en uno de los vagones de día y acomodó su equipaje en las redes situadas encima de su cabeza. El coche estaba atestado, en su mayor parte con madres acompañadas de sus hijos. Los verdes y afelpados asientos despedían olor a mugre. Las ventanas del coche estaban sucias y por el suelo había desparramado arroz procedente sin duda de alguna pareja de recién casados embarcada en aquel vagón. Singer sonrió cordialmente a sus compañeros de viaje y se recostó en el asiento. Cerró los ojos. Sus pestañas formaban un borde curvado y oscuro sobre las mejillas. Su mano derecha se movía nerviosamente dentro del bolsillo.

Durante un rato sus pensamientos quedaron prendidos de la ciudad que dejaba atrás. Vio a Mick y al doctor Copeland y a Jake Blount y a Biff Brannon. Las caras se agolpaban ante él brotando de la oscuridad de tal modo que se sintió

sofocado. Pensó en la discusión que se había producido entre el negro y Jake Blount. La naturaleza de la discusión se presentaba completamente confusa a su mente, pero cada uno de ellos, en diversas ocasiones, había estallado en un amargo discurso contra el otro, el ausente. Él se había manifestado de acuerdo con cada uno, por turno, aunque no estaba seguro de qué era lo que ellos deseaban que sancionara. Y Mick... con una expresión apremiante en el rostro y hablando de un buen trato que él no comprendía en absoluto. Y luego estaba Biff Brannon, del café Nueva York. Brannon, con su férrea, oscura mandíbula y sus ojos vigilantes. Y extraños que le seguían por la calle y le abordaban por razones inexplicables. El turco de la tienda de telas que agitaba las manos ante su rostro y balbuceaba en su lengua para formar unas palabras que Singer jamás había imaginado. Y cierto capataz de la hilandería y una vieja negra. Y un hombre de negocios de la calle principal, y un pilluelo que ofrecía a los soldados una casa de putas cerca del río. Singer movió los hombros intranquilo. El tren se mecía con un movimiento suave, pausado. Singer inclinó la cabeza descansándola en el hombro y durante un ratito se quedó dormido.

Cuando abrió nuevamente los ojos, la ciudad estaba muy atrás. Y la olvidó. Al otro lado de la sucia ventana, desfilaba un brillante paisaje veraniego. El sol caía con intensos rayos coloreados de bronce sobre los verdes campos de algodón nuevo. Había hectáreas de tabaco, sus plantas corpulentas y verdes remedando alguna monstruosa jungla. Huertos de melocotones con los lujuriantes frutos colgando pesadamente de los árboles enanos. Kilómetros de pastos y decenas de kilómetros de tierras abandonadas, desteñidas, invadidas por toda clase de plantas herbáceas. El tren se abría camino a través de oscuros pinares donde el terreno aparecía cubierto de las resbaladizas agujas color castaño y las copas de los árboles enfilaban, altas y vírgenes, hacia el cielo. Y más allá, muy lejos de la ciudad en dirección al Sur, los pantanos de cipreses..., con las retorcidas raíces de los árboles hundiéndose en las salobres aguas donde el musgo gris, en forma de jirones, trepaba por las ramas, donde las flores acuáticas tropicales florecían entre la humedad y la falta de luz. Y luego nuevamente en el espacio abierto, bajo el sol y el cielo mezcla de azul e índigo.

Singer se sentaba solemne y tímido, su cara totalmente vuelta hacia la ventanilla. Las grandes extensiones de espacio y el duro, elemental colorido, casi le cegaban. Aquella caleidoscópica variedad de escenario, aquella abundancia de vegetación y color, parecían en cierto modo relacionados con su amigo. Sus pensamientos fueron a parar a Antonapoulos. La dicha de su próxima reunión le

dejaba casi sofocado. Se pellizcó la nariz y respiró con rápidos y breves jadeos a través de la boca ligeramente abierta.

Antonapoulos estaría contento de verle. Disfrutaría con las frutas frescas y los regalos. A estas alturas estaría ya fuera de la enfermería y podrían salir al cine, y luego al hotel en que habían comido en su primera visita. Singer le había escrito muchas cartas a Antonapoulos, pero no las había echado al correo. Se dedicó completamente a pensar en su amigo.

El medio año transcurrido desde la última vez que estuviera con él no le parecía un lapso de tiempo ni largo ni corto. Detrás de cada despertar había estado siempre su amigo. Y esta inconsciente comunión con Antonapoulos había crecido y cambiado como si estuvieran juntos en carne y hueso. A veces pensaba en Antonapoulos con temor y autodegradación, a veces con orgullo, pero siempre con un amor no obstaculizado por la crítica, libre. Cuando soñaba por la noche, la cara de su amigo siempre aparecía ante él inmensa, inteligente, amable. Y en sus pensamientos diurnos estaban eternamente unidos.

El veraniego atardecer llegó lentamente. El sol se hundió tras una recortada línea de árboles en la lejanía y el cielo se tornó pálido. El crepúsculo era lánguido y suave. Había una luna llena, muy blanca, y sobre el horizonte se cernían nubes bajas púrpura. La tierra, los árboles, las casas rurales de paredes sin pintar se iban oscureciendo lentamente a intervalos, unos suaves relámpagos veraniegos estremecían el aire. Singer lo observaba todo atentamente hasta que la noche hubo caído, y su propia cara se reflejó en el cristal ante él.

Los niños andaban vacilantes por el pasillo del vagón con goteantes vasos de papel llenos de agua. El viejo vestido con un mono que viajaba en el asiento de delante de Singer bebía de vez en cuando whisky de una botella de coca-cola. Entre trago y trago tapaba cuidadosamente la botella con un tapón de papel. A la derecha, una niña se pasaba por el cabello un pegajoso pirulí rojo. Cajas de zapatos con comida fueron abiertas y del coche comedor trajeron bandejas con la cena. Singer no comió. Se recostó en el asiento y se dedicó a observar indiferentemente lo que ocurría a su alrededor. Al fin el coche recuperó su compostura. Los niños se echaron en los anchos y afelpados asientos, en tanto que hombres y mujeres compartieron sus almohadones y descansaron lo mejor que pudieron.

Singer no durmió. Apretó la cara contra el cristal y se esforzó por ver en la noche. La oscuridad era intensa y aterciopelada. A veces se divisaba un pedazo de luz de luna o el parpadeo de una lámpara en una ventana de alguna casa.

Gracias a la luz de la luna vio que el tren se había desviado de su curso hacia el Sur y se dirigía ahora al Este. La ansiedad que sentía era tan intensa que le costaba respirar a través de su nariz pellizcada, y tenía las mejillas escarlata. Permaneció sentado allí, con la cara pegada al frío cristal sucio de hollín, durante el largo viaje nocturno.

El tren llegó con más de una hora de retraso, y la fresca y brillante mañana estival estaba bastante avanzada cuando entraron en la estación. Singer se dirigió inmediatamente al hotel, un hotel muy bueno donde había hecho reserva anticipadamente. Desempaquetó sus cosas y colocó los regalos que había traído para Antonapoulos sobre la cama. Del menú que le trajo el botones seleccionó un lujoso desayuno: pescado asado, maíz molido, torrijas y café solo. Después del desayuno descansó ante el ventilador eléctrico en ropa interior. A mediodía empezó a vestirse. Se bañó y se afeitó, se cambió la ropa interior y vistió su mejor traje de algodón. A las tres se abría el hospital a las visitas. Era martes, dieciocho de julio.

Ya en el asilo, fue primero a la enfermería en donde Antonapoulos había estado internado. Pero en la puerta vio en seguida que su amigo no estaba allí. Se dirigió por los corredores a la oficina donde le habían atendido la vez anterior. Llevaba la pregunta escrita ya en una de las tarjetas que siempre portaba consigo. La persona que había detrás de la mesa no era la misma que la otra vez. Era un joven, casi un muchacho, con una cara a medio formar, inmadura, y una lacia pelambreira. Singer le tendió la tarjeta y aguardó tranquilamente, los brazos cargados de paquetes, descansando el peso del cuerpo sobre sus talones.

El jovencito meneó la cabeza negativamente. Se inclinó sobre la mesa y garabateó con mano poco firme en un pedazo de papel. Singer leyó lo que había escrito, y las manchitas de color de sus mejillas desaparecieron instantáneamente. Se quedó mirando la nota largo rato, los ojos enfocados oblicuamente y la cabeza inclinada. Porque allí había escrito que Antonapoulos estaba muerto.

En su camino de vuelta al hotel tuvo cuidado de no aplastar la fruta que había comprado. Llevó los paquetes a su habitación y luego bajó a pasear por el vestíbulo. Detrás de una palmera plantada en un tiesto había una máquina tragaperras. Metió una moneda de cinco centavos pero cuando trató de tirar de la palanca descubrió que la máquina estaba atascada. Armó un gran jaleo por este incidente. Acorraló al empleado y furiosamente demostró lo que había sucedido. Estaba mortalmente pálido y tan fuera de sí que gruesas lágrimas le corrían por los bordes de su nariz. Agitaba las manos e incluso en una ocasión golpeó con su

largo, estrecho y elegantemente calzado pie contra la afelpada alfombra. Tampoco quedó satisfecho cuando le devolvieron su moneda, sino que insistió en pagar la cuenta y marcharse inmediatamente. Empaquetó sus cosas y tuvo que esforzarse mucho por cerrar la maleta, porque, además de los artículos que había traído consigo se llevaba tres toallas, dos pastillas de jabón, una pluma y tintero, un rollo de papel higiénico y una Sagrada Biblia. Pagó la cuenta y se dirigió caminando a la estación a dejar sus cosas en la consigna. El tren no salía hasta las nueve de la noche, y le quedaba mucho tiempo por llenar.

La ciudad era más pequeña que aquella en la que él vivía. Las calles comerciales se cruzaban. Las tiendas tenían aspecto campestre; había arneses y sacos de forraje en la mitad de los escaparates. Singer anduvo indiferentemente por las aceras. Tenía la garganta hinchada y aunque quería tragar saliva era incapaz de hacerlo. Para aliviar aquella extraña sensación tomó una bebida en uno de los *drugstores*. Gastó algo de tiempo en la barbería y compró chucherías en una tienda de todo a diez centavos. No miraba a nadie directamente a la cara y la cabeza le caía hacia un costado, como la de un animal enfermo.

La tarde casi había concluido cuando a Singer le ocurrió algo extraño. Había estado caminando lentamente sin rumbo fijo por el bordillo de la calle. El cielo estaba encapotado y el aire era húmedo. Singer no levantó la cabeza, pero al pasar frente a la sala de billar de la ciudad vio por el rabillo del ojo algo que le llamó la atención. Siguió adelante y luego se paró en medio de la calle. Con aire indiferente volvió sobre sus pasos y se detuvo ante la puerta del local. En su interior había tres mudos hablando entre sí con las manos. Los tres iban sin chaqueta y usaban sombrero de hongo y brillantes corbatas. Cada uno de ellos sostenía un vaso de cerveza en la mano izquierda. Había cierta fraternal semejanza entre ellos.

Singer entró. Por un momento tuvo dificultad en sacarse la mano del bolsillo. Luego, torpemente, formó una palabra de saludo. Le dieron una palmada en la espalda. Se pidió una bebida fría. Le rodearon, y los dedos de sus manos se dispararon como pistones haciéndole preguntas.

Les dijo su nombre y el de la ciudad de donde venía. Después, no se le ocurrió nada más que decir de sí mismo. Preguntó si conocían a Spiros Antonapoulos. No le conocían. Singer se quedó con las manos colgando. Tenía la cabeza aún inclinada hacia un lado y la mirada oblicua. Aparecía tan indiferente y frío que los tres mudos de los sombreros hongos le miraron con extrañeza. Al cabo de un rato le marginaron de su conversación. Y cuando hubieron pagado las

rondas de cerveza y se prepararon para marcharse, no le sugirieron que se uniera a ellos.

Aunque Singer había estado perdiendo el tiempo por las calles durante medio día, estuvo a punto de perder el tren. No recordaba con claridad cómo había sucedido esto o cómo había pasado las horas anteriores. Llegó a la estación dos minutos antes de la salida del tren, y apenas tuvo tiempo de acarrear su equipaje abordo y encontrar un asiento. El coche que había elegido estaba casi vacío. Cuando estuvo instalado abrió la caja de fresas y las fue eligiendo con afectado cuidado. Las fresas eran de tamaño gigante, grandes como nueces y perfectamente maduras. Las verdes hojillas de la parte superior del ricamente coloreado fruto eran como diminutos ramilletes. Singer se metió una fresa en la boca, y aunque el jugo era muy dulce y succulento, podía percibirse en el fruto un sutil aroma de descomposición. Comió hasta saciarse y luego envolvió otra vez la caja y la colocó en la red encima de su cabeza. A medianoche bajó la cortinilla de la ventana y se echó completamente en el asiento. Estaba enrollado como una bola, la chaqueta cubriéndole la cara y la cabeza. En esta posición yació en una especie de soñoliento sopor durante doce horas. El revisor tuvo que sacudirlo a la llegada.

Singer dejó su equipaje en medio del suelo de la estación. Luego se fue andando a la tienda. Saludó al joyero que le empleaba con un indiferente gesto de la mano. Cuando volvió a salir llevaba algo pesado en el bolsillo. Durante un rato, vagó con la cabeza inclinada por las calles. Pero el brillo del sol, el calor húmedo, le oprimían. Regresó a su habitación con los ojos hinchados y dolor de cabeza. Después de descansar, se tomó un vaso de café helado y se fumó un cigarrillo. Luego, cuando hubo lavado el cenicero y el vaso, sacó una pistola del bolsillo y se disparó una bala en el pecho.

TERCERA PARTE

1

21 de agosto de 1939

De mañana

—No permitiré que me deis prisa —dijo el doctor Copeland—. Dejadme estar. Por favor, dejadme estar sentado aquí un momento.

—Padre, no tratamos de meterte prisa. Pero ya es hora de que nos vayamos de aquí.

El doctor Copeland siguió meciéndose tozudamente, su bufanda gris envolviéndole estrechamente los hombros. Aunque la mañana era más bien templada, ardía un pequeño fuego de leña en la estufa. En la cocina ya no quedaba ningún mueble excepto la silla en que se sentaba él. Las demás habitaciones estaban también vacías. La mayor parte de los muebles habían sido trasladados a casa de Portia, y el resto iba sujeto al automóvil que aguardaba fuera. Todo estaba dispuesto excepto su propia mente. Pero ¿cómo podía marcharse cuando no había ni principio ni fin, ni verdad ni propósito en sus pensamientos? Levantó la mano para calmar su temblorosa cabeza y continuó meciéndose lentamente en la crujiente silla.

Detrás de la puerta cerrada oyó voces:

—He hecho todo lo que he podido. Está decidido a quedarse ahí hasta que sienta deseos de marcharse.

—Buddy y yo hemos envuelto los platos de porcelana y...

—Deberíamos haber salido antes de que se secase el rocío —dijo el viejo—. De otro modo, es probable que nos pille la noche por el camino.

Las voces callaron. Resonaron unos pasos en el vacío pasillo, y ya no pudo oírlos más. En el suelo, a su lado, había una taza y un platillo. La llenó con café procedente del cazo que se calentaba encima de la estufa. Mientras se mecía, se bebió el café, calentándose los dedos con el vapor. Esto no podía ser el final. Otras voces gritaban sin palabras en su corazón. La voz de Jesús y la de John Brown. La voz del gran Spinoza y la de Karl Marx. Las estentóreas voces de todos aquellos que habían luchado y a quienes se les había concedido terminar su

misión. Las voces transidas de dolor de su pueblo. Y también las voces de los muertos. Del mudo Singer, que había sido un blanco recto y comprensivo. Las voces de los débiles y de los poderosos. La retumbante voz de su pueblo creciendo cada día más en fuerza y en poder. La voz del firme, decidido propósito. Y en respuesta a ellas, las palabras salieron temblorosas de sus labios —las palabras que están sin duda en la raíz de toda aflicción humana—. De modo que dijo casi en voz alta. ¡Hostia Omnipotente! ¡Supremo Poder del Universo! He hecho cosas que no debería haber hecho, y dejado de hacer las que sí debería. De manera que esto no puede ser verdaderamente el final.

Había venido por primera vez a esta casa con la mujer que amaba. Y Daisy iba vestida con su traje de novia y llevaba un velo de encaje blanco. Su piel tenía el hermoso color de la miel oscura, y su risa era dulce. Por la noche, él se encerraba solo en la iluminada habitación para poder estudiar. Había intentado meditar y disciplinarse al estudio. Pero con Daisy cerca de él, sentía un fuerte deseo que no desaparecía con el estudio. De manera que a veces se rendía a estos sentimientos, y de nuevo se mordía los labios y meditaba con los libros durante toda la noche. Y además estaban Hamilton y Karl Marx y William y Portia. Todos perdidos. No quedaba ninguno.

Y Madyben y Benny Mae. Y Benedine Madine y Mady Copeland. Los que llevaban su nombre. Y a los que él había aconsejado. Pero, de entre todos esos miles, ¿dónde había uno en quien pudiera confiar la misión y luego descansar?

Toda su vida la había conocido con certeza. Había conocido la razón por la que trabajaba y en el fondo de su corazón estaba seguro, porque día a día sabía lo que le esperaba. Iba con su maletín de casa en casa, y hablaba de todas las cosas y se lo explicaba pacientemente. Y luego, por la noche, se sentía feliz sabiendo que el día había sido un día de fructíferos propósitos. Y aun sin Daisy ni Hamilton ni Karl Marx ni William ni Portia, podía sentarse junto a la estufa, solo, y sentir alegría por ello. Se bebía una taza de licor de nabo y comía un poco de pan de maíz. Experimentaba un profundo sentimiento de satisfacción porque el día había sido bueno.

Había tenido millares de momentos de satisfacción como éste. ¿Pero qué significado habían tenido? En todos aquellos años no podía recordar ninguna obra de valor perdurable.

Al cabo de un rato se abrió la puerta que daba al vestíbulo, y entró Portia.

—Supongo que voy a tener que vestirte como a un niño —dijo—. Aquí tienes los zapatos y los calcetines. Déjame que te quite las zapatillas y te los ponga.

Vamos a marcharnos de aquí pronto.

—¿Por qué habéis hecho esto? —preguntó con amargura.

—¿Y qué te hemos hecho?

—Sabes perfectamente que no quiero irme. Me obligasteis a dar mi conformidad cuando no estaba en condiciones de tomar una decisión. Quiero quedarme donde siempre he estado y tú lo sabes.

—Gruñes tanto que casi estoy gastada —replicó Portia con irritación—. Te has enfadado y armado tanto alboroto que estoy avergonzada.

—¡Bah! Di lo que quieras. Te echas encima de mí como un mosquito. Sé lo que quiero, y no me obligaréis a hacer lo que está mal.

Portia le quitó las zapatillas y desenrolló un par de limpios calcetines de algodón negro.

—Padre, acabemos con esta discusión. Hemos hecho las cosas lo mejor que hemos sabido. Sin duda, lo que más te conviene es irte con el abuelo y con Hamilton y Buddy. Van a cuidar de ti, y te vas a poner bueno.

—No, no me curaré —dijo el doctor Copeland—. Pero aquí me hubiera recuperado. Lo sé.

—¿Y cómo crees que se pagaría el alquiler de esta casa? ¿Cómo crees que podríamos darte de comer? ¿Quién crees que cuidaría de ti aquí?

—Siempre me las he arreglado solo, y aún puedo hacerlo.

—Sólo tratas de llevar la contraria.

—¡Bah! Te echas encima de mí como un mosquito. Y te ignoro.

—Bonita manera de hablarme mientras intento ponerte los zapatos y los calcetines.

—Lo siento. Perdóname, hija.

—Claro que lo sientes —dijo ella—. Claro que lo sentimos los dos. No podemos permitirnos discutir. Y además, una vez estés instalado en la granja, te va a gustar. Tiene el huerto más hermoso que he visto en mi vida. Y pollos, y dos cerdas de raza y dieciocho melocotoneros. Te va a encantar. Me gustaría ser yo quien tuviera la oportunidad de ir.

—A mí también me gustaría.

—¿Pues, por qué te quejas tanto?

—Es que siento que he fracasado —dijo él.

—¿Qué quieres decir con eso de fracasado?

—No lo sé. Déjame estar, hija. Déjame estar sentado aquí en paz unos momentos.

—Conforme. Pero tenemos que irnos de aquí muy pronto.

Se quedaría en silencio. Se quedaría sentado silenciosamente, meciéndose en la silla, hasta recobrar el sentido del orden. Le temblaba la cabeza y le dolía la columna vertebral.

—Espero una cosa —afirmó Portia—. Espero que cuando me haya muerto haya tantas personas que me lloren como los que lloran a Mister Singer. Me gustaría saber si voy a tener un funeral tan triste como tuvo él y tanta gente...

—¡Calla! —exclamó el doctor Copeland rudamente—. Hablas demasiado.

Lo cierto era que con la muerte de aquel hombre blanco, una gran pena había invadido su corazón. Había hablado con él como no lo hiciera con ningún otro blanco, y había confiado en él. Y el misterio de su suicidio le había dejado desconcertado y sin apoyo. No había ni comienzo ni final para su pena. Ni comprensión. Sus pensamientos siempre volvían a aquel hombre blanco que no era insolente ni despreciativo, sino justo. ¿Y cómo pueden los muertos estar realmente muertos si siguen viviendo en el alma de aquellos que dejaron detrás? Pero no debía pensar en todo aquello. Debía apartarlo de su mente ahora.

Porque se necesitaba disciplina. Durante el último mes, aquellas negras y terribles sensaciones habían surgido para luchar contra su espíritu. Estaba el odio que durante días le sumió en las regiones de la muerte. Después de la discusión con Mister Blount, el visitante de medianoche, se sintió poseído de una ceguera homicida. Sin embargo, ahora no podía recordar claramente los temas que fueron la causa de su disputa. Y luego aquella ira diferente que brotó en su interior cuando los muñones en las piernas de William. El amor y el odio en guerra — amor a su pueblo y odio por los opresores de su pueblo— que le dejaban exhausto y enfermo de espíritu.

—Hija —dijo—. Alcánzame mi reloj y mi chaqueta. Me voy.

Se levantó apoyándose en los brazos de la silla. Tuvo la impresión de que el suelo estaba muy lejos de su cara y después de tanto tiempo en la cama, las piernas apenas le sostenían.

Por un momento, le pareció que iba a caerse. Anduvo con una sensación de mareo a través de la desnuda habitación y se apoyó contra el marco de la puerta. Tosió y sacó del bolsillo uno de los trocitos de papel para aplicárselo a la boca.

—Aquí tienes la chaqueta —dijo Portia—. Pero hace tanto calor fuera que no vas a necesitarla.

Caminó por última vez por la casa vacía. Las persianas estaban cerradas y en las oscuras habitaciones flotaba olor a polvo. Se apoyó en la pared del vestíbulo

y luego salió afuera. La mañana era brillante y cálida. Muchos amigos habían venido la noche anterior a despedirse, y algunos también por la mañana a primera hora..., pero ahora sólo la familia estaba reunida en el porche. La carreta y el automóvil se encontraban estacionados en la calle.

—Bien, Benedict Mady —dijo el viejo—. Imagino que tendrá un poco de nostalgia del hogar los primeros días. Pero durará poco.

—Yo no tengo ningún hogar. Así que, ¿por qué iba a sentir nostalgia?

Portia se humedeció los labios nerviosamente y dijo:

—Volverá cuando se ponga bien. Buddy estará encantado de llevarlo a la ciudad en el coche. A Buddy le gusta mucho conducir.

El automóvil estaba cargado. Había cajas de libros atadas al estribo. El asiento trasero estaba atestado con dos sillas y el archivo. La mesa de trabajo, patas al aire, había sido sujeta al techo del vehículo. Pero aunque el coche estaba sobrecargado, la carreta iba casi vacía. La mula aguardaba pacientemente, con un ladrillo atado al extremo de las riendas.

—Karl Marx —dijo el doctor Copeland—. Fíjate bien. Ve a la casa y asegúrate de que no queda nada. Trae la taza que dejé en el suelo y mi mecedora.

—Salgamos ya. Estoy ansioso por llegar a casa a la hora de la cena —dijo Hamilton.

Finalmente, estuvieron listos. Highboy le dio a la manivela del automóvil. Karl Marx se sentaba al volante, y Portia, Highboy y William iban apretujados en el asiento posterior.

—Padre, ¿por qué no te sientas en las rodillas de Highboy? Creo que estarás más cómodo ahí que apretujado aquí con nosotros y todos estos muebles.

—No, hay demasiada gente. Prefiero ir en la carreta.

—Pero no estás acostumbrado a la carreta —dijo Karl Marx—. Te va a zarandear mucho, y además, es probable que el viaje dure todo el día.

—Eso no importa. He montado en muchas carretas en mi vida.

—Entonces dile a Hamilton que venga con nosotros. Estoy seguro de que él preferirá venir en el automóvil.

El abuelo había venido con la carreta a la ciudad el día anterior. Había traído consigo un cargamento de productos, melocotones, coles y nabos, para que Hamilton los vendiera en la ciudad. Y se había liquidado todo menos un saco de melocotones.

—Bien, Benedict Mady —dijo el viejo—. Ya veo que viene a casa conmigo en la carreta.

El doctor Copeland se encaramó a la parte trasera de la carreta. Estaba tan cansado que tenía la impresión de que sus huesos estaban hechos de plomo. Le temblaba la cabeza y un repentino espasmo de náuseas le hizo echarse cuan largo era sobre las ásperas tablas.

—Estoy muy contento de que venga —dijo el abuelo—. Usted comprende que siempre he sentido un profundo respeto por los estudiosos. Profundo respeto. Puedo pasar por alto y olvidar muchas cosas si un hombre es un sabio. Me alegro de tener a uno como usted otra vez en la familia.

Las ruedas de la carreta crujieron. Se pusieron en marcha.

—Pronto volveré —dijo el doctor Copeland—. A lo más tarde, dentro de uno o dos meses, volveré.

—Hamilton es también un buen estudioso. Piensa que se parece un poco a usted. Me hace todas las cuentas y lee los periódicos. Y en cuanto a Whitman, pienso que será también un sabio. Ahora ya me lee la Biblia. Y hace cuentas, también. Un niño tan pequeño como es. Siempre he tenido un profundo respeto por los estudiosos.

El movimiento de la carreta le sacudía la espalda. Levantó la mirada hacia las ramas que tenía encima de la cabeza, y cuando no había sombra se cubría la cara con un pañuelo para proteger los ojos del sol. No era posible que aquello pudiera ser el final. Siempre había sentido en su interior el firme, verdadero propósito. Durante cuarenta años, su misión fue su vida y su vida fue su misión. Y sin embargo, ahora todo quedaba por hacer y no se había terminado nada.

—Sí, Benedict Mady, me alegro mucho que esté usted otra vez con nosotros. He estado esperando para preguntarle sobre una extraña sensación que tengo en el pie derecho. Una extraña sensación, como si se me durmiera el pie. He tomado “666” y me lo froté con linimento. Espero que me encontrará usted un buen tratamiento.

—Haré lo que pueda.

—Sí, me alegro de tenerlo conmigo. Creo que todos los parientes deberían estar juntos, tanto los de sangre como los que lo son por matrimonio. Creo que todos deberíamos estar luchando juntos y ayudándonos mutuamente, y algún día tendremos una recompensa en el más Allá.

—¡Bah! —dijo el doctor Copeland amargamente—. Yo creo en la justicia ahora.

—¿En qué dice que cree? Habla con una voz tan ronca que apenas puedo oírle.

—En la justicia para nosotros. Nosotros, los negros.

—Cierto.

Sentía arder un fuego en su interior, y no podía estarse quieto. Quería incorporarse y hablar en voz alta..., sin embargo, cuando trató de levantarse, no pudo encontrar la fuerza necesaria en él para hacerlo. Las palabras iban creciendo en su corazón, y no soportaba la idea de seguir manteniendo silencio. Pero el viejo había dejado de escucharle, y no había nadie más que pudiera prestarle atención.

—Vamos, *Lee Jackson*. Adelante, cariño. Levanta las patas y deja de husmear. Aún nos queda un largo camino.

2

Por la tarde

Jake corría con paso violento, torpe. Atravesó el callejón Weavers y luego cortó por una calle secundaria, se encaramó a una cerca y siguió su camino precipitadamente. Empezaron a formarse náuseas en su barriga de tal suerte que ya sintió el sabor del vómito en la garganta. Un perro ladrador lo persiguió hasta que Jake se detuvo lo suficiente para amenazarle con una piedra. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos por el horror y se apretaba la boca con la mano.

¡Cristo! De modo que éste era el fin. Una riña. Un alboroto. Una pelea contra varios hombres, cada uno para sí. Cabezas ensangrentadas y ojos cortados con botellas rotas. ¡Cristo!

Y la jadeante musiquilla del tiovivo dominando todo el ruido. Las hamburguesas y el algodón de azúcar por el suelo y los gritos de los jóvenes. Y él en medio de todo aquello. Peleando, enceguecido por el polvo y el sol. El agudo filo de los dientes contra sus nudillos. Y las risas. ¡Cristo! Y la sensación de que se había desatado en él un ritmo salvaje, duro, que no se detendría. Y luego, el mirar de cerca la negra cara muerta, sin saber. Sin saber siquiera si lo había matado, o no. Pero esperando. ¡Cristo! Nadie podía haber detenido aquello.

Jake aminoró el paso y sacudió la cabeza nerviosamente para mirar detrás de él. El callejón estaba vacío. Vomitó, y se secó la boca y la frente con la manga de su camisa. Luego descansó durante un minuto y se sintió mejor. Había corrido durante unas ocho manzanas y, tomando algunos atajos, aún le quedaba casi un kilómetro de camino. La niebla de su cabeza se fue disipando, de modo que por entre todo aquel mar de sensaciones pudo recordar los hechos. Se puso de nuevo en marcha, esta vez con un trotecillo regular.

Nadie podía haberlo detenido. Durante el verano se las había arreglado para sofocarlos como si fueran conatos de incendios. Todos menos éste. Y esta pelea podía haberla detenido. Parecía haberse encendido de la nada. Él había estado trabajando en la maquinaria de los columpios y se había parado a beber un vaso de agua. Mientras cruzaba el terreno, vio a un muchacho blanco y a un negro

caminando uno alrededor del otro. Ambos estaban ebrios. La mitad de la gente estaba ebria aquella tarde, porque era sábado y las hilanderías habían trabajado sin parar aquella semana. El calor y el sol eran opresivos, y flotaba un pesado hedor en el aire.

Vio que los contendientes se acercaban el uno al otro. Pero sabía que aquello no era el comienzo. Llevaba mucho tiempo presintiendo una gran pelea. Y lo extraño era que encontraba tiempo para pensar en todo eso. Se quedó observando durante unos cinco segundos antes de abrirse paso entre la multitud. En aquel corto lapso de tiempo pensó en muchas cosas. Pensó en Singer. Pensó en las tristes tardes de verano y en las negras y cálidas noches, en todas las peleas que había detenido y en todas las discusiones que había calmado.

Entonces vio el centelleo de una navaja al sol. Se abrió paso a empujones entre un grupo de gente y saltó sobre la espalda del negro que sostenía el cuchillo. El hombre cayó al suelo con él y se revolcaron juntos. El olor de negro se mezclaba con el espeso polvo en sus pulmones. Alguien le pisó las piernas y le dieron un puntapié en la cabeza. Cuando logró ponerse nuevamente en pie, la pelea se había generalizado. Los negros luchaban contra los blancos y éstos contra los negros. Lo vio todo claramente, segundo a segundo. El blanco que había iniciado la pelea era una especie de cabecilla. Era el jefe de una pandilla que venía a menudo a las atracciones. Andaban por los dieciséis años y llevaban pantalones blancos de dril y polos de rayón de fantasía. Los negros peleaban lo mejor que sabían. Algunos llevaban navaja.

Empezó a gritar las palabras: “¡Orden! ¡Auxilio! ¡Policía!” , pero era como gritarle a una presa que se desborda. En sus oídos retumbaba un terrible sonido..., terrible porque era humano y sin embargo carecía de palabras. El sonido fue aumentando hasta convertirse en un rugido que le ensordecía. Le golpearon en la cabeza. No podía ver lo que pasaba a su alrededor. Veía solamente ojos y bocas y puños..., ojos con expresión salvaje y ojos semicerrados, húmedos, bocas tensas y bocas flojas, puños negros y blancos. Aprisionó un puño levantado y agarró una navaja. Entonces el polvo y el sol le cegaron y el único pensamiento que ocupó su mente fue escapar y encontrar un teléfono para pedir ayuda.

Pero le cogieron. Y sin saber cómo sucedía, se encontró metido de lleno en la pelea. Golpeó con sus puños y sintió aplastarse las bocas húmedas. Peleaba con los ojos cerrados y la cabeza baja. Un sonido disparatado brotó de su garganta. Golpeó con toda su fuerza y embistió con la cabeza como un toro. Tenía la mente

llena de palabras sin sentido, y se estaba riendo. No veía a quién golpeaba y no sabía quién le golpeaba. Pero sabía que el sentido de la pelea había cambiado y que ahora cada hombre luchaba por sí mismo.

Entonces, repentinamente, se terminó. Dio un traspié y cayó hacia atrás. Perdió el sentido, de modo que podía haber transcurrido un minuto o tal vez mucho más antes de abrir los ojos. Unos pocos borrachos seguían peleando, pero dos policías los estaban separando con rapidez. Vio que se había caído. Yacía, la mitad encima, y la mitad al lado de un joven negro. Con una simple mirada, supo que el chico estaba muerto. Tenía un corte en el cuello, aunque resultaba difícil comprender cómo había muerto en tan corto espacio de tiempo. Conocía aquella cara, pero no podía situarla. El muchacho tenía abierta la boca y también los ojos en una expresión de sorpresa. El suelo se hallaba cubierto de papeles y botellas rotas y hamburguesas aplastadas. A uno de los caballos del tiovivo le habían roto la cabeza y una de las taquillas estaba destrozada. Empezó a incorporarse. Vio entonces a los policías y presa del pánico echó a correr. A estas alturas debían de haber perdido su rastro.

Sólo le quedaban cuatro manzanas para recorrer y entonces se hallaría sin duda a salvo. El miedo le había cortado la respiración, de modo que estaba jadeando. Cerró los puños y bajó la cabeza. Luego, de pronto, redujo la marcha y se detuvo. Estaba solo en un callejón, cerca de la calle principal. A un lado estaba la pared de un edificio y se desplomó contra ella, jadeando, la gruesa vena que le cruzaba la frente inflamada. En su confusión había cruzado toda la ciudad para llegar a la habitación de su amigo. Y Singer estaba muerto. Empezó a llorar. Sollozó ruidosamente, y gruesas lágrimas le corrían por la nariz, mojándole el bigote.

Una pared, un tramo de escaleras, una carretera ante él. El ardiente sol era como una tremenda carga sobre él. Empezó a retroceder por donde había venido. Esta vez caminaba lentamente, secándose su húmeda cara con la grasienta manga de la camisa. No podía detener el temblor de sus labios y se los mordió hasta sentir el sabor a sangre.

En la esquina de la siguiente manzana se tropezó con Simms. El vejete estaba sentado sobre una caja con una Biblia en las rodillas. A su lado había una alta valla, y sobre ella estaba escrito un mensaje con tiza de color púrpura:

Él Murió Para Salvarte

Escucha la Historia de Su Amor y Su gracia

Todas las Noches a las 7.15.

La calle estaba vacía. Jake trató de cruzar a la otra acera, pero Simms le agarró por el brazo.

—Venid, todos los desconsolados y entristecidos de corazón. Dejad vuestros pecados y preocupaciones ante los benditos pies del que murió por salvaros. ¿Adónde os dirigís, Hermano Blount?

—A casa a joder —respondió brutalmente Jake—. Voy a joder. ¿Tiene el Salvador algo en contra de eso?

—¡Pecador! El Señor recuerda todas tus transgresiones. El Señor tiene un mensaje para ti esta noche.

—¿Recuerda el Señor el dólar que te di la semana pasada?

—Jesús tiene un mensaje para ti a las siete y cuarto de esta noche. Procura estar aquí a tiempo de oír Su Palabra.

Jake se lamió el bigote.

—Todas las noches se reúne ante ti una muchedumbre tan grande que no puedo acercarme lo suficiente para oír.

—Hay lugar para los burlones. Además, he tenido una señal de que pronto el Salvador quiere que construya una casa para Él. En aquella parcela de la esquina de la Avenida Dieciocho con la Calle Seis. Un tabernáculo lo bastante grande para albergar a quinientas personas. Entonces vosotros, los burlones, veréis. El Señor prepara una mesa ante mí en presencia de mis enemigos; y ungirá mi cabeza con el óleo. Mi copa...

—Puedo reunirte una multitud esta noche —le interrumpió Jake.

—¿Cómo?

—Dame tu bonita tiza de color. Te prometo una gran multitud.

—He visto tus carteles —dijo Simms—. “¡Trabajadores! América es el País más Rico del Mundo, y Sin Embargo Una Tercera Parte de Nosotros se Muere de Hambre. ¿Cuándo nos Uniremos y Exigiremos Nuestra Parte?”... todo eso. Tus letreros son radicales. No te permitiré usar mi tiza.

—Pero no tengo intención de escribir letreros.

Simms pasó el dedo por las páginas de la Biblia y aguardó, receloso.

—Te voy a conseguir una estupenda muchedumbre. Sobre el pavimento en cada extremo de la manzana te dibujaré algunas putas desnudas hermosotas. En color, con flechas que señalarán el camino. Sabrosas, rellenitas, con el trasero al aire...

—¡Babilonio! —chilló el viejo—. ¡Hijo de Sodoma! Dios se acordará de esto.

Jake cruzó a la otra acera y emprendió el camino hacia la casa en que vivía.

—Hasta luego, hermano.

—Pecador —gritó el viejo—. Vuelve aquí a las siete y cuarto en punto. Y escucha el mensaje de Jesús que te dará fe. Sálvate.

Singer estaba muerto. Y la primera sensación que tuvo al enterarse de que se había matado no fue de tristeza, sino de cólera. Estaba ante una pared. Recordó todos los íntimos pensamientos que le había transmitido a Singer, y le parecía que con su muerte se habían perdido. ¿Y por qué Singer había querido poner fin a su vida? Quizá se había vuelto loco. Pero, en cualquier caso, estaba muerto, muerto, muerto. No se le podía ver, ni tocar ni hablar con él, y la habitación en que habían pasado tantas horas había sido alquilada a una muchacha que trabajaba de mecanógrafa. Ya no podía volver allí. Estaba solo. Una pared, un tramo de escaleras, un camino abierto.

Jake cerró la puerta de su cuarto a sus espaldas. Estaba hambriento y no tenía nada para comer. Tenía sed, y sólo quedaban unas gotas de agua tibia en el jarro de la mesa. La cama estaba por hacer y en el suelo se había acumulado una polvorienta pelusa. Papeles esparcidos por toda la habitación, porque recientemente había escrito muchos avisos cortos y los había distribuido por la ciudad. Malhumoradamente echó una mirada a uno de los papeles que llevaba la inscripción: “El C.O.T.T.^[5] es Tu Mejor Amigo”. Algunos avisos constaban de una frase, y otros eran muy largos. Había un manifiesto que cubría una página entera titulado: “La Afinidad entre Nuestra Democracia y el Fascismo”.

Durante un mes había estado trabajando con estos papeles, garabateándolos en horas de trabajo, mecanografiándolos y haciendo copias al carbón en la máquina del café Nueva York, y luego distribuyéndolos a mano. Había trabajado día y noche. Pero ¿quién los leía? ¿De qué había servido cualquiera de ellos? Una ciudad de aquel tamaño era demasiado grande para un solo hombre. Y ahora se marchaba de allí.

¿Pero adónde iría esta vez? Los nombres de las ciudades le atraían: Memphis, Wilmington, Gastonia, Nueva Orleans. Iría a alguna parte. Pero sin salir del Sur. La vieja impaciencia y el hambre se apoderaban nuevamente de él. Pero esta vez era diferente. Y no anhelaba el espacio abierto y la libertad..., sino justamente lo

contrario. Recordó lo que el negro, Copeland, le había dicho: “No intente estar solo”. Había veces en que era lo mejor.

Jake movió la cama por la habitación. En la parte del suelo en que había estado la cama había una maleta y un montón de libros, así como sucias ropas. Impacientemente, empezó a empaquetar. La cara del viejo negro estaba presente en su mente y algunas de las palabras que le había dicho acudieron a su memoria. Copeland estaba loco. Era un fanático, así que resultaba exasperante tratar de razonar con él. Sin embargo, aquella terrible cólera que ambos habían sentido la otra noche le había resultado más difícil de entender. Copeland *sabía*. Y los que sabían eran como un puñado de soldados desnudos ante un batallón armado. ¿Y qué habían hecho? Se habían enzarzado en una discusión entre ellos. Copeland estaba loco —sí—, estaba loco. Pero, a fin de cuentas, podían haber trabajado juntos en algunos aspectos. Si no hablaran demasiado. Iría a verle. De pronto se apoderó de él una sensación de urgencia. Quizá sería lo mejor, después de todo. Quizá aquél era el signo, la mano que había estado esperando tanto tiempo.

Sin detenerse a lavar la mugre de su cara y manos, ató las correas de la maleta y salió de la habitación. Afuera el aire era bochornoso, y en la calle flotaba un tufo desagradable. Se habían formado nubes en el cielo. La atmósfera estaba tan quieta que el humo de una hilandería del distrito subía como una columna recta hacia el cielo.

Mientras Jake caminaba, su maleta le iba golpeando torpemente contra las rodillas, y con frecuencia volvía la cabeza bruscamente para mirar hacia atrás. Copeland vivía al otro lado de la ciudad, así que era preciso apresurarse. Las nubes se iban haciendo más y más densas en el cielo, y presagiaban un fuerte chubasco veraniego antes del anochecer.

Cuando llegó a la casa donde vivía Copeland vio que las persianas estaban cerradas. Se dirigió a la parte trasera y por la ventana atisbó la vacía cocina. Una profunda, desesperada decepción le hizo sudar las manos y su corazón perdió, por un instante, el ritmo de los latidos. Se dirigió entonces a la casa de la izquierda, pero tampoco había nadie. Lo único que le quedaba por hacer era encaminarse a casa de los Kelly e interrogar a Portia.

Aborrecía acercarse nuevamente a aquella casa. No podía soportar la vista del perchero del vestíbulo y del largo tramo de escaleras que tantas veces había subido. Cruzó de nuevo la ciudad, lentamente, y se acercó a la casa por el callejón. Se dirigió a la puerta trasera. Portia estaba en la cocina, y con ella estaba el muchachito.

—No, señor, Mister Blount —dijo Portia—, sé que era usted un gran amigo de Mister Singer, y usted sabe cómo le apreciaba mi padre. Pero hemos llevado a mi padre al campo esta mañana y sé en lo más profundo de mi alma que no debo decirle a usted dónde está. Si no le importa que hable claro y no me ande con rodeos.

—No tienes por qué andarte con ningún rodeo —dijo Jake—. Pero ¿por qué?

—El día que vino usted a vernos, nuestro padre se puso tan enfermo que creímos que se iba a morir. Nos llevó mucho tiempo conseguir que pudiera volver a incorporarse. Ahora está bien. Se va a poner muy fuerte donde está en estos momentos. Pero, aunque usted no lo entienda, siente mucho encono contra la gente blanca ahora, y se trastorna muy fácilmente. Y además, si no le importa que hable claro, ¿qué quiere usted de nuestro padre, de todos modos?

—Nada —respondió Jake—. Nada que tú pudieras comprender.

—Nosotros la gente de color tenemos sentimientos igual que todo el mundo. Y me atengo a lo que he dicho, Mister Blount. Nuestro padre es sólo un hombre de color viejo y enfermo y ya tiene bastantes problemas. Tenemos que cuidar de él. Y no tiene ningún deseo de verle a usted..., lo sé.

De nuevo en la calle, vio que las nubes habían tomado un color púrpura profundo, rabioso. En la quieta atmósfera flotaba un olor a tormenta. El vívido verde de los árboles de la acera parecía penetrar furtivamente en el aire esparciendo un extraño brillo verdoso en la calle. Todo estaban tan silencioso y quieto que Jake se detuvo un momento para husmear el aire y mirar a su alrededor. Entonces agarró la maleta bajo el brazo y empezó a correr hacia los toldos de la calle principal. Pero no corrió bastante de prisa. Retumbó el seco y metálico estampido del trueno y el aire se enfrió súbitamente. Grandes cortinas plateadas de lluvia cayeron silbando sobre el pavimento. Y la avalancha de agua le cegó. Al llegar al café Nueva York sus ropas, húmedas y encogidas, se le pegaban al cuerpo, y los zapatos crujían por el agua que habían almacenado.

Brannon dejó a un lado el periódico y apoyó los codos en el mostrador.

—Bueno, es realmente curioso. Tuve la intuición de que vendría usted aquí justo en el momento en que empezó a llover. En lo más profundo de mí sabía que estaba usted viniendo y que no llegaría a tiempo —se aplastó la nariz con el pulgar hasta dejarla blanca y chata—. ¿Y con una maleta?

—Parece una maleta —repuso Jake—. Y tiene todas las cualidades de una maleta. Así que si usted cree en la realidad de las maletas, imagino que ésta lo es.

—No debería andar así. Suba y écheme sus ropas. Louis les dará una

planchada.

Jake se sentó a una de las mesas de los reservados del fondo y apoyó la cabeza entre las manos.

—No, gracias. Sólo quiero descansar aquí y recuperar el aliento.

—Pero los labios se le están volviendo azulados. Todo usted parece derrengado.

—Estoy bien. Lo que quiero es un poco de cena.

—La cena estará lista dentro de media hora —dijo Brannon pacientemente.

—Cualquier cosa que haya sobrado servirá. Me basta con que la ponga en un plato. No hace falta calentar nada.

El vacío que sentía en su interior llegaba a doler. No quería mirar ni hacia atrás ni hacia delante. Caminó con dos de sus dedos cortos y rechonchos por encima de la mesa. Hacía más de un año desde que se había sentado a aquella mesa por primera vez. ¿Y cuánto había avanzado en todo este tiempo? Nada. No había ocurrido nada excepto que había hecho un amigo y lo había perdido. Se lo había dado todo a Singer y luego el hombre se había matado. De modo que quedaba en una situación precaria. Y ahora él solito tenía que apañárselas y volver a empezar. Al pensar en ello el pánico se apoderó de él. Estaba cansado. Apoyó la cabeza contra la pared y puso los pies sobre la silla que estaba a su lado.

—Aquí tiene —dijo Brannon—. Esto tiene que ayudarlo.

Dejó sobre la mesa un vaso de una bebida caliente y un plato de pastel de pollo. La bebida tenía un olor dulce y fuerte. Jake inhaló el vapor y cerró los ojos.

—¿Qué lleva eso?

—Corteza de limón frotada con un terrón de azúcar y agua hirviendo con ron. Es una bebida muy buena.

—¿Cuánto le debo?

—No lo sé en este momento, pero lo contaré antes de que se vaya.

Jake tomó un largo sorbo de aquel ponche, y se enjugó bien la boca con él antes de tragarlo.

—Jamás cobrará —dijo—. No tengo dinero para pagarlo... y aunque lo tuviera probablemente tampoco le pagaría.

—Bueno, ¿le he dicho algo acaso? ¿Le he presentado alguna vez una factura y le he pedido que la pague?

—No —reconoció Jake—. Ha sido usted muy razonable. Y, si bien se piensa,

es usted un tipo bastante decente... desde el punto de vista personal, quiero decir.

Brannon se sentó frente a él. Alguna cosa le inquietaba. Hacía correr el salero adelante y atrás y no dejaba de alisarse el cabello. Olía como a perfume y su camisa de rayas azules era nueva y limpia. Llevaba las mangas enrolladas y sujetas por unas anticuadas ligas azules.

Finalmente se aclaró la garganta de una manera vacilante y dijo:

—Estuve echando una ojeada al periódico de la tarde antes de venir usted. Parece que tuvo usted muchos problemas en su lugar de trabajo.

—Cierto. ¿Qué decía?

—Espere. Se lo voy a traer.

Brannon fue a buscar el periódico al mostrador y se apoyó en el tabique del reservado.

—En primera página dice que en las Atracciones Sunny Dixie, situadas en tal y tal parte, hubo un alboroto general. Dos negros recibieron heridas mortales de arma blanca. Otros tres sufrieron heridas menores y se les trasladó para su tratamiento al hospital de la ciudad. Los muertos eran Jimmy Macy y Lancy Davis. Los heridos, John Hamlin, blanco, de Central Mill City, Various Wilson, negro, etcétera, etcétera. Leo: “Se han efectuado una serie de arrestos. Se supone que el alboroto fue causado por agitación laboral, ya que papeles de naturaleza subversiva fueron encontrados en el lugar de los sucesos, así como en las cercanías. Se esperan más arrestos en breve plazo” —Brannon hizo un ruidito con los dientes—. La redacción de este periódico empeora día a día. Subversivo escrito con una *u* en la segunda sílaba, y arresto con una sola *r*.

—Son astutos —dijo Jake socarronamente—. “Causado por agitación laboral”. Es notable.

—De todos modos, es un asunto muy desgraciado.

Jake se llevó la mano a la boca y miró su plato vacío.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Me marchó. Me voy de aquí esta tarde.

Brannon se pulió las uñas con la palma de la mano.

—Bueno, claro que no es necesario... pero podría ser buena cosa. ¿Por qué tan precipitadamente? No tiene sentido partir a esta hora del día.

—Bueno, lo prefiero.

—Bueno, creo que es menester que empiece usted de nuevo. Al mismo tiempo, ¿por qué no sigue mi consejo en este asunto? Yo... yo soy conservador, y naturalmente pienso que sus opiniones son radicales. Pero al mismo tiempo me

gusta ver todos los aspectos de una cuestión. En cualquier caso, quisiera verle a usted arreglado. Así que, ¿por qué no se va a algún lugar donde pueda encontrarse con algunas personas más o menos parecidas a usted? ¿Y entonces se instala?

Jake apartó su plato con irritación.

—No sé adónde voy. Déjeme tranquilo. Estoy cansado.

Brannon se encogió de hombros y volvió al mostrador.

Estaba bastante cansado. El ron caliente y el monótono ruido de la lluvia le provocaban somnolencia. Era agradable estar sentado acogedoramente en un reservado, después de haber tomado una buena comida. Si lo deseaba, podía inclinarse hacia adelante y echarse una siesta... cortita. Ya sentía pesadez en la cabeza y se encontraba mejor con los ojos cerrados. Pero tendría que ser un sueño corto, porque debía marcharse de allí pronto.

—¿Cuánto va a durar esta lluvia?

La voz de Brannon tenía insinuaciones soñolientas.

—No se puede decir..., un chaparrón tropical. Podría escampar rápidamente... o... quizá aflojar un poco y seguir toda la noche.

Jake apoyó la cabeza en sus brazos. El sonido de la lluvia era como el del mar encrespado. Oía el tictac de un reloj y un lejano estrépito de platos. Poco a poco sus manos se fueron relajando. Hasta que finalmente quedaron abiertas, la palma hacia arriba, sobre la mesa.

De repente Brannon empezó a sacudirlo por los hombros mirándole a la cara. Un terrible sueño invadía su mente.

—Despierte —decía Brannon—. Ha tenido una pesadilla. Miré hacia aquí y tenía usted la boca abierta y gemía y arrastraba los pies por el suelo. Nunca he visto nada igual.

El sueño persistía pesadamente en su cabeza. Sintió el viejo terror que siempre le invadía al despertar. Apartó a Brannon de un empujón y se puso en pie.

—No hace fatal que me diga que tenía una pesadilla. La recuerdo perfectamente. Y he tenido el mismo sueño unas quince veces.

Ahora recordaba. Las otras veces no había podido conservar las imágenes del sueño en su mente cuando despertaba.

Estaba caminando por entre una gran multitud..., como en las atracciones. Pero había algo oriental en la gente que lo rodeaba. El sol brillaba con terrible fuerza y la gente iba medio desnuda. Todos caminaban lenta y silenciosamente. Y en su cara había una expresión de hambre. No se oía ningún sonido; sólo estaba el sol y la silenciosa muchedumbre. Él caminaba entre ellos cargado con un enorme

cesto tapado. Lo llevaba a alguna parte pero no podía descubrir el lugar donde dejarlo. Y en el sueño había un horror particular en deambular de un lado para otro a través de la gente sin saber dónde dejar la carga que transportaba en sus brazos durante tanto tiempo.

—¿Qué fue? —preguntó Brannon—. ¿Le perseguía el diablo?

Jake se levantó y se acercó al espejo que había detrás del mostrador. Tenía la cara sucia y sudorosa, con unos círculos oscuros bajo los ojos. Humedeció su pañuelo en el grifo y se frotó la cara. Luego se sacó un peine del bolsillo y se peinó limpiamente el bigote.

—El sueño no era nada. Hay que estar dormido para comprender por qué era una pesadilla así.

El reloj señalaba las cinco y media. La lluvia casi había cesado. Jake recogió su maleta y se encaminó a la puerta.

—Hasta otra. Le enviaré una postal, quizá.

—Espere —dijo Brannon—. No puede irse ahora. Aún llueve un poco.

—Es sólo el gotear del toldo. Es mejor que esté fuera de la ciudad antes de que se haga de noche.

—Pero aguarde. ¿Tiene dinero? ¿El suficiente para vivir una semana?

—No necesito dinero. Ya he estado sin blanca antes.

Brannon tenía un sobre preparado, con dos billetes de veinte dólares. Jake los miró por los dos lados y se los metió en el bolsillo.

—Sabe Dios porqué lo hace usted. Nunca volverá a verlos. Pero, gracias. No lo olvidaré.

—Buena suerte. Y hágame llegar noticias tuyas.

—Adiós^[6] —dijo Jake.

—Adiós.

La puerta se cerró a su espalda. Cuando miró hacia atrás, al llegar al final de la manzana, Brannon le estaba observando desde la acera. Caminó hasta llegar a las vías del ferrocarril. A ambos lados había filas de desvencijadas casas de dos habitaciones. En los exiguos patios traseros había inmundas letrinas y filas de ropas ennegrecidas y harapietas puestas a secar. Durante más de tres kilómetros no pudo ver una sola señal de comodidad o espacio o limpieza. La tierra misma parecía sucia y abandonada. De vez en cuando había signos de que se había intentado cultivar un huerto, pero sólo habían sobrevivido unas pocas coles marchitas. Y algunas higueras tiznadas de hollín y sin frutos. Varios chiquillos

pululaban entre aquella suciedad, el menor de ellos, desnudo. La imagen de aquella pobreza era tan cruel y desesperante que Jake lanzó un gruñido y apretó los puños.

Llegó al final de la ciudad y tomó por una carretera. Los coches pasaban raudos por su lado, sin detenerse. Sus hombros eran demasiado anchos y sus brazos demasiado largos. Era tan corpulento y feo que nadie quería llevarlo. Pero quizá no tardaría mucho en parar un camión. El sol de última hora de la tarde volvía a brillar. El calor levantaba vapores del húmedo pavimento. Jake caminaba con paso firme. En cuanto la ciudad quedó a sus espaldas, brotó en su interior una nueva oleada de energía. Pero ¿era esta una huida o una arremetida? De todos modos, se iba. Todo iba a empezar otra vez. La carretera que se ofrecía ante él conducía al Norte y ligeramente al Oeste. Pero no se alejaría mucho. No quería marcharse del Sur. Eso estaba claro. Había esperanza en su interior, y tal vez pronto el perfil de su viaje tomaría forma.

3

Al anochecer

¿De qué servía? Ésa era la pregunta que ella no dejaba de formularse. ¿De qué demonios servía? Todos los planes que había hecho, y la música. Cuando todo lo que había resultado de ello era esta trampa: la tienda, luego volver a casa y dormir, y vuelta a la tienda. El reloj que había frente al lugar de trabajo de Mister Singer señalaba las siete. Y ella apenas si estaba saliendo. Siempre que había que hacer horas extra, el gerente era a ella a quien se lo pedía. Porque ella era capaz de estarse de pie y trabajar más duramente antes de agotarse que cualquiera de las otras.

La copiosa lluvia había dejado un cielo pálido, poco llamativo. Se iniciaba la oscuridad, y ya se habían encendido algunas luces. Sonaban los claxons en la calle y los vendedores de periódicos voceaban los titulares. No quería volver a casa. Si lo hacía, se echaría en la cama y gritaría. Tan cansada estaba. Pero si entraba en el café Nueva York y tomaba un poco de helado, quizá se sintiera bien. Y fumaría y estaría sola un ratito.

La puerta delantera del café estaba atestada, por lo que fue en busca de uno de los reservados del fondo. Era en la región lumbar y en la cara donde más sentía el cansancio. Se consideraba que su divisa era “Mantenerse alerta y sonreír”. En cuanto salía de la tienda tenía que fruncir el ceño largo rato para recuperar la expresión normal en su cara. Tenía cansadas incluso las orejas. Se quitó los verdes pendientes que le aprisionaban los lóbulos de las orejas. Los había comprado la semana anterior..., así como una pulsera de plata. Al principio había trabajado en ollas y cacerolas, pero ahora la habían trasladado a bisutería.

—Buenas noches, Mick —dijo Mister Brannon, quien terminó de secar el fondo de un vaso de agua con una servilleta y lo dejó sobre la mesa.

—Quiero un helado de chocolate con fruta y nueces y un vaso de cerveza de barril pequeño.

—¿Todo junto? —le mostró un menú y señaló con su dedo índice que llevaba un anillo de oro femenino—. Mira..., aquí hay un poco de pollo asado o estofado

de ternera. ¿Por qué no tomas conmigo una cena ligera?

—No, gracias. Todo lo que quiero es el helado y la cerveza. Ambos muy fríos.

Se apartó los cabellos de la frente. Tenía la boca abierta por lo que sus mejillas parecían hundidas. Había dos cosas a las que no lograba dar crédito: que Mister Singer se hubiera suicidado y estuviera muerto. Y que ella se hubiera hecho mayor y tuviera que trabajar en Woolworth's.

Fue ella quien le descubrió. Todos habían creído que el ruido había sido causado por el escape de algún automóvil, y no se enteraron hasta el día siguiente. Ella subió a escuchar la radio. Tenía todo el cuello cubierto de sangre, y cuando su padre subió, la echó de la habitación. La muchacha se había escapado de la casa. El shock no le permitía estarse quieta. Corrió en medio de la oscuridad, golpeándose con los puños. Y al día siguiente por la noche, el hombre estaba allí en un ataúd en el cuarto de estar. El empresario de pompas fúnebres le había pintado un poco la cara y los labios para darle un color más natural. Pero su aspecto no era natural. Estaba muy muerto. Y mezclado con el olor de las flores, flotaba aquel otro olor especial que no le permitió seguir en la habitación. Pero durante todos aquellos días estuvo a la altura de las circunstancias en su empleo. Envolvía los paquetes y los entregaba por encima del mostrador y metía el dinero en la caja. Caminaba cuando tenía que hacerlo y comía cuando se sentaba a la mesa. Sólo al principio, cuando se iba a la cama por la noche, no podía dormir. Pero ahora ya dormía tal como debía hacerlo, también.

Mick cambió ligeramente de posición en el asiento para poder cruzar las piernas. Tenía una carrera en la media. Le había empezado mientras se dirigía a pie al trabajo, y le aplicó un poco de saliva. Más tarde, se le fue corriendo, por lo que trató de pegarle un poco de chicle en el extremo. Pero tampoco sirvió de nada. Ahora tenía que volver a casa y zurcirla. Era difícil comprender qué le pasaba con las medias. Las gastaba rápidamente. A menos que fuera de la clase de chica corriente que las llevan de algodón.

No debería haber venido aquí. Tenía las suelas completamente gastadas. Debería haber ahorrado los veinte centavos necesarios para repararlas. Porque, si seguía calzando un zapato con un agujero, ¿qué sucedería? Con toda seguridad, le saldría una ampolla. Y tendría que reventársela con una aguja quemada. No podría acudir al trabajo. Y la despedirían. ¿Y entonces, qué pasaría?

—Aquí tienes —dijo Mister Brannon—. Pero nunca había oído hablar de una combinación así.

Le puso el helado y la cerveza en la mesa. Ella hizo como que se estaba limpiando las uñas, porque si le prestaba atención, él empezaría a hablar. Ya no parecía estar resentido contra ella, así que debía de haberse olvidado del paquete de chicle. Ahora siempre quería hablar con ella. Pero ella quería estar en silencio y sola. El helado estaba imponente, cubierto todo él de chocolate y nueces y cerezas. Y la cerveza resultaba relajante. Tenía un agradable sabor amargo que contrastaba con el helado y la hacía sentirse ligeramente ebria. Después de la música, la cerveza era lo mejor.

Pero ahora no había música en su cabeza. Era algo extraño Como si no consiguiera entrar en su cuarto interior. A veces se presentaba una rápida tonadilla y luego desaparecía, pero ya no lograba penetrar en su cuarto interior con música como antes. Es como si estuviera demasiado tensa. O quizá porque la tienda le arrebatava toda la energía y todo el tiempo. Woolworth's no era lo mismo que la escuela. Cuando volvía a casa de la escuela se sentía bien y dispuesta a empezar a trabajar con la música. Pero ahora estaba siempre demasiado cansada. En casa no hacía más que cenar y dormir y luego tomar el desayuno y volver a salir hacia la tienda. Una canción que había iniciado en su libreta privada de notas dos meses antes estaba por terminar. Y deseaba permanecer en su cuarto interior, pero no sabía cómo. Era como si estuviera encerrada y en algún lugar apartado de ella. Algo muy difícil de entender.

Se empujó con el pulgar su diente roto. Pero aún le quedaba la radio de Mister Singer. No se habían pagado todos los plazos, y ella se había hecho cargo del resto. Era agradable tener algo que le hubiera pertenecido a él. Y quizá uno de estos días podría ahorrar lo suficiente para comprar un piano de segunda mano. Digamos, a dos dólares por semana. Y no le dejaría a nadie que lo tocara...; únicamente enseñaría a George algunas cancioncillas. Lo guardaría en la habitación trasera y lo tocaría todas las noches. Y el domingo entero. Pero ¿y si un día no pudiera pagar alguno de los plazos? ¿Vendrían entonces y se lo llevarían como había pasado con la bicicleta roja? ¿Y si ella no lo permitiera? ¿Y si escondiera el piano en el sótano? ¿O saliera a recibirlos a la entrada? ¿Y se peleara? Golpearía a los dos hombres, y les pondría un ojo a la funerala y les rompería la nariz. Luego los arrastraría por el vestíbulo.

Mick frunció el ceño y se frotó la frente con los puños. Las cosas eran así. Era como si estuviera enfadada continuamente. No como se enfadan los niños, de modo que pronto se les pasa..., sino de manera diferente. Sólo que no había motivo para el enfado. Excepto por la tienda. Pero ellos no le habían pedido que

tomara el empleo. Así que no había razón de enfadarse con ellos. Era como si la hubieran engañado. Sólo que nadie la había engañado. Así que no podía echarle las culpas a nadie. Sin embargo, no podía quietarse de encima esta impresión. Engañada.

Pero quizá fuera verdad lo del piano y le saliera bien. Quizá tendría pronto oportunidad. De lo contrario, ¿de qué había servido todo..., lo que sentía con la música y los planes que había hecho en su cuarto interior? Tenía que servir de algo, si es que las cosas tenían sentido. Y servía, servía, servía, servía. Servía de algo.

¡Conforme!

¡De acuerdo!

Servía de algo.

Por la noche

Todo estaba sereno. Mientras Biff se secaba la cara, una suave brisa hizo tintinear los colgantes de cristal de la pequeña pagoda japonesa que había encima de la mesa. Acababa de despertarse de la siesta y se había fumado su cigarro de la noche. Pensó en Blount y se preguntó adónde habría llegado a estas alturas. Había una botella de Agua Florida en el estante del baño, y se aplicó un poco a las sienes con el tapón. Silbaba una vieja canción, y mientras descendía por las estrechas escaleras la melodía dejó como un eco roto a sus espaldas.

Louis debía estar detrás del mostrador. Pero el muchacho había eludido sus obligaciones y el bar estaba desierto. La puerta del local estaba abierta, y la calle vacía. El reloj de la pared señalaba las doce menos diecisiete minutos de la noche. La radio estaba encendida y alguien hablaba de la crisis que Hitler había creado con la excusa de Danzig. Volvió a la cocina y encontró a Louis dormido en una silla. El muchacho se había quitado los zapatos y desabrochado los pantalones. Tenía la cabeza caída sobre el pecho. Una gorda mancha húmeda sobre su camisa demostraba que llevaba durmiendo un buen rato. Los brazos le colgaban a los costados, y lo extraño era que no se hubiera caído de bruces. Dormía profundamente, y no tenía sentido despertarle. La noche sería tranquila.

Biff cruzó de puntillas la cocina hasta un estante donde había una cesta de ramitas de olivo y dos jarrones de agua llenos de zinnias. Llevó las flores a la parte delantera del restaurante y quitó los platos especiales envueltos en celofán del escaparate. Estaba enfermo de ver comida. Una vitrina con flores frescas veraniegas..., eso sería lo mejor. Cerró los ojos mientras imaginaba cómo se las arreglaría. Una base de hojas de olivo, frescas y verdes. El tiesto de cerámica rojo lleno de las brillantes zinnias. Nada más. Empezó a arreglar el escaparate cuidadosamente. Entre las flores había un ejemplar extraño, una zinnia con seis pétalos bronceados y dos rojos. Examinó aquella curiosidad y la dejó a un lado para conservarla. En cuanto el escaparate estuvo terminado, salió a la calle para contemplar su trabajo. Los difíciles tallos de las flores habían sido doblados para

adoptar el ángulo exacto de tranquila flaccidez. La luz eléctrica deslucía el conjunto, pero cuando el sol saliera, el escaparate luciría con todo su esplendor. Realmente artístico.

El negro y estrellado cielo parecía acercarse a la tierra. Paseó por la acera, deteniéndose para empujar una piel de naranja hacia la alcantarilla con el costado del pie. Al final de la otra manzana, dos hombres pequeños por la lejanía e inmóviles, estaban con los brazos entrelazados. No podía verse a nadie más. Su local era el único de toda la calle que tenía la puerta abierta y las luces encendidas.

¿Y por qué? ¿Cuál era la razón para mantener abierto el local durante toda la noche cuando todos los demás cafés de la ciudad cerraban? A menudo le hacían esta pregunta, y nunca podía responderla con palabras. No era por dinero. A veces entraba un grupo en busca de cerveza y huevos revueltos y se gastaba cinco o seis dólares. Pero eso era poco corriente. La mayoría de las veces llegaban de uno en uno y hacían pedidos poco importantes y se quedaban mucho rato. Y algunas noches, entre las doce y las cinco, no entraba un solo cliente. No había beneficio en ello..., eso estaba claro.

Pero jamás se decidiría a cerrar por la noche..., al menos mientras él llevara el negocio. La noche era el momento. Estaban aquellos a los que de otro modo jamás vería. Algunos venían regularmente varias veces por semana. Otros habían entrado en el lugar una sola vez, tomado una coca-cola, y no habían vuelto nunca.

Biff cruzó los brazos sobre el pecho y caminó más lentamente. Dentro del arco de la iluminada calle su sombra resultaba angulosa y muy negra. El apacible silencio de la noche se aposentó en él. Aquéllas eran horas para el descanso y la meditación. Quizá por eso permanecía en el local y no se iba a dormir. Con una última y rápida mirada escudriñó la vacía calle y penetró en el interior.

La voz de la crisis seguía hablando por la radio. Los ventiladores del techo producían un suave zumbido. De la cocina llegaba el sonido de los ronquidos de Louis. De repente se acordó del pobre Willie y decidió enviarle pronto un cuartillo de whisky. Dirigió su atención al crucigrama del periódico. Había una foto de mujer para identificar en el centro. La reconoció y escribió el nombre — Monna Lisa — en los primeros espacios. El número uno pedía la palabra para identificar a un mendigo, que empezaba por *m* y tenía nueve letras. *Mendicant*. El dos horizontal era una palabra que significaba trasladar lejos, de seis letras y empezando con *e*. ¿*Elapse*? Probó combinaciones de letras en voz alta. *Eloign*.

Pero había perdido el interés. Había ya bastantes rompecabezas sin necesidad de acudir a éstos. Dobló el periódico y lo dejó a un lado. Ya volvería a él más tarde.

Examinó la zinnia que había tenido intención de guardar. Al observarla a la luz en la palma de la mano, la flor no parecía un espécimen tan raro. No valía la pena guardarla. Arrancó uno a uno los suaves y brillantes pétalos, y el último le predijo amor. ¿Pero quién? ¿A quien amaría ahora? A nadie. A cualquier persona decente que viniera de la calle y se sentara durante una hora y tomara una copa. Pero a nadie. Había conocido sus amores y habían concluido. Alice, Madeline y Gyp. Terminado. Sin dejarle ni mejor ni peor. ¿En qué sentido? De cualquier forma que lo mirara.

Y Mick. La que en los últimos meses había vivido de forma tan extraña en su corazón. ¿Había terminado ese amor, también? Sí. Acabado. A primeras horas de la noche, Mick venía a tomar un helado o una bebida fría. La muchacha se había hecho mayor. Sus modales rudos e infantiles casi se habían desvanecido. En su lugar había surgido algo femenino y delicado en ella que era difícil de precisar. Los pendientes, el balanceo de sus brazaletes, y la nueva manera como cruzaba las piernas y tiraba de la falda para cubrirse las rodillas. Él la observaba y sentía sólo una especie de simpatía. El viejo sentimiento había desaparecido. Durante un año aquel amor había florecido de manera extraña. Se había interrogado sobre él un centenar de veces sin hallar respuesta. Y ahora, al igual que una flor de verano se marchita en septiembre, había terminado. Ya no existía.

Biff se dio un golpecito en la nariz con el índice. Por la radio hablaba ahora una voz extranjera. No podía decir con seguridad si se trataba de una voz alemana, francesa o española. Pero sonaba a calamidad. Le daba miedo escucharla. Cuando apagó la radio, el silencio resultante era profundo e ininterrumpido. Sintió la presencia de la noche afuera. Una sensación de soledad se apoderó de él, y su respiración se aceleró. Era demasiado tarde para llamar a Lucile por teléfono y hablar con Baby. Tampoco podía esperar que entrara un parroquiano a esta hora. Se dirigió a la puerta y miró arriba y abajo de la calle. Todo estaba vacío y oscuro.

—¡Louis! —gritó—. ¿Estás despierto, Louis?

No hubo respuesta. Apoyó los codos en el mostrador y se sostuvo la cabeza con las manos. Movi6 su mandíbula, oscurecida por la barba, de lado a lado, y lentamente en su frente se dibujaron arrugas.

El enigma. La pregunta que había arraigado en él y no le dejaba descansar. El rompecabezas de Singer y los demás. Había transcurrido un año desde que

empezara todo aquello. Más de un año desde el día en que Blount anduviera por el local con su primera borrachera y viera al mudo por primera vez. Desde que Mick empezara a seguir a Singer al entrar y salir del local. Y ahora hacía un mes que Singer estaba muerto y enterrado. Y el enigma seguía sin resolverse, por lo que no podía estar tranquilo. Había algo poco natural en todo aquello..., algo parecido a una broma de mal gusto. Cuando pensaba en ello se sentía incómodo y, en cierta forma desconocida, asustado.

Él había arreglado lo del entierro. Los demás se lo habían dejado todo. Los asuntos de Singer estaban embrollados. Faltaban algunos plazos por pagar de sus compras, y el beneficiario de su seguro de vida había muerto. Apenas quedaba dinero para pagar su entierro, que tuvo lugar a mediodía. El sol caía sobre sus espaldas con salvaje violencia mientras estaban allí de pie alrededor de la abierta y húmeda tumba. Las flores se enrollaban y se volvían pardas bajo la acción del sol. Mick lloraba con tanta fuerza que se ahogaba y su padre tenía que darle golpecitos en la espalda. Blount fruncía el entrecejo ante la tumba, mientras se llevaba el puño a la boca. El médico de color de la ciudad, que estaba de algún modo emparentado con el pobre Willie, permanecía en la última fila de la multitud gimiendo para sí. Y había algunos extraños que nadie había visto con anterioridad. Sabe Dios de dónde venían o por qué estaban allí.

El silencio de la habitación era profundo como la propia noche. Biff estaba paralizado, sumido en sus meditaciones. Entonces sintió de repente como un intenso estímulo en su interior. El corazón le dio un vuelco, y apoyó la espalda contra el mostrador para sostenerse. Porque en un fugaz resplandor captó un vislumbre del esfuerzo y del valor humanos. Del interminable y fluido paso de la humanidad a través del tiempo infinito. De aquellos que trabajan y de aquellos que —tan sólo una palabra—, aman. Su alma se expandió. Pero sólo por un momento. Porque en su interior sintió una advertencia, un rayo de terror. Se hallaba suspendido entre los dos mundos. Vio que estaba mirando su propia cara reflejada en el cristal del mostrador. El sudor le perlaba las sienes y tenía la cara torcida. Tenía un ojo más abierto que el otro. El izquierdo, entrecerrado, escrutaba el pasado en tanto que la mirada más amplia del derecho se dirigía, asustada, a un futuro de negrura, error y ruina. Y él se encontraba suspendido entre el resplandor y la oscuridad. Entre la amarga ironía y la fe. Se dio la vuelta bruscamente.

—¡Louis! —gritó—. ¡Louis! ¡Louis!

Tampoco esta vez hubo respuesta. Pero, Madre de Dios, ¿era un hombre

sensato, o no? ¿Cómo podía estrangularle así este terror cuando ni siquiera sabía qué lo causaba? ¿Y se quedaría allí como un mentecato lleno de canguelo o se tranquilizaría y sería razonable? Porque, a fin de cuentas, ¿era un hombre sensato, o no? Biff humedeció el pañuelo bajo el grifo y se dio unas palmaditas con él en su tenso y desencajado rostro. Sin saber por qué, recordó que el toldo aún no había sido levantado. A medida que se dirigía a la puerta su paso fue cobrando firmeza. Y cuando finalmente volvió a entrar, se sosegó y esperó tranquilamente el sol de la mañana.



CARSON McCULLERS (Columbus, Georgia, 1917 - Nyack, Nueva York, 1967), escritora estadounidense. En los años de su infancia en el Sur se grabaron en ella escenarios, imágenes y figuras que serán de recurrencia obsesiva en su narrativa: los veranos enceguecedores, los pequeños cafés, los barrios venidos a menos y los extraños personajes embrutecidos por la opresión de la vida provinciana. En su primera novela, *El corazón es un cazador solitario* (*The Heart Is a Lonely Hunter*, 1940), el tema de la incomunicación —constante fija de su mundo fantástico— encuentra una primera expresión. Pasiones incontrolables dominan el universo de *Reflejos en un ojo dorado* (*Reflections in a Golden Eye*, 1941), en la que la atracción entre los polos opuestos de la violencia y de la inocencia provocan la tragedia. En *Frankie y la boda* (*The Member of the Wedding*, 1946), el ojo adolescente de Frankie conmociona los eventos del amor y del matrimonio de que es testigo. En el volumen de cuentos *La balada del café triste* (*The Ballad of the Sad Café*, 1951), título del relato más largo que da título al libro, explora el tema del andrógino como imposible intento de unión entre los contrarios. En la última novela, *Reloj sin manecillas* (*Clock Without Hands*, 1961), McCullers afronta el tema de la muerte como espera de lo imposible, en una pequeña ciudad del Sur, desgarrada por el odio racial. De forma póstuma apareció *El corazón hipotecado* (*The Mortgaged Heart*, 1968), recopilación de cuentos juveniles. El

aparato gótico de la narrativa del Sur, cargado de ecos faulknerianos, deviene, en la elaboración de McCullers, un penetrante instrumento de indagación existencial.

Notas

[1] En castellano en el original. (*N. de t.*) <<

[2] En castellano en el original. (*N. de t.*) <<

[3] En castellano en el original. (*N. de t.*) <<

[4] En castellano en el original. (*N. de t.*) <<

[5] Comité Organizador de los Trabajadores Textiles. (*N. de t.*) <<

[6] En castellano en el original. (*N. de t.*) <<